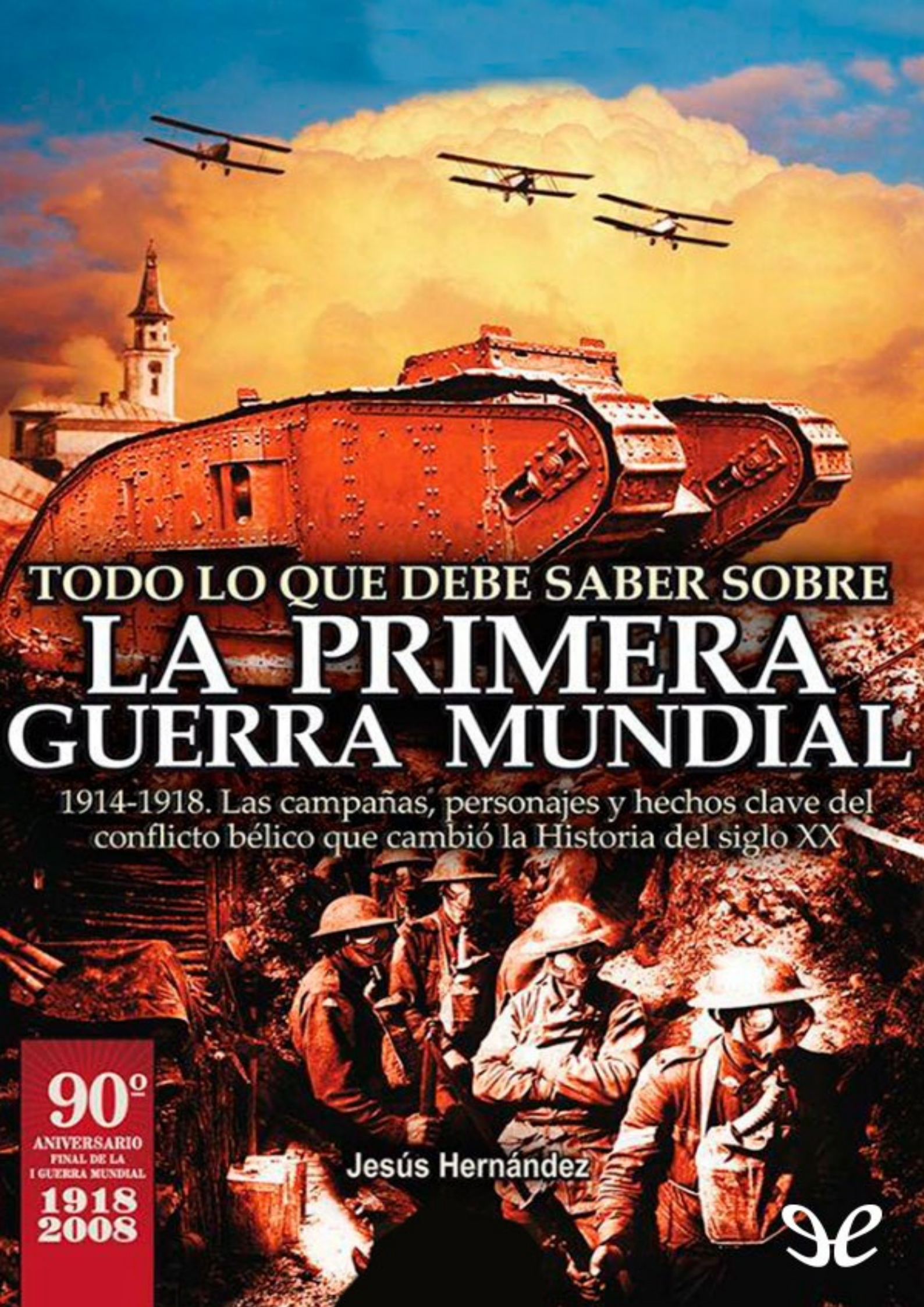




TODO LO QUE DEBE SABER SOBRE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

1914-1918. Las campañas, personajes y hechos clave del conflicto bélico que cambió la Historia del siglo XX

90º

ANIVERSARIO
FINAL DE LA
I GUERRA MUNDIAL

**1918
2008**

Jesús Hernández

de

Normalmente no se presta a la Primera Guerra Mundial la debida atención, las estanterías, rebosantes de libros sobre la Segunda Guerra Mundial, no tienen mucho sitio para su predecesora. Este fantástico libro de Jesús Hernández viene a arrojar luz sobre este conflicto fundamental para entender gran parte de los enfrentamientos políticos del s. xx, como la propia Segunda Guerra Mundial, y algunos de los que aún siguen abiertos en pleno s. xxi, por ejemplo, los combates entre israelíes y palestinos. En Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial conoceremos no sólo los datos más importantes de la contienda, también misterios que aún no han sido resueltos, leyendas y mitos, curiosidades históricas y una descripción de la dureza de la vida en las trincheras.

Pone Jesús Hernández sus abundantes conocimientos a disposición de un estilo narrativo impecable, ágil y exacto, y consigue recrear las escenas más sobresalientes del resurgimiento milagroso del ejército francés que salvó París en 1914, o la espontánea tregua navideña del frente oriental, o el fracaso de las batallas de Chemin des Dammes y de Passchendaele donde unos oficiales engreídos enviaron a una muerte segura a miles de soldados. Además de aclararnos misterios como la desaparición del regimiento de Norfolk en Turquía y explicarnos el origen de leyendas como la de que un ejército de arqueros fantasmas ayudaron a los aliados, Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial incluye en los últimos capítulos una información fundamental para todos los lectores interesados en la materia: un análisis de las consecuencias de la guerra visibles en la actualidad, una guía de los escenarios más importantes y exóticos del conflicto, un catálogo de las películas que han tratado el tema, breves perfiles de los personajes implicados, una completísima cronología y una guía comentada de lecturas sobre el tema, imprescindible para profundizar en la materia.



Jesús Hernández

Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial

**1914-1918. Las campañas, personajes y hechos clave del
conflicto bélico que cambió la Historia del siglo xx**

ePub r1.4

Banshee 25.02.2016

Título original: *Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial*

Jesús Hernández, 2007

Editor digital: Banshee

Corrección de erratas: Marco91, Plaxibo, Berzokovyx, epubsgan

ePub base r1.2



*A Montserrat Jornet,
que nos deseó mucha suerte.*

*El patriotismo es el último refugio
de los canallas.*

Samuel Johnson (1709-1794).

Frase citada por el coronel Dax,
personaje interpretado por Kirk Douglas
en el filme *Senderos de gloria*
(*Paths of glory*, Stanley Kubrick, 1957).

INTRODUCCIÓN

En el año 2014 se conmemorará el centenario del estallido de la Primera Guerra Mundial. Para entonces, salvo que se dé algún caso de longevidad extraordinaria, ya no quedará ninguno de los hombres que participaron en aquella contienda. Pero no es necesario esperar a esa fecha para que haya quien considere erróneamente la guerra de 1914-18 como un conflicto perteneciente a un lejano pasado.

En la actualidad, al visitar alguno de los desangelados cementerios militares que acogen los restos mortales de los que entonces combatieron, no se puede evitar sufrir una triste sensación ajena de olvido e indiferencia. Nadie parece recordar hoy por qué luchó y murió aquella generación de jóvenes. Aunque aparecen siempre bien cuidadas, sus tumbas están envueltas en un cierto desamparo; hace mucho tiempo que sus descendientes dejaron de acudir a honrar su memoria con flores frescas. Pero, además, uno abandona esos cementerios acongojado ante la flagrante inutilidad de tanta muerte, de la que las infinitas hileras de cruces son un mudo recordatorio. La «guerra que iba a acabar con todas las guerras» —tal como se aseguraba entonces— no iba a ser más que el preludio de otra aún mayor, la Segunda Guerra Mundial, que superaría ampliamente las cotas de muerte y destrucción de la Primera Guerra Mundial. El enorme sacrificio de 1914-18 no había servido para traer la paz.

Como escribió un soldado anónimo, la muerte de millones de hombres «no había servido para nada, nada y cien veces nada».

La comparación con la contienda emprendida por Hitler en 1939 ha hecho que la guerra de 1914 quede relegada a un papel secundario, eclipsada por el fulgor deslumbrante del conflicto que estallaría dos décadas después con la invasión de Polonia. La consecuencia es que, mientras que de la Segunda Guerra Mundial abundan los libros, películas y documentales, la Primera se

debate infructuosamente por atraer la atención del gran público, consiguiéndolo en contadas ocasiones.

De todos modos, existen algunas excepciones. Mitos como el Barón Rojo, Lawrence de Arabia o Mata Hari se han hecho un hueco en el imaginario popular, mientras que la novela *Sin novedad en el frente* o películas tan impactantes como *Senderos de gloria* o *Johnny cogió su fusil* se han convertido en símbolos imperecederos del pacifismo.

Aun así, la Primera Guerra Mundial no goza de la atención que merecería a tenor de su indudable trascendencia histórica. De hecho, el siglo xx no comenzaría de verdad hasta el final de ese conflicto; podríamos decir que los primeros compases de la centuria no fueron más que una prolongación del plácido siglo xix.

Desde esos parámetros decimonónicos, aquellos que creían que la contienda de 1914 terminaría en unas pocas semanas, con la mente aún puesta en las campañas napoleónicas, se dieron de bruces con una terrible realidad.

Europa comprobó en sus propias carnes las trágicas consecuencias del fenómeno bélico en la era industrial, que los norteamericanos ya habían sufrido de manera incipiente en su guerra civil de 1861-65. Los campos de batalla ya no mostraban ordenadas hileras de soldados uniformados con vivos colores y armas relucientes, avanzando al compás de los tambores. La aparición de las ametralladoras, el alambre de espino, las granadas de mano y los gases venenosos acabaron de golpe con todo el romanticismo que, hasta entonces, destilaba la profesión militar. Acendrados conceptos como el honor y el valor pasaron una dura prueba en las trincheras del frente occidental, de la que no siempre salieron airosos.

Pero este no fue solo el primer conflicto en el que se puso en práctica la guerra total; los errores cometidos a la hora de sellar la paz en 1919 provocarían en buena medida el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La aparición del nazismo es consecuencia directa del estado de postración en que quedó la nación alemana y el revanchismo resultante. Por otro lado, la caída del régimen zarista y el advenimiento del comunismo difícilmente se hubieran producido de no haber mediado el reactivo que supuso la debacle militar del gigante ruso.

Si consideramos, en un ejercicio de especulación, que esos dos grandes movimientos totalitarios no hubieran irrumpido en la historia al no haber estallado la guerra en 1914, tendríamos la prueba de la importancia decisiva

de este conflicto en la conformación del mundo que hoy conocemos. Por lo tanto, este libro acudiría, humildemente, a reparar esa cierta injusticia histórica para poner en conocimiento del gran público, de una forma amena pero rigurosa, cómo se desarrollaron aquellos trascendentales hechos.

En esta obra, el lector, además de hacer acopio de conocimientos, podrá disfrutar del relato de unas campañas militares que serán narradas en sus detalles más emocionantes. Aquí podrá estremecerse al conocer las espantosas condiciones en las que se dirimieron las batallas de Verdún o el Somme, o comprobará la insensibilidad de los militares que enviaban a cientos de miles de hombres a una muerte cierta, únicamente para conquistar alguna colina que sería perdida poco más tarde.

De todos modos, aunque la imagen que ha quedado grabada en la memoria colectiva es la de la cruel guerra de trincheras, pocos conflictos superan en exotismo y sed de aventuras a la Primera Guerra Mundial; desde los escenarios desérticos de Palestina y Mesopotamia a los evocadores paisajes abiertos de Tanganika, pasando por las aguas del Pacífico a donde llegaron los corsarios alemanes o los agrestes montes de la península turca de Gallípoli, los hombres que en ella participaron acudieron con iluso entusiasmo a su cita con la Historia.



La juventud europea acudió en masa a la llamada de sus gobernantes para tomar las armas en una guerra que sería larga y sangrienta, pagando con sangre su ingenuo entusiasmo inicial. En la imagen, un cartel de reclutamiento del Ejército británico.

Pero no podemos llamarnos a engaño. Muchos de aquellos jóvenes idealistas perderían la vida destrozados por una bomba o desangrados en

tierra de nadie. Los que lograron regresar a sus hogares lo harían sufriendo irreparables secuelas físicas o psicológicas de su estancia en el frente. Pero este castigo colectivo, al parecer, no fue lo suficientemente ejemplarizante, porque la humanidad volvería a tropezar con la misma piedra tan solo una generación más tarde.

En las páginas que siguen, al lector se le brinda la posibilidad de conocer de manera asequible cómo discurrió aquel enfrentamiento y la oportunidad de descubrir las claves que harían de él el preludio de otro conflicto aún mayor. Tal como indica el título, aun a riesgo de resultar pretencioso, aquí se halla todo lo que se debe saber sobre la Primera Guerra Mundial. En este volumen se concentra la información necesaria para comprenderla y se ofrecen las pistas para ampliar los episodios que pueden ser de mayor interés.

Por último, mi objetivo al iniciar este trabajo no era simplemente confeccionar un libro de Historia. Mi deseo era lograr transmitir al lector la experiencia de los que participaron en aquella lucha. Para nosotros resulta muy difícil imaginar lo que podían sentir unos hombres que, en plena juventud, dejaban atrás su hogar y su familia, acudían a los cuarteles para recibir instrucción y luego eran enviados a otro país; una vez trasladados al frente, debían saltar de su trinchera y correr por un campo de batalla bajo el fuego de las ametralladoras, sabiendo que en cualquier momento podían perder la vida, y todo ello para lograr unos objetivos que no siempre comprendían.

El saber cómo fue posible que millones de hombres se avinieran a pasar por ese trance a lo largo de cuatro interminables años es una cuestión para la que no tengo respuesta. Si se les ha de considerar como abnegados héroes defensores de una causa superior o, por el contrario, víctimas incautas de una maquinaria infernal, es algo que deberá juzgar el lector. Aun así espero que estas páginas sirvan para comprender mejor a aquellos hombres que, con su supremo sacrificio, se hicieron para siempre acreedores de nuestra admiración.

Barcelona, junio de 2007.

Capítulo 1

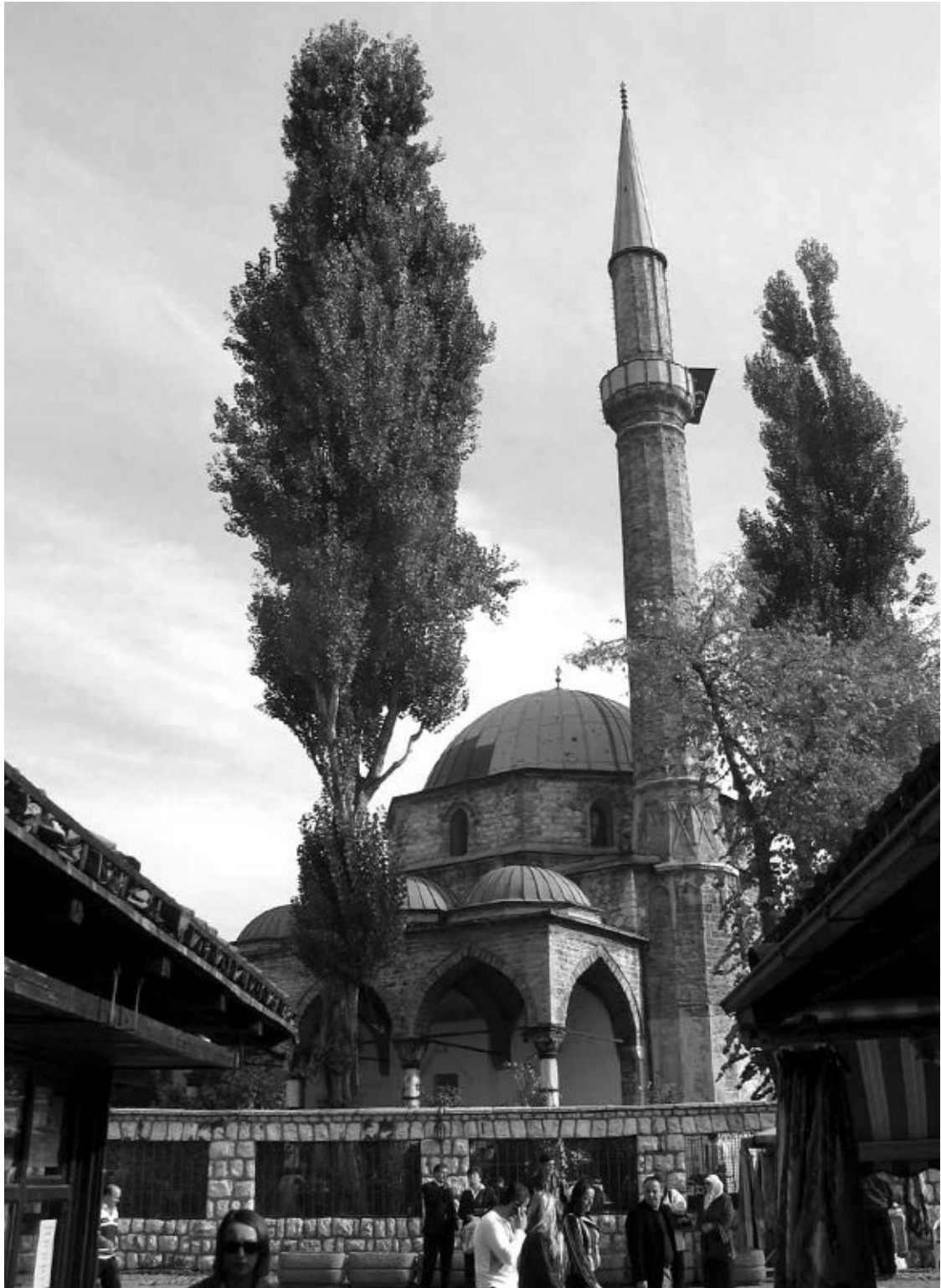
LA GUERRA QUE COMENZÓ EN SARAJEVO

arajevo es una de las ciudades más singulares de Europa.

S Pese a encontrarse en un valle rodeado de montañas —dos de ellas superan los 2.000 metros de altitud—, es una ciudad por la que ha circulado abiertamente la historia europea de los últimos siglos.

Fue fundada en 1461 por los turcos, que le dieron el nombre de *Saray Jedive* (Palacio del gobernador general). A finales del siglo xvii se había convertido, tras Constantinopla, en la segunda ciudad más importante del Imperio Otomano. En 1879 pasó a estar tutelada por el Imperio Austrohúngaro, siendo anexionada oficialmente por este en 1908. Tras la Primera Guerra Mundial, Sarajevo formó parte de la recién creada Yugoslavia. Pero entre 1992 y 1995 sería sometida a graves padecimientos; cercada por los serbiobosnios, que la convertirían en objetivo de su artillería y de sus francotiradores, Sarajevo se convertiría en una ciudad mártir, de la que emergería como capital de la República de Bosnia y Herzegovina.

Esta agitada historia tiene su clara plasmación en la ciudad. Allí es posible ver, en perfecta armonía, minaretes y campanarios que llaman a la oración a sus fieles; entre sus habitantes podemos encontrar una mayoría de musulmanes, así como cristianos católicos y ortodoxos, procedentes respectivamente de las vecinas Croacia y Serbia. También se advierte en la construcción de sus edificios el carácter centroeuropeo que le imprimió el Imperio Austrohúngaro, mientras que algunos adornos orientales remiten a la estética del Asia Central, importada por los turcos. No sin razón se le llamó en un tiempo «La Damasco del Norte». Sarajevo representa la ucronía de aquella Europa que pudo haber surgido del sincretismo entre las civilizaciones cristiana y musulmana.



Sarajevo ha sido históricamente un crisol de culturas. En ella han convivido razas y religiones distintas durante siglos, pero fue aquí también en donde saltó la espoleta que hizo estallar la Primera Guerra Mundial.

Esta actitud abierta y cosmopolita tuvo su punto álgido en 1984, cuando deportistas de todo el mundo acudieron a Sarajevo para participar en los Juegos Olímpicos de Invierno. Todo ello hace que una ciudad mediana como

Sarajevo pueda exhibir con orgullo la vitola de ser un crisol de etnias y culturas sin par. Algunos recurren a este mestizaje para explicar la reconocida belleza de sus mujeres.

Por lo tanto, si la Gran Guerra debía comenzar en algún punto de Europa, no hay duda de que Sarajevo podía defender su *candidatura* con toda legitimidad. Y eso es lo que ocurrió un caluroso día de verano de 1914, cuando el heredero de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando —cuyo nombre completo era Franz Ferdinand Karl Ludwig Josef von Habsburg-Lothringen Erzherzog von Österreich—, giraba una inoportuna visita a esa ciudad, con ocasión de unas maniobras militares. Iba acompañado de su esposa, Sofía Chotek, duquesa de Hohenberg, que se encontraba embarazada^[1].

Precisamente en esa fecha se celebraba el día nacional de Serbia, aniversario de la derrota de los serbios por los turcos en la batalla de Kosovo en 1839, una fecha que conmemoraba la humillación sufrida por el pueblo serbio a manos de su enemigo histórico y que servía de estimulante para sus nunca satisfechas reivindicaciones territoriales. Lo que quizás no sabía el archiduque era que en ese lejano día, pese a la derrota sufrida en el campo de batalla, un soldado serbio consiguió introducirse en el campamento turco y, penetrando en su tienda, asesinó al sultán. Por tanto, si debía escoger un día para visitar Sarajevo, ese domingo 28 de junio no era el más indicado.

La imprudente visita del sobrino del anciano emperador Francisco José era sentida así como una nueva humillación para todos aquellos que anhelaban sacudirse el dominio austríaco e incorporarse al sueño de la Gran Serbia. Entre ellos, un grupo compuesto de siete estudiantes no estaba dispuesto a que el archiduque saliera con vida de Sarajevo. Estos jóvenes, que no superaban los veinte años, formaban parte de la organización secreta «La Mano Negra»; este siniestro nombre era debido a que cada miembro debía enrolar a otros cuatro, formando así los cinco dedos de una mano. Al frente de esta trama se encontraba el jefe de los Servicios de Información del ejército serbio.

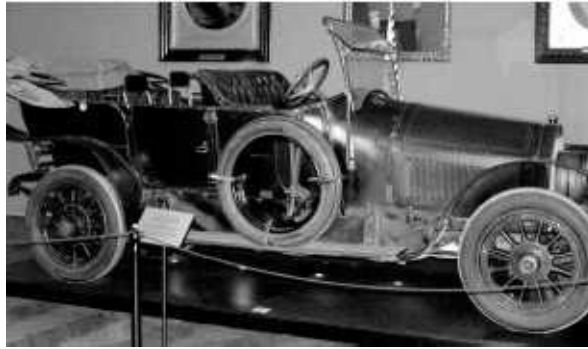
Paradójicamente, el objetivo de este grupúsculo, el archiduque Francisco Fernando, era sensible a las aspiraciones serbias y deseaba crear un centro de poder eslavo en el sur del Imperio que se uniera a la bicefalia de Austria y Hungría. Este planteamiento despertaba muchos recelos en la propia Viena, pero tampoco parecía entusiasmar a los eslavos, que deseaban romper amarras con el Imperio y unirse a sus hermanos serbios.

UN TRÁGICO DESPISTE DE CONDUCCIÓN

Franz Urban era ese día el conductor del vehículo oficial del archiduque por las calles de Sarajevo. Durante una parte del trayecto no prevista, el experimentado chófer se confunde y toma una calle equivocada. Para retomar de nuevo la ruta correcta, decide salir de la calle circulando lentamente marcha atrás. En ese momento, por pura casualidad, uno de aquellos estudiantes, Gavrilo Princip, ve acercarse hacia él el coche oficial, reconociendo de inmediato al archiduque. No puede creer lo que ven sus ojos; tiene a pocos metros al hombre que encarna la dominación austríaca. Sin pensárselo dos veces, Princip echa mano a su pistola y apunta al archiduque. La tragedia que conmocionará a Europa va a producirse en pocos segundos...



El archiduque Francisco Fernando quería descentralizar el Imperio austrohúngaro, pero sus propuestas ya no serían escuchadas por los nacionalistas serbios, deseosos de librarse por la fuerza del dominio austríaco.



El coche en el que viajaba el archiduque cuando fue asesinado, expuesto en el Museo de Historia Militar de Viena, al igual que el uniforme ensangrentado y el arma utilizada. La bala disparada por Princip puede contemplarse en el castillo de Konopiste, en la ciudad checa de Benesov.

Pero dejemos congelada esta dramática escena y retrocedamos a lo que había ocurrido esa misma mañana. Poco antes de las diez, Francisco Fernando y Sofía habían llegado a Sarajevo por vía férrea.

Al salir de la estación subieron al coche oficial y, junto a seis vehículos más, se dirigieron al Ayuntamiento. Hacía un tiempo espléndido; el cielo se encontraba totalmente despejado de nubes y soplaba una suave y agradable brisa. En su recorrido por las engalanadas calles de la ciudad tuvieron ocasión de saludar al público que se había congregado en las aceras desde el vehículo descapotable.

Aunque se oían algunos aplausos, no se percibía ningún entusiasmo y la sensación general era de simple curiosidad por la visita de tan altas personalidades, cuando no de indiferencia.

Pero el tranquilo discurrir de la caravana oficial se vería alterado de golpe. Pasaban unos veinte minutos de las diez, cuando uno de los integrantes del grupo de jóvenes conspiradores arrojó contra el vehículo del archiduque una granada de mano escondida en un ramo de flores. En lugar de caer en el interior, la bomba rebotó en el lateral, estallando al paso del coche de seguimiento y causando heridas a dos nobles austríacos que viajaban en él.

El asesino frustrado intentó suicidarse de inmediato ingiriendo una pastilla de cianuro y arrojándose al río. Definitivamente, ese no era su día de suerte, puesto que cayó en un lugar del río en que tan solo había un palmo de profundidad y, para colmo, vomitó la píldora. Fue arrestado por la policía.

El archiduque no se dejó impresionar por este atentado y, en lugar de dar por finalizada la visita, decidió continuar con la agenda prevista y ser recibido

en el Ayuntamiento con todos los honores.

Allí se produjo un momento de gran tensión, cuando el alcalde, al no haber tenido tiempo de modificar el discurso previamente preparado, leyó un párrafo en el que se hablaba de «la acogida calurosa que la población de Sarajevo ha brindado a los príncipes». El archiduque interrumpió al alcalde y le manifestó su célebre reprimenda:

«Venimos aquí en visita de amistad... ¡y nos recibís con bombas!».

Sofía, tomando la mano de su esposo, consiguió calmarlo mientras el azorado alcalde concluía su desafortunado discurso.

A la finalización del acto, el archiduque, para desesperación de su séquito, que deseaba abandonar cuanto antes la ciudad, en lugar de despedirse, decidió trasladarse al hospital en donde habían quedado ingresados los dos miembros de su comitiva para interesarse por su estado de salud.

Alguien sugirió que, vistas las circunstancias, lo más aconsejable era que las tropas austríacas estacionadas fuera de la ciudad formasen un cordón de seguridad en el siguiente trayecto, pero esta idea fue desechada por la absurda razón de que esos soldados no tenían disponibles sus uniformes de gala. Así pues, la seguridad del archiduque continuó en manos de la policía de Sarajevo. Los relojes del campanario de la iglesia señalaban las doce cuando partieron Fernando y su esposa desde el Ayuntamiento.

Y llegamos a la escena que habíamos dejado en suspenso, en la que el chófer Franz Urban, desconocedor de la mejor ruta para llegar al hospital, se equivoca entrando desde el muelle Appel en la calle Gebel. Ese simple error de conducción será fatal, no solo para la ilustre personalidad que viaja en el asiento de atrás, sino, a la postre, para toda Europa. Aquel giro de volante, producto de una decisión tomada en unos segundos, marcará para siempre la historia del siglo xx.

Princip, el conspirador que en ese momento pasa por el lugar, rumbo a la cafetería Moritz Schiller para comer algo y olvidar así el fracaso de su compañero, se topa de repente con el coche del archiduque, retrocediendo a escasa velocidad. El heredero del odiado Imperio de los Habsburgo está a un escaso metro y medio de él. No duda ni un instante; saca su pistola y dispara solo dos veces, una contra el heredero y otra contra su esposa. Francisco Fernando es herido en el cuello y Sofía, en el abdomen.

Los disparos son tan certeros que nadie piensa que han resultado heridos;

de hecho, Urban sigue retrocediendo para retomar la calle principal, hasta que advierte horrorizado que de ambos cuerpos mana un reguero de sangre. La duquesa fallece casi en el acto, mientras su esposo, que está perdiendo mucha sangre, le implora:

«Sofía, no te mueras, vive por nuestros hijos...».

El chófer conduce ahora a toda velocidad hacia el hospital, pero Francisco Fernando exhala su último suspiro durante el camino. La leyenda dice que no se pudo contener la hemorragia del archiduque porque este, muy presumido, prescindía de botones y hacía que le cosiesen sus uniformes una vez puestos para que se ajustasen perfectamente a su cuerpo. Cuando, una vez en el hospital, alguien rasgue el grueso uniforme con la ayuda de unas tijeras, ya será demasiado tarde.

La policía detiene sin dificultad a Gavrilo Princip y al resto del grupo. El interrogatorio de Princip será tan duro que más tarde tendrá que amputársele un brazo. Juzgado y condenado, el magnicida se libraría de la pena de muerte al tener menos de veinte años, pero moriría en prisión víctima de la tuberculosis, en abril de 1918.

Tras la derrota de Austria, el puente Latino, por el que había pasado el vehículo del archiduque antes de que su conductor sufriera su trágico despiste, pasó a denominarse Puente Gavrilo Princip.

Aquel 26 de junio de 1914, el heredero del Imperio Austrohúngaro se había desangrado en Sarajevo. Muy pocos podían advertir los negros nubarrones que se vislumbraban en el horizonte más inmediato. La cuenta atrás de la guerra que iba, a su vez, a desangrar a Europa había comenzado en ese preciso momento.



Este es el punto exacto en el que el asesino disparó contra el archiduque y su esposa; la esquina que forma la calle Gebel con el muelle Appel.



Retrato del magnicida Gavrilo Princip, en base a una fotografía tomada después de ser arrestado. La expresión de su rostro denota que fue interrogado con dureza.

CUENTAS PENDIENTES

Para el lector resultará una incógnita imaginar cómo fue posible que esa bala disparada por Gavrilo Princip al cuello del heredero de los Habsburgo pudiera desencadenar un conflicto que costaría la vida a más de ocho millones de soldados y un número similar de civiles.

Esta dificultad para comprender el desencadenamiento de la conflagración es compartida también por los historiadores, que no alcanzan a ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de la gestación del conflicto. Al contrario de lo que ocurriría en 1939, cuando las democracias occidentales entraron en guerra con la Alemania nazi tras su agresión a Polonia para evitar así que todo el continente cayera en manos de Hitler, la Primera Guerra Mundial no estalló como reacción a una amenaza directa y concreta, sino como la chispa que encendió una larga serie de disputas larvadas desde mucho tiempo atrás.

Además, para añadir más confusión a este asunto, hay que tener en cuenta que la mayoría de las casas reales europeas estaban emparentadas, lo que supuestamente debía servir como un factor que canalizase el diálogo y el entendimiento. De los nueve hijos de la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901) —cuyo reinado duró 64 años—, la mayor, también llamada Victoria, se había casado con el entonces káiser alemán Federico III, conocido familiarmente como Fritz. El fruto de este matrimonio sería el futuro káiser Guillermo II.

El segundo hijo de la reina Victoria, Eduardo, sucedió a su madre en el trono en 1901 y reinó hasta su muerte, en 1910, al que siguió su hijo, Jorge V. El tercer retoño de la reina Victoria, Alicia, se casó con el príncipe alemán Luis de Hesse; su hija, Alexandra, se casaría con el zar Nicolás II. Por lo tanto, el rey Jorge V, el káiser y la zarina de Rusia eran primos carnales. Las relaciones epistolares entre ellos eran habituales, especialmente entre el káiser y su primo político, el zar, que eran especialmente amistosas, lo que no contribuye a esclarecer el origen de la locura que llevó al continente europeo a la guerra.

En el verano de 1914, Europa era una gigantesca taberna —una metáfora para la que apelo a la complicidad del lector y a la que continuaré refiriéndome más adelante— en la que, aparentemente, todo el mundo bebía y departía amigablemente en medio de una camaradería animada por esos estrechos lazos familiares. Sin embargo, los recelos y las envidias no estaban demasiado alejadas del festivo ánimo de los presentes.

Francia albergaba todavía un gran resentimiento contra los alemanes desde que en 1871, tras el triunfo del canciller Otto von Bismarck en la guerra Franco-prusiana, los teutones se anexionaron la totalidad de Alsacia y buena parte de Lorena. Las ansias de revancha, inculcada en las escuelas, no se habían disipado en las cuatro décadas que habían transcurrido desde entonces.

Pero Alemania había olvidado ya las mieles de aquel triunfo y, por el contrario, anidaba en ella la amarga sensación de sufrir una injusticia histórica. Al haberse unificado en una fecha tan tardía como 1870, el Imperio alemán había llegado tarde al reparto colonial. Desde Berlín se observaban con envidia las exóticas aventuras de los soldados franceses y británicos en sus vastos imperios coloniales, mientras que Alemania tenía que limitarse a defender unas escasas posesiones en ultramar, como la desértica Namibia o las impenetrables Togo y Camerún. Los alemanes, pese a su gran potencial económico e industrial, y a ser una referencia universal en el arte, la ciencia y la técnica, se veían constreñidos en su prisión europea sin esperanzas de ocupar el lugar en el mundo que, según ellos, les correspondía.

Por su parte, Gran Bretaña no contemplaba con buenos ojos el objetivo de Alemania de convertirse en una potencia naval. La ampliación del canal de Kiel en 1914, que permitía un rápido desplazamiento de los buques germanos hacia el mar del Norte, sería interpretada como un desafío al dominio mundial de la *Royal Navy*, incontestable desde su victoria en Trafalgar en 1805.

Pero no solo los grandes actores europeos tenían cuentas pendientes entre ellos. La Rusia de Nicolás II tenía aspiraciones en los Balcanes. Sus puertos del Báltico o en el Extremo Oriente quedaban inutilizados por el hielo en invierno, mientras que sus puertos de aguas cálidas del mar Negro podían ser fácilmente bloqueados por los turcos en el Bósforo. Así pues, el polvorín de los Balcanes era una presa apetecible para la armada del zar, que aún no había digerido su derrota a manos de los japoneses en 1905.

Una consecuencia de estas aspiraciones fue el apoyo ruso a los eslavos del sur para expulsar a su histórico enemigo, el Imperio Otomano, del continente

europeo. El resultado fue la alianza de Bulgaria y Serbia para derrotar en 1912 a los turcos en la Primera Guerra de los Balcanes. Pero el acercamiento interesado de Austria y Bulgaria para frenar la constitución de la Gran Serbia causó un choque diplomático entre los recientes vencedores, degenerando en un nuevo conflicto armado, la Segunda Guerra de los Balcanes, en la que todos los Estados de la zona se unieron contra los búlgaros. La Paz de Bucarest, en agosto de 1913, redujo las fronteras de Bulgaria, pero Serbia continuó sin disfrutar de salida al mar, lo que acentuó aún más su resentimiento hacia Austria. Los Balcanes, en donde convivían mal que bien una treintena de etnias diferentes, se habían convertido en un auténtico avispero.

Como quedó demostrado con su apoyo a Bulgaria, el Imperio Austrohúngaro contemplaba con acusada preocupación las ingerencias rusas en la región. Los Habsburgo debían gobernar un inmenso mosaico de pueblos y etnias (checos, eslovacos, croatas o eslovenos, entre otros), siempre prestos a la rebelión. Rusia, convertida en campeona del mundo eslavo, protegía a Serbia ante la presión de Viena, que abrigaba todo tipo de sospechas sobre Belgrado, acusándola de ser la gran instigadora de los movimientos desestabilizadores que actuaban en su Imperio.

La consecuencia de este complejo cúmulo de rencillas y odios era un intrincado sistema de alianzas en el que, tal como vemos, unos brindaban garantía a otros en caso de ser atacados. Alemania y Austria-Hungría se encontraban ligadas por profundos lazos culturales y sentimentales, lo que les convertía en aliados naturales. En el otro bando, Gran Bretaña y Francia habían constituido de palabra la denominada *Entente Cordiale* en 1904 para defender mutuamente sus intereses coloniales, a la que más tarde se sumaría Rusia, creándose así la Triple Entente.

Esta alianza despertó los recelos de las Potencias Centrales, al quedar rodeadas geográficamente. Para Austria, además, la presencia de una Serbia independiente y amiga de Rusia suponía un factor especialmente amenazante.

Turquía, pese a su posición periférica, también jugaba un papel importante. Los alemanes se labraron su amistad al constituir este el único camino hacia el exterior. Fruto de esta amistad, se impulsó en 1899 la construcción de un ferrocarril que debía unir Berlín y Bagdad a través de territorio otomano, lo que fue visto con recelo por los ingleses, pues no deseaban ver alemanes cerca de la *joya de la corona* de su imperio, la India. Pero el ramal de esta vía férrea que debía llegar al mar Rojo agotó la

paciencia de Gran Bretaña, que entonces ocupaba Egipto, lo que le llevó a anexionarse los territorios orientales del desierto del Sinaí, pertenecientes a Turquía. Esta agresión, unida a las apetencias turcas en la región de Armenia a costa de Rusia, situaría definitivamente a Constantinopla en la esfera de los Imperios Centrales.

En 1902, Gran Bretaña y Japón firmaron un pacto para frenar las aspiraciones germanas en el Pacífico. En África, los intentos alemanes de establecer un puerto en Agadir, en la costa marroquí, también fueron cortados de raíz en 1911 por británicos y franceses; una cañonera germana tuvo que retirarse para evitar la respuesta armada de la Entente. Las presiones de Londres para que Berlín no continuara con su plan de rearme naval, junto a la expansión de la armada rusa impulsada por los británicos, acabaron por crear en Alemania un intenso sentimiento de frustración.

En cuanto a Italia, en 1892 había firmado un pacto con Alemania y Austria-Hungría, formando la Triple Alianza, a la que se uniría Rumanía al año siguiente. Pero la lealtad transalpina a sus aliados centroeuropeos no se demostró inquebrantable; en 1902 resolvió un conflicto colonial con Francia garantizándose recíproca neutralidad en caso de ser agredidas por un tercero, un pacto que sería renovado diez años más tarde. Además, un pacto secreto entre Italia y Rusia acordado en 1909 garantizaba el *statu quo* en los Balcanes, lo que convertía a los italianos, pese a continuar nominalmente formando parte de la Triple Alianza, en un socio poco fiable.

Pero Rumanía tampoco atesoraba un gran aprecio por los austríacos, pues consideraba como territorio propio Transilvania y Bucovina, dos regiones pertenecientes al Imperio de los Habsburgo que les habían sido arrebatadas dos siglos antes. En cuanto a Montenegro y Grecia, nada les inquietaba más que esa gigantesca tenaza formada por Viena y Estambul.

Por lo tanto, en el ambiente de aquella gran *taberna* europea flotaba un buen número de cuentas pendientes. Tan solo era necesario que los efluvios del alcohol patriótico comenzasen a crear una falsa euforia para que, en un instante, se pasase de la camaradería a la pelea multitudinaria. Y eso es lo que ocurrió cuando aquel estudiante serbio disparó contra el archiduque. No fue más que un pisotón de la enclenque Serbia al gigante austríaco, pero la reacción de la prepotente Austria-Hungría contra los insolentes serbios hizo entrar en liza a Rusia, que acudió presta a socorrer a sus protegidos eslavos. A su vez, Alemania entró en escena para poner en su lugar a los rusos, pero estos contaron con la solidaridad de Francia y Gran Bretaña, que se

remangaron de inmediato los puños para acudir en defensa de su aliada.

La consecuencia es que los grandes estados europeos se acababan de enzarzar en una barahúnda en la que el motivo primigenio a penas tenía ya importancia. Pero, en este caso, no volarían mesas y sillas por la sala, ni se rompería en pedazos el cristal situado detrás de la barra del bar mientras el pianista continuaba tocando... La trifulca supondría la lucha a muerte en el campo de batalla entre toda una generación de jóvenes de diferentes naciones, que responderían con entusiasmo a las respectivas órdenes de movilización, empujados por el exacerbado patriotismo de las masas.

EL CAMINO DE LA GUERRA

Pese a lo que se podría inferir de esta metáfora tabernaria, las reacciones de las distintas potencias no se desencadenaron tan rápidamente. De hecho, el mecanismo de relojería que pondría en marcha la guerra funcionó tan lentamente que aún no se explica cómo, en algún momento, este proceso no se logró detener.

El asesinato del heredero de los Habsburgo provocó una ola de indignación antiserbia en el Imperio Autrohúngaro, pero en Viena se dudaba del tipo de respuesta que debía darse. El emperador Francisco José, basándose en su larga experiencia, no era partidario de castigar militarmente a Serbia, temiendo la reacción de Rusia, pero Guillermo II se dedicó a azuzar a su aliado a través de su embajador, animando a los austríacos a infligir una derrota a los levantiscos serbios. En cuanto a la amenaza rusa, el káiser aseguraba que los ejércitos del zar no estaban en absoluto preparados para acudir en defensa de Belgrado.

De todos modos, el mes de julio de 1914 no parecía el período más propicio para que se desatase un conflicto entre las potencias europeas. Las distintas casas reales estaban pensando más en sus vacaciones de verano que en efectuar un seguimiento de la actividad de sus cancillerías. De hecho, pese a la posibilidad cierta de una guerra entre Austria y Serbia, el káiser decidió continuar adelante con su veraneo, previsto para el 6 de julio. Después de asegurar al canciller y al ministro de la Guerra que «no había ninguna perspectiva de grandes sucesos bélicos», zarpó en su velero para emprender un crucero de tres semanas por aguas noruegas.



El káiser alemán, Guillermo II, animó a los austríacos para que atacasen a Serbia, a pesar del riesgo de que los rusos entraran en guerra para defender al pequeño país balcánico.

En Viena, los partidarios de atacar a Serbia comenzaron a imponerse en el gabinete austrohúngaro, envalentonados por el apoyo alemán. Mientras tanto, en Londres se levantaban las primeras voces de advertencia sobre la posibilidad de que estallase la guerra, aunque en ese momento eran recibidas con burlona indiferencia.

El 13 de julio llegó a Viena un informe secreto en el que se desligaba el asesinato del archiduque de cualquier tipo de apoyo del gobierno de Belgrado. Esa crucial información, que podía haber puesto fin a la escalada diplomática, se mantuvo oculta. El deseo austríaco de castigar a Serbia era ya más acusado que actuar conforme a la realidad de los hechos. Francisco José fue convencido por su gobierno para enviar un ultimátum a Serbia, al garantizarle que ninguna potencia acudiría en socorro del agredido.

El 19 de julio, el gobierno austríaco concluyó la confección del ultimátum, en el que se vinculaba falsamente a Belgrado con el asesinato, estipulándose un total de quince demandas. Aunque la mayoría eran asumibles, como la prohibición de la propaganda antiaustríaca en territorio serbio, la exigencia de que fueran funcionarios austríacos los que llevaran a

cabo el proceso judicial contra los ciudadanos serbios implicados en el complot suponía una humillación difícil de aceptar.

Francisco José dudó en autorizar su envío, debido a las advertencias del embajador ruso en Viena, pero finalmente a las seis de la tarde del 23 de julio fue entregado en Belgrado, exigiendo una respuesta en 48 horas. Al día siguiente, el gobierno ruso acordó movilizar trece cuerpos del ejército, mientras Francisco José ordenaba una movilización parcial. Europa comenzaba a precipitarse de forma imparable por la pendiente de la guerra.

El rey Pedro de Serbia decretó la movilización el 25 de julio, como medida de precaución, al mismo tiempo que comunicaba a Viena, cuando quedaban solo diez minutos para que finalizase el plazo, su aceptación del ultimátum. Los serbios admitían todos los agravios y humillaciones que se derivaban de él, excepto el punto de la intervención judicial austríaca, aunque aseguraban que estaban dispuestos a abrir negociaciones.



El káiser presenciando un desfile. Su Ejército estaba preparado para golpear a Francia con rapidez antes de que los rusos pudieran reaccionar.

Pese al innegable espíritu conciliador de Belgrado, los austríacos rechazaron la propuesta serbia, una decisión que parecía satisfacer a Viena, puesto que el enviado austríaco había recibido órdenes de abandonar la capital serbia media hora después de las seis, para no dar a los serbios opción de recapacitar sobre su decisión. Además, horas antes ya se habían trasladado a Austria los archivos secretos que se custodiaban en su embajada. Más que un ultimátum, todo indicaba que lo único que se buscaba era una excusa para declarar la guerra a Serbia.

Al día siguiente, los rusos apoyaron el inicio de las conversaciones, al igual que los británicos, que intentaron impulsar la celebración de una conferencia internacional para encontrar una salida al conflicto; pero los

alemanes mostraron su rechazo a esta iniciativa de paz afirmando que era inviable. La respuesta germana fue interpretada como una amenaza, por lo que el Ministerio de la Guerra británico ordenó proteger los puntos más sensibles del sur del país, en previsión de un hipotético ataque alemán.

Berlín continuaba con su presión sobre Viena para que emprendiese de inmediato el ataque contra Serbia, pese a que la reciente movilización austríaca no quedaría completada antes de dos semanas.

Por su parte, Londres continuaba planteando sin éxito todo tipo de medidas de mediación.

Sorprendentemente, la actitud del káiser dio un giro el 28 de julio, al remitir a su ministro de Asuntos Exteriores una nota en la que afirmaba que el gobierno austríaco podía darse por satisfecho con la respuesta serbia al ultimátum y que no era necesario provocar un conflicto armado. Sin embargo, esta inesperada actitud conciliadora de uno de los mayores instigadores de la escalada bélica llegaba demasiado tarde. En esos momentos, las calles de Viena ya mostraban el entusiasmo de la población con la perspectiva de la guerra. Al mediodía de ese 28 de julio de 1914, un mes exacto después del asesinato del archiduque en Sarajevo, Austria declaraba la guerra a Serbia.

El choque armado ya era inevitable, pero el fallo de todas las espitas de seguridad provocaría un conflicto generalizado, constituyendo el fracaso diplomático más espectacular de toda la Historia. El 29 de julio se produjo en todas las cancillerías europeas una actividad frenética. Alemania movilizó a su flota, pese al compromiso de paz que el monarca británico, Jorge V, había expresado al káiser a través de su hermano, que se encontraba en Inglaterra. Aun así, la *Royal Navy* había comenzado a tomar posiciones en el mar del Norte para responder a la flota germana.

Ese mismo día, Rusia decretó una movilización parcial; un total de seis millones de soldados se pusieron en camino hacia las fortificaciones de la frontera con Austria, mientras Belgrado comenzaba a ser bombardeada. El zar, que no deseaba enfrentarse a Alemania, envió un telegrama urgente en el que pedía al káiser —con el que, como hemos visto, mantenía una larga y sincera amistad— que frenase a sus aliados austríacos. El káiser le respondió asegurando que estaba llevando a cabo todos los esfuerzos para forzar un acuerdo entre los dos contendientes. A última hora de la tarde de ese intenso día, confiado en la palabra del káiser, el zar intentó cancelar la movilización, pero su gobierno le convenció de que eso era imposible, puesto que la

maquinaria militar rusa se había puesto ya en movimiento. Nicolás II volvió a telegrafiar a Guillermo II insistiendo en la necesidad de su mediación.

Las siguientes jornadas no serían menos delirantes. Pese a las supuestas ansias de paz del káiser, el gobierno alemán decretó el 30 de julio una movilización parcial. Cuando la noticia llegó a San Petersburgo, el zar — abatido por la perspectiva de una guerra inminente— no tuvo otro remedio que firmar por la tarde la orden de movilización total.

A la mañana siguiente, el jefe del Estado Mayor germano, el general Helmuth von Moltke, aconsejó a los austríacos que se movilizaran contra la amenaza rusa. Confiado en el apoyo alemán, el gobierno de Viena ordenó el envío de tres millones de hombres a la frontera con Rusia. Esa tarde, Alemania enviaba un ultimátum a los rusos para que cesasen en sus preparativos bélicos, pero la exigencia fue rechazada.

Francia, que tenía una alianza con Rusia, se aprestó a movilizar a sus tropas con la intención de disuadir a Alemania de atacar en el este. Pero el entusiasmo popular desbordó las previsiones. El movimiento socialista francés, contrario a la guerra, se vio sobrepasado de inmediato por el fervor patriótico de los trabajadores y de la población en general, deseosa de ajustar cuentas con los alemanes. Los gritos de «¡A Berlín!» podían escucharse en todo París, mientras los soldados que desfilaban por los bulevares acompañados por el marcial sonido de los tambores eran seguidos por los niños y besados por las mujeres.

El 31 de julio continuaron los preparativos bélicos en las capitales europeas, envueltos en el entusiasmo de las masas. Este tendría su máxima expresión en Alemania al día siguiente, cuando se hizo pública la declaración de guerra a Rusia. Los esfuerzos del zar para que el káiser la revocase fueron inútiles.

Aquí surge una cuestión no resuelta por los historiadores, y es si era posible detener la maquinaria que daría como resultado el estallido de la conflagración. Algunos han definido el comienzo de la Primera Guerra Mundial como la *timetable war* (traducible como «guerra del horario»); la movilización alemana se basaba totalmente en la coordinación de su red ferroviaria para transportar las tropas al frente, y de la sincronización del horario de estos trenes dependía el éxito de la movilización.

Hay que tener en cuenta que solo un cuerpo de ejército requería casi un millar de vagones para la infantería, dos mil para la artillería y cerca de tres

mil para la caballería, además de seis mil para los suministros. Si multiplicamos estos vagones por los cuarenta cuerpos de ejército de que constaban las fuerzas germanas nos haremos una idea del sistema de transporte ferroviario que debía idearse para organizar la movilización. Los alemanes habían trabajado meticulosamente durante años para establecer ese engranaje que, una vez puesto en marcha, ya no podía detenerse; una pequeña duda en la aplicación del plan convertiría ese despliegue perfectamente sincronizado en un completo caos.

Franceses, rusos y austríacos también dependían de complejos planes de movilización para asegurar la concentración de los soldados y su posterior envío al frente. Aunque hoy en día no podemos entender que el camino a la guerra no pudiera detenerse con una simple orden, no hay que perder de vista este factor para tratar de comprender las circunstancias que llevaron a Europa por la pendiente de la guerra sin que, aparentemente, nadie pudiera hacer nada por impedirlo.

AVANCE EN EL OESTE

La estrategia alemana estaba muy clara. Debía derrotar a dos enemigos; Rusia en el este y Francia en el oeste. Teniendo en cuenta que los rusos tardarían más tiempo que los franceses en movilizar a su Ejército, los alemanes planeaban golpear primero en el oeste para después volverse con todas sus fuerzas contra Rusia, aprovechando su excelente red ferroviaria para trasladar rápidamente sus ejércitos de un frente al otro.

La campaña alemana en el frente occidental contaba con un guión establecido desde 1905; se trataba del Plan Schlieffen, por el que se atacaría a Francia a través de Bélgica, evitando así la frontera común, sólidamente fortificada. Los ejércitos germanos avanzarían de este modo hacia París, que caería en seis semanas, y podrían así dirigirse contra Rusia sin temor a la reacción francesa.

En la noche del 1 de agosto, las tropas alemanas entraron en Luxemburgo con el objetivo de apoderarse de un importante empalme ferroviario que comunicaba territorio germano y belga.

En un guiño del destino, ese lugar era conocido como *Las Tres Vírgenes*; una premonición de la suerte que iban a correr Bélgica, Francia y Luxemburgo a manos de los salteadores alemanes.

Poco antes de las diez de la mañana del domingo 2 de agosto se produjeron las primeras escaramuzas en la frontera con Francia. Dos soldados, el teniente alemán Meyer y el cabo francés Peugeot^[2], tendrán el poco envidiable honor de inaugurar la interminable lista de víctimas de la Primera Guerra Mundial. Meyer, a caballo, traspasó la frontera al galope; Peugeot, estupefacto por la visión del soldado teutón en territorio francés, sacó instintivamente su revólver y le disparó, pero el alemán tuvo tiempo de responderle con el suyo, cayendo ambos.

Las confusas pero inquietantes noticias que llegaban del continente llevaron al gobierno de Londres a ordenar el 2 de agosto la movilización total

de la armada. En la tarde de ese domingo, los alemanes entregaron un cínico ultimátum a los belgas para que les permitiesen pasar por su territorio. En él se aseguraba falsamente que los franceses habían penetrado en Bélgica, por lo que a las tropas del káiser se les debía permitir pasar también la frontera para garantizar la seguridad alemana.

El 3 de agosto, el rey Alberto, presidiendo un consejo de ministros reunido de urgencia, rechazó vigorosamente el ultimátum «cualesquiera que puedan ser las consecuencias», lo que provocó de inmediato la declaración de guerra de Alemania. La posición belga no llamaba al optimismo; tan solo disponían de seis divisiones de infantería y una de caballería para oponerse a las treinta y cuatro divisiones del káiser.

Además, solo había reservas de munición para dos semanas. Ese mismo día, Alemania declaró también la guerra a Francia.

A las ocho y dos minutos de la mañana del 4 de agosto, las tropas alemanas franquearon la frontera belga e intercambiaron fuego de fusilería con los gendarmes. El rey Alberto, vestido de uniforme, atravesó a caballo las calles de Bruselas, llamando a la resistencia entre el delirio de sus súbditos. Ese mismo día, los alemanes cruzaron también la frontera con Rusia, pese a que el plan original era concluir la campaña en el oeste antes de lanzarse contra los rusos.

A las once de la noche del 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, amparándose en un tratado de 1839 por el que se garantizaba la neutralidad belga. La participación británica resultó una desagradable sorpresa para el gobierno alemán, que confiaba en que Londres no se involucraría en el conflicto en ciernes. Esta decisión desató en Berlín una gran indignación contra los ingleses, siendo su embajada destrozada por una turba enfervorizada. Pese a que nadie deseaba un conflicto generalizado, en unos pocos días todo un continente se había visto arrojado al camino de la guerra^[3].

En ese momento, casi nadie era consciente de la terrible prueba a la que Europa iba a verse sometida. Los contendientes estaban convencidos de que el conflicto quedaría resuelto en unas semanas, unos pocos meses a lo sumo, y que, en todo caso, las armas ya habrían callado para Navidad. Pero estaban muy equivocados; les esperaban cuatro años de indecibles sufrimientos y un sacrificio de vidas como nunca se había visto hasta entonces.

Quizás, uno de los pocos que advertía la trascendencia de la contienda que

acababa de iniciarse era Von Moltke, el jefe supremo del Ejército germano. En una carta a un amigo, aseguraba el 5 de agosto: «esta lucha decidirá el curso de la Historia por todo un siglo». No se equivocaba en absoluto.

Capítulo 2

1914: MILAGRO EN EL MARNE

Existen momentos puntuales de la Historia en los que está en juego todo el futuro. De lo que sucede en esa hora y lugar depende el devenir de los próximos decenios. Una pequeña variación en el desarrollo de algunos acontecimientos puede marcar la vida de muchas naciones y de millones de personas durante largo tiempo. Eso es lo que ocurriría durante los intensos días que transcurrieron entre el 5 y el 9 de septiembre de 1914.

Aunque los historiadores no han destacado suficientemente la trascendencia de esos cinco días, la realidad es que marcaron de forma determinante el siglo xx. Fue la batalla del Marne, sostenida a las puertas de París, la que acabó con la posibilidad de que las tropas del káiser resolviesen el conflicto en poco más de un mes y la que condujo al continente a una cruel guerra de trincheras que duró más de cuatro años.

Pero antes de relatar la espectacular resurrección de un ejército derrotado, como era el francés, es necesario reseñar la cadena de acontecimientos que llevó al Ejército alemán a tomar posiciones en las cercanías de París, llegando a aproximarse a escasos dieciocho kilómetros de la capital.

LA NEUTRALIDAD BELGA, VIOLADA

Como se ha indicado en el capítulo anterior, los alemanes disponían de la *hoja de ruta* que les debía abrir las puertas de Francia y permitirles la conquista de París: el Plan Schlieffen. Por este plan, ideado por el que fue jefe del Alto Estado Mayor alemán de 1891 a 1905, el mariscal de campo conde Alfred von Schlieffen (1833-1913), se renunciaba a intentar penetrar directamente por la bien defendida frontera francesa, haciéndolo en su lugar a través de Bélgica.

La ofensiva debía ser un golpe contundente, desarrollado a máxima velocidad, para tomar por la espalda a los franceses acantonados en la frontera franco-germana por la espalda. Siguiendo un símil pugilístico, mientras el brazo izquierdo, retraído, tenía la misión de proteger el rostro de Alemania, el puño derecho debía propinar un rápido directo a la mandíbula de Francia. Por lo tanto, la clave era la potencia del ala derecha, la que debía ejecutar el veloz movimiento envolvente que tendría como destino París.

Sin embargo, el jefe de Estado Mayor encargado de poner en práctica este vigoroso planteamiento era el dubitativo y pusilánime Von Moltke. Temiendo que los franceses pudieran penetrar a través de la frontera común, reforzó este sector en detrimento de la fuerza impetuosa que debía atravesar Bélgica. El espíritu de Von Schlieffen, a buen seguro, debía revolverse en su tumba al ver cómo la actitud timorata de su sucesor ponía en riesgo el éxito de su infalible plan.

Además de las inoportunas modificaciones llevadas a cabo por Von Moltke, el punto débil de este brillante plan no era táctico, sino estratégico; la violación de la neutralidad belga, garantizada por Gran Bretaña, podía provocar la entrada de los ingleses en la guerra para defender a los agredidos belgas.

Los alemanes decidieron afrontar esta eventualidad, pero los franceses demostraron ser unos ingenuos. Los planes del Estado Mayor francés no contemplaban la posibilidad de que los alemanes pasaran a través de Bélgica,

al confiar en que el káiser respetaría los acuerdos internacionales.



El Plan Schlieffen, por el que las tropas alemanas invadían Francia atravesando Bélgica y Luxemburgo, en un mapa británico de la época. Los franceses esperaban que el ataque germano se produjese por la frontera común.



Von Moltke, jefe de Estado Mayor alemán, no se ciñó al plan elaborado por Schlieffen para derrotar a Francia. El debilitamiento del ala derecha, ordenado por él, sería determinante para el fracaso final del plan.

Aunque el servicio de información galo se hizo con los detalles del plan gracias a un desertor, el Estado Mayor francés permaneció inactivo, creyendo que una impetuosa ofensiva de su Ejército lograría rechazar el ataque teutón, previsto a través de la frontera común.

Las directrices para hacer frente a una ofensiva alemana, el llamado Plan XVII, no eran más que retórica vacía: «Atacar a ultranza» o «destrozar la voluntad del enemigo».

Estos principios venían a sustituir a otra mentalidad, más defensiva, que había tenido su materialización en el refuerzo de las fortalezas fronterizas, como la de Verdún. Ese nuevo espíritu ofensivo tenía su base teórica en que «el carácter nacional francés exige atacar a la manera de Napoleón». Pero los defensores de esta doctrina no tenían en cuenta que, según la mayoría de teóricos militares, solo se puede atacar con garantías de éxito si se posee una superioridad de tres a uno. En esos momentos, los franceses padecían una inferioridad ante los alemanes en una proporción de dos a tres, por lo que esa táctica ofensiva estaba destinada indefectiblemente al fracaso. Los admiradores de Napoleón no tuvieron en cuenta uno de sus axiomas, el que aseguraba que una batalla se gana o se pierde antes de que suene el primer disparo.

Unas horas después de la declaración de guerra, los franceses pudieron comprobar que los alemanes sabían muy bien lo que debían hacer. El pequeño ejército belga, superado por el germano en una proporción de siete a uno, bien poco podía hacer para resistir.

Una parte se fortificó en Lieja, otra se dirigió al sur para unirse a los franceses y al cuerpo expedicionario británico que había llegado en su socorro, mientras que el grueso de las tropas belgas se concentró en la defensa de Amberes. La resistencia belga, aunque muy meritoria, no detuvo a las tropas del káiser. Lieja y Amberes cayeron en pocos días, y el 18 de agosto los alemanes ya se extendían por toda su geografía.

El que la Gran Guerra sería un conflicto diferente a todo lo que se había visto en Europa se vio desde el inicio. El primer día de la ocupación de Bélgica, la presencia de francotiradores despertó la ira de los alemanes. Aunque el derecho internacional —plasmado en la Convención de La Haya

de 1907— legitimaba la resistencia armada contra un invasor, los alemanes consideraban que la existencia de francotiradores violaba las leyes de la guerra, por lo que llevaron a cabo salvajes represalias contra la población civil en las localidades en las que eran atacados. Fueron trágicamente habituales los fusilamientos de decenas de aldeanos, aunque en algunas ocasiones estos asesinatos llegarían a ser masivos; en Tamines acabaron el 22 de agosto con la vida de 384 hombres, y al día siguiente, en Dinant, fueron masacradas 612 personas, incluyendo mujeres y niños.



La infantería alemana cruza una aldea belga incendiada. La población civil sufrió los excesos de los soldados germanos, que llevaron a cabo asesinatos masivos como represalia a la acción de los francotiradores.

La guerra contra los civiles continuó desde el aire. El 25 agosto, un dirigible alemán dejó caer varias bombas sobre Amberes.

Aunque solo murieron seis personas, se hizo evidente que, al contrario que en las guerras decimonónicas, se trataba de una contienda en la que la distinción entre frente y retaguardia quedaba fatalmente diluida.

Para contrarrestar la victoriosa ofensiva germana en Bélgica, el mariscal Joseph Joffre, jefe del Estado Mayor francés, puso en marcha el referido Plan XVII, que debía ser el *antídoto* contra el Plan Schlieffen. Las tropas francesas

avanzaron a través de la frontera francogermana, ocupando Alsacia y Lorena. El Ejército galo tomó el 8 de agosto la ciudad alsaciana de Mulhouse, pero la ofensiva en Lorena perdió fuelle y quedó detenida. Se llevó a cabo un nuevo intento a través de las Ardenas, pero las defensas germanas permanecieron incólumes.

Los franceses habían cometido un colosal error de planteamiento. No habían comprendido que, gracias a las innovaciones técnicas en el arte de la guerra, era relativamente fácil defender una posición estática con unos pocos hombres. Los jinetes franceses, sable en mano, caían segados por las ametralladoras. La infantería, ataviada con vistosos pantalones rojos y quepis azules, era aniquilada por la artillería pesada y las armas automáticas. Los últimos vestigios de las guerras napoleónicas quedaban destrozados por la potencia de fuego de las armas recién salidas de las factorías alemanas. En solo veinte días, 300.000 soldados franceses habían perdido la vida en la denominada batalla de las Fronteras.

«MINUTO LOCO» EN MONS

El mariscal Joffre, que había enviado a comienzos de agosto dos ejércitos a la frontera belga, la reforzó con parte de las tropas derrotadas en Alsacia y Lorena. Allí se unieron a los 120.000 soldados británicos del mariscal French, llegados el 12 de agosto, dispuestos a hacer frente a los 750.000 soldados alemanes que avanzaban de forma imparable por territorio belga^[4].

Curiosamente, muchos de esos soldados británicos llegaron al campo de batalla en autobuses urbanos de Londres; ante la escasez de vehículos de motor para transportar a las tropas una vez llegadas al puerto belga de Ostende, se emplearon autobuses que habían sido embarcados para cumplir con este cometido. Los *tommies* ^[5] llegaban al frente en los típicos autobuses londinenses de dos pisos, a los que aún no se les habían retirado los letreros que indicaban su recorrido. Así pues, las líneas de Piccadilly o Trafalgar Square les llevaban directamente a primera línea...

El 23 de agosto, los hombres de káiser chocaron con la línea defensiva aliada en la localidad belga de Mons, que estaba fuertemente defendida por tropas británicas. Los soldados alemanes tuvieron allí oportunidad de probar en sus propias carnes la rápida y devastadora cadencia de fuego de los fusileros ingleses, producto de su larga experiencia en las guerras coloniales.

Gracias al fusil *Lee-Enfield* de diez cartuchos y un cerrojo de fácil manejo, los ingleses podían poner en práctica lo que se conocía como el *crazy minute* («minuto loco»), en el que los soldados hacían fuego a la máxima velocidad posible contra un blanco de un metro de diámetro situado a doscientos metros de distancia. El objetivo para cada fusilero era alcanzar el blanco treinta veces, lo que correspondía a un disparo cada dos segundos. Este entrenamiento, repetido hasta la saciedad, era muy útil para rechazar las cargas masivas realizadas por los nativos.

En Mons, los alemanes confundieron el efecto de este demoledor «minuto loco» con el de varias ametralladoras que creían en manos de los británicos. La lluvia de balas provocó numerosas bajas entre las abigarradas líneas

germanas. Los soldados ingleses se sorprendían del efecto mortal que causaban sus disparos; ni tan siquiera era necesario apuntar, tan solo dirigir el fuego hacia la masa de alemanes que avanzaba a la carrera hacia ellos.

El choque hizo rememorar otras épocas al comandante británico al mando de ese sector, Horace Smith-Dorrien, un veterano de la guerra contra los zulúes. Él había sido uno de los cinco únicos oficiales que sobrevivieron en 1879 a la masacre de cerca de dos mil soldados ingleses a manos de los zulúes en la batalla de Isandhlwana. Evidentemente, no existía en todo el Ejército británico un comandante más apropiado para explicar a sus hombres cómo rechazar a un enemigo lanzado al ataque.

Tras varios intentos frustrados de asaltar las posiciones británicas, los alemanes optaron por acabar con su resistencia castigándoles con un intenso bombardeo. Smith-Dorrien, al que, tras su intensa experiencia africana, bien poco le impresionaban las demostraciones germanas, mantuvo la calma en todo momento. Gracias a la artillería propia, los ingleses lograron crear un pasillo por el que pudieron emprender una retirada en orden hacia la frontera francesa.



La caballería pesada francesa desfila por un boulevard parisino antes de marchar al frente. Estaban convencidos de que en pocas semanas desfilarán también por Berlín.

HACIA PARÍS

Los alemanes ya se encontraban en suelo francés, pero los desesperados contraataques galos les hacían variar una y otra vez el plan original. Las tropas que debían atacar París desde el norte se vieron obligadas a descender para taponar algunas brechas provocadas por una feroz ofensiva destinada a romper el frente de avance germano. Pero estos golpes no eran más que los puñetazos al aire de un boxeador sonado. El esfuerzo sin recompensa comenzó a hacer estragos en las filas de la Entente.

Ante la perspectiva cierta de una debacle, el mariscal French solicitó el 31 de agosto regresar a Gran Bretaña con su Cuerpo Expedicionario, una petición que fue rechazada por Londres. Por su parte, los franceses, desfondados, se retiraban en interminables columnas, bajo un sol abrasador, seguidos de cerca por los alemanes.

La derrota parecía inevitable. Los habitantes de París comenzaban a abandonar la capital, temerosos de la inminente llegada de los *boches*^[6]. Un millón de personas se lanzó a las carreteras, rumbo al sur. Los que decidieron quedarse comenzaron a construir trincheras y barricadas en las calles, aunque la confianza en resistir a los alemanes era escasa, como lo demostraba el que el gobierno se trasladase a Burdeos. El inteligente y resuelto general Gallieni se quedó a cargo de la defensa de la ciudad. Había sido *rescatado* de una plácida jubilación —se había retirado en el mes de abril—, al considerarse que era la cabeza más indicada para dirigir la resistencia. Gallieni aceptó, quizás para dedicar la victoria —en la que solo él creía— a su esposa, fallecida el mismo día de la declaración de guerra.



El general francés Gallieni se convirtió en un héroe. Insufló ánimos a los parisinos, logrando que colaborasen decididamente en la defensa de la capital.

Con el recuerdo vivo de los cuatro meses de asedio al que los alemanes la sometieron en 1870, Gallieni ordenó obstruir las vías de acceso a la ciudad, incluidas las alcantarillas, y dispuso el almacenamiento de víveres y munición. Para poder disponer de leche y carne fresca para resistir el previsible sitio, los parques parisinos quedaron poblados de vacas.

La batalla por París se presentaba desigual. Los alemanes disponían para este ataque de 250.000 hombres, mientras que los franceses podían oponer unos 150.000. Muy pocos apostaban por que el impulso germano pudiera ser frenado por unas tropas moralmente derrotadas. En Berlín ya se había acuñado la medalla conmemorativa de la toma de la capital francesa, y el káiser ya había elegido el uniforme con el que tenía previsto desfilarse victorioso por los Campos Elíseos.

Pero entonces ocurre el primero de los milagros que salvarán a la Ciudad de la Luz. La difícil situación que atraviesan los alemanes en la Prusia oriental, ante el empuje de las fuerzas rusas, lleva a Von Moltke a sustraer cinco cuerpos de ejército a las tropas que deben tomar París para reforzar aquel frente. Esta medida inoportuna, causada por un exceso de confianza, será el primer eslabón de la cadena de errores que impedirá a los hombres del káiser tomar la capital enemiga y certificar así la derrota francesa.

El Plan Schlieffen establecía que las tropas germanas debían rodear París por el norte, pasando por la baja Normandía, y atacar por el oeste, entrando así por su *puerta trasera*. De este modo se evitaban las defensas establecidas al este, el camino natural de invasión, en donde se concentraban las tropas francesas y británicas que habían retrocedido desde Bélgica para plantear la última resistencia.

Pero el 30 de agosto los alemanes vislumbran la posibilidad de asestar el golpe de gracia a los tambaleantes ejércitos de la Entente.

Si, en lugar de rodear París, las tropas germanas van al encuentro de estas fuerzas agotadas y las derrotan, la ciudad caerá igualmente y, además se impedirá que puedan restablecerse y suponer un peligro tras la toma de la capital.

El general Von Kluck tiene ante sí la oportunidad irrepetible de protagonizar una victoria deslumbrante, de las que se escriben brillantes páginas en los libros de Historia. La tentación de aplastar totalmente al Ejército francés es demasiado grande. Ese día, envía un mensaje al Cuartel General en el que anuncia su intención de desviarse del plan trazado por Schlieffen y lanzarse a rematar a las fuerzas aliadas. En ese preciso momento, el káiser está visitando el puesto de mando en Luxemburgo, lo que impide valorar detenidamente la decisión de Von Kluck. De forma precipitada se da *luz verde* a su viraje hacia el sur antes de rodear París, lo que constituirá el segundo error grave del mando germano, tras retirar los cinco cuerpos de ejército para enviarlos al frente oriental.



El general Joffre, en el centro, tenía un aspecto afable y bonachón, pero supo mostrarse firme y decidido a lo largo de toda la defensa establecida en el río Marne.

Así pues, los alemanes rectifican su dirección de ataque, que debía rodear París por el norte, y comienzan a desplazarse ante las defensas francesas dispuestas al este de la capital, exponiendo imprudentemente su flanco derecho. El general Gallieni, al conocer la inesperada maniobra teutona gracias a uno de los escasos nueve aviones de reconocimiento con los que cuenta, afirma: «Es demasiado hermoso para ser cierto». Tan solo quedaba saber hasta dónde llegarían los alemanes antes de girar en dirección a la capital, para poder así preparar el ataque contra su flanco.



El general alemán Alexander Von Kluck se equivocó al intentar tomar París por el este. Al exponer su flanco, facilitó el triunfo de los Aliados en la Batalla del Marne.

El siguiente milagro acabará por dejar sin opciones a las fuerzas de Von Kluck. El 1 de septiembre, un oficial de enlace del Ejército germano que viaja en automóvil se equivoca de carretera y va a dar de bruces con una patrulla francesa. Tratando de esquivar sus disparos, se estrella contra un árbol. Al registrar el vehículo, los soldados galos encuentran una cartera de cuero que contiene un mapa. En él se pueden ver anotados a lápiz rojo los ejes de avance de las tropas de Von Kluck, con todo lujo de detalles, incluyendo las cifras de efectivos.

Los franceses se enteran así del punto por el que los alemanes pretenden romper la defensa de París. Von Kluck había fijado su atención en un punto de engarce entre las tropas francesas y británicas, por lo que Joffre podrá diseñar con toda tranquilidad el golpe que romperá el espinazo del avance germano.

FRACASO ALEMÁN

En la tarde del 5 de septiembre comienzan los primeros ataques franceses al flanco alemán, al norte del río Marne. Como una jauría de lobos, los soldados franceses se lanzan a dar feroces dentelladas en el punto débil que ha quedado al descubierto.

Ese empuje endiablado lo encarnará el teniente francés Charles De la Cornillière. Su batallón llega al frente ese 5 de septiembre para sumarse al ataque que está llevando a cabo en esos momentos una fuerza de cinco mil marroquíes. La resistencia alemana en ese punto es obstinada, lo que está provocando numerosas bajas en las filas galas.

Mientras los soldados franceses se ponen a cubierto para protegerse del fuego de las ametralladoras germanas, De la Cornillière permanece en pie, arengando a sus hombres. De pronto, una ráfaga le derriba y comienzan a oírse gritos desesperados entre la tropa: «¡Han matado al teniente! ¡Han matado al teniente!». Unos segundos después, el valiente oficial, gravemente herido, logra incorporarse a duras penas y exclama: «¡Sí, han matado al teniente, pero seguid adelante, muchachos!». De la Cornillière muere poco después, pero sus hombres, espoleados por estas últimas palabras, lograrán hacer retroceder a los alemanes, aunque pagando un espantoso peaje en bajas.



Uno de los taxis Renault que participaron en la batalla del Marne trasladando tropas a primera línea. Hoy puede verse en el museo militar de Los Inválidos.

Al día siguiente de esta violenta acometida francesa, las fuerzas de Von Kluck continúan con el plan previsto y comienzan a girar para adoptar la forma de ariete que debe penetrar en la barrera francesa. Esta maniobra deja un hueco de casi cincuenta kilómetros en sus propias líneas, lo que es aprovechado por franceses y británicos para introducir una cuña de 20.000 hombres.

El clima de terror que se vivía hasta ese momento en la capital gala cambia de repente. Ya nadie habla de huir hacia el sur, sino de colaborar en la férrea resistencia que se está dando a orillas del Marne. Gallieni logra movilizar a toda la población; el episodio más conocido de esta resistencia civil es la aportación voluntaria —aunque más bien habría que hablar de confiscación— de 600 taxis Renault. El 6 de septiembre, ante el colapso de las líneas ferroviarias y la escasez de camiones, parecía imposible enviar refuerzos al frente. Esa tarde, el general espeta a sus colaboradores: «¡Pues que vayan en taxi!». Lo que en un primer momento parece una *boutade*, se convierte en una orden. Así pues, a las diez de la noche comienza la *caza* del taxi por las calles de París; los gendarmes los detienen en plena calle y hacen bajar a sus clientes, enviando a los vehículos a la explanada de Los Inválidos, convertida en improvisado punto de reunión.

Esa misma noche parten los primeros taxis en dirección al Marne. A las tres de la madrugada sale el segundo convoy, integrado por 250 coches. Al día

siguiente continúa el trayecto de ida y vuelta, ante la perplejidad y el ánimo del pueblo de París, que ve en ese inusual espectáculo un estímulo para su moral castigada por las recientes derrotas de su Ejército. Aunque el contingente desplazado al Marne por este inusual procedimiento no es decisivo en términos numéricos, el efecto psicológico será impactante y duradero, logrando recabar el apoyo de la población civil para el esfuerzo de guerra en ese momento crucial para el destino de Francia.

Mientras tanto, las noticias que llegan al cuartel general alemán en Luxemburgo, con el general Von Moltke a la cabeza, no pueden ser más descorazonadoras. La penetración aliada en las filas germanas amenaza con provocar un desastre de grandes dimensiones si consiguen partirlas en dos, por lo que empieza a abrirse paso el convencimiento de que la mejor decisión es retirarse del Marne en dirección al norte, hasta el río Aisne. Pero Von Moltke, indeciso, duda entre ordenar a Von Kluck la retirada o mantener un tiempo más la apuesta, por si su subordinado logra enderezar su precaria situación en el Marne.

De nuevo queda claro que el mayor pecado que puede cometer un jefe militar es la indecisión. Von Moltke decide enviar a un oficial de enlace para que le pueda transmitir de primera mano lo que está ocurriendo en el frente. Una vez llegado al Marne, el 9 de septiembre, el enviado se extralimita en sus funciones, presionando de forma inusitada a Von Kluck para que se retire, pese a no llevar ninguna orden al respecto. Ese mismo día, Von Kluck accede a ordenar el repliegue en dirección al Aisne, pese a estar convencido de que todavía puede abrirse paso a través de las defensas galas. Quizás estaba en lo cierto, puesto que los aliados estaban dando ya muestras de agotamiento, como lo demuestra el que luego fueran incapaces de perseguir a los alemanes. La *venganza* de estos últimos, al retirarse, será dar buena cuenta de las bodegas de los lugares que van atravesando, dejando centenares de miles de botellas de champán rotas.

Más tarde, Von Kluck confesaría que no esperaba encontrarse ese espíritu de resistencia en el Ejército francés: «No habíamos previsto que unos hombres que habían retrocedido diez días, durmiendo en el suelo y destrozados por la fatiga, fueran todavía capaces de tomar su fusil y atacar de ese modo». Pero la culpa de su fracaso no había que achacarla a la brava resistencia de su enemigo, sino a los errores propios y ajenos que habían llevado a sus tropas a regresar por el mismo camino que poco antes les había conducido triunfalmente hasta los umbrales de la capital francesa. El más

grave había sido desviarse del Plan Schlieffen y no tener presentes, según la leyenda, las últimas palabras que su autor pronunció antes de morir: «Atención al flanco derecho...» Del mismo modo que es dudoso que Von Schlieffen hiciera esa última recomendación, también forma parte del mito la conversación telefónica que, supuestamente, mantuvieron Von Moltke y el káiser tras confirmarse la retirada en el Marne. En ella, el jefe supremo del Ejército alemán confesó al Emperador: «Majestad, hemos perdido la guerra». Aunque es poco probable que Von Moltke exhibiese tal muestra de derrotismo, la verdad es que los alemanes habían perdido su gran oportunidad para vencer de forma rápida y contundente. La toma de París seguramente habría supuesto el final del conflicto. Además, si consideramos que la Segunda Guerra Mundial tenía sus raíces en el conflicto de 1914, quién sabe si esta jamás se hubiera producido de haber finalizado en ese mismo año.

Habiendo sido derrotada a las puertas de París, Alemania había desaprovechado su única posibilidad de obtener la victoria.

Teniendo en cuenta el enorme potencial de sus enemigos, enfrentarse a una larga guerra de desgaste era un suicidio estratégico. Pero aún quedaba mucho tiempo hasta que los alemanes llegasen a esa conclusión.

En ese momento, tras la contención de la ofensiva germana a orillas del Marne, comenzó la que se dio en llamar «la carrera hacia el mar». La guerra de movimientos se basaba en rodear al enemigo por alguno de sus flancos, y eso fue lo que ambos contendientes intentaron. Cada una de estas maniobras era respondida con otra similar, por lo que los ejércitos se vieron lanzados a una veloz carrera en paralelo que no acabaría hasta llegar a la costa.

El fracasado von Moltke fue sustituido por von Falkenhayn al frente del Estado Mayor imperial, al que se le dio un plazo de seis meses para dejar finiquitada la guerra en el oeste. En noviembre, von Kluck intentó enmendar su frustrada conquista de París tratando de romper las líneas aliadas en un frente de cien kilómetros, entre la frontera belga y el río Aisne, en la que sería la primera batalla de Ypres. Las embestidas teutonas fueron rechazadas por soldados británicos y belgas. A finales de noviembre se hizo evidente que ya no se produciría ningún avance, por lo que se detuvo la ofensiva.

Una larga línea de trincheras cubría ahora la distancia entre el mar del Norte y los Alpes. Los aliados habían logrado adelantarse a los alemanes en el control de la costa del canal de la Mancha, lo que resultaría vital para poder garantizar el envío de suministros. El frente quedaría prácticamente

inamovible durante más de tres años, produciéndose variaciones que no sobrepasarían los quince kilómetros por cada lado. Había dado comienzo la guerra de trincheras.

EL «RODILLO RUSO»

Aunque la atención europea estaba centrada en los acontecimientos que se vivían en Bélgica y Francia, la guerra también había estallado en el este. El 20 de agosto, los ejércitos rusos se habían puesto en movimiento. De inmediato surgió un mito que pretendía dar una imagen gráfica del extraordinario potencial de las tropas del zar; la prensa mundial, para referirse a ellas, empleó la metáfora del «rodillo».

Rusia contaba con una fuente inagotable de soldados, dispuestos a dar su vida por el zar. Su fervor era desmedido, pero el armamento con el que contaban era insuficiente y anticuado. No disponían de artillería y los fusiles eran escasos; muchos soldados estaban pertrechados solamente con cuchillos o palos. Este ejército, más propio de la Edad Media que del siglo xx, estaba dirigido por el tío del zar, el gran duque Nicolai Nicolaievich, expeditivo y de carácter despótico.

Si las fuerzas rusas sufrían estas limitaciones, el ejército austrohúngaro tampoco demostraba estar preparado para la guerra moderna. El 12 de agosto se habían lanzado contra Serbia, que había reunido 300.000 hombres para defender su pequeño país. La ofensiva austríaca fue un desastre y los serbios se permitieron incluso contraatacar y ocupar varios distritos del sur del Imperio. El 20 de agosto, los rusos hicieron honor al apelativo concedido por la prensa y arrollaron a las vanguardias austrohúngaras, irrumpiendo en la Galitzia polaca.

Mientras tanto, el rodillo ruso avanzaba por el Báltico para someter a los alemanes al mismo castigo. Pero las tropas del káiser contrarrestarían su inferioridad numérica con una gran inteligencia y habilidad. Los rusos dividieron sus fuerzas en dos ejércitos; uno que avanzaría sobre Prusia por el este, dirigido por el general Parel Rennenkampf^[7], y otro por el sudeste, con el general Alexander Samsonov a la cabeza. El tándem germano formado por el mariscal Hindenburg y el general Ludendorff debía afrontar la tenaza que pretendía dibujar el ataque ruso.



Puesto de artillería serbia. Los austríacos creían que la conquista de Serbia sería un paseo, pero encontrarían muchas más dificultades de las que preveían.

La jugada defensiva de los alemanes fue absolutamente genial; en primer lugar se logró contener el avance de Rennenkampf, que había quedado agotado por sus propias limitaciones y por la política de tierra quemada emprendida por los defensores germanos. Seguidamente, gracias a la excelente red de ferrocarril alemana, trasladaron esas mismas tropas al sur, para frenar también el avance de Samsonov, lo que lograron el 29 de agosto en la batalla de Tannenberg.

Durante las operaciones, los rusos se comunicaban por radio sin codificar, por lo que los alemanes tuvieron un conocimiento detallado de las intenciones enemigas. De la batalla de Tannenberg surgiría el mito de los soldados rusos hundiéndose en tierras movedizas, una escena que quedó reflejada en numerosas ilustraciones de la época. En realidad esa circunstancia no ocurrió. Según explicó Ludendorff, «los informes que dicen que los rusos fueron empujados hacia los pantanos y que allí murieron son un mito, pues no se veía ningún pantano por ninguna parte». Por su parte, el flanco más fuerte del avance ruso, el de Rennenkampf, no acudiría en auxilio de sus compatriotas, una actitud en la que quizás tenía algo que ver la enemistad manifiesta entre ambos generales, un hecho al que no eran ajenos los alemanes.



El compenetrado tándem formado por Hindenburg y Ludendorff se mostró como un dúo imbatible en el terreno militar. Los rusos serían las primeras víctimas.



Las tropas alemanas, bien atrincheradas, esperan con tranquilidad un ataque ruso en los lagos masurianos.

Las fuerzas del káiser, envalentonadas por su victoria en Tannenberg, lanzaron después un ataque en los Lagos Masurianos contra la fuerza de Rennenkampf, lo que provocó su retirada el 10 de septiembre dejando atrás 150.000 hombres y 150 cañones. El «rodillo ruso» había sido momentáneamente detenido.

Pero el 3 de septiembre los ejércitos zaristas habían reanudado su ataque

en Austria-Hungría, consiguiendo llegar a las estribaciones de los Cárpatos. Más al norte, la caballería rusa logró desbordar a los alemanes, que iniciaron la retirada. Las tropas comandadas por Nicolaievich llegaron a 250 kilómetros de Berlín y a amenazar seriamente Budapest, pero en ese momento se hizo evidente que el Ejército ruso no estaba preparado para una gran ofensiva. El espectacular avance se vio frenado por sí mismo, debido a la defectuosa intendencia, incapaz de trasladar armas y munición a la línea del frente.

Aunque el esfuerzo ruso no dio sus frutos, indirectamente sí que ayudó a que sus aliados occidentales consiguieran detener a los alemanes. Las necesidades de Hindenburg y Ludendorff para proteger las fronteras orientales requirieron el traslado a ese escenario de varias divisiones destinadas a la toma de París, tal como hemos visto anteriormente. Si Von Kluck hubiera contado con esos refuerzos, la batalla del Marne hubiera podido tener un desenlace diferente.

En cuanto al conflicto que había desencadenado la conflagración, el contencioso entre Austria y Serbia, el mes de diciembre fue pródigo en acontecimientos. La recuperación de las fuerzas imperiales permitió expulsar a los serbios de territorio austríaco y, aprovechando el impulso, llegaron a tomar Belgrado. Los austríacos, eufóricos, se lanzaron a una ofensiva en el interior del país balcánico, pero las tropas locales les propinaron una contundente derrota en una zona montañosa, causándoles más de 100.000 bajas.

Belgrado fue recuperada. A finales de año, las posiciones eran las mismas que antes de la guerra.

Los austríacos no habían logrado mantener bajo su dominio la capital serbia. Ni alemanes ni franceses habían conseguido tomar las respectivas capitales. Los objetivos trazados durante el verano no se habían cumplido, y la euforia de los primeros momentos de la contienda parecía ya un lejano recuerdo.

Esta guerra no tenía nada que ver con las anteriores; los hombres se encontraban ahora agazapados en trincheras, sin comprender cómo habían llegado hasta allí y sin albergar demasiadas esperanzas de lograr una rápida victoria, tal y como se les había prometido. Pero aún no habían visto nada; el catálogo de los horrores que les esperaban ni tan siquiera se había abierto...

Capítulo 3

1915: BUSCANDO EL PUNTO DÉBIL

La estabilización del frente occidental a finales de 1914 supuso un duro e inesperado golpe, tanto para los respectivos Estados Mayores como para los propios soldados.

Todos aquellos hombres que habían partido en el mes de agosto dispuestos a desfilan victoriosos por la capital enemiga en unas pocas semanas, y a regresar al hogar antes de Navidad, comprendieron que eso ya no sería posible.

Los Ejércitos se encontraron con una situación que nadie había previsto. El frente se extendía a lo largo de 560 kilómetros, guarnecido por millones de soldados. La consolidación de este inmenso frente hacía ya imposible una maniobra envolvente; los asaltos frontales chocaban contra una barrera inexpugnable de alambradas y ametralladoras.

Este punto muerto tampoco podía romperse desde el mar, puesto que la armada germana se encontraba fondeada en sus puertos, fuertemente protegidos de indeseadas incursiones, eludiendo así el combate contra los buques británicos, que tenían el dominio absoluto de los océanos.

Pero los que sufrían en mayor grado esa impotencia para resolver de manera rápida el conflicto eran los soldados que se encontraban en las trincheras del frente occidental. Con la llegada del invierno, los soldados se vieron sometidos allí a unas condiciones inhumanas. En esos primeros momentos, las trincheras no eran más que zanjas improvisadas en las que no existía ningún sistema de drenaje, por lo que se encontraban siempre encharcadas, a lo que había que sumar el frío y la nieve. Para protegerse de los elementos solo contaban con su capote o con toldos extendidos sobre maderos.

Los más privilegiados habitaban reductos excavados en la tierra, en los

que, pese a no disfrutar de unas condiciones higiénicas mínimas, se encontraban al menos a salvo de los martilleantes bombardeos.

La perspectiva de pasar todo el invierno en las trincheras provocó un gran malestar en las tropas, cuyo único deseo era regresar a casa para reencontrarse con sus familias. Este sentimiento era compartido por los soldados de ambos bandos, como se comprobaría al llegar las fechas navideñas.

LA TREGUA DE NAVIDAD

En la Navidad de 1914 ocurriría un hecho sin precedentes en la historia militar. Con el paso del tiempo, lo sucedido en aquella jornada se ha convertido en un mito que ha apoyado la creencia de que la guerra es capaz de revelar también lo mejor del ser humano.

Aquella Nochebuena, siguiendo la tradición de su país, las tropas alemanas comenzaron a lo largo de todo el frente a entonar canciones, a la vez que colocaban sobre el borde de los parapetos árboles decorados con luces. Estos pequeños abetos habían sido enviados a miles por orden expresa del káiser para que sus soldados pudieran celebrar la Navidad, además de raciones extra de pan, salchichas y licores.

Los soldados franceses y británicos no podían creer lo que veían: ¡árboles de Navidad iluminados en las trincheras enemigas! La cantidad de abetos fue tal, que en varios puntos del frente había un árbol cada cinco metros. Esa poética visión ayudó a crear un clima irreal, en el que los soldados aliados no tardaron en convertirse en protagonistas, uniéndose a los cánticos de los alemanes o incluso realizando peticiones de piezas concretas.



En la Navidad de 1914 se produjo una insólita tregua entre las tropas que combatían en el frente occidental. Esta postal alemana recogió el espíritu navideño que hizo posible esa confraternización entre los contendientes.

Al despuntar el alba, algunos soldados alemanes comenzaron a agitar banderas blancas y a salir desarmados de sus trincheras, dirigiéndose con paso dubitativo a tierra de nadie. En un primer momento, los aliados vacilaban en acudir a su encuentro, pero pronto comprobaban que la maniobra de acercamiento de los alemanes era sincera. Los hombres que hasta ese mismo día habían estado matándose estaban ahora a medio camino de sus posiciones, compartiendo tabaco, alcohol o chocolate, mostrándose las fotografías de sus esposas e hijos o intercambiándose recuerdos.

Los gestos de confraternización continuaron durante toda la jornada. En ese singular día de Navidad, cada bando pudo recoger a sus compatriotas muertos en los combates de los días anteriores y darles sepultura. En algunos lugares se celebraron ceremonias religiosas conjuntas e incluso se improvisaron partidos de fútbol.

Uno de los testimonios más ilustrativos es el de Bertie Felstead, fallecido en 2001 a la proveya edad de 106 años, siendo en ese momento el hombre más viejo de Gran Bretaña. Felstead recordaba que al atardecer del día de Nochebuena escucharon los acordes de un villancico procedente de las

trincheras enemigas, situadas a unos escasos cien metros, lo que les transmitió un sentimiento de paz y esperanza, pero aun así no llegó a establecerse ningún tipo de comunicación entre los dos bandos.

A la mañana siguiente, las cosas cambiarían; los alemanes comenzaron a salir de las trincheras, caminando hacia las líneas inglesas. Felstead y sus compañeros hicieron lo mismo, saliendo a campo abierto para abrazar a sus enemigos. Los combatientes intercambiaron cigarrillos, aunque eran conscientes de que aquello duraría muy poco.

«Sabíamos perfectamente que aquella situación era irreal, ya que les estábamos felicitando las fiestas ¡a las mismas personas a las que íbamos a intentar matar al día siguiente!».

Fue en esos momentos cuando a alguien se le ocurrió amenizar el insólito encuentro con un partido de fútbol:

«Fabricaron algo parecido a una pelota —recordaba Felstead— y comenzamos a jugar, aunque la verdad es que no se puede hablar de partido porque de cada lado había por lo menos cincuenta soldados, y nadie se encargó de contar los goles...».

Después de una media hora de partido, se oyó la voz de un comandante: «¡Hemos venido aquí para combatir a los *hunos*, no para hacer amistad con ellos!». Una descarga de artillería desde las filas británicas acabó con el espejismo. Volvía la cruda realidad.

A lo largo de toda la jornada de Navidad no hubo prácticamente intercambio de disparos en todo el frente. Tan solo la Legión Extranjera, en Alsacia, no respetó esta tregua tácita y lanzó un ataque contra las líneas alemanas.

Las noticias que relataban estos inesperados episodios de amistad en el frente llegaron a los cuarteles generales, causando sorpresa y estupor. De inmediato se impartieron órdenes a los oficiales para que entregasen un informe detallado de lo ocurrido e impidieran que volviera a ocurrir, tomando represalias contra los que habían mostrado una actitud más condescendiente con el enemigo. Las unidades de uno y otro bando menos dispuestas a proseguir la lucha fueron desmembradas y distribuidas en otros sectores. Un número indeterminado de soldados franceses fue pasado por las armas como escarmiento. Los alemanes poco combativos serían enviados al frente oriental.

Las cartas en las que los soldados relataban a sus familias los pormenores de esa insólita celebración navideña fueron destruidas.

Los franceses pusieron un especial empeño en confiscar los negativos de las instantáneas que algunos soldados habían tomado durante la tregua, en donde podían verse a los hombres de uno y otro bando posando amistosamente ante la mirada del fotógrafo improvisado.

Una de estas imágenes no pudo ser interceptada por la censura y acabó siendo publicada a toda página en la portada de un diario londinense, el *Daily Mirror*, pero las informaciones relativas a este episodio desaparecieron rápidamente de los periódicos siguiendo consignas de los gobiernos.

Poco a poco, la vida en el frente retomó la dinámica anterior, y la tregua navideña pasó a ser un recuerdo agradable diluido en la realidad de una guerra despiadada. Aunque las altas esferas militares se encargaron de que aquel inesperado entendimiento no tuviera continuidad, al menos sirvió para que los hombres de ambos bandos comprendiesen que les unían los mismos temores y que, por lo tanto, no eran tan diferentes como los que les habían lanzado a aquella guerra inhumana les habían intentado hacer creer^[8].

Pero el sentimiento que engendró aquella tregua navideña no se vería erradicado del todo con la represión posterior. Con el transcurso del conflicto, en muchos puntos del frente occidental se asistió a una monótona rutina, en la que el lento e inexorable paso de los días acabaría convirtiendo a los enemigos en compañeros de infortunio, compartiendo el frío y el calor, idéntica lluvia, el omnipresente barro, un hambre semejante o las mismas ratas y piojos.

Un soldado alemán recordaba tras la guerra que, mientras estaban preparando la comida en su trinchera, un vigía francés que estaba en una posición avanzada desde la que observaba las líneas germanas les gritó si podía ir a comer con ellos. Los alemanes, convencidos de que se trataba de una broma, le contestaron: «¡Estás invitado!».

Ante el asombro de los soldados teutones, el francés se acercó y se sentó entre ellos, presentando su escudilla para que se la llenaran con el rancho. El sorprendido cocinero le sirvió, y de este modo se inició un insólito almuerzo de hermandad que se repetiría en las jornadas siguientes. El *poilu*^[9] se presentaba cada día puntualmente a la hora de la comida, hasta que un oficial alemán ordenó poner fin a esa confraternización, al considerar que estaban allí para matar franceses, no para darles de comer.

Después de la guerra, Anderson desarrolló su carrera profesional como asistente personal de un capitán que era tío de la reina Isabel. En 1998 fue condecorado por los franceses con la Legión de Honor, en un reconocimiento simbólico a aquellos hombres que participaron en la mítica tregua.

Otro ejemplo de la solidaridad espontánea entre combatientes tendría como protagonistas a los soldados británicos del Regimiento de Lancashire. En una ocasión, los alemanes lanzaron sobre una de sus trincheras una piedra con un mensaje atado a ella. En él se podía leer:

«Queremos advertiros de que esta tarde os dispararemos un obús. No es nuestra intención haceros ningún daño, pero el oficial nos obliga a disparar al menos uno al día. El disparo será a las seis, pero avisaremos poco antes con un silbato para que os pongáis a cubierto».

Tal como rezaba la nota, poco antes de la seis se oyó un silbato en las filas alemanas. Los ingleses pudieron ponerse a cubierto y a las seis en punto un obús cayó sobre sus trincheras, sin provocar ningún daño personal.

De todos modos, al igual que con la tregua navideña, los mandos militares de ambos bandos hicieron todo lo posible para que estas actitudes no pasasen de ser simples anécdotas.

«LA GUERRA SERÁ LARGA»

El año nuevo llegó con la evidencia de que se había planteado un nuevo tipo de guerra. En 1915, el tiempo de las maniobras envolventes ya había pasado y la resolución de la contienda se adivinaba lejana. Por toda Europa se extendió resignadamente una amarga frase: «La guerra será larga».

La Entente contempló cómo los alemanes se hacían fuertes en sus líneas de defensa. Al situar el frente oriental como objetivo principal, Alemania estableció una estrategia conservadora en el oeste, destinada a mantener sus posiciones en Bélgica y Francia a la espera de que la victoria sobre los rusos hiciera posible lanzar de nuevo una gran ofensiva. Así pues, los alemanes mejoraron el sistema de trincheras, protegiéndolas con alambre de espino y reforzando algunas posiciones con hormigón. De este modo, refugiados en sus posiciones defensivas, concedían la iniciativa a los Aliados.

A comienzos de año, los franceses aceptaron el envite. Al constatar que la línea del frente alemán había adquirido forma de media luna, creyeron que, si lograban romper esa línea por los flancos, podrían impulsar un golpe de hoz que desgajaría ese amplio sector.

Así pues, las tropas galas lanzaron un fuerte ataque en el flanco sur, en la región de Champaña, un intento de ruptura que se repetiría en febrero y marzo. Pero las cargas de la infantería se verían atascadas por el barro y las alambradas. Los que superaban esos obstáculos eran segados por las ametralladoras alemanas. La ofensiva, liderada por Joffre, el vencedor del Marne, tuvo que ser detenida.

En mayo y junio de 1915, franceses y británicos lo intentarían en el flanco norte de esa media luna, en Artois, pero finalmente se retirarían tras perder más de 100.000 hombres. Insistiendo en estos mismos escenarios, el 25 de septiembre se desataría una gran ofensiva en forma de tenaza, simultáneamente en Champaña y Artois.

En Champaña, los alemanes pondrían en práctica uno de sus *trucos*

favoritos; se replegaron ante el ataque aliado, pero apoyándose en una segunda línea fortificada, a la que los franceses llegaron agotados, siendo aniquilados por las bien asentadas ametralladoras germanas. En Artois el resultado para los Aliados fue incluso peor, puesto que los atacantes no disponían de artillería pesada para despejar el camino, por lo que fueron barridos con suma facilidad.

Pero las tropas germanas tampoco habían demostrado poseer demasiados recursos para romper el frente. Pese a su estrategia defensiva global, los alemanes intentaron hacerse con áreas determinadas que les podían proporcionar una posición más favorable.

En enero lanzaron con éxito una ofensiva limitada contra Soissons, pero la penetración no pudo continuar y las posiciones conquistadas fueron abandonadas en septiembre. Las tropas del káiser también fracasaron en su intento de tomar Reims, de gran valor simbólico para los franceses.

Todos estos episodios dejaban bien claro que las mejoras técnicas habían sobrepasado ampliamente a la evolución de las tácticas, la mayoría de ellas ancladas en el siglo XIX. Los atacantes resultaban siempre perdedores en su duelo con defensores pertrechados con armas tan efectivas como la ametralladora. El frente occidental se mostró inamovible.

Ya a finales de 1914 se habían estudiado otras posibilidades para ganar la guerra. Los británicos, fieles a su tradición, optaron por plantear un ataque indirecto contra sus enemigos continentales. La idea surgió de la mente de Winston Churchill, entonces primer Lord del Almirantazgo, el cargo equivalente a ministro de Marina. En esos momentos, la *Royal Navy* se limitaba a ejercer el bloqueo marítimo de Alemania, lo que parecía una misión poco lucida para la que era indiscutiblemente la primera marina de guerra del mundo.

Churchill, haciéndose eco de las peticiones de los jefes navales, creyó que había llegado el momento de acometer empresas de mayor envergadura, que pudieran dar un giro decisivo a la contienda.

Para defender la necesidad de explorar esos nuevos caminos, Churchill preguntó a sus compañeros de gabinete el día de Navidad de 1914: «¿No hay más alternativa que la de enviar a nuestros soldados a roer las alambradas de Flandes?».

El 15 de enero, el Consejo de Guerra aceptó la iniciativa de Churchill. La

Royal Navy tendría su oportunidad.

FIASCO EN LOS DARDANELOS

Los ojos de Churchill se posaron en Turquía como víctima propiciatoria del avasallador poderío naval británico. La entrada del Imperio otomano en la guerra del lado de Alemania y Austria-Hungría convertía a este país —que era conocido en las cancillerías con el apelativo de «el enfermo de Europa»— en el eslabón más débil de la cadena.

El plan consistía en que un escuadrón de barcos británicos atravesase rápidamente el paso de los Dardanelos y amenazase Constantinopla. El estrecho, de 60 kilómetros de largo, conecta el mar Egeo con el mar de Mármara, en cuya orilla oriental se encuentra la capital turca. Esta acción tan audaz podía devengar grandes beneficios, ya que abriría una ruta marítima de apoyo a Rusia y además colocaría a los países balcánicos en buena disposición para unirse a la causa aliada. Por lo tanto, este ataque contra un imperio caduco, que se preveía rápido y poco costoso, rompería el equilibrio del lado de la Entente y podría precipitar el final del conflicto.

El Imperio otomano, en apariencia, no era rival para el británico. En las últimas décadas había sufrido una continua pérdida de territorios (Serbia, Montenegro, Rumanía, Bulgaria, Bosnia, Libia, Egipto y Persia) y, dada su decadencia a ojos vista, no daba la sensación de que pudiera romper esta tendencia. Pero los ingleses no habían prestado suficiente atención al movimiento reformador impulsado por los Jóvenes Turcos, un grupo nacionalista que había tomado el poder en 1908 y que estaba dispuesto a sacar al país de su atraso secular.

Las guerras de los Balcanes habían debilitado el poder militar otomano, pero los soldados y oficiales que habían sobrevivido, endurecidos por el combate, acumulaban una experiencia con la que no contarían sus adversarios de la Entente. Los asesores militares alemanes que, desde el verano de 1914, colaboraron en la modernización del Ejército turco, con el general Otto Liman Von Sanders a la cabeza, lograron que las fuerzas otomanas adquiriesen las pautas de organización de los ejércitos occidentales, además de dotarlas de

armamento moderno.

La entrega a Turquía de dos cruceros, el *Goeben* y el *Breslau*, tras burlar a la flota británica en el Mediterráneo en una heroica singladura, acabó de decantar a Constantinopla hacia los Imperios Centrales; el 1 de octubre cerró los Dardanelos a la navegación internacional, dejando aislada a Rusia, y el 5 de noviembre declaró la guerra a la Entente.

Los detalles de los aires reformadores del ejército otomano llegaron a oídos de Churchill, pero, si en algún momento llegaron a inquietarle, la primera operación militar llevada cabo por las fuerzas turcas en territorio ruso acabaría de despejar las dudas que pudiera tener sobre su supuesta debilidad. El estado de descomposición en el que se encontraba el Ejército turco había quedado en evidencia durante la campaña que había llevado a las tropas turcas a enfrentarse a los rusos por la posesión de la fortaleza de Kars y el puerto de Batum, al sureste del mar Negro, que habían sido anexionados por Rusia en 1878, tras el último enfrentamiento entre ambos imperios. Pese a que los alemanes lo habían desaconsejado, los turcos se lanzaron en pleno mes de diciembre contra las posiciones rusas. El frío y las tormentas de nieve diezmaron a las tropas otomanas que, sin medios y evidenciando una gran descoordinación, no fueron rivales para las aposentadas fuerzas rusas.



Un grupo de soldados australianos se baña despreocupadamente en el puerto egipcio de Alejandría, antes de embarcarse rumbo a Gallípoli. Sedientos de exóticas aventuras, acabarían dándose de bruces con la cruel realidad de la guerra.

El mayor encuentro armado se produjo en la batalla de Sarikamis, entre el 29 de diciembre de 1914 y el 2 de enero de 1915, en la que los otomanos fueron derrotados de forma apabullante. Pero lo peor para los soldados turcos llegaría tras la batalla; la retirada se convirtió en desbandada, en la que los hombres morían congelados mientras eran hostigados día y noche por los

rusos. Se calcula que de los más de 90.000 soldados turcos que participaron en la batalla, menos de 15.000 lograron regresar. Sarikamis fue más tarde descrita por un oficial alemán destinado en Turquía como «un desastre sin parangón en la historia militar por su rapidez y completitud».

Por tanto, la debacle turca convertía a este país en un inofensivo *sparring*, del que no cabía esperar una reacción que pudiera poner en excesivos problemas a los Aliados. La operación del paso de los Dardanelos solo podía temer a un enemigo, aunque nada despreciable; los fuertes que flanqueaban el estrecho, que en su punto más angosto tenía una anchura de un kilómetro y medio. Churchill confiaba en que los potentes cañones de su flota destruirían estos fuertes y que los barcos británicos pondrían proa a toda máquina hacia Constantinopla.

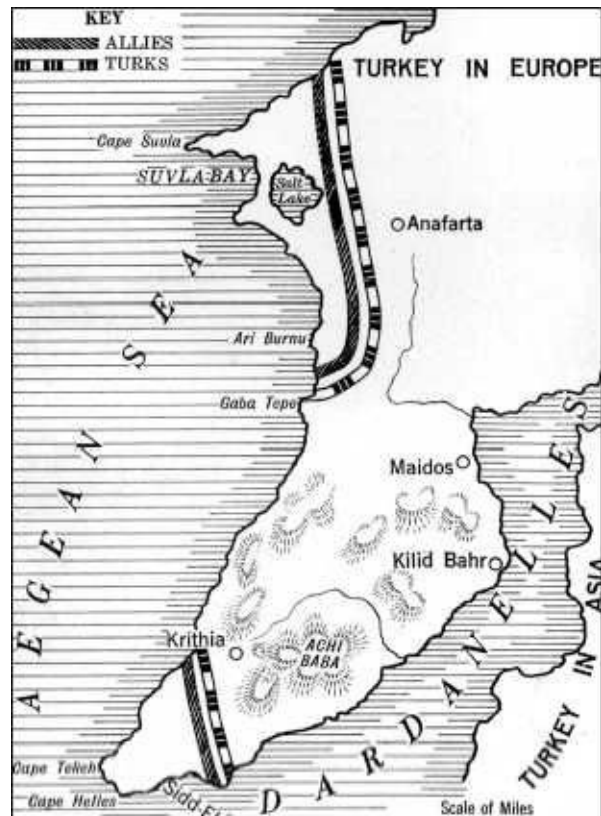


Un cañón británico en plena acción en el Cabo Helles, en Gallípoli, en junio de 1915. Los Aliados encontraron en los turcos unos duros oponentes.

A priori, los planes del Almirantazgo no eran en absoluto descabellados. En caso de que la operación se saldase con un inesperado fracaso, a lo sumo se perderían algunos barcos pero, si se lograba forzar el estrecho, se abrían muchas perspectivas, todas ellas muy halagüeñas para los Aliados. Por lo tanto, la relación entre lo poco que se arriesgaba y lo mucho que se podía conseguir inclinaba la balanza hacia la puesta en marcha del plan.

La flota británica, con la colaboración de barcos franceses, se plantó a las puertas de los Dardanelos el 19 de febrero de 1915. La operación no pudo comenzar mejor; en una semana, los fuertes que protegían la entrada al estrecho habían sido neutralizados por los cañones ingleses. Pero entonces surgió el primer contratiempo; los acorazados no podían seguir adelante por temor a las minas —tres de ellos resultaron hundidos por esta causa—, pero los dragaminas tampoco podían avanzar al encontrarse en el radio de tiro de los fuertes del interior del estrecho, que no habían podido ser destruidos al quedar fuera del alcance de los acorazados. Como un pez que se muerde la cola, los acorazados no avanzaban al no poder proteger su propio avance. El resultado fue que la flota británica quedó atascada a la entrada del estrecho.

En ese momento, la decisión más inteligente hubiera sido retroceder y dejar la operación para otro momento, aunque la *Royal Navy* se dejase en los Dardanelos algunos jirones de su prestigio. Sin embargo, los almirantes británicos no deseaban que su historial se viese manchado por esa retirada, por lo que propusieron que el Ejército se encargase de eliminar la amenaza de los fuertes con un ataque terrestre. Churchill, por su parte, o no supo o no quiso oponerse a esta improvisada ampliación del plan. Aunque el Ejército era reticente a prestarse a esa incierta aventura, finalmente cedió, aportando 75.000 hombres para ser enviados a Gallípoli, la alargada península que constituía la orilla norte del paso de los Dardanelos. La operación, en un principio exclusivamente naval, se le había ido de las manos a Churchill, cobrando vida propia.



Mapa publicado por la prensa británica de la época mostrando las posiciones enfrentadas de las tropas aliadas y turcas en la península de Gallípoli, en el estrecho de los Dardanelos.

Pero la *Royal Navy* dispondría aún de una última oportunidad para forzar el paso de los Dardanelos. Al amanecer del 18 de marzo de 1915, la flota aliada abrió fuego de nuevo contra los fuertes. Los prevenidos otomanos, bien asesorados por expertos alemanes, habían reunido en ellos toda la artillería pesada de que disponían, incluyendo cañones montados sobre vagones de ferrocarril y piezas navales desmontadas de sus propios barcos. Pese al intenso bombardeo que estaban sufriendo, los artilleros turcos infligieron un duro castigo a los atacantes, hundiendo tres acorazados y dejando otros tres fuera de combate. Al mediodía, los Aliados comenzaron la retirada; lo que no sabían en ese momento es que casi todos los fuertes habían agotado la munición y que los dos principales disponían tan solo de una docena de proyectiles. Si el ataque de la flota aliada hubiera durado una hora más, seguramente hubieran podido alcanzar su objetivo de atravesar los Dardanelos y avanzar hacia Constantinopla.

Tras el fracaso definitivo de la *Royal Navy*, se dio *luz verde* al envío de la infantería a Gallípoli, con el objetivo de neutralizar los fuertes en un ataque terrestre. El peso del desembarco estaría en manos de los soldados voluntarios

australianos y neozelandeses, conocidos como Anzac (*Australian and New Zealand Army Corps*), que habían acudido de forma entusiasta en auxilio del Imperio Británico. Estos jóvenes, cuyo horizonte vital solía limitarse a las llanuras en donde pastaban sus ovejas, encontraron de repente la posibilidad de escapar de esa anodina existencia y viajar a la soñada Europa. Aunque nadie les supo explicar el motivo exacto del litigio de sus respectivos países contra Turquía y la razón por la que debían matar a unos soldados que, al fin y al cabo, defendían su propio hogar, eso no pareció importarles demasiado.

Australianos y neozelandeses ardían en deseos de luchar en los Dardanelos. Los episodios que habían estudiado en los libros de historia se hacían ahora presentes. Alejandro Magno o Jerjes de Persia, al mando de sus ejércitos, habían atravesado el estrecho, conocido en la Antigüedad como el Helesponto, que separaba a Europa de Asia. En esa misma región se encontraba también la mítica ciudad de Troya. En una referencia cultural más reciente, el escritor Lord Byron —que también se alistó en una guerra idealista por la independencia de Grecia— había atravesado nadando ese punto en el que los dos continentes están separados solamente por un brazo de agua.



El comandante turco Mustafá Kemal, en primer término. Su presencia fue decisiva para que los soldados otomanos resistieran el empuje aliado.

Además, los campos de entrenamiento de los Anzac se encontraban en El Cairo, a los pies de las inmortales pirámides, un soberbio paisaje del que también habían gozado las tropas de Napoleón.

La atracción que ejercía este excitante panorama no podía tener otro resultado que el entusiasmo de unos jóvenes que daban gracias a la providencia por permitirles participar en semejante empresa, de la que esperaban volver a sus provincianas comunidades convertidos en auténticos

héroes. Sin duda, la campaña de Gallípoli sería la última guerra romántica.

Pero la operación no comenzaría con los mejores augurios. En mitad del trayecto de Egipto a Gallípoli se descubrió que los buques de transporte habían sido cargados defectuosamente, puesto que el material que se necesitaba para la primera fase del desembarco se encontraba estibado en el fondo de las atestadas bodegas. Los barcos se vieron forzados a dar media vuelta y volver a Egipto, reiniciándose el viaje un mes después, tras la recolocación de la carga. Este retraso fue determinante, ya que en ese momento tan solo había dos divisiones turcas en Gallípoli, dando tiempo así para que se reforzasen con cuatro divisiones más.

El esperado desembarco se produjo el 25 de abril de 1915.

Aunque los Anzac llegaron por error a una ensenada en la que los turcos disfrutaban de posiciones elevadas que facilitaban la defensa, estos no estaban preparados y carecían de suministros. Los Anzac estuvieron a punto de tomar el control de la zona, pero un oficial otomano entonces desconocido, llamado Mustafá Kemal^[10], logró que los soldados turcos, que estaban a punto de huir, permanecieran en sus puestos para dar tiempo a que llegaran los refuerzos. Es célebre la respuesta de Kemal a uno de sus hombres que se quejaba de no disponer de munición para atacar: «No os pido que ataquéis, os pido que muráis». Para los soldados de Kemal, la retirada no era una opción.

En las jornadas siguientes se produjeron nuevas ofensivas aliadas, pero fracasaron ante la inesperada solidez de las líneas turcas.

Por su parte, las fuerzas locales también intentaron expulsar a los Aliados de las cabezas de playa, pero se vieron incapaces de ello; los turcos atacaban en tromba, cayendo bajo el fuego de las ametralladoras mientras se encaramaban a las montañas de cadáveres de la oleada anterior. Las cifras de bajas aliadas en los dos primeros días habían sido de 20.000; los barcos hospital comenzaron su evacuación hacia Egipto. Al final, se estableció una línea de trincheras a lo largo de la costa. En una paradoja más, la campaña destinada a acabar con la parálisis del frente occidental se había visto abocada a una nueva guerra de trincheras que provocaba similar sentimiento de frustración.

El verano de 1915 no fue nada agradable para las tropas aliadas en Gallípoli. El agua potable debía ser transportada desde Egipto, y las sofocantes temperaturas provocaban insolaciones y quemaduras. Las enfermedades, especialmente la disentería, también hicieron mella en los

Anzac. Un cabo inglés describió el campo de batalla afirmando que era «una fosa común que apestaba a cloaca». Aun así, hay que anotar que la moral de los soldados aliados no se resquebrajó en ningún momento.



Los soldados aliados en Gallípoli utilizaron estos periscopios para vigilar las trincheras enemigas, que podían estar a una escasa decena de metros.



Imagen actual de una de las numerosas ensenadas que conforman la costa de la península de Gallípoli. Puede apreciarse uno de los cementerios que acogen a las víctimas de la batalla.

Mientras la infantería aliada, especialmente los Anzac, daba muestras de un valor y una abnegación admirables, los mandos no estuvieron a la misma altura. El comandante en jefe británico, el general sir Ian Hamilton, permaneció durante los combates cómodamente instalado en el camarote del barco insignia de la flota, el *Queen Elizabeth*, mientras sus hombres se desangraban en las cabezas de playa. El hecho de que sus comandantes también prefirieran permanecer en el mar llevó a que los mandos no supieran nunca lo que estaba ocurriendo en el frente. Cada unidad acababa tomando sus propias decisiones, sin que el alto mando llegase a trazar nunca una estrategia global. Esta pésima coordinación de las fuerzas aliadas sería decisiva para la suerte final de la expedición.

El golpe de mano necesario para romper este *impasse* lo intentaron los británicos el 6 de agosto en la bahía de Suvla, situada al norte de las cabezas de playa en poder de los australianos. Pero nuevamente Mustafá Kemal, pese a contar con unas fuerzas veinte veces inferiores a las de los británicos, consiguió resistir en sus posiciones. El 10 de agosto, los turcos ya habían tomado la iniciativa y los ingleses se encontraban a la defensiva, con el mar a

la espalda.

El fracaso de toda la operación era ya evidente.

Las críticas sobre esta campaña comenzaron a aflorar tanto en Gran Bretaña como en Australia. El goteo de bajas continuaba mientras la línea del frente dibujada en los mapas se movía de forma casi inapreciable. Los avances aliados se limitaban a la toma de alguna colina, para perderse poco después, tras el correspondiente contraataque turco. Los hombres estaban agotados, andaban escasos de suministros y todo apuntaba a que deberían pasar el invierno en las trincheras. En noviembre, una repentina tormenta de nieve azotó la península. Al no contar con equipo invernal, los padecimientos de las tropas fueron enormes; cientos de hombres murieron congelados.

Las desesperanzadoras noticias que llegaban de Gallípoli acabaron de situar a la opinión pública en contra de proseguir la lucha en ese escenario. La suerte de la campaña estaba echada.

Churchill había sido obligado en mayo a abandonar su cargo, cayendo injustamente sobre él la responsabilidad del fracaso de la campaña terrestre de los Dardanelos, pero aun así confiaba en que finalmente la *Royal Navy* pudiera forzar el estrecho si se retomaba el plan naval original. Aunque, llegados a este punto, Churchill no era partidario de la retirada de la infantería, el gobierno británico ya no deseaba volver a oír hablar de Gallípoli, por lo que ordenó la evacuación de las tropas.

En una operación modélica, los aliados consiguieron retirar sus 83.000 soldados en diciembre sin sufrir ni una sola baja. Las retiradas se efectuaban por la noche, en gabarras sin luces con capacidad para cuatrocientos hombres. Mientras tanto, improvisados mecanismos temporizadores —como una lata agujereada llena de arena— iban apretando sucesivamente los gatillos de los fusiles o arrojando mediante palancas bombas de mano sobre las posiciones turcas. Al amanecer, los soldados otomanos no salían de su asombro cuando se encontraban la playa totalmente desierta.

En total, la aventura de Gallípoli, calificada posteriormente de inútil e insensata, había costado a los Aliados cerca de 300.000 bajas, mientras que los turcos habían perdido unos 250.000 hombres en la defensa de la península. La última campaña romántica se había convertido en una nueva carnicería.

EL GENOCIDIO ARMENIO

La participación turca en la Primera Guerra Mundial tuvo, como acabamos de ver, su momento de mayor gloria en la tenaz resistencia en Gallípoli, pero hubo otro episodio que llenó de oprobio a los que lo protagonizaron y, por extensión, a todo el Estado turco. Se trata del conocido como genocidio armenio, por el que un número indeterminado de miembros de esta etnia, entre varios cientos de miles y un millón, murieron víctimas de la deportación masiva a la que fueron sometidos.

La aplastante derrota en la batalla de Sarikamis, relatada con anterioridad, había supuesto un golpe muy duro para el orgullo turco. La responsabilidad del desastre acabó siendo colocada sobre los armenios, acusados de traición. Los reclutas armenios del Ejército otomano fueron desarmados, desmovilizados y destinados a campos de trabajo, aunque la mayoría de ellos fueron ejecutados.

Comenzaba de este modo una vasta operación de genocidio contra los miembros de esa etnia.

Tras el fracaso otomano en Sarikamis, las fuerzas rusas contraatacaron, internándose en territorio turco, en una zona en la que ya se habían producido fricciones entre armenios y musulmanes. Las organizaciones nacionalistas armenias colaboraron con las tropas rusas invasoras con la intención de librarse del yugo otomano y formar un Estado independiente en el extremo oriental de Anatolia.

Rusia, de forma interesada, no dudó en apoyar estas reivindicaciones para minar así a su enemigo.

Al acercarse el ejército ruso, en abril de 1915 se produjo una revuelta armenia contra los turcos en la ciudad de Van, llegándose a establecer brevemente una república armenia independiente. El gobierno turco, al tener que afrontar esta inoportuna sublevación popular, optó por deportar a sectores importantes de la población armenia hacia el sureste de Anatolia. Se ordenó

también el arresto y la posterior ejecución de todos los intelectuales armenios. A esto siguieron poco después órdenes para la deportación de cerca de un millón de armenios de todas las regiones a Mesopotamia y la actual Siria. El gobierno turco no puso los medios para proteger a los armenios durante su deportación, por lo que muchos fueron asaltados y asesinados por el camino, siendo frecuentes los raptos y las violaciones.

No obstante, los testimonios aportados por diplomáticos norteamericanos que presenciaron estas *marchas de la muerte* revelan que todo formaba parte de un plan premeditado para eliminar físicamente a los deportados; eran obligados a caminar sin descanso, a veces en círculo, para que la fatiga y el hambre acabaran con la vida de los más débiles. Se cree que existieron unos 25 campos de concentración para confinar a los supervivientes. Allí las condiciones de vida eran espantosas, pues no había comida ni agua. Los testigos describieron dolorosísimas escenas, como la búsqueda de granos sin digerir entre los excrementos de los animales.

En cuanto al desarrollo de las operaciones militares, los rusos tomaron Van en mayo de 1915. En agosto, el ejército ruso se retiró y los turcos reconquistaron la ciudad. De nuevo, en septiembre, Van volvió a ser conquistada por los rusos. Entre febrero y abril de 1916, las fuerzas rusas se apoderaron de las importantes ciudades de Erzurum y Trabzon. Los turcos intentaron recuperar estas ciudades en la ofensiva de verano, pero sus tropas fueron derrotadas. La guerra no se decantaba del lado de ninguno de los contendientes.

En 1917, debido al caos posterior a la Revolución Rusa, ambos bandos cesaron las operaciones militares en la zona, y los turcos enviaron a la mayoría de sus fuerzas al sur, para combatir a los británicos en Palestina y Mesopotamia. El ejército ruso fue desintegrándose lentamente hasta que a comienzos de 1918 se había desvanecido casi por completo. Las fuerzas turcas reconquistaron fácilmente todo el territorio perdido por lo que, al terminar la guerra, los turcos, pese a haber sido derrotados en casi todos los frentes, controlaban sólidamente la Anatolia oriental.

Pero esa victoria local se convertiría con el paso del tiempo en una derrota moral, puesto que el recuerdo de la masacre armenia seguiría estando muy presente, llegando su alargada sombra hasta la actualidad. Turquía no acepta que las muertes de 1915 fueran el resultado de un plan organizado para eliminar a la población armenia bajo su soberanía, sino que el Imperio otomano luchó contra la sublevación alentada por los rusos. El desacuerdo

afecta también al número de muertes; mientras que hay historiadores que elevan la cifra a un millón, la versión oficial turca las reduce a 200.000 o incluso a 50.000, aduciendo además que la mayoría fueron víctimas de las inevitables consecuencias de la contienda, como el hambre o las enfermedades, y que menos de 10.000 fueron asesinados realmente.

En general, los historiadores occidentales coinciden en que el genocidio tuvo lugar, aunque las diferencias surgen a la hora de dilucidar si se trató de un plan diseñado para exterminar a la población armenia o si, por el contrario, se trató de una serie de improvisadas matanzas provocadas por el odio interétnico, en el que la confusa situación bélica sirvió de caldo de cultivo para que aquel aflorara dramáticamente.



Los armenios sufrieron asesinatos masivos a manos de los turcos. Aunque estas matanzas han sido consideradas por los historiadores como genocidio, el Estado turco se ha negado siempre a admitir este calificativo.

No obstante, la existencia de llamamientos del gobierno de Constantinopla al asesinato masivo, como los de Talaat Pashá, líder de los Jóvenes Turcos —«Maten a cada mujer, niño y hombre armenio sin ninguna contemplación»—, son la prueba de que el exterminio de los armenios fue impulsado por el Estado turco.

DUELO EN LOS ALPES

Como se vio en el primer capítulo, Italia mantenía una alianza con las Potencias Centrales por la que se obligaba a intervenir si alguna de ellas era atacada. Sin embargo, a pocos observadores les sorprendió que los italianos se mostrasen distantes con sus aliados formales al comienzo de la guerra, puesto que sus intereses territoriales eran contrapuestos a los de Austria-Hungría. Italia optó en 1914 por la neutralidad, pero pronto se alzaron voces entre los sectores más militaristas del país pidiendo entrar en la guerra para aprovechar las ventajas que supuestamente se derivarían de su participación.



Tropas italianas atrincheradas cerca del río Isonzo, en los Alpes. Los austríacos resistirían una y otra vez los ataques de los italianos, pésimamente dirigidos por el general Cadorna.

En marzo de 1915, mientras la Entente lanzaba su campaña en Turquía, los italianos se dirigieron al gobierno británico para proponer su entrada en la guerra. El precio de su intervención no era nada gravoso para los aliados, puesto que los transalpinos se conformaban con una serie de regiones y enclaves que en ese momento pertenecían a los austrohúngaros, como el Tirol, el Trentino, Trieste o Dalmacia. En abril se firmó un tratado en Londres por el que se aceptaban las pretensiones italianas. De ese modo se abriría un nuevo frente para socavar la solidez de los Imperios Centrales. La estrategia de la búsqueda del punto débil seguía su curso.

Sobre el papel, el planteamiento de esta estrategia, al igual que en

Gallípoli, era muy prometedor. Las fuerzas italianas atacarían en los Alpes con cerca de un millón de hombres a un enemigo, Austria-Hungría, que hacía aguas en su enfrentamiento con los ejércitos rusos y que no disfrutaba de una placentera campaña en Serbia. Los italianos, concentrados en ese único frente, podían superar fácilmente a los austríacos, cuyo ejército había sufrido duros golpes, perdiendo a sus mejores oficiales en el campo de batalla. El comandante de las fuerzas italianas, el tan caduco como arrogante Luigi Cadorna, afirmó antes de lanzar a sus tropas contra Austria que en pocos días desfilaría al frente de sus hombres por las calles de Viena.

Al igual que en Gallípoli, el desprecio por la capacidad militar del enemigo se demostraría como un pésimo compañero de lucha.

Los italianos, pese a no haber completado su preparación, iniciaron el ataque a través del valle del río Isonzo. Las tropas no disponían de artillería pesada ni contaban con aviación de reconocimiento, y a los hombres aún no se les habían suministrado cascos de acero. En cambio, los austríacos contaban con más de doscientos cañones que protegían la línea del frente. Pero Cadorna, lastrado por la doctrina militar más obsoleta, despreciaba las innovaciones y creía solamente en las cargas frontales de la infantería.

El primer duelo en los Alpes se produjo el 23 de junio. Durante dos semanas, los italianos trataron de abrirse paso por el valle, pero no lo consiguieron, dando como resultado otra guerra de trincheras como la que en esos momentos se estaba dando en tierras belgas, francesas o turcas. No obstante, las circunstancias en los Alpes eran, si cabe, aún más penosas, puesto que los soldados debían atrincherarse en riscos y peñascos, a donde debían subir los víveres y la munición a lomos de mula o izarlas con cuerdas. Con la llegada del otoño, la vida en esas desoladas cumbres alpinas fue aún más difícil, al tener que permanecer resguardados del frío y el viento, y de las terribles esquirlas producidas por el impacto de los obuses en la roca.

Cadorna intentó romper el frente en dos ataques lanzados en octubre y uno más en noviembre, sin lograr su objetivo. Una nueva intentona en este mismo mes consiguió finalmente hacer retroceder a los austríacos, pero no se tomó ninguna posición clave. La llegada del invierno paralizó el frente. La nieve, la escasez de alimentos y las enfermedades provocadas por las bajas temperaturas bloquearon cualquier iniciativa. Las cuatro batallas del Isonzo habían causado a los italianos más de 200.000 bajas, sin obtener a cambio ninguna ganancia. La búsqueda del punto débil, que debía acabar con la guerra de posiciones en el frente occidental, había fracasado.

Capítulo 4

SALTAR LA TRINCHERA

Para los soldados que participaron en la Primera Guerra Mundial, el momento más temido era el de saltar la trinchera. Amparados por los sacos terreros, su vida en aquellos fosos era precaria, aunque al menos mantenían una ilusión de seguridad. Pero cuando los oficiales hacían sonar el silbato y debían trepar por la pared de la trinchera para salir a tierra de nadie, su mundo se tornaba tan terrible como irreal.

Hoy día es difícil de imaginar lo que debían sentir aquellos hombres que, pertrechados de su fusil y cargados con una mochila que, en algunos casos, llegaba a pesar cerca de treinta kilos, debían avanzar a la carrera entre un mar de cráteres y embudos producidos por el impacto de los proyectiles, mientras las ametralladoras enemigas tableteaban ante ellos, barriendo el campo de batalla y segando una oleada de atacantes tras otra.



Este era el momento de la verdad en la guerra de trincheras, cuando había que saltar a tierra de nadie y exponerse al fuego enemigo, como hacen estos soldados británicos. Puede apreciarse como uno de ellos acaba de ser herido.

UN SISTEMA DEFENSIVO PERFECTO

La guerra de trincheras tomó por sorpresa a los expertos militares, pero un somero vistazo a los antecedentes históricos les hubiera permitido interpretarla adecuadamente, ahorrándose así millones de vidas.

A lo largo de la historia militar siempre han existido las fortificaciones improvisadas, pero su función no había sido mantener una línea de frente, sino establecer o resistir un asedio. La guerra de trincheras como tal aparece al final de la Guerra de Secesión norteamericana (1861-65), en donde ya se emplean defensas de madera puntiagudas y ametralladoras. Curiosamente, en esas mismas fechas, durante unas escaramuzas coloniales en Nueva Zelanda, los maoríes idearon un rudimentario sistema de trincheras para rechazar a los británicos; estos tuvieron que descargar sobre las posiciones de los nativos una proporción de fuego de artillería por metro cuadrado mayor incluso que la que sufrirían posteriormente los alemanes en la batalla del Somme.



Carga a la bayoneta efectuada por tropas francesas en 1914. Este arma provocaba terror en los defensores, aunque luego no era muy útil en la lucha cuerpo a cuerpo dentro de las trincheras.

Como hemos visto, lo que se preveía una corta campaña de movimientos al inicio de la Primera Guerra Mundial, degeneró en una guerra estática. Tras la «carrera hacia el mar» quedó fijada la línea de separación, y ambos bandos se dispusieron a cavar una vasta red de trincheras. Estas no eran rectas, sino que seguían una línea en zig-zag; de este modo se cubrían todos los ángulos

de tiro, se evitaban bajas en caso de que una bomba estallase en el interior y también se dificultaba el avance del enemigo en el caso de que consiguiese penetrar en ella.

El resultado fue el nacimiento de un intrincado sistema de trincheras interconectadas, separadas por una tierra de nadie que se extendía entre cien y trescientos metros, aunque hubo algún punto en que se reducía a una treintena de metros. En Gallípoli, las trincheras llegarían a estar a solo diez metros, al alcance de los lanzadores de granadas.

Los frentes verían crecer día a día esa red de trincheras cuya extensión total, según se ha calculado, hubiera podido rodear la circunferencia terrestre por uno de los trópicos. Este dato da idea de la cantidad de trincheras que se cavaron a lo largo de la contienda.

La táctica para tomar las trincheras enemigas permaneció inalterable durante casi toda la guerra. Se lanzaba sobre ellas una lluvia de bombas para que el enemigo retrocediese, abandonando las posiciones más adelantadas. Por su parte, los atacantes iban avanzando amparados por la cortina de fuego que les precedía, y tomaban las trincheras vacías. Pero esta amable teoría se venía abajo una y otra vez ante la dura realidad; los defensores cavaban profundos refugios que les protegían de las bombas y aparecían con sus ametralladoras en cuanto cesaba el fuego.

De todos modos, si se lograba tomar la primera trinchera, normalmente a cambio de numerosas bajas, por delante quedaba una y otra más, alimentadas a su vez por otras trincheras de las que afluían los defensores necesarios, mientras los atacantes iban progresivamente perdiendo efectivos. El resultado no podía ser más frustrante para las animosas tropas que habían tomado la iniciativa, ya que después de cada avance volvían a encontrarse en la misma situación en la que se hallaban al principio. Los supervivientes solían emprender la retirada al comprobar la inutilidad de proseguir con la ofensiva, convertida en un desesperante trabajo de Sísifo.

Los alemanes se mostraron como los auténticos maestros en el arte de la fortificación. En algunos sectores llegaron a construir hasta tres sistemas de trincheras independientes, a veces reforzados con hormigón. Además, los alemanes no tenían ningún reparo en abandonar rápidamente uno de estos sistemas para establecerse en el anterior, encajando así los golpes enemigos y conservando plenamente la capacidad para contraatacar en cuanto se hubiera agotado ese primer impulso. Pero los Aliados también fueron incorporando

ingeniosas innovaciones, como dejar al descubierto la parte posterior de las trincheras para que estas no sirviesen de protección en dirección inversa.

En suma, la perfección de estos sistemas defensivos quedó fuera de toda duda, puesto que permaneció invulnerable durante más de tres años, hasta que la irrupción de las novedades tácticas introducidas por los tanques británicos o las tropas de asalto alemanas acabaron con el estancamiento que habían impuesto en el frente occidental.

EQUIPADOS PARA EL COMBATE

Los soldados que participaron en la guerra de trincheras tenían a su disposición una amplia panoplia de armas adaptadas a este nuevo tipo de lucha.

El arma imprescindible era el fusil. Como se ha visto en el episodio de la batalla de Mons, los británicos contaban con un excelente rifle, el *Lee-Enfield*, con el que se podían efectuar disparos muy rápidos. El que utilizaban los alemanes, el *Mauser G98*, era de una calidad similar a la del británico, pero su cargador tenía la mitad de balas. En cambio, los fusiles franceses y rusos eran mucho menos fiables.

En plena batalla, el fusil perdía protagonismo a favor de la bayoneta. Pese a que del total de bajas contabilizadas por los británicos solo un 0,3 por ciento fueron a causa de este arma blanca, las cargas a la bayoneta desataban el terror en las filas enemigas y lograban huidas o rendiciones masivas. También se empleaba durante los avances para rematar a los adversarios heridos que iban quedando atrás, impidiendo así que pudieran revolveerse contra ellos.

Aun a riesgo de resultar demasiado cruda la exposición de los efectos del uso de la bayoneta, se consideraba que el cuerpo del enemigo presenta tres blancos principales, tal como se explicaba entonces en los campos de instrucción:

El primero era la cabeza; aunque una agresión en el rostro dejaba al adversario fuera de combate de inmediato, suponía un blanco reducido, y un error en ese primer impulso podía ser mortal para el atacante, al quedar desprotegido.

Más fácil era acertar en el pecho; el enemigo era así derribado, siendo rematado en el suelo, pero el gran inconveniente era que, al penetrar la bayoneta entre las costillas, en ocasiones resultaba difícil extraerla, quedando el atacante desprotegido durante unos cruciales segundos.

El tercer blanco era el que ofrecía mayores garantías de éxito; el abdomen.

La bayoneta no encontraba ningún obstáculo al penetrar en esta región blanda del cuerpo. La técnica consistía en clavarla con decisión en un movimiento hacia adelante, girarla cuarenta y cinco o —mejor aún— noventa grados y extraerla. Esta herida era mortal en la inmensa mayoría de casos, debido a las infecciones, aunque la agonía podía durar horas o incluso días, por lo que era la más temida por los soldados.

Los instructores británicos ofrecían otras *sugerencias* a los soldados durante las charlas de adiestramiento; «clávasela entre los ojos, en la garganta, en el pecho o alrededor de los muslos» o «si el enemigo está huyendo, clávale la bayoneta en los riñones; penetra con tanta facilidad como si fueran de mantequilla».

No obstante, cuando los combates se desarrollaban en las trincheras, la bayoneta se revelaba como un arma inadecuada para la distancia corta, puesto que la inglesa, por ejemplo, medía más de medio metro. Para las luchas cuerpo a cuerpo se recurría entonces a un insólito abanico de armas improvisadas. Desde sencillas pero contundentes herramientas de construcción, a mazas de tipo medieval recubiertas de clavos, pasando por grandes cuchillos de carnicero, puños americanos o simples porras de madera, todo valía para herir o matar al enemigo. Era habitual que los soldados pidiesen a sus familiares que en los paquetes de comida que les remitían regularmente incluyesen también un cuchillo de cocina para utilizarlo como arma de trinchera.

De todos modos, el arma *reina* en estos combates a muerte más propios de las Cruzadas que del siglo xx era la pala de empuñadura corta, que formaba parte de la equipación de los soldados. Era ligera, manejable y, si se poseía suficiente práctica, podía acabar con la vida del adversario de un solo golpe; utilizándola para golpear con fuerza bajo la barbilla, hacia adelante, la cabeza era desgajada del tronco. Si, en cambio, se empleaba para golpear hacia abajo, en la unión entre el cuello y la clavícula, el tajo resultante era mortal de necesidad.

Pese a la brutalidad que emanaba del uso de todas estas armas, había algunas que estaban tácitamente *prohibidas*. Por ejemplo, algunos alemanes tallaban el filo posterior de sus bayonetas de forma dentada, para actuar con efecto de sierra en el abdomen del enemigo. Los soldados que eran hechos prisioneros en posesión de una de estas bayonetas no podían esperar un tratamiento exquisito por parte de sus captores. A veces se encontraba el cadáver de un soldado con los ojos arrancados y, sobre él, su bayoneta

dentada, como didáctica lección sobre los inconvenientes que acarrearía utilizar este tipo de armas.

Igualmente, en la fase final del conflicto, los alemanes amenazaron con tomar represalias contra los soldados norteamericanos que utilizaban escopetas de perdigones, que causaban heridas muy graves a corta distancia, a pesar de que eran reglamentarias en el Ejército estadounidense.

La granada era otra arma muy útil en la guerra de trincheras, debido a la proximidad de las líneas. Al poder ser arrojada mientras se estaba a cubierto, ya fuera tras un muro o desde el interior de un embudo, las granadas serían ampliamente utilizadas, en especial en operaciones de asalto. Dependiendo de la potencia física del lanzador y del tipo de granada, podían alcanzar una distancia de unos setenta metros, aunque normalmente se empleaban para silenciar alguna posición distante a menos de veinte metros.

Al comienzo de la contienda existían varios modelos de granadas escasamente fiables, que solían causar más bajas entre los propios lanzadores que entre el enemigo. Los franceses llegarían a utilizar botellas de champán rellenas de explosivo. Estos diseños fueron superados por la oficialmente denominada *Granada n° 5*, inventada por el inglés William Mills —curiosamente, un diseñador de palos de golf—, de cuyo apellido tomaría su nombre popular. En forma de piña y muy segura, este modelo ha perdurado hasta nuestros días. La granada Mills fue ampliamente producida durante la guerra, fabricándose un total de 61 millones de unidades. No obstante, sus 700 gramos la hacían demasiado pesada, por lo que era difícil alcanzar una buena distancia si no se empleaba toda la fuerza del brazo. Aun siendo un buen lanzador, solo se podía enviar a unos treinta metros con cierta precisión.

Este problema fue, en cierto modo, resuelto por los alemanes.

Crearon la granada Modelo 24 *Stielhandgranate* que, además de pesar 100 gramos menos que la Mills, estaba fijada en el extremo de un mango cilíndrico de madera. Al concentrar todo el peso en un extremo, era más fácil de lanzar que la granada Mills, llegando a doblar ampliamente el alcance de esta. Podía ser suficiente con realizar un rápido giro de muñeca. Su inconveniente era que ocupaba más espacio que la Mills, siendo esta fácil de guardar en cualquier bolsillo, algo que no era posible con la alemana. Los ingeniosos ingleses bautizaron a esta granada con el sobrenombre de *potato masher*, pues su forma recordaba un utensilio de cocina que se empleaba para preparar puré de patatas.

La Primera Guerra Mundial vio también la aparición de una nueva arma: el lanzallamas. Aunque ya la flota bizantina había utilizado en el siglo VII un ingenio que proyectaba un líquido inflamable contra los barcos enemigos, conocido como *fuego griego*, no sería hasta 1901 cuando se diseñó el primer aparato destinado a lanzar un chorro de fuego contra el enemigo. El ingeniero alemán Richard Fiedler ideó ese año el concepto de lanzallamas al dotar a un hombre de un depósito de combustible y un cañón por el que lo podía proyectar, una vez inflamado, a una veintena de metros. El Ejército alemán aceptó el invento en 1911, pero no fue utilizado en combate hasta el 25 de junio de 1915, empleándolo contra los franceses. Esa acción causó una gran impresión entre los testigos, tanto de uno como de otro bando. Para ser empleado con seguridad debía hacerse desde una trinchera para evitar que una bala hiciera estallar el depósito, algo que limitaba su radio de acción. Por su poca operatividad en combate, el efecto del lanzallamas era sobre todo psicológico.

Cada equipo estaba formado por ocho hombres escogidos entre soldados que habían sido bomberos en la vida civil, para asegurarse de que no sentirían aprensión a moverse entre las llamas. Pero pertenecer a una de estas unidades era un obstáculo insalvable para hacer amigos entre el resto de la tropa, puesto que manejar un arma tan horrible causaba —además, obviamente, del odio y el temor del enemigo— una mezcla de desprecio y desconfianza entre los propios compañeros de armas. Sin embargo, los miembros de las unidades de lanzallamas acababan por acostumbrarse a las miradas hoscas de sus compatriotas e, incluso, acentuaban su sentido de pertenencia a ese grupo tan escasamente popular con llamativas insignias flamígeras.

Mucha más utilidad práctica que el lanzallamas tendría la ametralladora, considerada como el arma más decisiva de la Primera Guerra Mundial. El Ejército alemán creyó en ella desde el principio, lo que le permitió en buena parte alcanzar los primeros éxitos en la contienda. En cambio, los británicos se mostraron más reacios a adoptarla y acabaron pagando las consecuencias.

Para los militares ingleses, el uso de la ametralladora era contrario al espíritu de *fair play* que debía regir el arte de la guerra entre naciones civilizadas, por lo que reservaron su utilización a las campañas coloniales, al igual que los franceses. Mientras tanto, los alemanes, mucho más realistas, confiaban plenamente en la aterradora cadencia de fuego de su *MG 08/15*, sin importarles lo más mínimo si enfrente tenían fieros nativos o a los soldados del rey de Inglaterra. En 1915 los británicos admitieron su error y formaron

un Cuerpo de Ametralladoras, pero las compañías no quedaron equipadas en su totalidad hasta 1917.

Los servidores de las ametralladoras, que formaban equipos de ocho personas, eran auténticos especialistas, ya que los campos de fuego debían calcularse científicamente para cubrir todos los ángulos desde los que podía llegar un ataque. Su efectividad era devastadora, como pudieron experimentar los soldados de la Entente que intentaron tomar las trincheras alemanas en 1915, o los Anzac en Gallípoli, en donde los turcos demostraron haber aprendido mucho de las lecciones impartidas por los técnicos teutones.

La ametralladora alemana *Maxim* efectuaba quinientos disparos por minuto, por lo que algunas unidades podían llegar a disparar un millón de balas por día. El Ejército germano desplegó más de 12.000 de estas ametralladoras en el frente occidental. Sin embargo, al pesar 45 kilos, la *Maxim* era difícil de transportar. Los norteamericanos solucionaron este problema con su ametralladora ligera *Lewis*^[11], de 13 kilos, que podía ser utilizada por un único soldado. Su tambor redondo tenía capacidad para 37 balas.



Dos soldados británicos disparando una ametralladora Vickers durante la Batalla del Somme, en julio de 1916, cubiertos con sendas máscaras antigás. Los alemanes fueron los primeros en confiar plenamente en esta arma tan efectiva, mientras los británicos se mostraron más reticentes a emplearla.

Tan importante como las armas era la protección personal de los soldados. Al principio de la contienda no se tuvo en cuenta este aspecto, y las consecuencias fueron funestas. En 1914, los soldados iban equipados con gorros de tela —el *quepis* francés— o con cascos de cuero —el *pickelhaube* teutón, con un pico en la parte superior—, que resultaban muy estéticos pero no ofrecían ningún tipo de protección contra las balas o la metralla. A finales de ese año, ante la proliferación de las heridas en la cabeza, era ya evidente

que se debía proporcionar a las tropas un casco metálico.

Los franceses crearon el casco *Adrian* —que tomó el nombre del de su diseñador, August-Louis Adrian— en el verano de 1915, de forma redondeada y con una pequeña cresta a lo largo de la parte superior. Este casco sería también adoptado por belgas e italianos.

Por su parte, los británicos idearon el casco *Brodie* —en honor de su creador, John L. Brodie—, cuya forma de plato cubría mejor la cabeza, pero dejaba la nuca al descubierto. Los norteamericanos, aunque al principio parecían decantarse por el modelo galo, acabarían eligiendo el inglés. En cuanto a los alemanes, en 1916 dotaron a sus tropas con un casco de acero denominado *M1916 Stahlhelm*, que sí cubría la parte posterior del cuello del soldado. Todos estos cascos, con ligeras variaciones, serían utilizados también por las tropas que participaron en la Segunda Guerra Mundial.



En esta imagen pueden verse los mismos ametralladores británicos desde la parte posterior, lo que invita a pensar que la escena de combate pudo ser preparada para el fotógrafo.

Del mismo modo, los uniformes se convertirían en un arma defensiva más. Los británicos habían abandonado sus históricas casacas rojas tras la guerra de los bóers y habían adoptado el color caqui, favoreciendo así el camuflaje. Los alemanes también sustituyeron poco antes de la guerra el azul prusiano por el gris de campaña.

Los franceses, por el contrario, lucían en 1914 el mismo uniforme que vestían en 1830; chaqueta azul, quepis rojo y pantalón del mismo color. Dos años antes había habido un intento serio de adoptar uniformes grises o verdes, pero el proyecto levantó grandes protestas entre los altos oficiales. El debate llegó incluso hasta el Parlamento; se rechazó la propuesta al considerar que los pantalones rojos eran el símbolo de Francia. Pero el inicio de la contienda demostraría las crueles consecuencias de esa irresponsabilidad; enseguida se

dotó a las tropas con un uniforme de color azul grisáceo.



Los soldados franceses vestían en 1914 un uniforme anticuado. El color rojo del quepis y de los pantalones les delataba. En 1915 adoptaron un color menos llamativo.

Otro elemento defensivo era la alambrada. Inventada en 1872 por un granjero norteamericano, Henry Rose, para cercar los campos, tuvo una gran aceptación entre los ganaderos del lejano oeste. Poco podían sospechar entonces que, enredados en ese mismo alambre de espino que servía para impedir el paso de las vacas, morirían miles de hombres años más tarde.

La alambrada era utilizada para dificultar el avance enemigo y se colocaba en las proximidades de la trinchera, normalmente por la noche. Antes de cada avance, la artillería se encargaba de batir la zona para destruir estas defensas, pero conforme avanzaba el conflicto se fue fabricando alambre de espino más resistente a la explosión de los proyectiles.

Pero estar bien pertrechado de todas estas armas ofensivas y defensivas no era garantía de éxito durante la batalla. Los mandos debían enfrentarse a un problema que se presentaba irresoluble, el de las comunicaciones. Si en la época napoleónica era suficiente con encaramarse a un altozano para tener una visión panorámica de la batalla, o recorrer el frente a lomos de un caballo, en la Primera Guerra Mundial eso ya no era posible. Las grandes extensiones de terreno y los miles o millones de hombres que participaban en una ofensiva hacían imprescindible contar con un buen sistema de comunicación.



Un flemático soldado inglés deja que su pequeña mascota juegue sobre un proyectil. Pese a las penalidades de la guerra de trincheras, los hombres no perdieron el buen humor.

Para comprender el desarrollo de las batallas de la Primera Guerra Mundial, en las que se dieron abundantes casos de descoordinación, es necesario tener muy presente que la tecnología de la época no permitía un intercambio de información en tiempo real.

Aunque se utilizó el teléfono, las líneas eran muy vulnerables, sobre todo durante una ofensiva, y se tenía que recurrir a las palomas mensajeras o a los corredores. Por lo tanto, una vez decidida la táctica general por el Alto Mando, eran los comandantes de las compañías o los batallones los que tomaban las decisiones que creían más acertadas en cada momento, por lo que el rumbo final de la batalla acababa siendo imprevisible.

LA VIDA EN LAS TRINCHERAS

Lo que en un principio no eran más que simples zanjas, cavadas a toda prisa, se fueron convirtiendo poco a poco en los forzados hogares de millones de hombres. Con el paso del tiempo iría aumentando la profundidad de las trincheras; algunas estaban dispuestas en tres pisos y llegaban a los cinco metros. En el parapeto superior se dejaba un hueco entre los sacos terreros por el que los soldados podían observar y, si era el caso, disparar. Para poder divisar el campo enemigo sin riesgos se improvisaban periscopios caseros, que consistían en un tubo hueco vertical con dos espejos en ángulo, uno en cada extremo.

El suelo de la trinchera estaba recubierto de tablas de madera, especialmente en los campos de batalla de Flandes, en donde el nivel freático se hallaba a solo un metro de la superficie, por lo que se encontraban perennemente inundadas. Cada trinchera tenía su nombre, ya fuera inspirado por el de algún soldado que gozase de especial popularidad, algún hecho reseñable o —en el caso de los ingleses— por las calles más conocidas de Londres. Esto no era un capricho, puesto que era muy fácil perderse en esos auténticos laberintos. Al seguir líneas quebradas y al existir infinidad de cruces y bifurcaciones, se perdía fácilmente la orientación, por lo que saber los nombres de las trincheras era indispensable para localizar un punto concreto o encontrar la posición de alguna unidad.

La vida diaria de los soldados solía estar envuelta en una tediosa rutina. Durante las horas de luz, los soldados debían permanecer ocultos, a salvo de los francotiradores, los observadores aéreos y de los efectos de la artillería, lo que era aprovechado para echar alguna cabezada con el fin de compensar la crónica falta de sueño.

Los que permanecían despiertos leían una y otra vez en sus refugios las cartas que llegaban desde el hogar y, a su vez, escribían a su familia. Aunque resulte increíble, los británicos consiguieron que el tiempo que tardaba una carta en llegar al frente o, a la inversa, del frente a cualquier punto de Gran

Bretaña, fuera de tan solo dos días, un plazo inferior al que suele ofrecer el correo actual. Las autoridades militares británicas eran conscientes de la enorme importancia que tenía el correo para mantener la moral de los combatientes, y emplearon todos sus esfuerzos en conseguir que este servicio disfrutara de una prioridad absoluta.

Franceses y alemanes también concedieron gran importancia a la comunicación postal y, aunque no alcanzaron las cotas de rapidez de los británicos, gestionaron con eficacia un tráfico postal de varios millones de cartas diarias.

En los dos bandos se dieron todo tipo de facilidades a los soldados para que pudieran comunicarse con sus familias. Se repartían tarjetas postales sin necesidad de franqueo, cuyo espacio era aprovechado hasta el último rincón. Pero, teniendo en cuenta que muchos soldados no estaban habituados a escribir, o que incluso eran analfabetos, existían tarjetas con frases ya impresas que el soldado se limitaba a firmar.

De todos modos, la comunicación del soldado con sus seres queridos debía pasar antes por la censura. Las cartas y postales eran leídas por comités establecidos para esta función, que tachaban las frases que podían dar pistas al enemigo sobre el lugar desde donde se escribía o las que contenían algún comentario considerado antipatriótico.

Además de en escribir y leer cartas, los soldados empleaban su tiempo libre en confeccionar pequeñas obras de arte; crucifijos contruidos con balas, maderas talladas, esculturas hechas con proyectiles... cualquier elemento cotidiano era útil para dar rienda suelta a la creatividad. Estos trabajos serían conocidos como «arte de trinchera».

Pero al llegar la noche comenzaba una frenética actividad.

Amparados en la oscuridad, reparaban las alambradas, cavaban nuevas trincheras —la velocidad de avance era de unos asombrosos cuarenta metros por hora— y salían patrullas para reconocer las posiciones enemigas. Cada cierto tiempo se ordenaba lanzar un ataque localizado para capturar prisioneros y documentación, aunque el objetivo último era mantener a los hombres en estado de alerta.

Puede resultar sorprendente saber que los hombres permanecían en primera línea, por término medio, poco más de un mes al año. El período durante el que participaban directamente en los combates podía oscilar entre uno y quince días. Después eran trasladados a trincheras de segunda línea o a

la retaguardia en labores de apoyo, en donde pasaban unos cinco meses. Allí aprovechaban para leer, escribir, o aprender un idioma. El resto del año, los soldados se encontraban de permiso, en campos de entrenamiento o en cuarteles del interior del país. A esto hay que añadir los períodos de hospitalización o convalecencia en caso de haber resultado herido.



La vida en las trincheras se desarrollaba en condiciones miserables. Faltos de higiene, infestados de piojos y con la ropa siempre húmeda, la moral de los soldados pasaba por una dura prueba. En la imagen, un soldado británico del Regimiento Cheshire en el frente Somme en 1916. Mientras él monta guardia, dos compañeros aprovechan para dormir.

La falta de actividad en algunos frentes hacía que incluso la vida en primera línea pudiera ser relativamente apacible. Aun así, el goteo de bajas era continuo debido a los francotiradores o enfermedades como el «pie de trinchera», causado por la humedad en los pies, que en ocasiones requería la amputación. Más grave era la infección de alguna herida, por pequeña que fuera, ya que aún no existían los antibióticos; una de cada cinco heridas acababa con la vida del soldado.

El hecho de que la mayoría fueran causadas por el fuego de artillería, lo que provocaba heridas más abiertas que las producidas por impacto de bala, las hacía proclives a la infección. Cuando aparecía la gangrena, las posibilidades de sobrevivir eran de poco más del cincuenta por ciento. Una

herida en el abdomen era fatal; tan solo se lograba salvar la vida de uno de cada cien afectados.

El tifus, la disentería, el cólera o los parásitos intestinales también hacían estragos entre aquellos hombres, así como las enfermedades relacionadas con la exposición a las bajas temperaturas invernales. Parte de culpa de la proliferación de enfermedades de todo tipo era la incomprensible práctica de dejar los cadáveres insepultos. Quizás para evitar la posibilidad de confraternización entre los combatientes, como en la Navidad de 1914, los oficiales no veían con buenos ojos que se acordasen treguas para recoger a los muertos que se encontraban en tierra de nadie. Los cuerpos se pudrían a la intemperie, despidiendo un hedor insoportable. Las ratas y los insectos se encargaban de transportar a las trincheras los agentes patógenos, que encontrarían en los soldados el hábitat ideal para establecerse y proliferar.

Además de los aspectos puramente sanitarios, contemplar cómo las ratas iban royendo pacientemente las costillas del que unos días antes había sido un compañero, y observar cómo el esqueleto, una vez limpio de todo resto de carne, iba tomando un color blanquecino bajo el cegador sol del verano, no era el estímulo más adecuado para mantener intacta la moral. Por eso, en ocasiones los soldados ignoraban las órdenes de sus superiores y, cuando cesaban las hostilidades, salían a tierra de nadie para recoger heridos y retirar los cadáveres para darles una digna sepultura. De todos modos, a veces esta medida no era suficiente, puesto que las intensas preparaciones artilleras batían también los improvisados camposantos y los cuerpos volvían a salir a la superficie, en un persistente y macabro recordatorio de su presencia.



En buena parte de Flandes, el nivel freático se hallaba casi en la superficie, por lo que las trincheras se encontraban siempre inundadas.

Pero lo que más hacía padecer a los soldados eran las pequeñas molestias diarias, de las que era imposible librarse. Aunque pueda parecer un

inconveniente menor, el hecho de que la ropa estuviera siempre húmeda y que no hubiera posibilidad de secarla o cambiarla, a veces durante semanas o meses, era un padecimiento perenne que les hacía ser conscientes de la mísera situación en la que vivían. Pasar una noche de guardia a la intemperie bajo el frío y la lluvia, con la ropa totalmente empapada, minaba la moral del más fuerte.



Estos soldados franceses aprovechan un alto en el camino para reponer fuerzas. Comidas campestres como esta no serían muy habituales para los que se encontraban en primera línea.

La humedad no era el único adversario ante el que nada podían hacer. Muchos soldados recordarían que, al llegar al frente, su toma de contacto con las trincheras se vio marcada por la repentina invasión de piojos que sufrieron ya en la primera noche. Al día siguiente, decidían darle la vuelta a sus ropas, pero al poco tiempo volvían a sentir la presencia de este mortificante insecto en su piel. Sin duda, el mayor placer para un soldado era matar con sus propias uñas a uno de estos pequeños enemigos.

Pero enseguida comprendieron que era una batalla perdida, al igual que la que mantenían con las ratas. Durante la noche era habitual advertir la presencia de algún roedor bajo la manta, lo que al principio era acogido con horror pero más tarde con indiferencia o, si el animal resultaba demasiado insistente, le hacía merecedor de un certero disparo de revólver. En una ocasión, una compañía alemana llevó a cabo una caza masiva de ratas; unos días más tarde, expusieron los cadáveres de cientos de estos roedores con un cartel que demostraba que no habían perdido el sentido del humor: «Aquí no nos falta la carne».



Impresionante imagen que capta el momento en el que un soldado alemán salta por la onda expansiva producida por un obús.

A todas estas penalidades se unía, por tanto, la ausencia no solo de carne, sino de alimentos básicos. La población civil sufría todo tipo de restricciones alimentarias, y los soldados del frente no fueron una excepción. A la falta de comida se unía la escasa eficacia de la intendencia; cuando la sopa llegaba a primera línea en grandes recipientes metálicos, normalmente estaba ya fría, para decepción de los soldados. Durante varios días los hombres se alimentaban de duras galletas o de carne enmohecida, mientras que en muchas ocasiones la única agua disponible era la que había quedado encharcada en los embudos causados por las bombas, con el consiguiente riesgo de infección. Además, la corrupción de algunos oficiales reducía los aportes de víveres de la tropa para desviarlos hacia canales más provechosos para ellos. Irónicamente, cuando mejor comían los hombres era después de que la compañía hubiera sufrido algún ataque muy costoso en vidas, pues llegaban los suministros previstos para un contingente de soldados mayor del que en ese momento estaba vivo. Otro aporte extraordinario era el de los paquetes que llegaban del hogar, que eran compartidos amistosamente por todos.

El martilleo continuo de la artillería y la tensión de los combates comenzó a causar un trastorno que hasta entonces era desconocido. Algunos hombres quedaban paralizados, aturridos, incapaces de comprender preguntas o, por el contrario, sufrían crisis nerviosas, lo que les impedía comportarse con normalidad y mucho menos luchar. A los que no se les acusaba de «cobardía» y tenían la suerte de recibir atención psiquiátrica se les diagnosticaba una difusa enfermedad «nerviosa», que era en realidad la denominada neurosis de guerra o estrés postraumático, una afección que tendría su continuidad en los siguientes conflictos bélicos.

Los hombres que sufrían este bloqueo eran trasladados a la retaguardia, en donde pasaban un período de descanso, amenizado con lecturas de libros, conciertos y juegos participativos, como representaciones teatrales. Los que se recuperaban regresaban al frente, pero los que no recobraban el equilibrio mental eran ingresados en clínicas de reposo. En Gran Bretaña se crearon seis hospitales para atender específicamente a los afectados por este trastorno.

El final de la guerra no supondría el fin del sufrimiento de esos individuos; por desgracia, la neurosis de guerra deja secuelas irreparables, provocando alteraciones nerviosas o pesadillas incluso décadas después de los acontecimientos que los desencadenaron.

¿Cómo se podía escapar de este infierno? Para aquellos hombres condenados a vivir y morir en las trincheras no había salida posible. La desertión suponía la pena de muerte y autolesionarse conllevaba el mismo resultado. Los que recibían un disparo *afortunado* (en un pie o una mano), al implicar la evacuación a un hospital, eran examinados minuciosamente; si se descubrían restos de pólvora en la herida significaba que el cañón del arma estaba próximo y, por lo tanto, se trataba de una simulación. Otra posibilidad era asomar una extremidad por encima de la trinchera para recibir el disparo lejano de un fusil enemigo, pero muy pocos lograban engañar a los examinadores. Casi todos ellos acababan ante un pelotón de fusilamiento.

En Gran Bretaña la presión sobre los pacifistas llegaba desde la propia sociedad. Los objetores de conciencia eran considerados de forma generalizada como cobardes y traidores. En plena calle, las damas obsequiaban con plumas blancas —un símbolo de cobardía— a los muchachos en edad militar que vestían ropa civil, lo que daba lugar a algunas fricciones.

En una ocasión, un joven alemán al que la guerra le había atrapado estudiando en Londres fue interpelado en plena calle por una de estas damiselas:

—¿Por qué no se ha alistado en el Ejército?

—Es que existe una razón de peso para ello —le contestó el joven—, soy alemán.

De todos modos, la atinada respuesta no le libró de verse obsequiado con la humillante pluma.

Pero la réplica más contundente fue la que otro estudiante, en este caso

británico, espetó a otra de estas impertinentes damas. Una de ellas le paró en mitad de la calle y le ofreció una pluma blanca, mientras le decía con voz altanera:

—Me sorprende que usted no esté luchando por defender a la civilización.

—Señora, —replicó el joven—, más bien creo que soy yo la civilización, que está luchando por defenderse.

Afortunadamente, esta intolerancia con las actitudes pacifistas no tendría su reflejo en el gobierno británico. Los objetores de conciencia no eran fusilados, como ocurría en otros países, si no que eran enviados a la cárcel o a trabajar en canteras.

En el verano de 1916 llegó a instituirse en el Reino Unido un servicio alternativo que incluía labores agrícolas y médicas, al que se acogieron varios miles de jóvenes. No obstante, tras el decreto de alistamiento forzoso de enero de 1917, la negativa a incorporarse a filas ya no sería tolerada, y mucho menos la negativa a regresar al frente tras disfrutar de un permiso. Cientos de soldados británicos tuvieron que enfrentarse a un pelotón de ejecución por este motivo.

PRIMER ATAQUE CON GAS

A todas las pesadillas del campo de batalla, que han sido sucintamente enumeradas, debía unirse otro elemento que, aunque no fue decisivo, sumió en el terror a los hombres que se vieron involucrados en aquella hecatombe. Se trataba del gas venenoso, cuya primera aparición se produjo el 22 de abril de 1915. Esa noche, en el saliente de Ypres, los alemanes descargaron en cinco minutos el contenido de 4.000 cilindros que contenían casi 170 toneladas de cloro.



Soldados alemanes cubriéndose con improvisadas máscaras de gas, compuestas de simple gasa. La imagen es de 1915. Posteriormente los soldados estarían dotados de máscaras menos rudimentarias.

Las tropas que tenían enfrente, integradas por franceses, argelinos y canadienses, comenzaron a sentir los efectos del gas. Centenares de ellos perdieron el conocimiento. Los franceses y canadienses intentaron resistir en sus posiciones; estos últimos tuvieron la idea de protegerse las vías respiratorias con pañuelos empapados de orina, gracias a un oficial médico que identificó inmediatamente el cloro y que creía que el ácido úrico lo cristalizaría.

En realidad, si el pañuelo hubiera estado humedecido con agua también les habría protegido, pero gracias a la providencial idea del médico las tropas no fueron víctimas del pánico, como sí sucedió con los soldados

norteafricanos, que huyeron despavoridos.

Como en una visión fantasmagórica, de entre la nube de gas surgieron poco a poco los soldados germanos, pertrechados con máscaras de oxígeno. Aprovechando la desorientación de las tropas aliadas, capturaron dos mil prisioneros y medio centenar de cañones. El éxito había sorprendido a los propios alemanes, que no tenían ningún plan para explotar la brecha que se había abierto en la línea aliada, por lo que el ataque no tuvo continuidad.



Un soldado alemán con máscara antigás patrulla a caballo.

Pese a este éxito inicial, el cloro se demostró ineficaz como arma. El color verde del gas y su olor característico facilitaba su detección y además se necesitaba una gran concentración para que pudiera provocar daños pulmonares. Aun así, la mera visión de la nube de cloro causaba pavor a los soldados enemigos, paralizándolos o sumiéndolos en la más completa confusión.

Además, la utilización de gas venenoso se reveló enormemente arriesgada para las fuerzas que lo empleaban. El método no podía ser más impreciso; se abrían las espitas de los cilindros que contenían el gas y se confiaba en que la dirección del viento lo empujase hacia las líneas enemigas. Pero cualquier golpe de viento inesperado hacía regresar la nube tóxica hacia las propias trincheras, en donde aguardaban los soldados que debían aprovechar la brecha en el frente. A lo largo de la guerra, los expertos idearían métodos para lanzar las granadas de gas lejos de las propias líneas mediante el uso de la artillería.

La utilización de gases por parte de los alemanes dejó perplejos a los Aliados, pese a disponer estos de numerosas pruebas de que estaban planeando un ataque con armas químicas. En los días previos, varias incursiones en trincheras germanas habían descubierto que los alemanes estaban reuniendo máscaras antigás y que disponían de unos cilindros metálicos que servían para lanzar el gas.

Aun así, franceses y británicos —que también poseían arsenales químicos— confiaban en que el enemigo no recurriría a unas armas que estaban prohibidas por las leyes internacionales.

Para los ingleses, «era una forma cobarde de hacer la guerra».

Su ingenuidad, al igual que en el caso de las ametralladoras, también les costaría cara. Al final, el Ejército británico sería el contendiente que más emplearía el gas contra los alemanes, aprovechando que en Flandes y el norte de Francia los vientos siguen normalmente dirección este. Pero el primer ataque inglés con gas, el 25 de septiembre de 1915, no constituyó un éxito; el viento dejó de soplar y la nube de cloro quedó flotando en tierra de nadie, retrocediendo en algunos puntos hacia las propias líneas.



Un grupo de jinetes franceses provistos con lanzas, conformando una irreal composición pictórica. Durante la Primera Guerra Mundial no fueron inhabituales escenas como estas, más propias de la Edad Media.



Soldados británicos de la 55 División, cegados por el gas mostaza durante la Batalla de Estaires el 10 de abril de 1918. Aunque este gas podía causar ceguera, en pocas ocasiones era mortal.

En cada trinchera había una campana o un objeto metálico — normalmente, un proyectil vacío— para que, al ser golpeados por un vigía, diesen la alarma de que se estaba produciendo un ataque con gas. En pocos segundos los soldados debían colocarse la máscara, de la que nunca podían separarse. El estrés psíquico que suponía poder ser atacado en el momento más inesperado era casi insoportable, pero lo peor de esta nueva arma era la angustiosa muerte que esperaba a los soldados que resultaban gaseados. Los pulmones se iban encharcando y la respiración se hacía cada vez más difícil, ante la mirada impotente de los médicos, que no podían hacer absolutamente nada para impedirlo. Los soldados expiraban en los hospitales de campaña tras una larga agonía. Con el uso de estos gases asfixiantes, la crueldad de la guerra alcanzaría su máxima expresión.

Las limitaciones del cloro fueron superadas por un nuevo agente, el fosgeno, incoloro y mucho más mortífero. El único inconveniente para los atacantes era que los efectos tardaban más de un día en producirse. El primer ataque alemán con fosgeno, el 19 de diciembre de 1915, produjo más de un millar de bajas a los británicos cerca de Ypres.

Pero el agente químico más aterrador de los utilizados durante la Primera

Guerra Mundial fue el gas mostaza, introducido por los alemanes en julio de 1917. Se disparaba dentro de proyectiles de artillería y, al ser más pesado que el aire, se posaba en el suelo, evaporándose lentamente. Lo novedoso de este gas era que resultaba dañino el mero contacto físico con él, para lo que era suficiente una concentración en el aire de 0,1 partes por millón. Aunque no era letal —solo fallecía el 2 por ciento de los expuestos—, el sufrimiento que ocasionaba era atroz. Atacaba a los tejidos blandos, como los ojos y los genitales.

Tras un ataque con gas mostaza, era habitual ver líneas de soldados cegados siendo guiados hasta el hospital de campaña. Si la concentración de gas era importante, la piel se quemaba hasta el hueso. Además, a los gaseados no se les podía ofrecer un alivio a su sufrimiento, puesto que hasta los vendajes estaban contraindicados.

Sin duda, el gas fue el arma más terrorífica de las empleadas durante el conflicto, pero su contribución al número total de bajas fue relativamente pequeña. Aproximadamente, siete de cada diez soldados gaseados se habían recuperado totalmente en menos de seis semanas, y solo un cinco por ciento resultaron bajas definitivas, ya fuera por muerte o invalidez permanente.

Pese a su eficacia relativa, el gas venenoso contribuyó a hacer de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial el paisaje más apocalíptico que quepa imaginar. Hoy resulta casi imposible concebir un lugar tan impregnado de muerte y destrucción, pero la realidad es que en aquellas trincheras pasaron días, meses y años, millones de hombres como nosotros, sometidos a unas pruebas a las que difícilmente podríamos enfrentarnos con el espíritu de resistencia y abnegación que ellos demostraron.

Capítulo 5

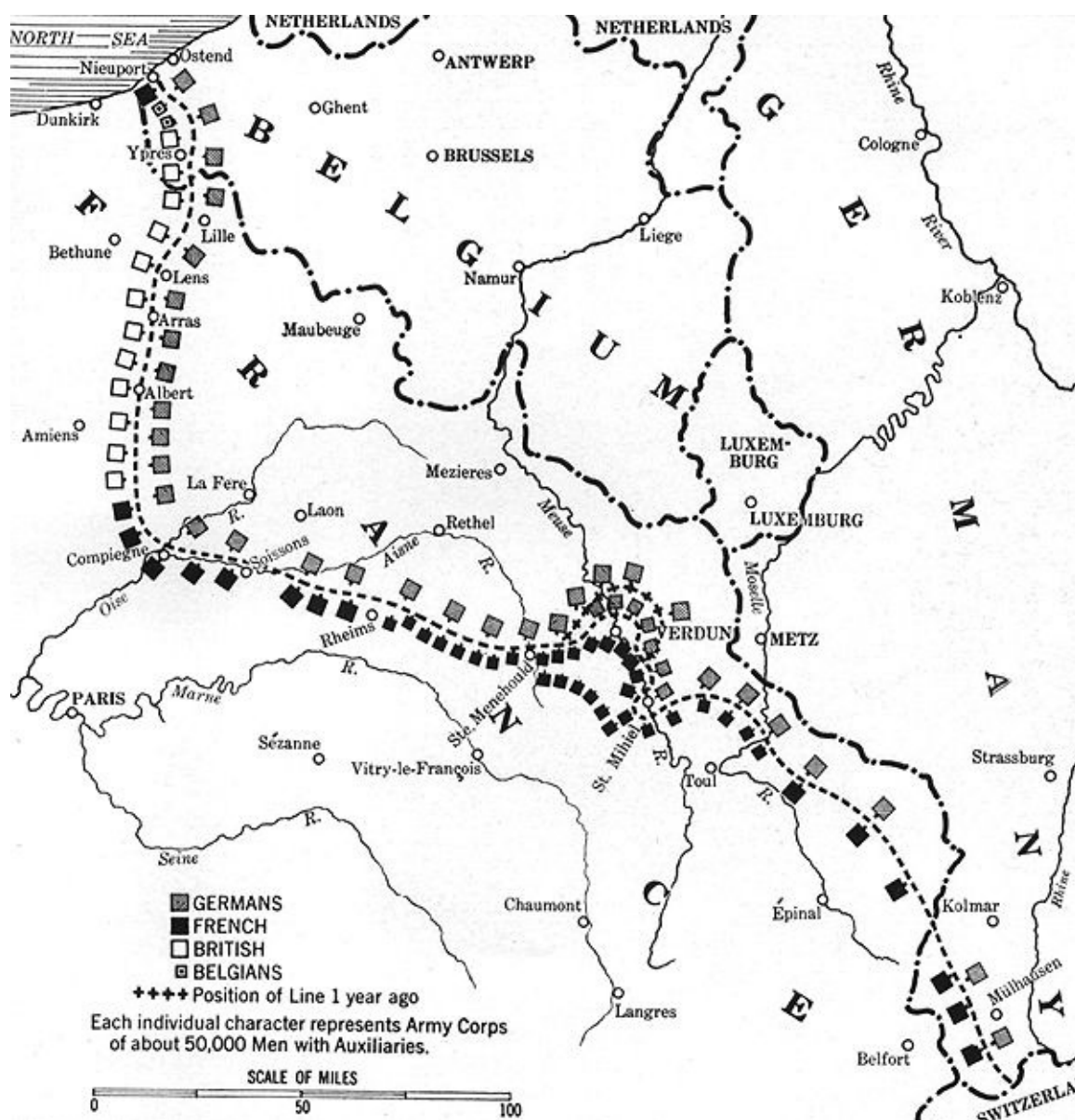
1916: EUROPA SE DESANGRA

Cuando comenzaron a extenderse por Europa las descripciones de lo que ocurría en los campos de batalla del frente occidental, se levantó una ola de horror y consternación.

Las lastimosas condiciones de vida que debían soportar los soldados en las trincheras y los escandalosos partes de bajas que se producían en choques armados por la posesión de una pequeña porción de terreno, para ser perdida poco después, alarmaron a los sectores menos proclives a la continuación de un conflicto que amenazaba con engullir a toda una generación de jóvenes europeos.

Los sectores obreristas de ambos bandos confiaban en que la solidaridad de clase de los trabajadores pondría fin a semejante sangría, pero contemplaron decepcionados cómo, por un lado, la fiebre patriótica y, por otro, el aparato represivo militar —tal como hemos visto en la tregua de Navidad de 1914— mantenían a los soldados alejados de cualquier tentación de abandonar tan absurda lucha.

El símil empleado por los contrarios a continuar la guerra era el de una Europa convertida en una gigantesca máquina de picar carne, aunque no eran conscientes de que en 1916 esta metáfora se convertiría en una descripción literal. En enero de ese año comenzó una batalla, la de Verdún, en la que la brutal acción de la artillería, de una intensidad nunca vista hasta entonces, dejaría sembrado el campo de batalla de una pulpa en la que era difícil distinguir los cadáveres de ambos contendientes, e incluso estos de los restos de caballos, perros o ratas que también habían resultado destrozados por el estallido de los proyectiles.



La línea del frente occidental en 1916, del mar del Norte a Suiza. Permanecería prácticamente inmóvil hasta las ofensivas de 1918.

La batalla de Verdún fue la más larga y costosa de la Primera Guerra Mundial y representa claramente la inutilidad de la muerte de tantos soldados en un enfrentamiento que acabó dejando la línea del frente prácticamente en las mismas posiciones de partida.

UNA INÚTIL BATALLA DE DESGASTE

La fortaleza de Verdún, a orillas del río Mosa, era un símbolo del orgullo nacional francés. De origen romano, la ciudad había sido fortificada en tiempos de Luis XIV con fosos y bastiones. En la guerra franco-prusiana de 1870 resistió un asedio de diez semanas, rindiéndose finalmente por falta de provisiones. Verdún, rodeada de un cinturón de fortificaciones, constituía el gran baluarte frente a la expansión germana pero, pese a las apariencias, su importancia estratégica en 1915 era ya poco decisiva.

De hecho, el que Verdún formase un saliente rodeado por fuerzas alemanas obligaba a los franceses a mantener una línea de frente mucho más extensa. Si se hubiera renunciado a la posesión de Verdún, la defensa gala, al acortarse, se hubiera visto beneficiada.

La prueba de que Verdún no poseía valor militar apreciable era que tanto esta fortaleza como las que la rodeaban habían sido despojadas de sus principales cañones para enviarlos a las unidades en campaña y que tan solo estaban defendidas por una línea de trincheras.

Al observar la debilidad francesa en Verdún, el jefe del Estado Mayor germano, el mariscal Erich von Falkenhayn —que había sustituido al fracasado Von Moltke en septiembre de 1914—, ideó un astuto plan que supuestamente tenía como objetivo tomar Verdún, pero cuya última intención era desangrar al Ejército francés. Conocedor de la psicología de su enemigo, sabía que la ciudadela nunca sería entregada, por lo que los franceses empeñarían todas sus fuerzas en defender ese santuario de su espíritu nacional. Falkenhayn no se equivocaba; si era preciso, los franceses resistirían en Verdún hasta el último hombre.



El general alemán Erich von Falkenhayn pretendía que Francia se desangrase en la defensa de Verdún. El Ejército galo aceptó el envite.

El plan alemán consistía en concentrar una cantidad abrumadora de fuego de artillería sobre un sector de las trincheras francesas. Una vez ocupadas, el proceso se repetiría, aumentando así la profundidad del avance. Con este sistema, Falkenhayn preveía escasas pérdidas propias y un gran número de bajas de los defensores.

Para esta operación se reunieron en un frente de solo 13 kilómetros un total de 1.200 piezas de artillería. Esa nutrida reunión de cañones constituía en esos momentos la concentración artillera más poderosa de la Historia.

El ataque estaba previsto para el 12 de febrero. Unos días antes, los franceses ya habían advertido los preparativos germanos, confirmados por el testimonio de algunos desertores, pero no habían tenido tiempo de reaccionar. Ese día Verdún estaba prácticamente desprotegido, ya que contaba solo con 270 cañones y las reservas de munición eran mínimas.

Pero, del mismo modo que un *milagro* había salvado a los franceses en el Marne, de nuevo un hecho providencial se presentaría en socorro de las fuerzas galas.

La misma noche previa al lanzamiento de la ofensiva llega un inesperado

empeoramiento del tiempo. La temperatura desciende varios grados, cae una intensa nevada y la visibilidad queda reducida por una densa niebla. En esas condiciones es impensable iniciar el ataque, por lo que los alemanes deciden aplazarlo veinticuatro horas. El tiempo no mejora y se suceden nuevos aplazamientos, ante la desesperación de Falkenhayn, que ve cómo el efecto sorpresa se va diluyendo; los franceses, alertados del calibre de la ofensiva que se avecina, envían a toda prisa refuerzos al sector en peligro.

Por fin, el 21 de febrero amanece despejado y los cañones alemanes pueden iniciar el bombardeo, que comienza puntualmente a las 7.15. El primer proyectil, mal dirigido, no estalla sobre las trincheras galas, sino sobre el palacio arzobispal de Verdún. Pero los siguientes batirán con desatada furia el campo de batalla durante nueve interminables horas.

Para hacerse una idea de la brutal cadencia de fuego conseguida por las baterías germanas basta señalar que, según testimonios de la época, el ruido de los cañonazos se llega a escuchar a más de 150 kilómetros de distancia en forma de un lejano redoble de tambor, punteado por golpes sordos semejantes a los de un bombo, producidos por las piezas más pesadas.

Es inimaginable lo que ocurre en ese espacio de tiempo. La tierra comienza a ser removida por las explosiones, por lo que las trincheras van quedando niveladas, mientras hombres y animales van siendo triturados por la onda expansiva y la metralla. Poco después de caer muerto un soldado, este es elevado de nuevo por otra explosión, hasta que todo el área se halla sembrada de miembros, cabezas y una masa gelatinosa en la que es difícil reconocer lo que poco antes era un cuerpo humano.

Los soldados franceses no se habían enfrentado nunca a un ataque tan terrorífico. Muchos se encuentran manchados con la sangre y las vísceras del compañero que un momento antes tenían al lado pero, de forma admirable, no desfallecen en ningún momento.

Poco después de las cuatro y media de la tarde se detiene el brutal bombardeo. Los alemanes, avanzando pausadamente sobre las líneas francesas, no esperan encontrar a ningún ser vivo en el terreno que tan duramente han batido con sus cañones, pero se equivocan. Los pocos franceses que han escapado a la aniquilación, al haber podido ocultarse en profundos refugios, salen a la superficie dispuestos a vengar a los compatriotas que habían quedado en la superficie.

De la retaguardia acuden más franceses para impedir el avance de los

hombres del káiser que, pese a estar pertrechados con lanzallamas, comienzan a retroceder al no esperarse la enrabietada reacción de los defensores galos. Tan solo consiguen ocupar el bosque de Haumont, en el que hacen prisionero a un grupo de soldados franceses que se encuentran profundamente dormidos, debido al agotamiento nervioso provocado por el bombardeo. Para sorpresa de Falkenhayn, sus tropas acabarán presentando, al final de ese día, un número considerable de bajas.

Falkenhayn no comprende en ese momento que la batalla de desgaste que ha planteado va a suponer también una dura prueba para sus propias fuerzas. Pero el engreído mariscal, que se resiste siempre a consultar a sus más estrechos colaboradores, prefiere continuar con la ofensiva, elevando aún más la apuesta. En los días siguientes se llevarán a cabo nuevos bombardeos, acompañados de los correspondientes avances de la infantería que toparán siempre con la tenaz resistencia francesa.

El 25 de febrero, los alemanes disfrutan de un inesperado éxito al tomar el gran fuerte de Douaumont sin disparar un solo tiro.

Debido a un error en los relevos, los franceses han dejado desprotegido este fuerte, considerado como «el más sólido del mundo».

Un intrépido soldado alemán, el sargento Kunze, salta el muro y se aventura por sus túneles, capturando a los artilleros, que creen que Kunze es solo la avanzadilla de un grupo más numeroso. El resto de la guarnición del fuerte, que se encuentra descansando en un gran dormitorio, queda encerrado en él cuando Kunze consigue bloquear la pesada puerta con ellos dentro. El sargento saboreará su hazaña sirviéndose una opípara comida en el comedor de oficiales. Los franceses no reconquistarían el fuerte hasta ocho meses más tarde, a cambio de más de cien mil bajas.

La increíble pérdida del fuerte de Douaumont hace saltar todas las alarmas en Francia. Verdún corre un peligro cierto de caer en manos alemanas. Esa misma noche, al general Henri Pétain se le encarga defender aquel símbolo de Francia. Al grito de «¡No pasarán!», ordena de inmediato enlazar los fuertes con una línea continua de trincheras y reorganiza por completo la artillería.

El gran problema al que se enfrenta Pétain es el del envío de suministros al frente. Al haber quedado destruidas las líneas ferroviarias por el bombardeo alemán, el general ordena que sea ampliada la única carretera que une Verdún con el resto de país. Ese camino, que será conocido como la *Voie Sacrée* (la «Vía Sacra»), se convertirá en la salvación de la ciudadela; por él circularán

semanalmente 50.000 toneladas de víveres y material, para lo que se emplean unos 3.000 camiones circulando día y noche, al ritmo de uno cada catorce segundos.

El mantenimiento de esta carretera sería vital; en todo momento había un millar de hombres realizando obras de acondicionamiento, una tarea que sería encomendada a las tropas norteafricanas.

Durante toda la batalla permanecería abierta, incluso cuando se encontraba cubierta de nieve o hielo. Del mismo modo que los taxis se habían convertido en el símbolo de la victoria en el Marne en 1914, la «Vía Sacra» lo sería de la batalla de Verdún.

El aporte regular de hombres y munición equilibra las fuerzas en combate. La batalla comienza a desgastar a ambos bandos por igual. Falkenhayn lanza golpes de mano que acaban en sangrientos ataques por un palmo de terreno, como el intento de tomar la colina de Mort Homme, lo que se logra a un alto coste. En mayo se levantan voces en las altas esferas militares que piden acabar con la matanza, pero el obstinado Falkenhayn, que sabe que su reputación personal depende del resultado de la batalla, insiste en continuar con la ofensiva.

En el bando francés Pétain —que se había vuelto incómodo para el mariscal Joffre por sus continuas exigencias de hombres y material— es ascendido a jefe del Grupo de Ejércitos del Centro, por lo que pierde el mando directo de la batalla, que recaerá en el general Nivelle, un militar de espíritu ofensivo. A sus órdenes se encuentra el general Mangin, que será pronto conocido por sus hombres por «El matarife», por la facilidad con que los envía a la muerte en ataques muy costosos en vidas, como el que lanza en mayo para reconquistar el fuerte de Douaumont.

Nivelle y Mangin ordenan repetidos ataques sin la preparación artillera adecuada, que se saldan con un sobrecogedor número de bajas. Los hombres son arrojados al matadero, sin que eso parezca quitar el sueño a estos despiadados militares. Sus continuos fracasos son achacados injustamente a la supuesta cobardía de sus tropas.

Durante esos tres primeros meses de combates, 190.000 soldados franceses han dejado ya su vida en la defensa de Verdún, aunque los alemanes no se quedan atrás, al contabilizar ya 174.000 muertos entre sus filas.



Este mojón recuerda hoy día la Vía Sacra, la carretera por la que llegaban diariamente los suministros a Verdún. Mantener abierta esta arteria supuso un esfuerzo épico para los franceses.



Tétrica imagen en la que se observan, sobresaliendo del barro, calaveras de soldados alemanes que participaron en la batalla de Verdún. No hay que descartar que fueran colocadas adrede por los franceses con fines propagandísticos, para minar así la moral germana.

El 20 de junio, los alemanes recurren a la utilización del gas fosgeno, lo que les permite lograr importantes avances. Logran amenazar directamente la ciudad de Verdún, pero este nuevo impulso también pierde fuerza y los franceses logran recomponer la línea del frente.

Ese mismo mes, la batalla de Verdún da un giro decisivo, debido a la puesta en marcha de otra ofensiva destinada a aliviar la presión sobre la histórica ciudadela. Los Aliados llevarán a cabo un ataque de grandes proporciones en el valle del río Somme, en la región francesa de la Picardía. Esta ofensiva se había previsto en una conferencia interaliada celebrada entre el 6 y el 8 de diciembre de 1915 en el cuartel general de Joffre, en Chantilly. En esa reunión se decidió lanzar tres golpes simultáneos contra los Imperios Centrales, con la esperanza de que estos no pudieran mantener una guerra en varios frentes. Por tanto, se acordó que los rusos atacarían desde el este, los italianos en los Alpes y los franco-británicos desde el oeste.

A finales de año se produjo el relevo en la cúpula del Cuerpo Expedicionario Británico; el general Douglas Haig sustituyó a John French como Comandante en jefe, y su primera misión fue concretar la ofensiva que debía lanzarse en 1916. Haig propuso como objetivo la costa belga, para neutralizar las bases de los submarinos germanos, pero esta propuesta no despertó en los franceses demasiado entusiasmo. Finalmente se acordó atacar desde ambas orillas del río Somme, un sector que servía de punto de engarce entre las tropas francesas y británicas.

Mientras se estaban definiendo las líneas maestras del futuro ataque en el Somme, había llegado el ataque alemán a Verdún, lo que trastocó los planes aliados por completo. Los franceses se vieron obligados a retirar tropas de este frente para enviarlos a la defensa de la ciudadela, por lo que el peso de la gran ofensiva recaería casi por completo sobre los británicos, que tenían ahora la misión de atraer la atención de los alemanes para que aflojasen su presión sobre Verdún.

El cañoneo en el Somme se inicia el 24 de junio, y el primer asalto de la infantería se lanza el 1 de julio. Ante la importancia de la embestida británica, Falkenhayn se ve forzado, con gran disgusto por su parte, a detener el envío de municiones al frente de Verdún y a desviar los refuerzos hacia el Somme. Aun a costa de un número horrendo de bajas, tal como veremos en breve, los británicos consiguen su objetivo de obligar a los alemanes a dividir sus esfuerzos entre ambos frentes.

La última ofensiva alemana en Verdún se lleva a cabo el 12 de julio, contra el fuerte de Souville, pero se estrella contra sus bien defendidos muros. El avance alemán queda paralizado y se consuma así el fracaso de Falkenhayn, que será sustituido el 29 de agosto por el tándem formado por Hindenburg y Ludendorff, contrarios a emprender cualquier iniciativa en

Verdún.

La batalla se prolongaría hasta diciembre, pero tendría ya como único protagonista activo al Ejército francés, que iría recuperando progresivamente todo el terreno perdido. Al finalizar el año, el balance no podía ser más descorazonador. Las pérdidas en cada campo se situaban entre 300.000 y 400.000 muertos, mientras que el resultado estratégico era prácticamente nulo, al quedar situado cada ejército en sus líneas de partida. Verdún había sido una carnicería inútil, pero la ofensiva lanzada por los británicos en el Somme para distraer a las fuerzas germanas presentaría unas cifras de bajas, si cabe, aún más pavorosas.

MUERTE EN EL SOMME

El primer día de la ofensiva en el Somme tiene el dudoso honor de permanecer hasta la fecha como la jornada más sangrienta de toda la historia del Ejército británico. Solo en la primera hora del ataque lanzado ese trágico 1 de julio de 1916 se produjeron 30.000 bajas, lo que supone un espeluznante promedio de... ¡500 muertos o heridos por segundo! ¿Cómo fue posible semejante baño de sangre? Aparentemente, el general Haig no había dejado nada al azar. Ese primer avance de la infantería iba a estar precedido por una semana de intensa preparación artillera que destruiría las alambradas y forzaría a los alemanes a abandonar sus posiciones de primera línea, dejando así el campo libre a los soldados británicos. Las fábricas de armamento del Reino Unido, funcionando a pleno rendimiento, habían proporcionado al Ejército cantidades ingentes de munición, lo que les permitiría disparar durante esa semana alrededor de un millón y medio de proyectiles. Para sorprender y confundir a los alemanes, también se habían cavado diez túneles que se prolongaban hasta pasar bajo las trincheras germanas, que fueron rellenas con veinte toneladas de explosivos cada una, destinadas a hacer explosión poco antes de que comenzase el ataque.

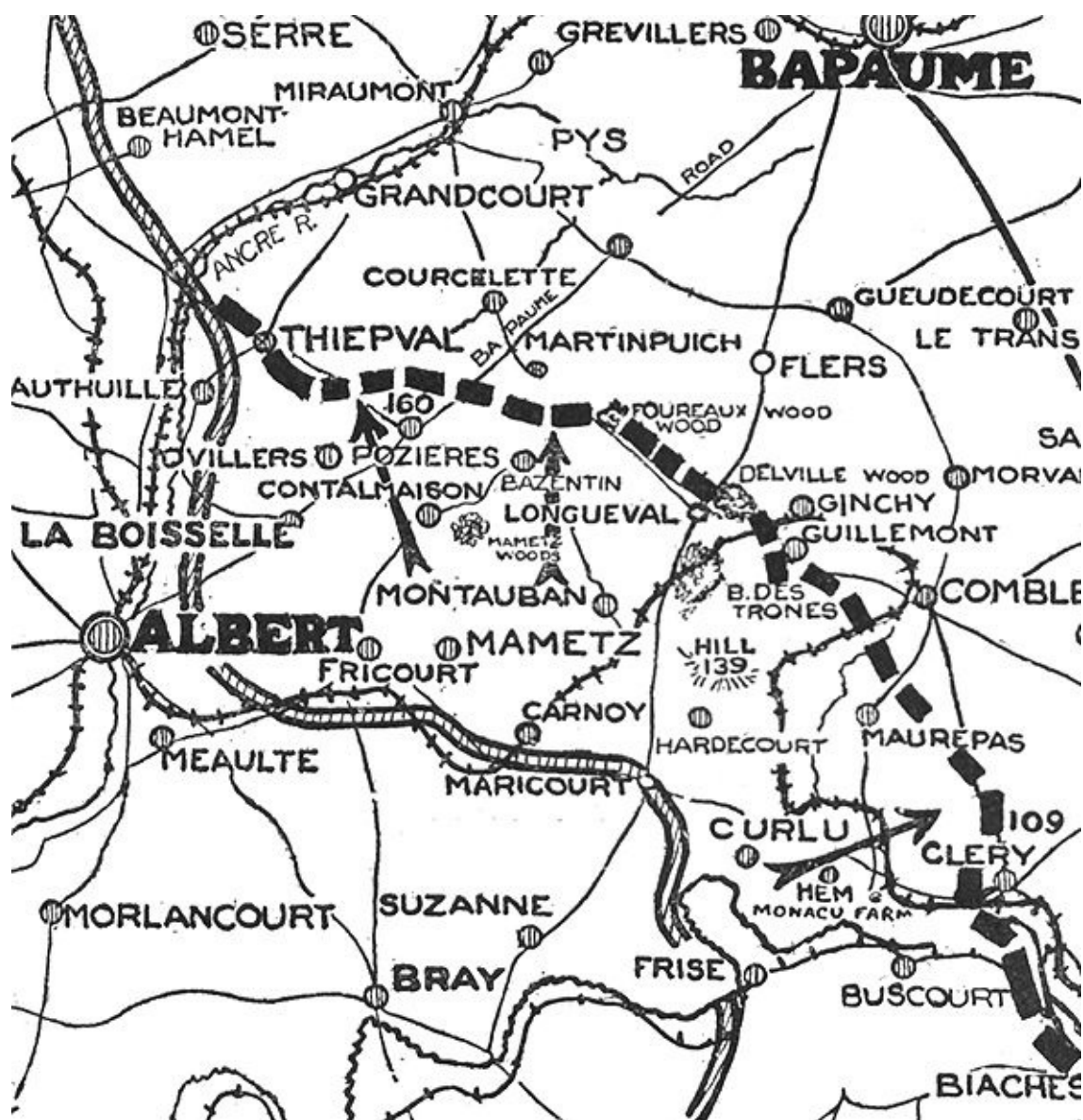
Al amanecer de ese 1 de julio, mientras las baterías continúan con su martilleante bombardeo sobre las trincheras germanas, los soldados británicos ya ocupan las posiciones de salida en sus trincheras. Van equipados con una pesada mochila de casi treinta kilos, pero no les preocupa; igual que los alemanes en Verdún, están convencidos de que nada ha podido sobrevivir al bombardeo y, por tanto, creen que la ocupación de las líneas enemigas será un mero trámite. Las órdenes de sus oficiales les confirman la prevista facilidad de su misión; deberán avanzar al paso, hombro con hombro, formando una ancha línea, y limitarse a ocupar las trincheras abandonadas por los alemanes. Todos están impacientes por participar en el que se prevé que será un día histórico para las armas británicas, aunque en ese momento nadie puede pensar que efectivamente lo será, pero en un sentido muy diferente al que imaginan...



Imagen tomada el 1 de Julio de 1916, primer día de la Batalla del Somme. La moral de estos soldados, pertenecientes al primer Batallón de los Royal Irish Rifles, parece mantenerse intacta, pese a los reveses sufridos en esa primera jornada de la ofensiva.

A las 7.20 comienzan a hacer explosión las minas excavadas bajo las trincheras teutonas, de las que solo una fallaría. En medio de grandes estruendos, se levantan enormes masas de tierra y polvo que, por unos momentos, hacen el aire irrespirable. Esa intimidatoria demostración de poderío infunde aún más confianza a los hombres que están a punto de saltar la trinchera.

A las 7.30, coincidiendo con el estallido de la última mina, se produce un brusco e inesperado silencio. Por primera vez desde hace siete días, los cañones ingleses callan. Eso significa que ha llegado el momento de que la infantería entre en acción. Los apremiantes toques de silbato se escuchan en toda la línea británica; los soldados comienzan a trepar por las escalas y a salir a tierra de nadie. El paisaje lunar que encuentran no puede ser más desolador, pero para ellos no es más que el escenario de su inminente victoria.



Líneas de avance de los Aliados durante la Batalla del Somme, en un mapa de la época. El objetivo era tomar Bapaume y Peronne.

Los ingleses comienzan a caminar con paso firme, con la bayoneta calada, en dirección a las trincheras germanas, que suponen vacías. La primera sorpresa que reciben es que las alambradas no han quedado destruidas; algunos se ven con graves problemas para no quedar enredados en ellas. Pero, en menos de un minuto, se escucha el inconfundible tableteo de las ametralladoras germanas. En efecto, allí están los soldados alemanes, retomando sus posiciones en las trincheras, como si el bombardeo no se hubiera producido.

Las nutridas filas inglesas comienzan a caer como espigas maduras bajo una implacable guadaña. Los cuerpos sin vida caen rodando en los embudos, mientras más y más alemanes afloran desde sus madrigueras, en donde han

resistido pacientemente el bombardeo. Inexplicablemente, los aliados desconocían que, en todo el área del Somme, los alemanes habían construido profundos refugios perfectamente equipados, que disponían incluso de paredes de madera, iluminación eléctrica y líneas telefónicas.

Los británicos no salen de su asombro ante la inesperada presencia germana, pero no tienen tiempo ni para maldecir a los que les habían asegurado que el avance iba a ser un paseo. Muchos de ellos caen antes de poder prestar atención a la gran cantidad de proyectiles británicos intactos que se encuentran desparramados por el suelo, al no haber hecho explosión tras ser disparados sobre las líneas alemanas; ahora se comprueban las consecuencias de los defectos de su apresurada fabricación.

Mientras, los oficiales ingleses, desde sus trincheras, observan con horror cómo van cayendo todos los hombres que tan animosamente habían salido al exterior unos minutos antes. Como fogoneros encargados del funcionamiento de una diabólica locomotora que no puede parar, se disponen a arrojar más soldados a las llamas del campo de batalla. Hacen sonar de nuevo los silbatos y la segunda línea comienza a trepar por las escaleras de mano. Pero las ametralladoras alemanas ya se encuentran a pleno rendimiento y no les permiten el más mínimo avance. Algunos soldados ingleses resultan heridos nada más asomar la cabeza por el parapeto y caen pesadamente sobre la propia trinchera, arrastrando en su caída a los que esperan su turno para salir. Aún así, el miedo no hace mella en los ingleses y, en una actitud heroica pero incomprensible para nosotros, hacen lo posible para saltar la trinchera, exponiéndose así a la lluvia de balas germanas que convierte ese gesto de valentía en un auténtico suicidio.

Las informaciones que llegan al Alto Mando británico no pueden ser más dramáticas, pero Douglas Haig no hace nada para poner fin a esa inútil hemorragia de vidas. La ofensiva se ha venido preparando durante seis meses y se han empleado recursos que han ido siendo almacenados durante casi dos años, así que el general inglés no está dispuesto a certificar el fracaso de la ambiciosa ofensiva cuando aún no ha transcurrido ni una hora desde su comienzo.

Por lo tanto, nuevas masas de soldados son enviadas a la muerte, masacradas por las ametralladoras teutonas, cuyos cañones humeantes ya se encuentran tan calientes que llegan al rojo vivo.

A lo largo del día, el resultado de la ofensiva es catastrófico. Al norte de la

antigua calzada romana que une Albert con Bapaume, el avance aliado se convierte en una masacre. El I Regimiento de Terranova, por ejemplo, sufre un 91 por ciento de bajas antes incluso de alcanzar su propia primera línea, puesto que sale de la línea de reserva. Pero al sur de la carretera, en un sector en el que también se encontraban tropas francesas, se consigue algún éxito puntual gracias a la mayor experiencia de la artillería gala, en lo que sería la única nota positiva para los aliados.

Al finalizar esa jornada negra, el balance es escalofriante. En ese momento no se dispone de cifras fiables, pero más tarde se sabrá que en ese día han muerto 19.240 soldados británicos, 35.493 están heridos, 2.152 han desaparecido y 585 han sido hechos prisioneros, de un total de 57.470 hombres que han participado en la ofensiva.

Por su parte, los alemanes han sufrido unas 8.000 bajas.

Aunque el Alto Mando sabe que ese primer asalto no ha alcanzado sus objetivos, la confusión generalizada y las deficientes comunicaciones le impiden hacerse una idea completa del desastre.

Por tanto, esa misma noche, a las diez, Douglas Haig ordena que se reanude la ofensiva, una disposición que tropezaría con la firmeza de algunos oficiales, que la rechazan al comprobar el deplorable estado que presentan sus diezmadas tropas.

Los Aliados no retoman los ataques hasta el 3 de julio. A los mandos británicos se les presenta entonces una oportunidad única para convertir el desastre en un éxito. Al sur de la carretera, el único lugar en donde se había logrado un avance el primer día, se ha abierto una rendija en las tupidas defensas alemanas gracias al fuego concentrado de la artillería. Por ese hueco penetra una patrulla de reconocimiento que se adentra tres kilómetros casi sin oposición, pero los británicos no se muestran suficientemente ágiles para penetrar por él, y los alemanes acuden a taponar la grieta. Los aliados no disfrutarán de una oportunidad igual para romper el frente en el Somme.

En los días siguientes quedaría en evidencia la táctica empleada por los británicos, consistente en presionar a lo largo de toda la línea, con pequeños golpes de mano encaminados a tomar un bosque o una colina. Entre el 3 y el 13 de julio, estas pequeñas acciones costarían 25.000 bajas, sin una ganancia de terreno apreciable. En cambio, los franceses, bregados en el infierno de Verdún, apostaban por reservar a sus hombres y emplearlos solamente para llevar a cabo alguna acción de cierta envergadura.

La llegada al frente del Somme de catorce divisiones alemanas en la primera semana, además del reforzamiento de las fortificaciones, hizo que las defensas teutonas fueran aún más poderosas que antes de iniciarse la ofensiva. Constatar esta dura realidad causó gran pesadumbre en el mando aliado; este lamentó no haber sabido aprovechar esos primeros días, en los que la proporción de fuerzas a su favor era casi de cuatro a uno.

Tras algunos contraataques alemanes, el frente acabó por estabilizarse y ambos bandos emplearon todo el mes de julio en atrincherarse. De todos modos, las fuerzas británicas nunca dejarían de lanzar ofensivas de alcance reducido, como la del 14 de julio en el bosque de Bazentin, que incluyó una anacrónica carga de caballería; aunque se tomaron los objetivos previstos, los aliados no supieron tampoco aprovechar esta ventaja.

El calor del verano comenzó a hacer estragos entre las tropas.

El aprovisionamiento de agua potable era cada vez más difícil, y las altas temperaturas favorecían la putrefacción de los cadáveres y la propagación de enfermedades. Los británicos se plantearon de nuevo lanzar una gran ofensiva, pero los franceses, enzarzados en esos momentos en la batalla de Verdún, no se mostraron partidarios de afrontar ese riesgo.

Así pues, los Aliados se dispusieron a afrontar otra batalla de desgaste, en la que se luchaba por cada centímetro de terreno como si de él dependiese el desenlace de la contienda. Nombres que hoy en día ya no nos dicen nada, como Elville, Longueval, Pozières o Fromelles, corresponden a sendos lugares en los que se derramó abundante sangre en la encarnizada lucha por su posesión. Con el objetivo de que el frente dibujase una línea recta que facilitase una ofensiva general, los aliados perdieron más de 80.000 hombres en un total de noventa ataques, para unas ganancias que nunca llegaban más allá de un kilómetro.

Tan solo la granja Mouquet es recordada como escenario de combates heroicos, en los que las tropas de la Commonwealth se batieron generosamente para tomar esta granja que no tenía nada de bucólica; había sido fortificada por los alemanes con búnkeres, túneles y trincheras como bastión defensivo para proteger la fortaleza de Thiepval. A lo largo del todo el mes de agosto, soldados australianos intentaron tomarla sin éxito. La granja no caería hasta el 26 de septiembre, tras ser sustituidos por tropas canadienses de refresco.

Aunque las divisiones australianas estarán ligadas para siempre a la

campaña de Gallípoli, sus pérdidas fueron mayores en el Somme; en solo ocho semanas habían sufrido más bajas que en los ocho meses que duró su lucha en tierras turcas.

Falkenhayn coincidía con sus enemigos en este absurdo planteamiento de mantener a ultranza todo el territorio conquistado; cualquier pequeño avance de la Entente era inexorablemente contestado con un contraataque alemán, sin importar el coste humano. El cese de Falkenhayn tras el fracaso de Verdún llevaría a los alemanes a adoptar también en el Somme una estrategia defensiva. El fruto de este nuevo concepto sería la construcción de un vasto sistema de fortificaciones, que sería conocido como la Línea Hindenburg.

APARECE EL TANQUE

El 15 de septiembre, los alemanes que protegen las poblaciones de Flers y Courcellette se encuentran apostados en sus trincheras, dispuestos a rechazar el ataque aliado que se prevé que está a punto de comenzar, pues ha cesado bruscamente la preparación artillera.

Confiados en la seguridad que les proporciona el parapeto, creen que, como viene siendo habitual, no tendrán dificultad para segar con sus ametralladoras las filas enemigas.

Pero los soldados germanos de primera línea comienzan a escuchar un extraño rumor, acompañado de agudos chirridos, que se hace cada vez más audible. Los alemanes dejan de disparar cuando, de repente, alcanzan a ver unos enormes monstruos de hierro que se dirigen hacia ellos lentamente.

Tras la sorpresa inicial, retoman sus armas y disparan de nuevo, pero esas pesadas máquinas, en las que rebotan las balas, no se detienen. Además, de ellas sobresalen varias ametralladoras que no cesan de escupir fuego. El miedo a ser aplastados en sus trincheras cunde entre los soldados teutones y, aterrorizados, arrojan sus armas y emprenden la huida rápidamente. Detrás de esos reptiles mecánicos, los soldados británicos caminan riendo y gritando, sin acabar de creerse el éxito aplastante del que están siendo testigos.

Esta había sido la aparición estelar del tanque en los campos de batalla, un ingenio nacido un año antes en la mente de un imaginativo corresponsal de guerra, que había propuesto al gobierno británico la construcción de un «acorazado terrestre». La idea fue en un principio desechada, pero el siempre clarividente Churchill desvió fondos públicos para financiar el proyecto. El fruto fue el carro de combate; con el objetivo de confundir a los espías, las primeras unidades enviadas a Francia fueron embaladas con la denominación de «tanques» (*tanks*) para hacerlos pasar por depósitos de agua destinados a Mesopotamia.

El *bautismo de fuego* del tanque en la batalla de Flers-Courcellette fue un

éxito, al lograr una *espectacular* penetración de cuatro kilómetros, pero evidenció también sus numerosos defectos de diseño. El tanque se desplazaba a tan solo tres kilómetros por hora, su visibilidad era muy limitada y su escasa maniobrabilidad forzaba a su abandono en caso de caer en una zanja. Aún así, el efecto psicológico sobre el enemigo, tal como hemos visto, sería demoledor.



La infantería británica se apresta para lanzar un ataque en Morval, el 25 de septiembre de 1916.

Ese día quedó demostrado que el tanque podía ser el arma que se estaba buscando para romper el estancamiento del frente occidental. De todos modos, su utilización en el Somme no dejó de ser anecdótica, puesto que solo llegaron a primera línea 49 tanques, de los que únicamente 21 entraron en combate, una cantidad insuficiente para afectar al rumbo general de la batalla. La decisión de mostrar este *arma secreta* antes de disponer de una fuerza capaz de lograr una ruptura del frente le supuso duras críticas a Douglas Haig, puesto que acababan de descubrir sus cartas a los alemanes, dándoles así tiempo para reaccionar. A la vista del éxito del tanque en su primera intervención, Haig solicitó en envió de mil unidades más, pero mientras tanto tendría que continuar la batalla con los medios de que disponía.

El carro de combate había mostrado el camino a seguir para superar la frustrante guerra de trincheras, pero aún era muy pronto para que esta innovación pudiera convertirse en un agente decisivo en la marcha de la contienda. No sería hasta el 20 de noviembre de 1917, en la batalla de Cambrai, cuando los tanques, utilizados de forma masiva, pudieron exhibir todo su potencial en el campo de batalla.



Los rostros escépticos de estos soldados neozelandeses, atrincherados en el sector de Flers en septiembre de 1916, denotan ya poca confianza en el resultado final de la batalla.

UN COMBATE NULO

Durante el mes de septiembre de 1916 se sucedieron las buenas noticias para la Entente, con la toma de varios enclaves importantes como la antes mencionada granja de Mouquet. Su conquista hizo posible amenazar la fortaleza de Thiepval, que fue tomada en un solo día.

Pero los siguientes movimientos, iniciados el 1 de octubre y destinados a apoderarse de Le Transloy y de los altos de Ancre, degeneraron en nuevas y frustrantes batallas de desgaste como las que se habían sucedido durante el verano. La llegada de las lluvias otoñales convirtió los campos en barrizales y dificultó aún más los avances, que quedaron prácticamente detenidos.



Una columna de soldados británicos, en una bella imagen tomada a contraluz durante la ofensiva del Somme. La plasticidad de esta instantánea no refleja la tragedia sufrida por los Aliados durante esta campaña.

A mediados de noviembre, los británicos realizaron el último esfuerzo para romper el frente antes de la llegada del invierno. Su ataque a lo largo del río Ancre se saldó con algún éxito puntual, lo que animó a Haig a lanzar el 18 de noviembre de 1916 una última ofensiva sobre la población de Grandcourt. Aunque, en una valiente acción, una División escocesa logró tomar un

importante complejo defensivo germano, los aliados acabarían desistiendo en su intento de tomar Grandcourt, después de tres días de fieros combates. De este modo se ponía fin a la lucha en el sector del río Ancre y, por extensión, en todo el frente del Somme.

El epílogo a la batalla del Somme se produjo el 24 de febrero de 1917, cuando el Ejército alemán se retiró hacia la Línea Hindenburg para acortar la línea de frente que hasta entonces ocupaba, favoreciendo así su defensa en caso de que los aliados retomaran la ofensiva con la llegada de la primavera. Curiosamente, el terreno obtenido por los aliados de este modo, sin efectuar ni un solo disparo, fue mucho mayor que el conseguido durante toda la batalla a un precio exorbitante.

La batalla del Somme había terminado sin que fuera fácil decir qué bando había vencido. Al igual que en Verdún, los atacantes habían sido contenidos, pero las batallas de desgaste resultantes habían perjudicado a ambos bandos por igual. El balance final de bajas está sujeto a discusión, pero podría estimarse en unas 600.000 para el bando aliado (400.000 británicas y 200.000 francesas) y en unas 500.000 para los alemanes^[12].

Para la Entente, el aspecto más positivo había sido la revelación de Gran Bretaña como una potencia militar terrestre y no solo naval. Ese mérito correspondía al que había sido ministro de la guerra hasta junio de ese año, Lord Horatio Herbert Kitchener, que había sometido al Ejército británico a un ambicioso programa de renovación, instaurando el reclutamiento forzoso tras superar los obstáculos inherentes a esta impopular medida.

La solidez alcanzada por el Ejército británico gracias a la tenacidad de Lord Kitchener sería fundamental al año siguiente para sostener el esfuerzo de guerra aliado mientras en el Ejército francés se extendía la gangrena de los motines y el Ejército ruso se desmoronaba por la situación revolucionaria que vivía el país.

Por su parte, los alemanes vieron cómo caían en el Somme sus mejores hombres, soldados entrenados antes de la guerra en las escuelas militares prusianas y que habían acumulado gran experiencia en los avances sobre Francia de 1914, mientras que los británicos arrojaron a la batalla a reclutas inexpertos, reservando sus mejores hombres para el último empuje que finalmente no se produjo.

En un símil pugilístico, el resultado de la batalla del Somme había sido de combate nulo, con ambos boxeadores fuertemente magullados. Sin embargo,

las lesiones sufridas por el contendiente germano habían sido más graves y profundas, algo que en ese momento no se podía detectar a simple vista, pero que se evidenciaría en los duelos posteriores.

Capítulo 6

LA GUERRA EN EL AIRE

En la soleada mañana del 21 de abril de 1918, una escuadrilla de aviones alemanes despegó desde un aeródromo cercano a Amiens para interceptar a dos aviones australianos que están realizando una misión de reconocimiento sobre las líneas germanas.

Los dos aparatos, una vez que han fotografiado las trincheras enemigas, dan media vuelta y tratan de regresar rápidamente a las líneas propias antes de ser alcanzados por los aviones teutones. Pero estos, más avanzados técnicamente, no tienen dificultad para atraparlos. Comienza una desigual batalla aérea, en la que los dos aviones australianos tienen escasas opciones de salir airosos.

Pero de repente aparece una escuadrilla aliada que ha acudido para protegerles. Ambos bandos entablan entonces un feroz duelo, observado desde tierra con mucha atención por los soldados británicos, que celebran con gritos de júbilo los derribos logrados por sus compatriotas.

Uno de los pilotos que está participando en la batalla, el capitán canadiense Arthur Roy Brown, logra situarse detrás de un *Fokker* que, sorprendentemente, vuela muy bajo. Desde su posición no tiene excesivas dificultades para alcanzarle de lleno con su fuego de ametralladora. El aparato alemán, herido de muerte, acaba tomando tierra torpemente en una llanura cercana a la población de Corbie.

Un grupo de soldados australianos, que ha presenciado el combate, acude corriendo hacia el lugar en donde ha aterrizado el avión. Allí comprueban que el piloto ha muerto. Presenta varias heridas de bala. Pero no se trata de un aviador anónimo; todos los soldados del frente occidental lo conocen, y distinguen claramente su avión de entre todos los demás; un triplano de un llamativo color rojo^[13]. Su nombre: Manfred von Richtoffen. Pero todos le

conocen como el Barón Rojo.

La noticia del derribo del célebre piloto corre rápidamente por las trincheras. Al instante se presenta un tropel de soldados deseosos de contemplar por sí mismos una escena que saben que quedará reflejada para siempre en los libros de Historia. Enseguida comienzan a oírse varias versiones sobre lo ocurrido. Los soldados australianos se arrojan de inmediato el mérito del derribo; afirman que han sido ellos, con su fuego desde tierra, los que han acabado con él.

Pero un elemento que hubiera ayudado en ese momento a despejar la verdad, el fuselaje del aeroplano, es víctima de la fiebre por conseguir un histórico *souvenir*. Los soldados que han acudido a ver el cuerpo sin vida del famoso barón comienzan a desgazar apresuradamente el aparato, dejándolo reducido a pequeñas piezas que son atesoradas ávidamente en mochilas y bolsillos, quedando tan solo la estructura.



Manfred von Richthofen, el mítico Barón Rojo, fue el piloto que alcanzó mayor número de victorias, ochenta. Su leyenda sigue viva hasta hoy.

La causa última de la muerte del Barón Rojo sería objeto de un encendido debate. El parte diario de la fuerza aérea atribuía su derribo al capitán Brown, que en ese momento tenía en su haber solo doce victorias. El canadiense aseguraría más adelante: «Yo tenía en mi mano todos los triunfos: iba por detrás y por encima de él. Cayó víctima de su propia técnica». Pero el hecho de que el triplano de Richthofen ya volase muy bajo cuando fue atacado por

Brown hacía pensar que arrastraba un impacto anterior. Otro piloto aliado, E. C. Banks, aseguraría más tarde haber sido el primero en alcanzar el inconfundible *Fokker* del Barón Rojo, pero el mérito permanecía en manos de Roy Brown.

Las investigaciones posteriores, basadas en los informes forenses, reflejaban que la bala que acabó con la vida de Von Richtoffen entró por el lado derecho del cuerpo, en trayectoria ascendente, causándole heridas en el hígado, los pulmones, el corazón, la arteria aorta y la vena cava, antes de salir. El calibre de la bala había sido, supuestamente, del .303, la empleada por los soldados australianos que disparaban desde tierra, lo que daría la razón a esos hombres al atribuirse su muerte, arrebatándole el mérito al capitán Brown. Otra conclusión extraída por los forenses es que el aviador germano apenas contó con un minuto antes de perder la consciencia, y un par de ellos antes de expirar.

Ese día moría Manfred von Richtoffen, pero nacía un mito que sobrevive hasta hoy. El Barón Rojo representa ese concepto romántico de la guerra que las contiendas posteriores se encargarían de periclitarse. Durante la Primera Guerra Mundial, los cielos europeos contemplaron así enfrentamientos más propios de las justas medievales; los combates aéreos eran semejantes a un duelo deportivo entre caballeros, regido por los códigos del honor y el *fair play*.

La razón de que el arma aérea se desarrollase en unos términos tan distintos a los de las otras armas quizás tenía que ver con su extrema juventud. Hay que tener presente que el primer vuelo a motor de la Historia, protagonizado por los hermanos Wright, se había producido en 1903. Una década más tarde, la aviación aún se encontraba en mantillas. Los aeroplanos estaban diseñados para exhibiciones y concursos acrobáticos, y las altas esferas militares no confiaban en la utilidad de este nuevo invento. El general francés Foch, por ejemplo, recogía la opinión de sus colegas al afirmar que volar era un buen deporte, aunque, para el ejército, el aeroplano era inútil. Pero serían precisamente los franceses los primeros en descubrir la enorme utilidad de esta nueva arma.

OBSERVADORES AÉREOS

En la guerra, conocer las intenciones del enemigo es tan importante como la capacidad de ataque. Si se sabe con antelación el lugar en donde las tropas contrarias tienen planeado lanzar una ofensiva, es mucho más fácil poder hacerles frente, trasladando tropas desde los sectores que no corren peligro y anticipándose a sus acciones.

Este principio militar tan simple tenía una difícil plasmación en la práctica, puesto que, antes del desarrollo de la aviación, los medios técnicos no permitían efectuar una observación eficaz del frente enemigo. La única posibilidad era emplear globos cautivos; la primera utilización de medios aéreos en la guerra fue durante la batalla de Fleurus (1794), en la que los franceses emplearon el invento de los hermanos Montgolfier para descubrir los movimientos de las tropas austríacas.

Los globos no volverían a ser utilizados para este cometido hasta 1861, en la Guerra de Secesión norteamericana. Las tropas nordistas se valieron de uno en la primera batalla de Bull Run para dirigir los disparos de la artillería. Al año siguiente, los británicos desarrollaron este nuevo elemento, pero su estudio fue abandonado al ser considerado demasiado oneroso. No obstante, más tarde se recuperó el interés por los globos, empleándolos durante la segunda guerra de los bóers (1899-1902). Los norteamericanos también se valdrían de globos cautivos en 1899, durante la guerra de Cuba.

De todos modos, los globos presentaban unas limitaciones evidentes. Sus observadores disfrutaban de un gran radio de visión pero, al estar elevados sobre las propias líneas, no era posible alcanzar con la vista la retaguardia enemiga. La aviación, capaz de adentrarse en los sectores contrarios, podía suplir ampliamente esas carencias, por lo que su concurso sería fundamental para efectuar esa labor de reconocimiento.

Pero las inmensas posibilidades de la aviación no habían sido aún detectadas por los oficiales superiores. En agosto de 1914 había pocos aviones listos para entrar en acción. Gran Bretaña poseía 87 aeroplanos y

Francia disponía de 136. Los alemanes, que confiaban más en los zeppelines, contaban aún así con 180 aparatos. La función de todos estos aeroplanos se limitaba a observar el campo contrario, y así sucedió en las primeras semanas de la contienda.

Tal y como quedó reflejado en el capítulo correspondiente a la batalla del Marne, uno de los nueve aparatos de reconocimiento con los que contaba el general Gallieni para defender París fue el que descubrió el cambio de dirección del Ejército alemán. Aunque anteriormente unos aeroplanos británicos habían avisado al general French del movimiento de las tropas alemanas antes de la batalla de Mons, la aportación de aquel aparato francés demostró que la aviación podía ser absolutamente decisiva en el desarrollo de las operaciones militares.

LA APARICIÓN DE LOS CAZAS

Como vemos, al principio de la guerra los aviones desempeñaban únicamente tareas de reconocimiento. Al comprobarse las consecuencias nefastas de ser descubierto por un aeroplano enemigo cuando se estaba preparando una acción, se inculcó en las tropas la necesidad de ocultarse entre los obstáculos naturales del terreno en cuanto se escuchaba el sonido de una hélice. Los Aliados fueron especialmente eficaces en este tipo de reacción; los partes de los pilotos alemanes solían ser defectuosos, confundiendo así a los estados mayores.

Pero no era suficiente con esconderse; surgió la imperiosa necesidad de combatir la molesta presencia de los aviones de reconocimiento. La primera medida fue disparar desde tierra. Como siempre, los alemanes se encontraban más avanzados en este terreno y contaban desde 1909 con un cañón antiaéreo. Los Aliados confiaban en sus ametralladoras, pero la potencia de los aviones permitió elevar su techo, dejándoles fuera del alcance de esta arma. Por tanto, británicos y franceses comenzaron a utilizar cañones de campaña adaptados a la lucha antiaérea, con granadas de estallido retardado.

De todos modos, la mejor manera de abatir a los aviones de reconocimiento era con el fuego procedente de otros aviones. Con ese fin, en cuanto se detectaba la presencia de un aeroplano enemigo despegaban los aparatos propios, dispuestos a interceptarlo. En esa fase embrionaria de la aviación militar, los combates aéreos se disputaban con armas cortas. Los aviadores, pertrechados de revólveres, disparaban a sus enemigos para derribarlos. Si el avión iba dotado de copiloto, este podía ir armado con un fusil. Se utilizaron entonces medios que hoy provocan hilaridad; algunos pilotos llevaban consigo pesadas piedras o ladrillos, que eran arrojados sobre el avión adversario cuando este se encontraba bajo la vertical, con el fin de quebrar su fuselaje de madera y tela.

Abandonando estos métodos primitivos, pronto se adoptó la ametralladora, disparada por el copiloto. Pero todo cambiaría el 19 de abril de

1915, cuando tras las líneas alemanas efectuó un aterrizaje forzoso el aparato del célebre aviador francés Roland Garros^[14].



El piloto francés Roland Garros posa con sus medallas delante de su avión. Su improvisado sistema para poder disparar a través de la hélice impulsó a los alemanes a desarrollar un mecanismo más sofisticado.



El ingeniero Fokker, encaramado a una escalerilla, comprueba el funcionamiento de su sistema para sincronizar la hélice y el fuego de ametralladora.

Los alemanes tenían conocimiento de que Garros había conseguido derribar cinco aviones en quince días, una marca destacada en ese momento. Ahora tenían la oportunidad de descubrir la clave de ese excelente resultado, puesto que Garros no había tenido tiempo de destruir el avión.

Al examinar con detenimiento el aeroplano, se sorprendieron al comprobar que el propio piloto podía disparar una ametralladora a través de la hélice, situada en el morro. Con ello, a la vez podía dirigir el aparato y apuntar y disparar al enemigo, haciendo así innecesaria la presencia de un copiloto.

Los alemanes, desconcertados, se preguntaron cómo era posible que pudiera disparar a través de la hélice. En un primer momento creyeron que debía estar dotado de algún sofisticado sistema que permitiese el paso de las balas a través de la hélice en movimiento, pero nada más alejado de la realidad. Los franceses se habían limitado a proteger con unas gruesas planchas de hierro las palas de la hélice.

Este invento, denominado pomposamente «mecanismo deflector», hacía que las balas que tropezaban con las palas de la hélice fueran desviadas, mientras que el resto continuaba su trayectoria hacia el aparato enemigo. Además del peligro inherente a la trayectoria incontrolada de las balas desviadas, se desperdiciaba mucha munición. Los técnicos germanos se negaron a incorporar este fruto de la improvisación meridional, y se pusieron manos a la obra para descubrir un método más acorde con la sofisticada tecnología teutona.

Fue entonces cuando el constructor holandés Antonius Fokker, que diseñaría los aviones alemanes más exitosos, como el *Fokker* y el *Albatros*, recordó que, un año antes de que estallase la guerra, había comprado a un ingeniero suizo llamado Franz Schneider la patente de un invento que solucionaba este problema. Se trataba de un mecanismo que interrumpía el disparo de la ametralladora cuando una pala de la hélice estaba en posición vertical.

Aunque la aportación de Schneider era muy ingeniosa, el invento adolecía de graves inconvenientes. De vez en cuando, el mecanismo fallaba y la hélice quedaba destrozada, mientras que en otras ocasiones el dispositivo causaba el encasquillamiento de la ametralladora. Fokker recogió y perfeccionó la idea del ingeniero suizo, creando el sincronizador o engranaje interruptor.

En 1915, todos los aviones alemanes adoptarían este mecanismo,

proporcionándoles una amplia superioridad sobre sus rivales franceses y británicos, que hablaban significativamente del «azote *Fokker*». Pero los ingenieros aliados también se pusieron manos a la obra y pudieron proporcionar a sus flotas aéreas engranajes interruptores similares. Esa mejora técnica se unió a la adopción de nuevas y efectivas tácticas, como la organización de escuadrillas ofensivas que destruían a los cazas enemigos en sus propios aeródromos antes de enviar a los aviones de reconocimiento, que de este modo actuaban libres de peligro. La aviación francesa contaba además con un aeroplano muy ágil y veloz, el Nieuport II, con el que los pilotos galos lograron imponerse a sus adversarios teutones en los cielos de Verdún, inaugurando el dominio aliado del aire.



Un Albatros D alemán. La aviación germana estaba dotada de aparatos tan avanzados como este, lo que les proporcionó el dominio aéreo durante varias fases de la guerra.

Ante la reacción de sus enemigos, los alemanes no se cruzaron de brazos. Crearon un sistema de escuadrillas de gran movilidad, que podía desplazarse rápidamente a lo largo del frente, en el que cada uno de estos grupos de aviones estaba encabezado por un piloto de gran reputación, un «as». Este sistema, denominado de «circo», acabó con los duelos individuales de la primera fase de la guerra.

Al parecer, ese curioso nombre se forjó durante la visita de un periodista alemán a la unidad de Von Richtoffen —el *Jaggstaffel* (escuadrilla de caza) 11—, en la que quedó asombrado por el colorido del fuselaje de los aeroplanos y por el uso de grandes tiendas de campaña con las que se iban desplazando por todo el frente. El reportero, sorprendido, exclamó: «¡Pero si esto no es un escuadrón, esto es un circo!».



Un Nieuport II francés, en una imagen captada en la región de Haute-Rin en 1917. Este aparato era especialmente ágil y veloz.

Aunque se cree que la anécdota es falsa, esa era la explicación del nombre con el que se conocería ese nuevo sistema. Además, la aparición del Albatros III alemán a principios de 1917 colocó a los pilotos teutones en una posición de dominio sobre sus oponentes.

De hecho, abril de ese año sería conocido como el «abril sangriento» por los aliados, un período en el que sus bajas fueron especialmente elevadas. Durante ese mes, la unidad de Von Richtoffen se anotó 89 derribos, un resultado cuatro veces superior al de las restantes unidades de combate. En junio de 1917, Von Richtoffen recibiría el mando de tres escuadrillas de caza más, agrupándolas todas en una unidad de nuevo tipo, el *Jagdgeschwader* (ala de caza) 1. Sus llamativos aeroplanos —su hermano Lothar pilotaba uno amarillo, mientras los demás eran verdes o azules—, así como sus arriesgadas maniobras de vuelo inspiraron también la metáfora circense entre sus adversarios franceses y británicos, que conocían a la unidad como «el circo volante» o «el circo de Richtoffen».

Los aeroplanos combatían entonces en grupos coordinados de hasta cincuenta unidades pero, aun así, la habilidad de cada piloto tenía una importancia capital, por encima de las tácticas colectivas.

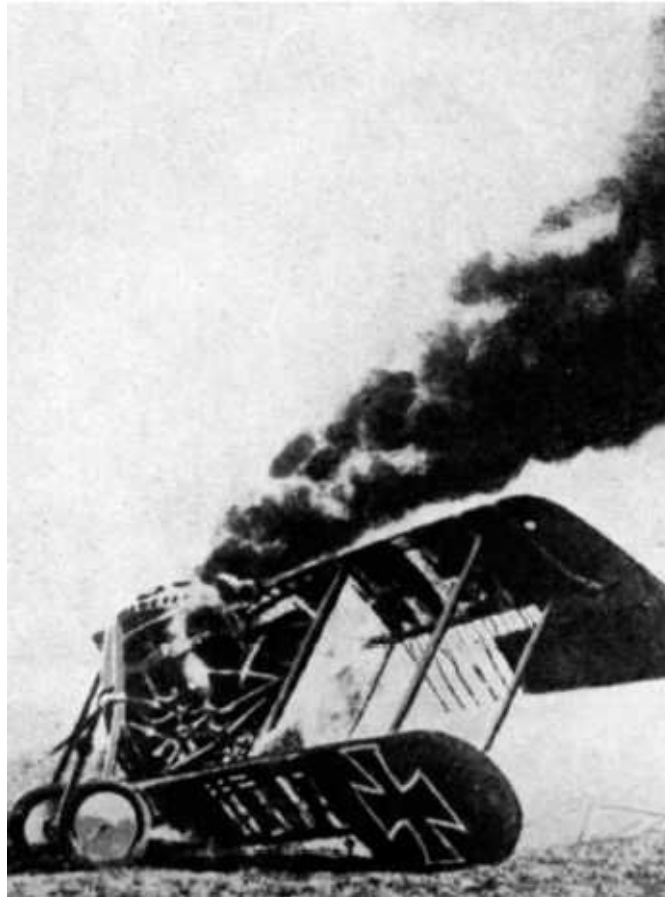
La calidad individual de los pilotos generó una mística guerrera pocas veces igualada. Un avión solía ser pilotado por un solo aviador, que contaba con unos instrumentos ajustados por él, e incluso la pintura del aparato era escogida por él mismo. Despreciando los principios del camuflaje, los pilotos elegían llamativos colores que posibilitaban su rápida identificación, tanto por los compañeros como por los enemigos. El ejemplo más conocido era el del

triplano rojo de Von Richtoffen, pero otros muchos aviadores —sobre todo alemanes— buscaban la notoriedad de este modo, estampando sus marcas personales en el fuselaje como si fueran caballeros medievales luciendo sus escudos heráldicos.

Los aviadores de la Primera Guerra Mundial no eran ajenos a la admiración que levantaban. Surcando el cielo despejado y luminoso, contemplaban a sus compatriotas arrastrándose por el lodo y comprendían que eran unos afortunados. A su vez, los hombres que se consumían en las trincheras miraban hacia arriba con envidia, al saber que tras esa excursión aérea podrían cambiarse de ropa, tomar una comida caliente en la cantina del aeródromo y descansar tranquilamente hasta el día siguiente, lejos de las privaciones y los bombardeos que ellos debían padecer.

Pero, como suele suceder, las apariencias engañaban. Esa existencia plácida, en comparación con la guerra de trincheras, escondía un drama desconocido; la convivencia diaria con la muerte. Las bajas eran continuas, y a duras penas conseguían cubrirse. A lo largo de la guerra, la mayoría de los pilotos morían entre las tres y las seis semanas posteriores a su entrada en servicio. En una fecha tan avanzada como abril de 1917, la expectativa de vida de un piloto británico era de solo 17,5 horas de vuelo.

Pero hay que tener en cuenta que no era fácil lograr ponerse a los mandos de un aeroplano en combate. Los vuelos de entrenamiento entrañaban ya un serio peligro; la aviación francesa contabilizó la pérdida de dos mil pilotos solamente en esa fase de instrucción.



Un biplano alemán acaba de ser derribado. Esta era la suerte que, tarde o temprano, le esperaba a la mayoría de pilotos.

Si se superaba el aprendizaje, llegaba el momento crítico para la suerte de un aviador; su primera misión. No eran pocos los que eran derribados en su debut. El contraste entre el período de instrucción y el *bautismo de fuego* ante los bregados pilotos enemigos era brutal, y no había oportunidad para rectificar un error; se pagaba con la muerte, a no ser que uno fuera lo bastante afortunado como para sobrevivir a un aterrizaje forzoso. Los que superaban el despiadado proceso de selección de las primeras misiones tenían muchas más posibilidades de alcanzar cifras muy superiores a la media y convertirse en ases.

El sueño de todos los que subían por primera vez a un aeroplano era precisamente convertirse en uno de los pilotos con mayor número de victorias. Von Richthoffen tuvo el honor de ser el aviador de la Primera Guerra Mundial que consiguió más derribos, 80, a pequeña distancia del francés René Fonck (75). Con 72, el canadiense William Bishop ocupó el tercer cajón de ese particular *podium*. La cuarta plaza correspondió a otro alemán, Ernst Udet (62), mientras que en la quinta encontraríamos al primer británico, Edward

Mannock (61). Otros pilotos destacados serían el australiano Robert Little (47), el italiano Francesco Baracca (34), el norteamericano Eddie Rickenbacker (26) o el ruso Alexei Kazakov (17).

Pero, como hemos visto, por cada uno de esos ases de la aviación había miles que se quedaban muy lejos de estas cifras. El correspondiente relevo diario de pilotos, forzado por las constantes bajas, tomaba tintes dramáticos. Cada tarde eran retiradas rápidamente de los barracones las pertenencias de los aviadores que habían fallecido durante las misiones matutinas, para que a la mañana siguiente, cuando llegasen los nuevos pilotos, encontrasen los dormitorios impolutos, libres del testimonio mudo de los que habían muerto unas horas antes.

Sin embargo, la omnipresencia de la muerte no sumía a los aeródromos en la depresión, como pudiera creerse, sino que alentaba precisamente el disfrute de los placeres terrenales. Ningún piloto aspiraba a contemplar con sus ojos el final de un conflicto que contemplaban ya con cínico escepticismo, por lo que únicamente deseaban vivir con plenitud el día que tenían por delante, conscientes de que podía ser el último y, por tanto, sin preocuparse de la jornada siguiente.

Los afortunados que llegaban vivos al final del día se reunían en la cantina del aeródromo, que solía estar adornada con restos de aviones enemigos expuestos como trofeos, y en donde se anotaban en una pizarra los derribos conseguidos ese día. Entre ronda y ronda de whisky o coñac, los pilotos se explicaban los duelos que habían mantenido en el aire, con descriptivos gestos de las manos simulando el vuelo de los aviones. El alcohol les animaba a entonar procaces cánticos de taberna o sentidos himnos en honor de los que ya no estaban entre ellos. Los más responsables se retiraban a los dormitorios a medianoche, pues antes del amanecer había que estar en pie, pero los que deseaban prolongar ese goce vital seguían bebiendo hasta caer exhaustos o se decidían a visitar algún lupanar cercano, del que regresaban con el tiempo justo de ponerse de nuevo a los mandos de su avión.

Ese sentido epicúreo de la vida hizo de los pilotos de caza de la Primera Guerra Mundial unos seres excepcionales, que despiertan hoy nuestra admiración y, por qué no decirlo, nuestra envidia, aun sabiendo el altísimo precio que pagaron por disfrutar de esas sensaciones tan intensas. Hoy nos miran desde sus retratos en sepia exhibiendo su imperecedera juventud, eternamente sonrientes, mostrando la confianza indestructible que proporciona desconocer por completo el temor a la muerte.

NACE EL BOMBARDEO ESTRATÉGICO

Las últimas horas del 31 de mayo de 1915 se presentaban para los londinenses bajo el manto de una agradable noche primaveral.

Pero los habitantes de la metrópolis británica no sabían que estaban a punto de recibir una inesperada visita del otro lado del Canal de la Mancha.

Un enorme dirigible comenzó a sobrevolar la ciudad. Los que en esos momentos se encontraban en la calle corrieron a refugiarse en los edificios, mientras que los que estaban ya en sus casas se asomaban temerosos por las ventanas para contemplar ese insólito espectáculo. Aquella máquina colosal surcaba en silencio el cielo de Londres, en una singladura de la que no cabía esperar nada más que muerte y destrucción. El zepelín comenzó a lanzar bombas incendiarias sobre la ciudad, extendiendo el terror entre sus habitantes. Además, los tripulantes de la nave arrojaban bombas de mano, lo que contribuía a aumentar la confusión. Una vez aligerado de su cargamento de bombas, el zepelín emprendió su regreso al continente.



Deutsche Flieger über Paris.

Ilustración alemana que representa un idealizado ataque aéreo sobre París.

Aunque el balance de este primer ataque no fue demasiado espectacular —siete muertos y cuarenta heridos—, los londinenses quedaron consternados por la audacia demostrada por los alemanes.

La guerra, que hasta ese momento se desarrollaba lejos de ellos, llamaba ahora a la puerta de sus casas.

Curiosamente, los que no debían temer ningún daño eran los miembros de la familia real; el káiser había prohibido expresamente los ataques a los palacios y a las zonas residenciales de sus parientes ingleses.

Pero ese no había sido el primer ataque sufrido por Gran Bretaña a manos de los temibles zepelines. El 19 de enero de 1915 por la noche, los alemanes habían lanzado su primer ataque sobre suelo inglés, cuando dos zepelines

cruzaron el mar del Norte hasta la costa de Norfolk, causando la muerte a cuatro civiles.

Aunque pueda sorprender, alcanzar territorio británico no resultaba nada fácil para los dirigibles germanos. Antes de su exitoso ataque a Londres, varios zepelines habían fracasado en el intento; tres habían caído al mar en febrero de 1915 frente a la costa de Jutlandia a consecuencia de una tormenta, y a principios de marzo otro zepelín había sido derribado por una batería antiaérea situada en la costa belga.

Las dificultades que debían afrontar los dirigibles, siempre a merced de los elementos, quedaron en parte subsanadas por la aparición de los bombarderos de largo alcance, el resultado de una rápida evolución que se había iniciado desde el comienzo de la contienda.

Al principio, la misión primordial de la aviación era localizar los movimientos del enemigo y orientar a la artillería propia. La aparición de los cazas no era más que una consecuencia de este cometido, puesto que debía proteger o atacar a estos aparatos, según el caso.

Pero desde un primer momento se vislumbró la posibilidad de emplear a la aviación para atacar a las fuerzas enemigas en tierra. La fragilidad de los aparatos no permitía en muchos casos cargar más que con una única bomba. De todos modos, los medios de bombardeo eran muy precarios; el piloto era el encargado de arrojar con sus propias manos el artefacto explosivo sobre el objetivo.

En 1915 los aviones ya habían progresado lo suficiente como para transportar bombas en sus bodegas. Los británicos fueron los primeros en poner en práctica el bombardeo estratégico, atacando una fábrica alemana de gas venenoso, logrando arrojar sobre ella 87 bombas.

Los alemanes construyeron el Gotha G-V, un bimotor pesado con autonomía para seis horas de vuelo y capaz de transportar 450 kilos de bombas. El 13 de junio de 1917, quince Gothas llevaron a cabo la primera incursión aérea diurna sobre Londres, arrojando 118 bombas de alto poder explosivo, matando a 162 personas e hiriendo a cerca de medio millar. Todos los bombarderos consiguieron regresar intactos a sus bases.

En total, los zepelines y los bombarderos Gotha acabaron con la vida de 1.400 civiles británicos a lo largo de toda la guerra. Pero, si la contienda se hubiera extendido a 1919, los británicos hubieran podido dar cumplida respuesta a las acciones alemanas, ya que tenían preparados 36 aparatos

Handley Pager V/1500, con un alcance de casi mil kilómetros y con capacidad para transportar 3.375 kilos de carga bélica, con los que hubieran podido bombardear a placer las ciudades germanas.

EL DOMINIO DEL AIRE

Si los alemanes fueron los primeros en explorar las posibilidades del bombardeo estratégico, también hicieron lo propio con el bombardeo táctico, es decir, la acción en el campo de batalla. En Verdún, los alemanes emplearon a conciencia sus aparatos de reconocimiento, fotografiando cada sector del frente francés antes de atacar. Pero también arrojaron bombas sobre puentes, concentraciones de tropas o baterías enemigas, preludiando en dos décadas los principios de la guerra relámpago.



Dos zepelines alemanes en un hangar. Estos ingenios aéreos causarían el terror en las ciudades inglesas.

Después de Verdún, la importancia de la aviación ya fue incuestionable. Los más escépticos tuvieron que dar su brazo a torcer y reconocer que el control de aire era fundamental. Pétain afirmó en 1917: «La aviación ha adquirido una importancia trascendental; se ha convertido en uno de los factores indispensables del éxito. Se hace necesario dominar el aire».

Aun así, los británicos no concederían al arma aérea la atención que merecía hasta el 1 de abril de 1918, cuando el gobierno de Londres creó la

Royal Air Force (RAF), totalmente independiente del ejército y la armada. El efecto de este impulso a la aviación como una fuerza separada y autónoma pudo verse inmediatamente en la respuesta a los avances alemanes en el frente occidental de marzo de 1918, que fueron rechazados gracias a la acción conjunta de las escuadrillas británicas y francesas. La campaña de bombardeos sobre Alemania en la última fase de la guerra también fue fruto de esa independencia de la RAF; entre octubre y noviembre se arrojaron 665 toneladas de explosivos sobre las fábricas germanas, contribuyendo así a minar la moral de una población que ya únicamente ansiaba la paz.



Efectos de un bombardeo realizado por un zepelín alemán sobre la ciudad belga de Amberes.

En solo cuatro años, el desarrollo de la aviación había sido espectacular. En 1914, el total de aviones entre todos los beligerantes no llegaba a 800 aparatos; a lo largo de la guerra se construyeron más de 150.000. Los motores aumentaron su potencia, los fuselajes se hicieron más resistentes. El número de pilotos, mecánicos y demás personal de apoyo estuvo en consonancia con ese desarrollo; la aviación británica pasó de contar con 2.000 personas en 1914 a disponer de cerca de 300.000 en 1918.

Pero lo más remarcable es que esos primeros pasos de la aviación marcaron de forma decisiva la organización posterior del arma aérea, que prácticamente continúa inamovible hasta la actualidad.

La Primera Guerra Mundial colocó al arma aérea en el lugar que merecía, y esta correspondió proporcionando a la historia militar, y al imaginario popular, un elenco de héroes difícilmente igualable.



La aviación tuvo una importancia decisiva para las fuerzas aliadas en la última fase del conflicto, al intervenir directamente sobre el campo de batalla en apoyo de la infantería.

Esos pioneros del aire alcanzaron la inmortalidad en los cielos europeos, pero alguno de ellos, como el Barón Rojo, la consiguió de manera literal. Al menos, eso es así si concedemos credibilidad a una noticia publicada por la prensa británica en abril de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, en la que se recogían las declaraciones un teniente británico llamado Greyson, que aseguraba haberle visto dos años antes.

El aviador inglés explicaba que, mientras cumplía una misión nocturna rutinaria en cielo francés, en las proximidades de Douvres, vio a lo lejos un avión que dibujaba una extraña silueta. Intentó alcanzarle para identificarlo, pero el enigmático aparato siempre lograba zafarse gracias a su increíble pericia. En un momento en que Greyson se halló lo suficientemente próximo para poder observarlo a la luz de la luna, se quedó petrificado al ver que se trataba de un triplano de color rojo, con la inconfundible Cruz de Hierro en sus alas. En ese momento no tuvo ninguna duda; tenía ante sí el mítico avión del Barón Rojo.

Aunque el cuerpo de Von Richtoffen reposaba desde 1925 en un cementerio de Berlín^[15], estaba claro, por el testimonio del teniente inglés, que el legendario piloto no se avenía a permanecer en tierra sin subir de nuevo a su añorada cabalgadura aérea. No sabemos si el inquieto Barón se puso a los mandos de su triplano en más ocasiones, pero lo que es seguro es que su leyenda, y la de los otros miles de pilotos que combatieron en los cielos durante la Gran Guerra, no morirá nunca.

Capítulo 7

LA GUERRA EN EL MAR

La imagen que acude a todo aquel que se aproxima a la Gran Guerra es la de la inhumana lucha en las trincheras del frente occidental. Aparentemente, fue en ese escenario en el que se decidió la suerte de la conflagración. Sin embargo, para muchos analistas, el tablero en el que se jugó la partida decisiva del conflicto de 1914-18 fue otro muy distinto. Para ellos, la disputa por el control del mar fue la auténtica clave de la contienda.

Esta afirmación es susceptible de debate puesto que, si las tropas del káiser hubieran entrado en París en agosto de 1914, es posible que la guerra hubiera concluido en fecha tan temprana como esa, habiéndose decidido únicamente en acciones terrestres. Pero no es menos cierto que, al prolongarse el conflicto, la responsabilidad de mantener la capacidad de ambos contendientes para aprovisionarse de alimentos y materias primas, al canalizarse a través del transporte marítimo, recayó sobre los hombros de las respectivas marinas de guerra.

Para cualquier observador, si la guerra iba a decidirse en el mar, estaba muy claro quién era el único que podía alzarse con el triunfo.

Desde su victoria en la batalla de Trafalgar en 1805, el poderío naval británico había sido total y absoluto. Además, la política internacional del gobierno de Londres estaba siempre encaminada a mantener la «libertad en los mares», lo que significaba, dejando eufemismos a un lado, que nadie podía discutir ni desafiar la hegemonía inglesa.

Al comenzar la Primera Guerra Mundial, este dominio británico de los océanos se mantenía intacto e incluso reforzado, puesto que la *Royal Navy* contaba desde 1906 con un nuevo tipo de acorazado totalmente revolucionario, el *Dreadnought*; su agilidad, rapidez y potencia de fuego le convertían en el amo y señor del mar.

Pero los alemanes habían logrado suplir con inteligencia e imaginación la inferioridad numérica de su marina de guerra.

Gracias a un aporte de fondos extraordinarios a la construcción naval, sus astilleros lograron botar acorazados similares a los *Dreadnought* ingleses, además de otros buques de características técnicas avanzadas. Otro factor vendría a instaurar una cierta igualdad; el uso del submarino, cuya masiva utilización por parte germana abriría nuevos e inciertos escenarios. La partida en el mar no estaba, ni mucho menos, decidida de antemano.

SE INSTAURA EL BLOQUEO

Desde el inicio de las hostilidades dio comienzo también una guerra de nervios entre ambos contendientes. Hay que tener presente que, si se pierde una batalla terrestre, suelen surgir posteriormente oportunidades para enderezar la campaña; pero si se pierde un choque naval de envergadura, lo más probable es que la guerra esté irremediablemente perdida.

Este concepto lo tenía muy claro Winston Churchill, que afirmó del almirante jefe de la Gran Flota, John Jellicoe, que él era «el único hombre capaz de perder la guerra en una tarde». Churchill era consciente de que una derrota de la *Royal Navy*, improbable pero no imposible, dejaría a las islas británicas totalmente desguarnecidas y sus líneas de suministro cortadas, poniendo así la victoria total al alcance del káiser.



Una escuadra de la *Royal Navy* atravesando el mar del Norte. El dominio de la marina británica era incontestable, hasta que fue retado por la flota del káiser.

Por lo tanto, era necesario apostar por un planteamiento menos arriesgado. Gracias a su número superior de buques de guerra, Gran Bretaña podía cerrar las aguas de acceso a los puertos alemanes, impidiendo las importaciones de

ultramar, indispensables para mantener una economía de guerra. Esta acción tenía como objeto debilitar gradualmente a las Potencias Centrales hasta sumirlas en la parálisis en lugar de acabar con ellas con un certero pero arriesgado golpe en la cabeza en el que no podía permitirse errar la puntería; se pretendía estrangularlas de manera lenta pero segura.

Una de las dos rutas de acceso era el Canal de la Mancha; un campo de minas en el paso de Calais, con un estrecho camino libre permanentemente vigilado, fue suficiente para clausurar este camino para los barcos alemanes. La otra ruta, alrededor del norte de Escocia, ofrecía mayores dificultades. Era necesario patrullar un área de medio millón de kilómetros cuadrados, una tarea asignada a un escuadrón de cruceros mercantes armados.

El bloqueo británico se llevó a cabo siguiendo las leyes internacionales, demostrándose enormemente efectivo. Por ejemplo, en 1915 las patrullas británicas detuvieron e inspeccionaron más de tres mil buques. Los alimentos y mercancías dejaron de afluir a los puertos germanos, pero la marina del káiser no iba a asistir con los brazos cruzados a la asfixia de su patria. Como veremos más adelante, la suerte del país entero sería puesta en manos de los submarinos.

LA BATALLA DE JUTLANDIA

Si a los británicos no les interesaba entablar una batalla naval decisiva, a los alemanes les atraía aún menos esta posibilidad.

Debido a su manifiesta inferioridad, salir a alta mar a buscar a la flota enemiga era poco menos que un suicidio. Por tanto, haciendo de la necesidad virtud, los alemanes dejaron a sus barcos en puerto para que pendiesen como una amenaza constante sobre el mar del Norte o, sobre todo, el Canal de la Mancha. Por su parte, la *Royal Navy* debía permanecer en todo momento vigilante, para impedir que los buques germanos salieran de sus fondeaderos.

Aunque ese tenso marcaje mutuo fue la tónica habitual durante todo el conflicto, se produjeron algunos encuentros entre ambas armadas. El primero sucedió el 28 de agosto de 1914, cuando una fuerza británica bajo el mando del Almirante Sir David Beatty, habiendo penetrado en aguas territoriales alemanas, hundió o dañó varios cruceros ligeros alemanes.

Por su parte, el almirante Franz von Hipper consiguió el 15 de diciembre llegar con varios cruceros a las costas británicas, bombardeando las ciudades costeras de Scarborough y Hartlepool, y regresando a su base a salvo. Esta acción indiscriminada contra la población civil llevó a los ingleses a denominar a Hipper y sus hombres «los asesinos de niños».

Pero la segunda correría de Hipper, en enero de 1915, no resultaría tan exitosa, puesto que sus barcos fueron interceptados. En la resultante batalla de los bancos de Dogger, el crucero alemán *Blücher* fue hundido, y otros dos cruceros dañados antes de que los alemanes pudieran escapar. Lo que los alemanes desconocían en ese momento era que los ingleses jugaban con ventaja. Los rusos habían rescatado de un buque germano naufragado el código secreto empleado en las comunicaciones navales alemanas. Gracias al hallazgo ruso, los británicos habían podido acudir al encuentro de la flota de Hipper, un hecho que se repetiría de entonces en adelante.

Pero el gran encuentro entre ambas escuadras no se daría hasta el verano

de 1916. El almirante Reinhard Scheer, comandante en jefe de la Flota Alemana de Alta Mar desde enero de ese año, renunció a la estrategia empleada hasta ese momento y planeó un encuentro en mar abierto con una parte separada de la flota británica, para poder tener una oportunidad de vencer, aprovechando esa momentánea superioridad numérica. El plan de Scheer consistía en atraer hacia una trampa al escuadrón de cruceros de batalla del almirante Beatty y acabar con él antes de que llegaran los refuerzos desde la base naval de Scapa Flow, en las islas Orcadas, próximas a Escocia.

El cebo sería una reducida flota al mando de Hipper, que navegaría rumbo a Noruega. El propio Scheer le seguiría con el resto de la escuadra a cierta distancia para caer sobre los barcos ingleses cuando estos acudiesen al encuentro de Hipper. Pero las señales de radio empleadas por los alemanes fueron interceptadas y descodificadas por los británicos. La totalidad de la Gran Flota británica, al mando de Jellicoe, se puso entonces en camino desde Scapa Flow, dispuesta a dar una sorpresa a los alemanes.

Durante la madrugada del 31 de mayo, los primeros cruceros británicos avistaron al grupo de Hipper. En una hora, las dos líneas estaban preparadas para el choque. Daba comienzo así la primera fase de la que se conocería como batalla de Jutlandia, que tomaba el nombre de la cercana península danesa, aunque los alemanes la denominarían batalla de Skagerrak, por el nombre del estrecho que separa esta península de las costas noruegas.

Durante los cincuenta primeros minutos de esta primera parte de la batalla, los barcos británicos más adelantados sufrieron lo indecible bajo la artillería germana, pero la llegada del resto de la flota de Beatty equilibró el choque. El plan británico consistía en navegar a partir de ese momento rumbo al norte, para atraer consigo a los alemanes hacia la Gran Flota.

Con los alemanes avanzando hacia el norte a toda máquina casi en paralelo con la flota de Beatty, Jellicoe preparó la gran trampa.

Mientras los barcos del káiser avanzaban en fila india, el almirante inglés les esperaba con sus unidades desplegándose a lo ancho. Esa maniobra se llama «cruzar la T», en la que el trazo vertical correspondía a los alemanes y el horizontal a la *Royal Navy*. Esa misma tarde, el cazador iba a ser cazado.

La sorpresa para los alemanes fue mayúscula cuando avistaron a la flota británica cubriendo prácticamente la línea del horizonte.

Comenzaron las andanadas procedentes de los barcos británicos, pero los alemanes no se descompusieron. Con gran sangre fría, devolvieron el fuego

con precisión, logrando alcanzar algunos blancos. Pero la situación de los buques germanos era indefendible, por lo que Scheer ordenó a las seis y media de esa tarde la única maniobra posible, poner proa hacia el sur dando un giro de 180 grados en dirección este. Para ello, los buques alemanes lanzaron una cortina de humo que desorientó a los ingleses.

Sin embargo, por razones nunca suficientemente explicadas, a los veinte minutos de iniciarse ese movimiento, Scheer cambió de parecer y decidió nuevamente dar la vuelta, pero en dirección oeste.

Los barcos ingleses resultaron beneficiados de esta decisión puesto que, sin buscarlo, se encontraron ahora cortando la retirada alemana.

Tras estas confusas maniobras, Scheer había quedado en peor situación que al principio. La única solución para los alemanes era una carga en masa para atravesar la línea británica.

Ese fue el momento decisivo de la batalla de Jutlandia. Los cruceros de batalla y los destructores alemanes avanzaron a toda máquina, dejando rezagados a los acorazados. La baza ganadora de Jellicoe hubiera sido dejar pasar a los buques de cabeza para aniquilar después tranquilamente a los acorazados, que se habían desorganizado durante las maniobras. Pero Jellicoe, asustado por la furiosa embestida alemana, no apostó por esa táctica que le hubiera dado la victoria; prefirió girar en redondo y poner agua de por medio con la flota germana para evitar el choque. Durante el resto de su vida, Jellicoe tuvo que escuchar las recriminaciones sobre las discutibles decisiones que tomó durante una jornada que, según sus detractores, pudo haberse convertido en el Trafalgar del siglo xx de no ser por la incompetencia mostrada por el almirante.

A lo largo de la noche, Jellicoe intentó disponer de una segunda oportunidad buscando la línea de retirada alemana para atacar a los rezagados, pero ya no le fue posible localizar a la escuadra enemiga.

Sobre las tres de la madrugada del 1 de junio, los buques del káiser ya se encontraban fuera del alcance de sus perseguidores. Milagrosamente, habían conseguido escapar de la trampa británica.

El debate sobre el auténtico vencedor en Jutlandia ha llenado miles de páginas y no parece que tenga visos de quedar agotado. La realidad es que, con los fríos números en la mano, el balance final del choque resultó favorable a los alemanes. La *Royal Navy* perdió tres cruceros de batalla, tres

cruceros, ocho destructores y 6.274 hombres. Por su parte, los alemanes perdieron un acorazado, un crucero de batalla, cuatro cruceros ligeros, cinco destructores y 2.545 hombres.

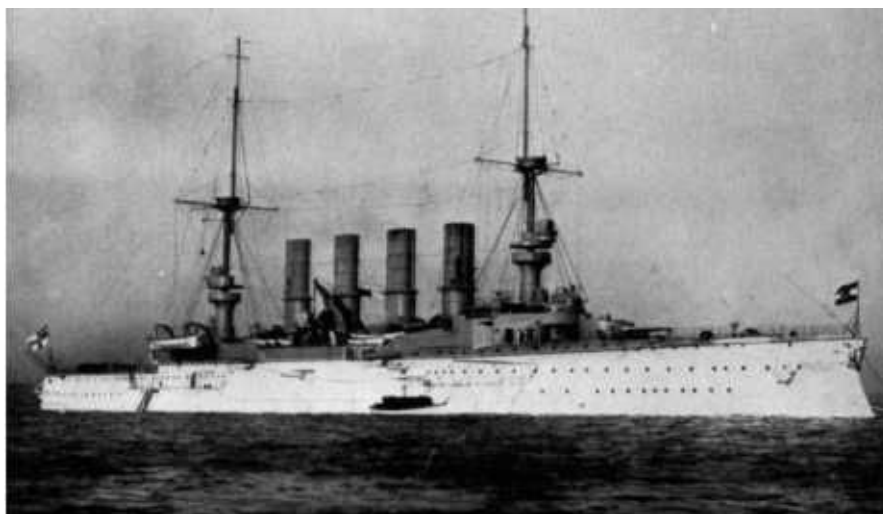
Sin embargo, el resultado estratégico de la batalla de Jutlandia benefició sin duda a Gran Bretaña, puesto que, pese a las pérdidas, su superioridad numérica no se vio afectada. La prueba de que, para los alemanes, los resultados del choque no estuvieron a la altura de las expectativas creadas, es que la Flota de Alta Mar, escarmentada por esta pírrica victoria, prefirió no aventurarse fuera de la seguridad de sus fondeaderos, renunciando a salir a mar abierto en todo lo que quedaba de guerra.

LA EXTENSIÓN DE LA GUERRA NAVAL

Pero el duelo entre ambas marinas de guerra no se limitaba al mar del Norte. Hemos visto que la flota alemana de superficie tenía escasas posibilidades de imponer su ley en las fuertemente controladas aguas europeas, pero lejos de este escenario, en el vasto océano Pacífico, los barcos alemanes podían moverse a sus anchas.

En 1914, con el vicealmirante Maximilian von Spee al frente, la Escuadra del este de Asia había cruzado el Pacífico rumbo a Sudamérica, con el fin de amenazar las rutas de aprovisionamiento de materias primas que se dirigían a Gran Bretaña.

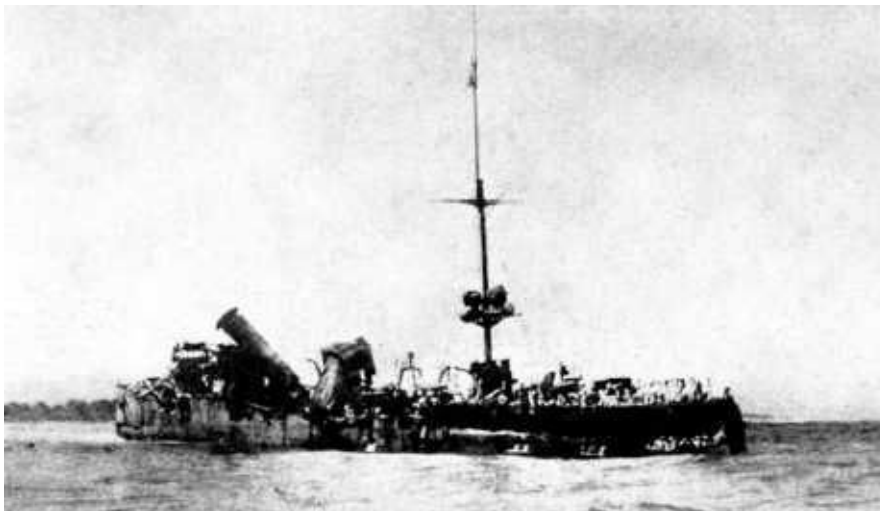
El 1 de noviembre de ese año, en la batalla de Coronel —el nombre del puerto chileno más próximo—, Von Spee infligió una espectacular derrota a las fuerzas británicas, que habían partido desde el Atlántico para cazarlo. Ayudado por la luz de la luna, que silueteaba los barcos británicos, Spee logró hundir dos cruceros y forzó al resto a emprender una fuga muy poco honorable para el orgullo de la *Royal Navy*. Más de 1.600 marineros ingleses perdieron la vida mientras los alemanes solo tuvieron que lamentar dos heridos.



El crucero *Scharnhorst*, con el almirante Von Spee a bordo, resultó

hundido cuando intentaba atacar las islas Malvinas el 8 de diciembre de 1914. En ellas le esperaban dos cruceros ingleses, que pusieron fin de este modo a las correrías de Von Spee por los mares australes.

Envalentonado por el éxito, Von Spee pasó al Atlántico para atacar las islas Malvinas, creyéndolas desprotegidas. Cuando el 8 de diciembre descubrieron que en su base naval se encontraban dos cruceros de batalla —el *Invincible* y el *Inflexible*—, que acababan de llegar enviados por el Almirantazgo, ya era tarde para poder escapar. El *Scharnhorst*, con Von Spee a bordo, fue el primer buque hundido, siguiéndole el *Gneisenau*, el *Nürnberg* y el *Leipzig*. Las aguas del Atlántico se tragaron a Von Spee y su flota, además de 2.200 marineros germanos —incluyendo a sus dos hijos—, finalizando así la aventura iniciada cuatro meses antes en las costas asiáticas. Los británicos pudieron por fin respirar tranquilos.



El buque corsario *Emden*, varado en la isla de los Cocos. Allí terminaría su recorrido por los mares de Oriente, en donde se convirtió en una pesadilla para los Aliados.

Aunque el potencial de la flota alemana de superficie había sido conjurado, la amenaza sobre las rutas aliadas continuaría aún durante algún tiempo. Los meritorios esfuerzos de la marina alemana para desafiar el poderío naval británico darían lugar a un fenómeno propio de una época ya pasada; la aparición de los corsarios. Bajo la apariencia de un mercante, se escondía un auténtico barco de guerra, que se despojaba de su disfraz cuando lograba aproximarse a algún confiado buque enemigo o neutral. Después de poner a salvo a su tripulación, el corso lo hundía y de nuevo se lanzaba a la búsqueda de otra presa.

En el océano Índico, el crucero ligero *Emden* sería el encargado en

solitario de perjudicar de este modo tan heterodoxo los intereses del Imperio británico, tal y como cuatro siglos antes había hecho Francis Drake con el Imperio español. El comandante del *Emden*, Karl Von Müller, de cuarenta años, haciendo gala de una gran audacia, logró paralizar el comercio en esta región, hundiendo mercantes en la bahía de Bengala y en Ceilán, y llegando incluso a bombardear Madrás. Aunque en el ataque a esa ciudad causó algunas bajas civiles, su comportamiento siempre fue ejemplar, lo que le hizo ganarse el respeto y la admiración de sus enemigos.

No hay duda de que el episodio más curioso de los protagonizados por el *Emden* fue el ocurrido en la remota isla de Diego García a finales de septiembre. En esta colonia inglesa no se conocía aún la noticia del estallido de la guerra —solo llegaba un barco correo al año—, por lo que sus confiados habitantes les ofrecieron toda su hospitalidad cuando recalaron en su puerto. El astuto Von Müller, naturalmente, no les sacó de su ignorancia; fue avituallado por los desinformados ingleses y zarpó poco antes de que llegase puntualmente el barco anual con la noticia de la declaración de guerra.

El *Emden* continuó atacando mercantes, hundiendo también un buque de guerra ruso y otro francés. Siguió operando por el Índico, elevando el total de barcos hundidos a dieciséis, hasta que el 9 de noviembre se dirigió a las Islas Cocos para destruir su estación de radio y la central de unión de los cables submarinos de Australia. Un destacamento saltó a tierra para llevar a cabo la misión, pero los servidores de la estación tuvieron tiempo de enviar un mensaje de socorro al crucero australiano *Sidney*, que navegaba por los alrededores. Al llegar este, mantuvo un intenso duelo artillero con el corsario germano.

El *Sidney*, mucho mejor armado, sometió al *Emden* a un duro castigo, hasta que Von Müller decidió embarrancarlo en un arrecife de coral y rendirse. Pasó el resto de la guerra en un campo de prisioneros, volviendo a Alemania como un héroe en 1923. En cuanto a los hombres que bajaron a tierra, lograron apoderarse de una goleta y emprendieron un largo y épico viaje que les llevó por el sur de Asia y Arabia, consiguiendo regresar a Alemania.

Pero no solo los barcos de guerra se dedicaron a la vida corsaria; también un velero convenientemente artillado podía ser un enemigo muy peligroso, tal como lo atestigua la extraordinaria aventura del *Seeadler*. Sirva el relato de su increíble epopeya como una nueva muestra de aquellos episodios que, pese a transcurrir en medio de una guerra tan atroz, estuvieron cargados de

aventuras, amistad, audacia y caballerosidad.

LA GRAN AVENTURA DEL *SEeadler*

Para llevar a cabo la guerra del corso, los alemanes no empleaban solo sus barcos de guerra, sino que recurrían a cualquier buque que cayese en sus manos y que reuniese las condiciones necesarias para ello. En este caso, un velero norteamericano había sido capturado por los alemanes cuando cubría la ruta entre Nueva York y el puerto ruso de Arcángel, con un cargamento de algodón. Pese a ser un barco neutral, el velero fue confiscado y se le rebautizó en el nombre de *Seeadler* (*Águila del mar*).

El barco fue transformado totalmente para emprender esta guerra naval irregular; se disimularon en su casco cañones y ametralladoras, que aparecían de repente detrás de ingeniosas trampillas.

Además, se añadió un motor diésel con su correspondiente depósito de combustible. Las reservas de agua y víveres podrían permitir al *Seeadler* estar dos años sin tocar puerto.

Como ejemplo de la insólita caballerosidad que regulaba esta anacrónica guerra naval, en las bodegas del velero se habían instalado cuatrocientas literas para alojar a los tripulantes de los barcos hundidos. Del mismo modo, se habían preparado varios camarotes para albergar a los oficiales; con el propósito de hacerles agradable esa estancia forzosa se había pensado hasta en el mínimo detalle, ya que se habían reunido discos de canciones francesas e inglesas para que se sintiesen como en casa.

Pero lo más importante era hacer pasar al *Seeadler* por un barco de bandera neutral para que los buques enemigos se aproximasen sin sospechar la treta, o para zafarse de la marina de guerra británica.

A partir de entonces sería un falso navío noruego, el *Irma*; este nombre era el de la mujer del capitán, el conde Felix Von Lückner (1886-1966). El mismo y buena parte de la tripulación hablaban noruego, y hasta sus trajes llevaban etiquetas de este país. Los ornamentos y la decoración eran típicamente escandinavos, así como los termómetros o las brújulas, que eran

de fabricación noruega. Incluso llevaban un saco con correspondencia de los marineros con sus supuestas novias noruegas y fotos de ellas —todas de aspecto inequívocamente nórdico— colgaban de las paredes.

Con este *atrezzo* se pretendía que, si el barco era interceptado y subía un equipo de inspección británico, se convencieran de que era un buque neutral. En el caso de que algún inspector fisgonease más de la cuenta, se había preparado un ingenioso dispositivo hidráulico por el que el comedor de oficiales —en el que se encontrarían en ese momento los ingleses— descendería hasta la bodega, en donde les esperaba un *comité de recepción* formado por rudos marineros alemanes armados hasta los dientes.

El 21 de diciembre de 1916, el *Seeadler* zarpa de Alemania, bordeando la costa danesa y adentrándose luego en el mar del Norte.

Para superar el bloqueo de la *Royal Navy*, enfila hacia Islandia y comienza a sufrir los rigores del clima ártico. Recubierto de hielo, el barco avanza por esas aguas gélidas hasta que vira hacia el sur, en dirección a las aguas templadas del Atlántico. Precisamente el día de Navidad tienen el primer encuentro con un barco británico, el *Avenge*, un crucero. De él se bota una embarcación en la que un oficial y varios marineros se dirigen al *Seeadler* para inspeccionarlo.

El nerviosismo se apodera del capitán Von Lückner y sus hombres, pero no hay más remedio que mantener la calma si no quieren ser apresados.

Una vez en el barco, los ingleses lo revisan y no advierten que todo lo que les rodea no es más que tramoya. Examinan la documentación y la dan por buena, pero antes de despedirse indican amablemente a Von Lückner que deberán aguardar hasta que, puestos en comunicación radiotelegráfica con Oslo, comprueben que las características del *Irma* coinciden con las anotadas en los registros noruegos. Todo parece fatalmente perdido, pero sucede el milagro; al cabo de una hora, desde el crucero británico le dan permiso para continuar. ¿Qué ha sucedido? Más tarde caen en la cuenta de que, al ser Navidad, seguramente la oficina noruega estaría cerrada, por lo que los ingleses, tras algunos intentos, habrían desistido de establecer comunicación con ella. La suerte, en forma de inesperado regalo navideño, les había sonreído por primera vez, y no dejaría de hacerlo durante mucho tiempo.

A partir de ahí, el corsario alemán se convierte en el auténtico dueño de los mares. El método es siempre parecido; amparado en su bandera neutral se aproxima a un carguero británico o francés y, tras cambiar rápidamente la

enseña noruega por la bandera de guerra de la *Kriegsmarine*^[16], efectúa un disparo de advertencia. La tripulación del buque amenazado es trasladada al *Seeadler* y luego el carguero es cañoneado y hundido.

Pero llega el momento en el que el corsario se parece más bien a un hotel flotante; los marineros que han sido capturados toman el sol en cubierta y dan buena cuenta de las provisiones que se van capturando. Mostrando síntomas de haber contraído ya el *síndrome de Estocolmo*, avizoran el horizonte en busca de nuevas presas que puedan ayudar a enriquecer la despensa. Además, la presencia de las mujeres de los capitanes apresados ayuda a crear un ambiente distendido. No obstante, para todos ellos concluirá, con indisimulada contrariedad, este crucero de placer por cuenta del enemigo, puesto que Von Lückner acaba transfiriéndolos a un barco francés para que puedan regresar a casa.

La indeseada presencia del *Seeadler* en el Atlántico ya ha sido detectada, por lo que desciende hasta las islas Malvinas y dobla el peligroso cabo de Hornos en abril de 1916, en busca de las tranquilas aguas del Pacífico. El tan audaz como escurridizo Von Lückner, que empieza a ser conocido por los aliados como «El Diablo del Mar», establece su coto de caza al sur de las islas Hawai, en donde hunde numerosos barcos norteamericanos. Mientras, las bodegas vuelven a poblarse de huéspedes, que matan el tiempo dedicándose a la pesca del tiburón con caña.

En su vagabundeo, el corsario llega al atolón de Mopelia —cuyo nombre actual es Maupihaa—, en el archipiélago francés de la Sociedad. Esta sería la única isla del Pacífico que sería tomada por los alemanes durante la contienda. Así, Mopelia, de solo cuatro kilómetros cuadrados, es anexionada al Imperio germano. Su población, que pasa a ser lejana súbdita del káiser, está integrada por una decena de despreocupados polinesios que se dedican a pescar tortugas, ajenos a las cuitas que ocupan a los europeos.

Los viajeros del *Seeadler* pueden saciarse allí de agua fresca y fruta, frenando así el incipiente escorbuto. Tripulantes y prisioneros recorren las blancas playas de la isla, pescando y recolectando frutos, hasta que el 2 de agosto de 1917 sucede un hecho catastrófico. El agua comienza a retirarse de la orilla mientras que en la lejanía se advierte una gigantesca ola que se aproxima a la isla.

Rápidamente, todos corren hacia las zonas más elevadas, mientras los marineros que en ese momento se encuentran en el barco tratan

apresuradamente de alejarlo de la orilla. La pared de agua, de unos 12 metros de altura, se lleva por delante al *Seeadler*, arrojándolo a la playa y cayendo sobre un arrecife de coral. Milagrosamente, la ola gigante no provoca ninguna víctima mortal, pero el barco queda destrozado.

Convertidos en náufragos y alejados de las rutas marítimas, el futuro no se presenta muy prometedor. Pero el animoso Von Lückner ordena construir un bote de vela con los restos del *Seeadler* y parte con algunos hombres en busca de un nuevo barco que, una vez capturado con alguna que otra marrullería, sirva para rescatar al resto del grupo y regresar a Alemania.

Después de tres semanas de travesía, llegan a Katafanga, en las Fidji, presentándose como náufragos noruegos, pero Von Lückner y sus hombres despiertan las sospechas de la policía y acaban siendo apresados por los neozelandeses, que los trasladan a su país como prisioneros de guerra.

Los alemanes que habían quedado en Mopelia logran apoderarse de una goleta francesa que había recalado en la isla. En tierra dejan a sus prisioneros y a la tripulación de la goleta, y parten rumbo a la isla de Pascua. Allí chocan con un arrecife y naufragan de nuevo. Los marineros germanos son entonces capturados, siendo confinados en Chile hasta el final de la guerra, y se envía un barco de rescate a Mopelia.

Pero Von Lückner, en Nueva Zelanda, no se resigna a la idea de que la guerra ha terminado para él. Mediante engaños, en diciembre de 1917 toma *prestado* un bote que pertenece al jefe del campo y huye junto a sus hombres, apoderándose después de un barco mayor.

Pero los neozelandeses le echan el guante en las islas Kermadec y, esta vez sí, la guerra acaba para el inquieto marino.

Von Lückner regresaría a Alemania en 1919, siendo recibido como un héroe. Más tarde publicaría el relato de sus azarosas aventuras, un éxito de ventas no solo en su país, sino también en Estados Unidos, en donde alcanzaría una cierta popularidad. Todos estaban de acuerdo en que Von Lückner había demostrado ser un caballero; su particular guerra corsaria, que le había llevado a hundir un total de 23 buques, no había causado ni una sola víctima.

ALEMANIA SE JUEGA EL TODO POR EL TODO

Pese al dominio británico de los océanos, los alemanes estuvieron cerca de ganar la contienda precisamente en el mar. Pero no sería gracias a su moderna flota de superficie ni a sus intrépidos corsarios, cuyas azarosas aventuras acabamos de conocer, sino a la utilización de un arma de la que, hasta ese momento, no se habían vislumbrado todas las posibilidades: el submarino.

La mayoría de los países en guerra contaban en su Marina con submarinos, pero estos eran empleados únicamente en tareas de vigilancia costera o de protección de puertos. Nadie había pensado en utilizarlos para amenazar las líneas de navegación, puesto que el submarino, por sus limitadas características propias, no estaba capacitado para cumplir con las leyes internacionales que regulaban el bloqueo. Pero los estrategas germanos, empujados por las circunstancias, vieron en el submarino la única herramienta para luchar contra el bloqueo al que su país estaba siendo sometido por los británicos.

Durante los primeros meses, los sumergibles germanos recibieron autorización para atacar solamente a los barcos de guerra.

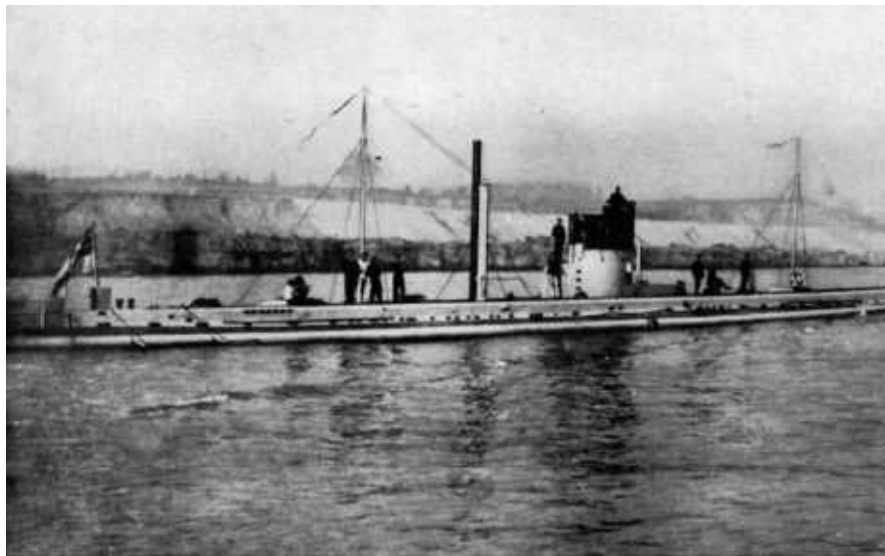
Esta primera fase fue un éxito; por ejemplo, el 22 de septiembre, un único *U-Boot* hundió tres cruceros británicos en menos de una hora.

La efectividad del arma submarina animó a los alemanes, el 4 de febrero de 1915, a declarar como zona de guerra las aguas que rodeaban Gran Bretaña. Eso significaba que cualquier embarcación que las cruzase, incluidos los barcos neutrales, podía ser hundida.

Esta decisión afectó especialmente a Estados Unidos, que protestó por esta medida que amenazaba directamente a su comercio.

Sin embargo, esta campaña no proporcionó grandes beneficios para los alemanes. Mientras que el bloqueo aliado impedía el comercio con Alemania, la acción de los *U-Boot* produjo unos resultados poco satisfactorios; durante la primera semana de campaña solo siete barcos fueron hundidos, mientras

que otros 1.370 buques navegaron por aguas británicas sin ser molestados. En los meses siguientes las cifras serían similares, por lo que el aprovisionamiento de las islas británicas no se vería prácticamente afectado. Además, los sumergibles eran continuamente amenazados por las medidas antisubmarinas, que incluían redes, barcos mercantes armados, hidrófonos para localizar el ruido de los motores y cargas de profundidad para destruirlos bajo el agua.



Los submarinos alemanes (en la imagen el U-9) amenazaban el tráfico que se dirigía a las islas británicas, poniendo en peligro el abastecimiento de alimentos para la población.

La peor consecuencia para los alemanes fue la animadversión que cosecharon entre los países neutrales. Nada más comenzar la campaña, un vapor noruego que transportaba petróleo de Nueva Orleans a Amsterdam fue torpedeado y hundido en el Canal de la Mancha, lo que provocó protestas generalizadas.

El gran estallido de indignación llegaría con el hundimiento del transatlántico británico *Lusitania*, que cubría la ruta de Nueva York a Liverpool. Aunque el consulado germano había publicado un anuncio en la prensa neoyorquina advirtiendo a los pasajeros del *Lusitania* del riesgo que corrían, el barco se hizo a la mar con normalidad. Pero el 7 de mayo de 1915, un submarino alemán lo torpedeó, explotando las 173 toneladas de munición que el buque transportaba de contrabando en sus bodegas. La muerte de 1.198 personas, de las que 128 eran ciudadanos estadounidenses, levantó una ola de cólera popular, lo que a punto estuvo de desembocar en una declaración de guerra. Pero el gobierno norteamericano mantuvo su política de neutralidad y

se limitó a enviar varias notas de protesta a Alemania.

A pesar de este riesgo, los alemanes persistieron en su campaña, hundiendo el *Arabic* y el *Hesperia*, ambos con pasajeros norteamericanos a bordo. Tras sendas quejas formales de Washington, los alemanes permitieron a partir de entonces a los pasajeros ponerse a salvo antes de hundir los transatlánticos. El 18 de septiembre de 1915, los políticos civiles alemanes se impusieron sobre el alto mando naval —partidario de una guerra submarina «sin restricciones»— y se decidió finalmente suspender la campaña submarina en el Canal de la Mancha y al oeste de las islas británicas, por miedo de provocar aún más a Estados Unidos.

No obstante, en febrero de 1916, los militares germanos, encabezados por el almirante Scheer y el general Falkenhayn, lograron imponer su criterio y se dio permiso a los *U-Boot* para hundir sin aviso cualquier barco, excepto los navíos de pasajeros. Pero los informes de los diplomáticos alemanes acerca de la opinión en Estados Unidos favorable a la entrada en la guerra hicieron que la campaña submarina volviera a ser severamente restringida.

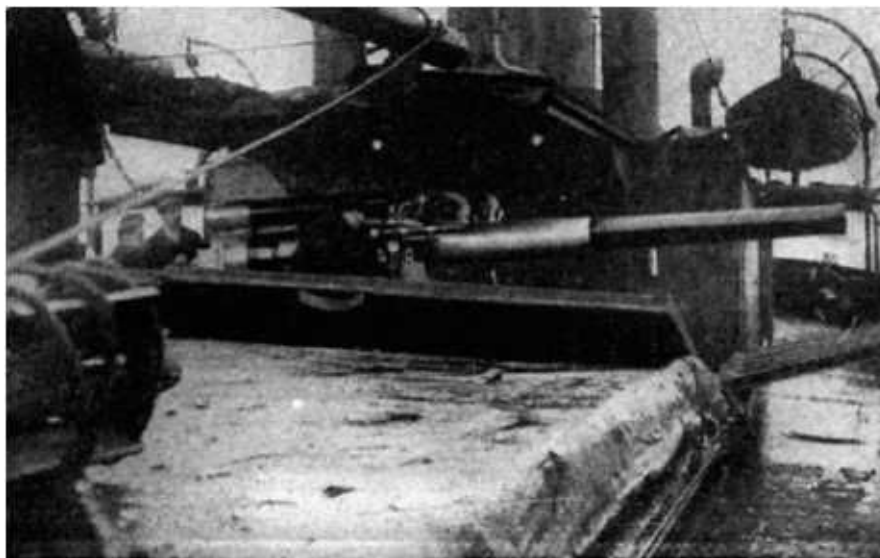
La pugna entre los partidarios y los detractores de la guerra submarina sin restricciones continuaría sin tregua. La asfixia provocada por el bloqueo británico, que amenazaba con poner de rodillas a Alemania, favoreció las posiciones más duras. El 1 de febrero de 1917 se hizo saber públicamente que los submarinos germanos podrían actuar sin cortapisas, asumiendo así el riesgo de que Estados Unidos entrase en guerra. Con esta decisión, Alemania se jugaba el todo por el todo.

La declaración de guerra norteamericana de abril de 1917 acabó de derribar cualquier reserva en el uso indiscriminado del arma submarina. Como consecuencia, los *U-Boot*, que habían hundido 181 barcos en enero, 259 en febrero y 325 en marzo, pasaron a hundir 430 en abril. Los espectaculares resultados de ese último mes (875.023 toneladas, la cifra más alta lograda por los submarinos germanos en las dos guerras mundiales) mostraron a Alemania el camino de la victoria. Los expertos alemanes habían calculado que una cifra mensual de 600.000 toneladas hundidas forzaría a los Aliados a pedir la paz en cinco meses; en abril de 1917, como hemos visto, esa cifra se había superado en más de 275.000 toneladas, por lo que la derrota aliada se encontraba aún más próxima.

Por su parte, los británicos eran conscientes de que no podrían soportar ese ritmo de hundimientos, ya que era imposible construir nuevos barcos

mercantes con la suficiente rapidez como para reemplazar los que perdían. Durante ese trágico mes de abril, uno de cada cuatro mercantes que zarpaban de puertos británicos acababa en el fondo del mar.

Los que conocían la realidad de las cifras hundidas por los alemanes eran muy pesimistas sobre la posibilidad de resistir mucho tiempo más. Mientras la prensa británica titulaba engañosamente «La situación continúa mejorando» y la población asistía confiada al desarrollo de la contienda, el gobierno de Londres contemplaba la posibilidad cierta de que el Imperio británico se viese obligado a capitular en un plazo de cuatro o cinco meses, confirmando así los cálculos de los alemanes. Pero este plazo parecía incluso demasiado optimista; en ese momento, los víveres para la población solo garantizaban el aprovisionamiento para seis semanas o dos meses a lo sumo. Era difícil imaginar que la guerra pudiera seguir sosteniéndose si los ciudadanos británicos comenzaban a morir de hambre. Aun así, los más optimistas creían posible alargar la agonía hasta principios de noviembre de 1917, pero no más allá.



Un Barco Q, con los que los británicos luchaban contra la amenaza submarina. Camuflados como mercantes, se convertían en barcos de guerra en un instante, tomando por sorpresa a los *U-Boot*.

LA LUCHA ANTISUBMARINA

Los Aliados se enfrentaban al momento decisivo de la guerra.

Paradójicamente, estaban a punto de ser derrotados en el mar por las Potencias Centrales. Pero fue entonces cuando, de forma providencial, los norteamericanos acudieron al rescate de sus aliados. A primeros de mayo llegaron a Irlanda seis destructores enarbolando la bandera de las barras y estrellas. Un mes más tarde, ya eran 34 los destructores norteamericanos dispuestos a dar caza a los *U-Boot*. Eran los primeros envíos de un total de 370 buques de guerra estadounidenses de todas clases que irían llegando en los meses siguientes.

Por otro lado, los británicos adoptaron, no sin grandes reticencias, el sistema de convoy, que se demostraría como el mejor arma antisubmarina. Los barcos mercantes navegaban dentro de un anillo protector de destructores y otros escoltas, que atacaban a los *U-Boot* que merodeaban en torno a sus presas.

El primer convoy partió de Gibraltar hacia Gran Bretaña el 10 de mayo de 1917, y en agosto se extendió a todos los barcos que navegaran desde o hacia Gran Bretaña. Además de esta efectiva medida de protección, los Aliados mejoraron su tecnología antisubmarina y ampliaron sus campos de minas, cerrando los accesos al Canal de la Mancha. Por tanto, los sumergibles germanos ya no pudieron utilizar este atajo en su viaje al Atlántico y se vieron así obligados a efectuar un largo rodeo por el mar del Norte, consumiendo más combustible y, lo que era más decisivo, perdiendo un tiempo precioso y necesario para mantener la insoportable presión a la que se estaba viendo sometida la flota mercante inglesa.

Gracias a la combinación resultante de la navegación en convoy, la irrupción salvadora de los destructores norteamericanos y las innovaciones en la lucha antisubmarina, las estadísticas de hundimientos cayeron abruptamente; de 500.000 toneladas en mayo se pasó a 300.000 en septiembre y a solo 200.000 en noviembre.

Además, los británicos se mostraron ingeniosos con la creación de los denominados «Barcos Q», unos buques de guerra camuflados como mercantes, que servían como cebo para los submaribles alemanes; cuando estos se aproximaban, del carguero surgían cañones y ametralladoras, dispuestos a proporcionar una respuesta adecuada al submarino.

Pero el intento más audaz y arriesgado para obstaculizar la ofensiva submarina fue el que se llevó a cabo contra el puerto belga de Zeebrugge, en Flandes. A través de su bocana salían al mar del Norte los submarinos que tenían su base en el interior, protegidos por refugios de hormigón. Para cegar esta bocana, que estaba protegida por un dique, se ideó un plan revolucionario para la época; asaltar el puerto por sorpresa y bloquear la boca del canal hundiendo allí tres viejos buques.

La misión se llevó a cabo la noche del 22 de junio de 1918.

Amparados por la oscuridad y una cortina de humo, 700 hombres de los *Royal Marines* a bordo del *Vindictive* asaltaron las defensas del puerto. Los alemanes respondieron al fuego, pero la sorpresa para los ingleses fue mayúscula cuando vieron que este procedía de un destructor que estaba atracado en la parte interior del dique al que se dirigían. Los disparos a bocajarro procedentes del destructor produjeron un baño de sangre en la atestada cubierta del *Vindictive*.



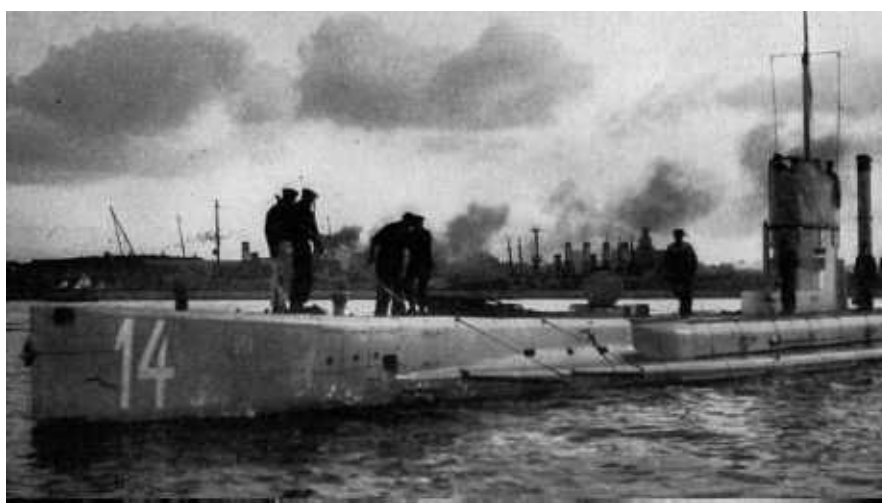
Fotografía aérea que muestra la posición en la que quedaron los tres barcos que los británicos hundieron en la bocana del puerto de Zeebrugge en una audaz operación. Como puede observarse, esta no quedó bloqueada, por lo que los submarinos alemanes pudieron seguir saliendo a través de ella.

Desembarcar en el dique resultaba imposible, ya que todo el que intentaba

bajar por las pasarelas era alcanzado.

Mientras tanto, los tres buques británicos destinados a taponar la bocana habían penetrado en el puerto, bajo un diluvio de fuego. Dos lograron llegar a su objetivo y fueron hundidos, pudiendo la tripulación huir en lanchas. Sin embargo, la misión fue un fracaso, puesto que los dos buques quedaron hundidos de forma incorrecta sin llegar a cerrar el canal por completo, por lo que los submarinos germanos pudieron seguir entrando y saliendo por la bocana del puerto.

De todos modos, aun pudiendo operar a través del puerto de Zeebrugge, los sumergibles germanos tenían la partida perdida. Las otras medidas de lucha antisubmarina habían hecho su efecto. Los *U-Boot* habían dejado de ser una pesadilla para los británicos, y pronto fueron los alemanes los que prestaban una especial atención a las cifras, en este caso las relativas a la pérdida de sumergibles, que ascenderían a 40 en los seis primeros meses de 1918. La inapelable evolución de las cifras demostraba que la campaña submarina había fracasado definitivamente.



Unas pocas decenas de sumergibles como este, el U-14, bastaron para colocar a los alemanes en una posición ventajosa para ganar la guerra. Pero la indecisión del gobierno germano en la utilización del arma submarina dejó escapar esa posibilidad de victoria.

El dato más impactante de esta batalla decisiva es que Alemania tuvo contra las cuerdas a Gran Bretaña con una fuerza que parece ínfima en comparación con los grandes esfuerzos militares que empleó durante toda la contienda. A lo largo de 1917, el promedio de submarinos que se hallaban en alta mar acosando a los barcos británicos no pasaba de una cincuentena. Si este puñado de sumergibles estuvo a punto de ganar la guerra para el káiser,

se puede imaginar el resultado de la conflagración si Alemania hubiera centrado sus energías en construir una potente flota de submarinos, compuesta de varios cientos de unidades. Además, la estrategia tampoco fue la más acertada; de haber enviado unos pocos sumergibles a las costas norteamericanas, Washington se hubiera visto forzado a fijar parte de su flota de guerra en sus propias aguas y no hubiera acudido de forma masiva a auxiliar a su aliado británico.

Por tanto, Alemania no recordó, en el momento culminante de la partida global de la Gran Guerra, que contaba con un as bajo la manga. Los submarinos podían haberle proporcionado la victoria que se le había negado tres años antes en la batalla del Marne y que, en esos momentos, se disputaba en las embarradas trincheras del frente occidental. Pero la indecisión a la hora de elegir el momento adecuado de poner sobre el tapete esa carta ganadora le costó muy cara a los alemanes.

Se ponía de relieve un principio militar que se mantiene inalterable a lo largo de los siglos. Con sus dudas y sus continuos cambios de criterio sobre la conveniencia o no de una guerra submarina sin restricciones, los alemanes habían servido la victoria en bandeja a sus enemigos. Si se hubiera adoptado esa política con firmeza desde un primer momento —dejando de lado sus implicaciones morales—, es muy probable que los Aliados no hubieran podido soportar sus consecuencias y hubieran pedido la paz. Pero la decisión opuesta, renunciar totalmente a la guerra submarina, también hubiera podido conducir finalmente a la victoria; si los alemanes no hubieran lanzado esos ataques indiscriminados contra los barcos neutrales, quizá Estados Unidos no hubiera entrado en guerra, lo que habría dado a Alemania la oportunidad de arrollar a franceses y británicos en 1918.

El carácter intermitente de esa ofensiva submarina, en la que se iban combinando períodos de restricción con otros de total belicosidad, anuló las ventajas de esa estrategia y provocó los efectos más indeseados, como era el dar tiempo a los británicos a encontrar los métodos para combatir a los *U-Boot* y, sobre todo, la entrada en la guerra de Estados Unidos, que a la postre sería el factor clave que rompería el equilibrio de la contienda a favor de los Aliados.

DESESPERACIÓN O HEROÍSMO

La guerra finalizaría en noviembre de 1918, pero la marina de guerra alemana aún protagonizaría, siete meses después de callar las armas, un hecho destacable. El escenario fue la bahía de Scapa Flow.

En esta base naval británica había quedado confinada en noviembre de 1918 la escuadra germana, compuesta de 74 navíos, como garantía del armisticio. Como oficial al mando de la flota se encontraba el almirante Ludwig von Reuter. Sus tripulantes, vigilados en todo momento por los ingleses, se encargaban del mantenimiento de los buques. Bien pronto, la antigua flota del káiser se convirtió en una especie de atracción turística. Muchos ingleses, deseosos de contemplar la escuadra que había combatido a la *Royal Navy* en la batalla de Jutlandia, se desplazaron a las Orcadas con este único fin.

Mientras tanto, las condiciones de vida de los marineros alemanes se iban deteriorando, puesto que estaban obligados a permanecer en todo momento a bordo de los barcos cuando estos —al contrario que los británicos— no estaban preparados para permitir en ellos largas estancias. El hecho de no poder bajar a tierra alimentó la tensión de los tripulantes, entre los que comenzaban a tener predicamento las consignas revolucionarias. Pero los alemanes no estaban dispuestos a continuar soportando estas humillaciones, que podían verse multiplicadas si, como todo parecía indicar, los ingleses se apoderaban finalmente de la flota e izaban la Union Jack en sus mástiles.

El 21 de junio de 1919, el almirante Reuter aprovechó la salida de la flota británica de Scapa Flow en un ejercicio de maniobras para ordenar el hundimiento de sus propios barcos. Con esta drástica decisión pretendía asestar un último golpe a sus antiguos enemigos. Los marineros germanos, abriendo los grifos de fondo para inundar las naves, lograron echar a pique 51 buques, incluyendo diez acorazados —entre ellos el SMS *Bayern*, el SMS *Kronprinz Wilhelm* o el SMS *Friedrich der Grosse*—, cinco cruceros de batalla —como el SMS *Hindenburg*— y cinco cruceros más.

Esta operación, que para algunos supuso un acto de cobarde desesperación y para otros una muestra de heroísmo, se saldó también con la muerte de nueve marineros alemanes, que recibieron sendos disparos de soldados ingleses que pretendían impedir el hundimiento de los barcos. Estos muertos serían sumados a la larga lista de víctimas de la Primera Guerra Mundial^[17].

En la actualidad, los submarinistas que visitan los restos de la marina del káiser en las frías y oscuras aguas de Scapa Flow coinciden en que una extraña presencia les acompaña en sus inmersiones. Para ellos, el espíritu de aquellos marineros reposa en las profundidades junto a sus barcos, a los que permanecerán unidos para siempre.

Pero esa inquietante sensación no ha de sorprendernos, teniendo en cuenta que la Primera Guerra Mundial es el conflicto que ha generado más historias de espectros y apariciones. Tal como veremos en el siguiente capítulo, a lo largo de toda la guerra e incluso después, se forjaron los mitos y las leyendas más increíbles, como la aparición de ejércitos fantasmales y la misteriosa desaparición de regimientos enteros; una panoplia de relatos fantásticos que aún hoy cautiva nuestra imaginación.

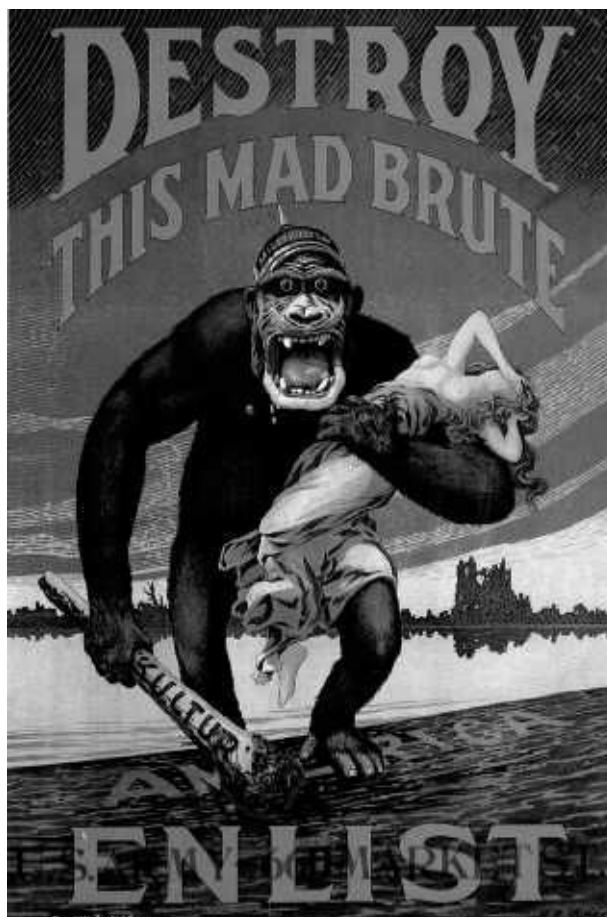
Capítulo 8

MITOS Y LEYENDAS

La Primera Guerra Mundial es pródiga en historias fantásticas. A lo largo de la contienda fueron surgiendo todo tipo de episodios fabulosos, que eran creídos de manera entusiasta por los soldados y la población civil. Historias de fantasmas, de ángeles, de batallones desvanecidos, encontraban siempre mentes crédulas dispuestas a darles pábulo.

¿Por qué se dio este fenómeno durante el conflicto de 1914-18 y no en los posteriores? Se han barajado muchas explicaciones, pero quizás se deba al desfase que se produjo en este período histórico entre una mentalidad del siglo XIX y unos medios técnicos y de comunicación del siglo XX.

Un ejemplo de esta disfunción fue el éxito que tuvieron en julio de 1917 unas fotografías tomadas por dos niñas inglesas, Elsie Wright, de dieciséis años, y su prima Frances Griffiths, de diez. En esas imágenes, tomadas en el jardín de la casa de Elsie, eran claramente visibles unas pequeñas y gráciles hadas. Las fotografías, publicadas en la prensa, causaron sensación en la sociedad británica; su autenticidad llegó a ser defendida por el creador del personaje de Sherlock Holmes, Arthur Conan Doyle.



Este expresivo cartel norteamericano presenta al soldado alemán como una «bestia furiosa» a la que hay que destruir. La propaganda estaba destinada a excitar el odio de la población contra el enemigo, para obtener su apoyo incondicional y justificar así los enormes sacrificios que la guerra conllevaba.

Pese a la evidencia del fraude, que ambas niñas no reconocerían hasta 1983 —cuando contaban con ochenta y dos y setenta y seis años respectivamente—, los hombres y mujeres de 1917 deseaban creer que las imágenes reflejaban la existencia de esas hadas. Cualquier pesquisa superficial hubiera descubierto que Elsie era la hábil autora del montaje, gracias a haber trabajado en un pequeño taller como coloreadora de fotografías de guerra. La prueba definitiva del engaño era que las hadas habían sido copiadas de un libro para niños fácilmente localizable. Pero nada podía desanimar a los que querían creer que esas niñas tenían la suerte de jugar en su jardín con unas simpáticas hadas. El que unas fotografías fueran reproducidas en un periódico confería de inmediato una veracidad absoluta a lo allí mostrado, por lo que cualquier duda quedaba inmediatamente despejada.

Si la sociedad podía otorgar veracidad a ese burdo embeleco, podemos

comprender cómo fue posible que otras muchas informaciones, desde la propaganda de guerra o las consignas patrióticas a las apariciones fantasmales en el campo de batalla, contasen con el asentimiento de millones de personas, incapaces de llevar a cabo una lectura crítica que quizás les hubiera llevado a percibir la inutilidad de la guerra que en esos momentos estaba asolando Europa.

EL ANGEL DE MONS

La leyenda más conocida de la Primera Guerra Mundial es la del célebre Angel de Mons. Tal como se explicó en el segundo capítulo, dedicado al milagro en el Marne, tras la batalla de Mons del 23 de agosto de 1914, que se había saldado con unas 1.600 bajas británicas y el doble de alemanas, las tropas británicas llevaron a cabo un bien organizado retroceso ante la presión germana. Fue durante este repliegue, en el que los soldados dieron muestras de un agotamiento extremo, cuando algunos de ellos sufrieron vívidas alucinaciones provocadas por el cansancio y la falta de sueño.



Esta ilustración de la época representa a los ángeles que supuestamente protegieron a las tropas británicas en Mons, al interponerse entre ellos y las tropas alemanas que las perseguían. La leyenda del Angel de Mons arraigó en el imaginario popular gracias a imágenes como esta.

Esas alucinaciones no merecerían ninguna atención hasta que el 24 de abril de 1915 una revista especializada en espiritismo difundiera una supuesta aparición de seres sobrenaturales en Mons, que tenían como misión proteger a los soldados británicos en su retirada. A partir de ahí, diferentes publicaciones

comenzaron a ofrecer inverosímiles detalles de esos seres protagonistas de la acción milagrosa. Los diarios aseguraban que en esos momentos críticos había aparecido la providencial figura de un ángel vestido con una túnica blanca, sobre un caballo del mismo color, blandiendo una espada flamígera.

Las descripciones del que, a partir de entonces, sería conocido como el Ángel de Mons diferían de un periódico a otro, ya que unos aseguraban que no se trataba de un ángel sino del mismísimo San Jorge, patrón de Inglaterra, enarbolando la misma lanza con la que mató al dragón, en lugar de la espada en llamas. Otras fuentes aseguraban que no era uno solo el ángel aparecido para proteger a los ingleses, sino que se trataba de varios de ellos o incluso de toda una legión, por lo que este fenómeno se conoce también como el caso de «los ángeles de Mons». El que las revistas publicaran también fotografías en las que aparecían interpretaciones artísticas sobre lo que supuestamente habían visto los soldados ayudó a consolidar el mito, puesto que muchos creyeron que se trataba de imágenes reales, tomadas en el campo de batalla.



El Ángel de Mons inspiró todo tipo de manifestaciones artísticas. Esta es la portada de un disco en el que se podía escuchar un vals oportunamente compuesto en honor de ese legendario episodio.

La realidad es que los soldados que se retiraron desde Mons sufrieron todo tipo de visiones colectivas. El hambre, la sed, el cansancio y el estrés por los bombardeos a lo largo de los cinco días que duró la marcha hicieron caer a los soldados en un estado de somnolencia que les hacía ver no solo ángeles, sino también castillos, fortalezas y todo tipo de ejércitos celestiales.

Los agotados soldados no dieron ninguna importancia a esas alucinaciones, pero la prensa británica, haciéndose eco de las impresiones relatadas por algunos de ellos, vieron la oportunidad de alimentar el patriotismo de las masas dando alas a una leyenda que ha perdurado hasta hoy y que continúa siendo explotada, aunque con éxito decreciente, por los estudiosos de los fenómenos paranormales.

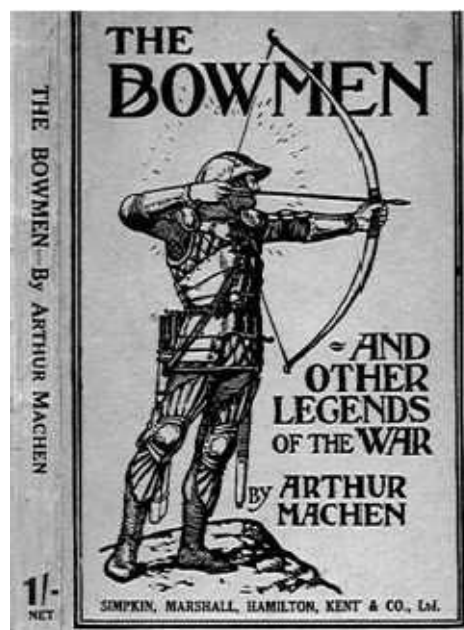
En febrero de 1930 aparecería una curiosísima explicación del fenómeno, revelada por el diario londinense *Daily News* en la que se citaban fuentes norteamericanas. Según esa información, un antiguo miembro del servicio de inteligencia alemán había sacado a la luz que el Angel de Mons, entre otras apariciones, no era más que una imagen proyectada sobre las nubes. La visión formaba parte de un plan secreto de los alemanes para minar la moral de sus enemigos. Desde un avión pertrechado con un proyector cinematográfico se iluminaba la imagen contra las nubes bajas, que hacían la función de pantalla. Según los alemanes, las tropas británicas caerían víctimas de un terror sobrenatural. No obstante, el misterioso agente germano reconocía que el plan se había vuelto en contra de los alemanes y que los ingleses lo habían aprovechado en su beneficio.

Como es obvio, toda la historia era una invención, pero aun así esta absurda idea reaparecería en la prensa a principios de 1940, en este caso para asegurar que el Ejército británico disponía de una «linterna mágica» para proyectar imágenes sobre las líneas alemanas^[18].

MITOS DE LA TRINCHERA

El Angel de Mons no fue el único mito nacido en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. A esa popular figura celestial no tardarían en salirle *imitadores*.

En otros momentos angustiosos en el campo de batalla, en los que las tropas británicas estaban a punto de ceder ante los alemanes, se habían aparecido supuestamente unos fantasmales arqueros que con sus flechas habían impedido la derrota de las armas inglesas.



El autor británico Arthur Machen escribió varios relatos de ficción sobre la Primera Guerra Mundial en los que aparecían todo tipo de guerreros fantasmales, en este caso los arqueros de la Batalla de Azincourt. Sin embargo, el público creyó que se trataba de la narración de hechos reales.

La historia describía a estas apariciones como los arqueros que habían derrotado a los franceses en la batalla de Azincourt (25 de octubre de 1415), en donde sus largos arcos jugaron un papel determinante.

En este caso está claro el origen exacto de la leyenda. Un escritor inglés,

Arthur Machten, había publicado el 29 de septiembre de 1914, en el diario londinense *Evening News*, un relato de ficción que describía esa imaginaria escena, titulado *The Bowmen* (Los arqueros). Sin embargo, el hecho de que no figurase una advertencia explícita de que se trataba de una invención hizo que fuera considerada como cierta por muchos lectores. Cuando Machten intentó aclarar el malentendido publicando una nota en el mismo rotativo ya era demasiado tarde y el mito había cobrado vida propia.

Otra variante del mismo tipo de leyenda era la del conocido como *Comrade in White* (Compañero vestido de Blanco). En este caso, cuando en plena batalla un soldado se hallaba en una posición apurada, en la que temía perder la vida de un momento a otro, o se encontraba gravemente herido, se le aparecía un ser luminoso, vestido de blanco, que le susurraba palabras de ánimo y que era habitualmente identificado como Jesucristo.

Esta visión disfrutó de mucho predicamento en la prensa a lo largo de 1915, incluyéndose relatos pormenorizados de esos encuentros. En uno de ellos, publicado por la revista *Life and Work*, un soldado anónimo destinado a un frente no identificado —es decir, una *fuentes de todo crédito*— explicaba que otro soldado llamado George Casey le había explicado su experiencia. Durante un ataque, Casey había resultado herido en ambas piernas, cayendo en el fondo de un cráter. Sin poder moverse, intentó llamar la atención de sus compañeros, pero no lo logró y llegó la noche. En plena oscuridad apareció una figura vestida de blanco. Con sus palabras de consuelo le embargó un confortante sentimiento de paz. Seguidamente le levantó con sus brazos sin esfuerzo aparente y le llevó a una especie de cueva, en donde lavó y cuidó sus heridas. El soldado pudo observar que él también presentaba heridas en las manos y los pies, a lo que la figura le respondió: «son heridas muy antiguas». Al llegar el día, la figura desapareció y Casey pudo regresar a sus líneas sano y salvo.

Aunque lo único que denota esta bella historia es la fértil imaginación del periodista, en las trincheras solían relatarse sucesos de este tipo. No se descarta que, en situaciones extremas, algunos soldados viviesen experiencias similares, aunque posteriormente el boca-oreja las adornase con detalles como los recogidos en esa revista. Algunos psicólogos han asimilado estas visiones a los famosos testimonios de personas que se han encontrado entre la vida y la muerte, en la que aseguran haber sido llamados por un ser vestido de blanco luminoso, y que disfrutaron en su día de una cierta popularidad gracias a la publicación de varios libros que recogían esas experiencias.

Pero no siempre eran seres celestiales los que acudían a socorrer a los soldados. En la revista norteamericana *Fate* se publicó un reportaje en 1968 en el que un sacerdote de Massachusetts refería la historia que le había explicado doce años antes un veterano inglés que había combatido en Ypres en agosto de 1915.

El soldado le había referido que se encontraba en su trinchera junto sus compañeros cuando de repente comenzó a avanzar hacia ellos, atravesando la tierra de nadie, una nube de gas venenoso lanzada por los alemanes. Los ingleses quedaron aterrorizados, puesto que no contaban con máscaras antigás; algunos intentaban huir atropelladamente, pero en pocos segundos la nube ya estaba a punto de caer sobre ellos.

En esos momentos ocurrió algo extraordinario; desde la tierra de nadie llegó un hombre que vestía el uniforme del *Royal Medical Corps*. Caminaba tranquilamente, sin ningún tipo de precaución. En su cinturón destacaban una cantimplora y unos pequeños ganchos de los que colgaban unas cazoletas. Los soldados lo contemplaban atónitos. El hombre, que hablaba con un leve acento francés, les invitó a beber del contenido de su cantimplora. Los soldados tomaron las cazoletas y fueron bebiendo en ellas el extraño líquido, de fortísimo sabor salado, que él les iba escanciando. Después del reparto el hombre se marchó, perdiéndose en la bruma. El soldado aseguró al sacerdote que ninguno de los que bebieron sufrió los efectos del gas venenoso, al contrario de los que intentaron huir, que murieron todos.

Aunque esta historia resulta menos increíble que la aparición de seres celestiales, no existe ninguna referencia oficial a este enigmático y providencial visitante, ni tampoco se ha hallado el testimonio de ninguno de los otros soldados que supuestamente tuvieron la fortuna de ingerir el líquido salvador.

Otro mito de las trincheras era el que hacía referencia a supuestos grupos de forajidos que durante la guerra vivían en la tierra de nadie. Estas bandas estaban formadas por desertores de todos los ejércitos —alemanes, ingleses, franceses, italianos, austríacos, canadienses o australianos— y se ocultaban en refugios y cuevas abandonadas. Por la noche salían de sus escondites para robar a los cadáveres y apoderarse de comida y agua.

Los soldados que decían haberlos visto aseguraban que vestían una mezcla de uniformes, tanto propios como robados a los muertos. Mostraban largos cabellos y un aspecto muy descuidado. Los gritos y aullidos inhumanos

que proferían en la oscuridad de la noche les convertían en una especie de seres salvajes con los que nadie deseaba encontrarse. Algunos soldados, en sus patrullas nocturnas, sentían más miedo ante un posible encuentro con ellos que con el enemigo, pues se decía que los desertores les acechaban para robarles y matarles.

El aumento del alcance de sus rapiñas forzó a combatirlos.

Según el testimonio de un oficial de caballería, Ardern Beaman, recogido en sus memorias (*The Squadron*, 1920), en su sector del Somme se les tendió una trampa. Una noche de primavera de 1917 fue colocada cerca de las trincheras una cesta que contenía comida, tabaco y una botella de whisky, con una campanilla que avisase del momento en el que era recogida para poder abrir fuego sobre los desertores. Al día siguiente encontraron la cesta intacta, con una nota que decía «¡No podréis atraparnos!».

La leyenda de estos «grupos salvajes» tiene un colofón; el aniquilamiento de aquellos indómitos forajidos. Supuestamente, tras la guerra se habría llevado a cabo una secreta operación de limpieza, en la que todos ellos fueron gaseados sin piedad.

La naturaleza de estos relatos invita a pensar que el origen podría hallarse en las charlas nocturnas de los soldados a la luz de las velas, un ambiente idóneo para contar estas historias. De todos modos, no se puede descartar totalmente que en algún punto del frente pudiera haber existido algún núcleo de desertores más o menos organizados. Quizás, la desaparición de alguna patrulla durante una misión llevase a pensar que habían sido víctimas de estos grupos, y de ahí a la elaboración del mito tal como lo conocemos iría solo un paso.

EL REGIMIENTO DESVANECIDO

En 1965 apareció en una publicación de Nueva Zelanda, *Spaceview*, un artículo que recogía el testimonio de varios soldados de esta nacionalidad que combatieron en Gallípoli, integrantes de la tercera sección de la 1.^a Compañía Neozelandesa. Lo que allí explicaban supondría el inicio de un mito que alcanzaría un gran eco entre los aficionados a los sucesos paranormales.

Los hechos supuestamente habían ocurrido en la mañana del 21 de agosto de 1915 en la Colina 60 de la bahía de Suvla.

»Se había levantado el día muy claro, como correspondía a un hermoso día del Mediterráneo, sin nubes a la vista, exceptuando únicamente seis o siete en forma de panes que aparecían en lo alto, sobre la Colina 60. Se advirtió que, a pesar de que soplaban un viento de seis o siete kilómetros por hora, aquellas nubes no se movían ni cambiaban de forma. Desde nuestra posición, situada a una altura de unos 150 metros y sobrepasando más o menos en 90 la elevación de la Colina 60, podíamos distinguir otra nube idéntica, pero muy baja, que parecía arrastrarse por el suelo. Podría medir 250 metros de longitud por unos 60 de anchura y altura.

»Cerca de la zona donde se combatía, la nube apareció extrañamente densa, casi sólida a la vista, reflejando cegadoramente la luz del sol (...). Desde nuestro ventajoso observatorio dominábamos la Colina 60 en unos noventa metros. Como se comprobó después, la extraña nube se hallaba tendida a lo largo de un torrente seco o camino profundo, y veíamos perfectamente los lados y los extremos de la nube, que, como digo, descansaba en el suelo. Su color era gris claro, como el de las otras nubes.

»Unos centenares de hombres del 4.º Regimiento de Norfolk (británicos) escalaban el lecho seco del torrente, que les llevaba hacia la Colina 60, entonces cubierta en parte por la extraña nube.

»Fueron penetrando en ella sin vacilar, pero ninguno de ellos volvió a salir por el otro lado ni pudo jamás llegar a tomar posiciones para disputar la

Colina 60.

»Cuando hubo penetrado el último de los hombres, la nube se levantó como una niebla cualquiera, pero conservando su forma.

»Alcanzó la altura de las demás. Al contemplarlas de nuevo parecían todas iguales. Durante todo este tiempo, el grupo de nubes permaneció inmóvil en el mismo lugar del cielo, pero en cuanto la nube aislada del suelo se elevó hasta su nivel, se alejaron todas hacia el norte, es decir, hacia Tracia (Bulgaria). En cuestión de unos tres cuartos de hora, habían desaparecido de nuestra vista.

»El regimiento en cuestión se considera “desaparecido” o “exterminado” y cuando Turquía se rindió, en 1918, la primera cosa que Inglaterra exigió a Turquía fue la devolución de este Regimiento.

»Turquía contestó que no lo había capturado ni había establecido contacto con él, pues ni siquiera sabía que existiese. En la guerra de 1914-1918, un Regimiento británico podía comprender desde 800 a 4.000 hombres. Los que presenciaron este incidente aseguran que Turquía no capturó a este regimiento, ni estableció contacto con él.

»Nosotros, los abajo firmantes, aunque mucho tiempo después de lo sucedido, o sea, en el 50.º aniversario del desembarco de los ANZAC declaramos que el incidente antes descrito es cierto de la primera a la última palabra».

Este relato estaba firmado por tres de los 22 soldados neozelandeses que asistieron a tan misterioso como inquietante suceso.

Eran los zapadores F. Reichart, R. Newnes y J. L. Newman.

La primicia de *Spaceview* no pasaría de tener una cierta repercusión local pero, en marzo del año siguiente, la edición del reportaje en la revista norteamericana *Flying Saucers* proporcionaría al hecho difusión mundial. En los años setenta, este episodio se convertiría en un clásico en este tipo de publicaciones. Los que defendían la existencia de los platillos volantes aseguraban que el Regimiento de Norfolk había sido raptado por una nave interestelar. La descripción de la nube correspondería al platillo en cuestión, lo que demostraba que las visitas de estas aeronaves se remontaban ya a aquella época.

Sin embargo, los investigadores independientes que trataron de averiguar algo más sobre este extraño capítulo se encontraron con que sus intentos de

localizar a esos veteranos de guerra resultaban siempre infructuosos. De hecho, los nombres de esos zapadores no aparecían en ningún listado de combatientes. Los intentos de obtener alguna explicación desde la revista neozelandesa tampoco obtuvieron ningún éxito; en 1972 *Spaceview* había cambiado de propietario y en 1975 editó su último número.

Pese a que todo apuntaba a que se trataba de un fraude, el caso del regimiento desvanecido ha perdurado en el tiempo. La razón de esta supervivencia puede ser el hecho de que el anónimo autor del relato se basó en una historia real, lo que le proporcionaría esa pátina de veracidad.

El episodio real ocurrió el 12 de agosto, es decir, nueve días antes de la fecha apuntada por la revista. Ese día, varios cientos de hombres del 5.º Batallón del Regimiento Norfolk —y no el 4.º Regimiento Norfolk— tenían como misión asegurar el valle de Anafarta, que estaba amenazado por francotiradores y puestos de ametralladora, para preparar el terreno que debía ser atacado al día siguiente. El 5.º Batallón estaba flanqueado por otros dos —el 8.º Hampshires y el 5.º Suffolks—, pero por razones desconocidas, el de Norfolk se adelantó dejando atrás a los otros dos, que cubrían sus flancos, y atacó en solitario las bien defendidas líneas turcas. No se volvió a saber nada más del 5.º Batallón; parecía, efectivamente, como si se hubiera desvanecido. En total, desaparecieron 250 hombres y 16 oficiales.

Al acabar la guerra, los británicos llevaron a cabo indagaciones para saber qué había ocurrido con esos hombres que nunca regresaron. Averiguaron que los soldados de Norfolk habían sido aniquilados por las ametralladoras turcas. Los supervivientes no fueron hechos prisioneros, sino que fueron asesinados a sangre fría. En unas fosas comunes halladas en otoño de 1919 en Anafarta se encontraron los cadáveres de todos ellos, incluido el oficial que estaba al mando, el coronel Sir Horace Proctor-Beauchamp. El misterio había quedado resuelto.

Pero el 21 de agosto de 1915 —la fecha que aparecía en el relato original— ocurrió otra desaparición similar. Los Sherwood Rangers de la 29.ª División llevaron a cabo un ataque en ese mismo sector, en el que no pudo ya participar el 5.º de Norfolk. Antes del avance, el campo de batalla se hallaba envuelto en una neblina inusual para la estación. Pero durante el ataque una nube densa se posó sobre el terreno, lo que desorientó a los Sherwood Rangers.

La confusión fue aprovechada por los turcos para diezmarles con fuego

cruzado de ametralladora. Muy pocos salieron de la espesa niebla con vida.

Como puede comprobarse, la historia del célebre regimiento desvanecido bien podría ser una mezcla de ambos episodios. Si el relato procede de algún veterano que, de buena fe, unió los dos episodios en su memoria, o si se trató de una malintencionada invención es algo que poco importa. Lo único cierto es que el mito de la desaparición de aquel regimiento forma parte ya del imaginario popular nacido de la Gran Guerra.

LOS MITOS DE LA PROPAGANDA

La Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto en el que tuvo un papel destacado la propaganda. Los gobiernos descubrieron que para influir en el sistema de valores de sus ciudadanos y en su conducta era muy útil difundir información a través de los medios de comunicación masivos. Estos mensajes podían contener información verdadera, aunque incompleta y no contrastada, pero podía también ser falsa; lo único importante era convencer a la opinión pública. La información era normalmente presentada con una alta carga emocional, apelando a la afectividad más que al raciocinio. Se solía insistir en la defensa de los valores patrióticos, el odio hacia el enemigo, el amor hacia a los seres queridos o la explotación de los miedos personales.

Con el fin de justificar el esfuerzo de guerra y los enormes sacrificios que debían asumirse —como la muerte de un hijo o un marido—, era necesario presentar al enemigo como un bárbaro sediento de sangre que era necesario detener a tiempo si uno no quería ver cómo penetraba en su propio hogar y asesinaba salvajemente a toda su familia.

Las posiciones quedaron fijadas en el primer mes de la guerra.

La invasión de Bélgica por parte de las tropas alemanas fue el pistoletazo de salida a esas campañas de propaganda. Aún estaba fresco en Alemania el recuerdo del hostigamiento sufrido por los soldados germanos durante la guerra franco-prusiana; un millar de ellos cayeron entonces por la acción de los francotiradores o por golpes de mano llevados a cabo por guerrilleros. En agosto de 1914, la reedición de esas acciones aisladas de resistencia armada se encontraron con una respuesta desproporcionada por parte de los alemanes.

Como se indicó en el segundo capítulo, fueron numerosas las localidades en las que se produjeron ejecuciones masivas de civiles inocentes.

Para autojustificar estas matanzas, los propios alemanes pusieron en circulación historias de mujeres y niños belgas arrojando aceite hirviendo por las ventanas al paso de las columnas germanas, envenenamientos, cigarrillos

explosivos, secuestros de soldados que aparecían luego con la lengua cortada e incluso la existencia de cubos rebosantes de ojos arrancados a los alemanes capturados. Estos relatos eran publicados en la prensa germana y, cuando eran leídos en el frente, ya fuera en los diarios o en las cartas remitidas por los familiares, los soldados quedaban adobados psicológicamente para aceptar sin reparos morales las órdenes que implicasen el asesinato de civiles.

Pero las atrocidades reales cometidas por las tropas del káiser en suelo belga pusieron también en marcha la máquina propagandística aliada. El objetivo era presentar a los alemanes como los nuevos hunos pero, en este caso, los Aliados, y especialmente los británicos, se mostraron más ingeniosos e imaginativos en la invención de historias truculentas. Una de las más famosas es la supuesta fábrica de procesamiento de cadáveres.

En abril de 1917 la prensa británica se hizo eco de un supuesto informe secreto capturado a los alemanes, en el que se explicaba el proceso por el que los cadáveres humanos resultantes de la campaña militar en el oeste, tanto propios como enemigos, eran hervidos en grandes calderas y tratados para extraer la grasa, con destino a la fabricación de velas, jabón, lubricantes o glicerina para la fabricación de explosivos. Los huesos eran molidos en molinos especiales para ser añadidos a la comida para los cerdos.

Los ciudadanos británicos, como no podía haber sido de otro modo, se escandalizaron ante esta muestra de barbarie y quedaron confirmados en su convencimiento de la innata brutalidad germana, ya que no mostraban piedad ni con los soldados caídos en la guerra.

Con el paso de los días, comenzaron a aparecer en la prensa nuevos detalles de estas siniestras fábricas. El detalle más macabro era el hecho de que los aceites extraídos de los cuerpos eran hervidos con carbonato de soda; el producto resultante era enviado a los fabricantes alemanes de sopa. Un periodista, recreándose en el bulo, aseguró que cuando llegaban partidas de sopa de sobre a Holanda, estas eran enterradas con honores militares...

El efecto de estas informaciones sobre el prestigio de Alemania en el exterior fue demoledor. El embajador chino en Berlín protestó oficialmente, ante la perplejidad de las autoridades germanas, pero la queja más exótica fue la del *Maharajah* de Bikanir, que hizo llegar una comunicación al gobierno alemán en la que afirmaba que si los cuerpos de los soldados indios eran procesados, esa atrocidad nunca sería olvidada ni perdonada en la India.



Durante la guerra, todos los contendientes intentaron unir religión y patriotismo. Esta estampa alemana representa la improbable escena de Jesucristo bendiciendo la marcha de una columna alemana hacia el frente.

La historia cruzó también el Atlántico. La prensa norteamericana incluía el testimonio de primera mano de soldados ingleses que habían asistido al funcionamiento de esas factorías mientras eran prisioneros, y que habían logrado evadirse. Uno de ellos aseguraba a *The New York Times* que uno de los alemanes que trabajaban en el recinto le confesó que la grasa de los cuerpos era también utilizada para fabricar margarina para la población civil. La observación del inglés sobre el canibalismo que ello implicaba no consiguió conmover al impertérrito alemán.

La competición por ofrecer los detalles más escabrosos no parecía tener fin. Otro diario, tomando como fuente un diario belga, explicaba que a la frontera holandesa había llegado por error un tren cargado de cadáveres destinados a esa fábrica. Nadie reparó en el contenido de los vagones, estacionados en una vía muerta, hasta que el penetrante olor que desprendían llevó a descubrir el espantoso cargamento.

Pero ¿cuál era el origen de esta historia? Los rastreos para descubrirlo no han dado resultado. Es probable que la idea surgiese en las mismas trincheras de Flandes, en donde ya se hablaba de ello en forma de rumor en el verano de 1915. La primera vez que apareció publicado en la prensa fue el 10 de abril de 1916, en un oscuro periódico belga impreso en Francia, *Indépendance Belge*, que a su vez hacía referencia a otro diario belga supuestamente publicado en

Holanda, *La Belgique*, del que nada se sabía entonces y del que nunca ha aparecido ningún ejemplar.

De este modo, conocer la fuente de esta historia se antoja imposible, pero es probable que naciese de algún informe alemán real deficientemente traducido. La clave radica en una confusión lingüística; el término germano *kadaver* se refiere exclusivamente a los cuerpos de los animales. Una traducción apresurada habría identificado esta palabra con «cadáver» aplicado a restos humanos, lo que habría dado lugar al tétrico malentendido.

El tratamiento industrial de los animales muertos era habitual también en el bando aliado. En la costa francesa se instaló una planta para extraer la grasa animal, que llegó a producir más de nueve mil toneladas de grasa, que era enviada luego a Gran Bretaña.

Allí era transformada en glicerina destinada a las fábricas de armamento.

Es muy probable que los servicios de inteligencia británicos reparasen en la confusión semántica, pero no hay duda que, para sus intereses, era mucho más conveniente que el equívoco se mantuviera durante mucho tiempo.

La consecuencia más negativa de la difusión de esta historia se vería mucho más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial. Los informes que llegaban a los servicios secretos sobre el funcionamiento de los campos de exterminio nazis, tan escalofriantemente similar a las falsas «factorías de cadáveres», llevaron a creer que podía tratarse de nuevo de una leyenda inventada para desprestigiar al enemigo. Por desgracia, en esa ocasión, el tratamiento industrial de los cadáveres sí que era una monstruosa realidad.

Otras historias aventadas por la propaganda británica tenían como protagonistas a supuestos *mártires* ultrajados por la barbarie alemana. El caso del canadiense crucificado es uno de los más conocidos. La prensa informó en mayo de 1915 que el mes anterior los alemanes habían capturado cerca de Ypres a un soldado canadiense y, a plena vista de sus compañeros, lo habían crucificado, atravesando sus manos y pies con bayonetas. Su muerte, como no podía ser de otro modo, había sido muy lenta y dolorosa.



La veracidad del mito del soldado canadiense crucificado por los alemanes continúa siendo objeto de debate. Este cartel norteamericano destinado al público filipino —de ahí que esté escrito también en español— lo da obviamente como cierto, para animar así a la compra de bonos de guerra.

The Times garantizaba la veracidad del relato insistiendo en que, según el testimonio de unos soldados heridos que habían llegado a un hospital de Ypres, unos miembros de los *Dublin Fusiliers* eran los que habían asistido a la dramática escena. Al día siguiente, en Canadá, el *Toronto Star* ofrecía más detalles; después de muerto, el cuerpo del compatriota había sido pasado por la bayoneta sesenta veces. El detalle había sido confirmado por un soldado neozelandés, que lo había escuchado de boca de un capitán canadiense momentos antes de morir en un hospital de Boulogne. El capitán le había dicho el nombre del soldado crucificado, pero el neozelandés no lo recordaba, tan solo sabía que era un sargento.

Mientras, en un periódico de Los Angeles se aseguraba que eran dos los soldados canadienses crucificados. El lugar de la crucifixión también variaba según la fuente; unos decían haberlo visto en una cruz, otros en un árbol, en la pared de madera de un granero, en una puerta o en una valla.

Testimonios tan escasamente fiables como los referidos inundaron la prensa de los países aliados durante semanas. Hay que tener en cuenta que fue

en esos meses cuando aparecieron también en la prensa las historias relativas al Ángel de Mons, los arqueros fantasmales de la batalla de Azincourt o el Camarada de Blanco. El soldado crucificado encajaba perfectamente en ese cóctel propagandístico que entremezclaba patriotismo y religión, en unos momentos en los que había decaído la atención de los lectores sobre las repetitivas narraciones de las atrocidades alemanas contra la población civil belga.

El interés por el trágico destino del soldado crucificado llegó incluso a la Cámara de los Comunes británica. El 12 de mayo un diputado pidió información al gobierno, pero en ese momento ya no eran uno, ni dos, sino tres, los soldados supuestamente crucificados.

En la respuesta parlamentaria se reconoció que aún no se contaba con un testigo directo del hecho, pero que las pesquisas estaban en marcha. Pese a su prudencia, el asunto acabó escapándose de las manos al gobierno británico, puesto que se produjeron en Londres disturbios y asaltos a comercios regentados por alemanes. La ignominiosa crucifixión del soldado fue la gota que colmó el vaso de la indignación popular, soliviantada por el hundimiento del trasatlántico *Lusitania* por un submarino alemán cinco días antes.

Con el paso del tiempo, el mito del canadiense sacrificado no perdió fuelle. Un filme de propaganda norteamericano dirigido por Raoul Walsh en 1918, *The Prussian Cur (El Canalla Prusiano)*, recreaba la escena como si de un documental se tratase. Un año más tarde, el diario *Pittsburg Sunday Post* publicaba una historia similar, ocurrida en octubre de 1918, en la que era una inocente muchacha la crucificada con bayonetas en la puerta de una iglesia, mientras las tumbas cercanas eran profanadas.

La polémica sobre el canadiense crucificado se exacerbó en 1919, cuando en el parque londinense de Hyde Park se descubrió un gran bajorrelieve de bronce que representaba la escena, esculpida por el artista británico Francis Derwent Wood (1871-1926). Las protestas alemanas por lo que consideraban una calumnia obligaron a retirarlo. En el año 2000, el Museo Canadiense de la Civilización expuso la pieza, titulada *Canada's Golgotha*, lo que provocó también una gran controversia.

Pero los ecos de esta historia no han terminado. En 2002, la cadena de televisión británica *Channel 4* produjo un documental en el que el historiador británico Iain Overton no solo demostraba que la crucifixión existió realmente, sino que revelaba el nombre del soldado: el canadiense Harry

Banks, del 48.º Highlanders. El 24 de abril de 1917, Banks fue declarado desaparecido en combate cerca de Ypres. Su familia no volvió a saber nada de él, hasta que un año más tarde su hermana recibió una carta de un compañero de armas en la que le transmitía su convencimiento de que Harry era el soldado crucificado. El hallazgo de esa carta, entre otros indicios encontrados en cartas escritas por sus compañeros durante esos días, era la prueba de que él era el famoso y escurridizo mártir.

Según Overton, la crucifixión de Banks estuvo motivada por una matanza previa de prisioneros alemanes a manos de los canadienses, en represalia por un ataque germano con gas el 22 de abril.

Pero las investigaciones posteriores sobre la identidad de Banks no han revelado nada que haga pensar que él fuera el protagonista; aunque existió realmente, y se conservan los formularios de su alistamiento, su cuerpo nunca fue encontrado y no consta en los registros de la Comisión de Tumbas de Guerra de la Commonwealth.

Si no surge alguna insólita revelación, el canadiense crucificado seguirá siendo uno de los imperecederos mitos de la Primera Guerra Mundial. Quizás fue fruto de la fascinación que despertaba en los soldados británicos, en su mayoría protestantes, la omnipresencia del símbolo de la cruz en las carreteras y campos de Bélgica y Francia, algo que no ocurría en su país. Las cruces de piedra en los caminos, o las de madera que los soldados franceses construían junto a las trincheras, se complementaban con la identificación entre el soldado y Jesucristo, una asociación de ideas que sería plasmada por poetas ingleses como Siegfried Sassoon (1886-1967) y su amigo Wilfred Owen (1893-1918), al derramar ambos su sangre por una causa superior. De este modo, de ser cierta esta mística interpretación del enigma, tan solo era cuestión de tiempo el que apareciese el mito del soldado crucificado.

SOLDADOS RUSOS EN ESCOCIA

Si la historia del canadiense crucificado se creó y consolidó fue gracias a la falta de comprobaciones sobre la veracidad de ese hecho. Un caso similar fue el de los soldados rusos que, supuestamente, habían desembarcado en Escocia para desplazarse por ferrocarril a través de Gran Bretaña hasta la costa del Canal de la Mancha para, desde allí, acudir al frente occidental en ayuda de las tropas aliadas.

Sin embargo, en este caso no estaríamos tratando de un mito o una leyenda, sino más bien de lo que se conoce como leyenda urbana. Con este término se designa una historia extravagante pero verosímil, urdida meticulosamente, y que circula de boca en boca como si hubiera ocurrido realmente. El protagonista o el testigo del suceso nunca es el propio narrador, sino «un amigo» o alguien al que el narrador no conoce personalmente, y el hecho es siempre situado en un escenario concreto para reforzar el realismo del argumento, que depende de la verosimilitud de los detalles.

En agosto de 1914, mientras las tropas alemanas avanzaban a través de territorio belga, los británicos se hallaban confiados en que sus tropas, unidas a las francesas, lograrían detener la ofensiva germana por el país cuya neutralidad había sido violada. Pero a finales de ese mes ya era evidente que no se había conseguido ese objetivo, y que más bien debían centrarse en defender los puertos del Canal de la Mancha y en salvar París.

Fue entonces, el 27 de agosto, cuando se «confirmó» un rumor que venía circulando desde unos días antes. Un fuerte retraso en los trenes que circulaban entre Liverpool y Londres fue achacado a las necesidades de transporte de unas supuestas tropas rusas que habrían desembarcado en Escocia para sumarse a las fuerzas franco-británicas que luchaban en el frente occidental.

En pocas horas se extendió por toda la geografía británica la noticia de que varios trasatlánticos, cargados de soldados rusos, habían llegado al puerto escocés de Aberdeen procedentes de Arkangel. Desde Aberdeen estaban

siendo transportados por ferrocarril hasta los puertos del Canal de la Mancha para ser trasladados al continente, lo que explicaba los retrasos en la red ferroviaria.

A partir de aquí comenzaron a proliferar los testimonios que daban fe de esa vasta operación de traslado. Se contaba que los jefes de estación debían barrer la nieve dejada por las botas de los rusos en los andenes —y eso que era el mes de agosto—, que esos soldados iban vestidos con «varias capas de pieles» y que venían con sus propios caballos, hubo quien dijo haberlos visto pertrechados con arcos y flechas en lugar de fusiles, y hasta circuló la noticia de que 10.000 de ellos habían sido vistos marchando por las calles de Londres camino de la estación Victoria.

Entonces se dio un curioso fenómeno; sobre la presencia de los rusos no salió ni una noticia en los diarios británicos, debido a la censura que impedía publicar información militar no oficial, pero la prensa norteamericana sí que reflejó el rumor haciéndose eco de las impresiones de sus compatriotas que residían en suelo inglés. De este modo, ese rumor, convertido ya en noticia, se expandió por los países neutrales, llegando a su vez a la propia Gran Bretaña revestido ya de toda credibilidad.

El número total de rusos desembarcados en Escocia variaba mucho, oscilando entre 70.000 y 250.000. El propietario de una finca cercana a Aberdeen aseguraba —tal como publicó la prensa norteamericana— que solamente por sus terrenos había pasado una columna de 125.000 soldados rusos. Pero al final fue la cifra de 70.000 la comúnmente aceptada, y la que los alemanes, que también estaban al corriente de la historia, tenían presente a la hora de planificar sus avances, temerosos de que esos hipotéticos refuerzos pudieran dificultarlos.

Por su parte, el gobierno británico asistió con cierta satisfacción a la extensión del bulo, puesto que beneficiaba claramente los intereses nacionales. En un momento en el que las noticias que llegaban del frente no eran demasiado esperanzadoras, la supuesta presencia de esos soldados rusos ayudaba a mantener alta la moral del pueblo británico y a suscitar dudas en el enemigo. La prueba de que el mantenimiento de esa patraña era beneficioso es que el gobierno no desmintió oficialmente la noticia hasta el 15 de septiembre, cuando ya se había decidido la batalla del Marne y los Aliados habían conseguido detener la ofensiva alemana sobre la capital francesa.

¿Hasta qué punto el propio gobierno de Londres colaboró en la extensión,

si no en la creación, de esa falsa noticia? Eso es imposible saberlo, pero la realidad es que la historia de los soldados rusos fue un providencial balón de oxígeno en un momento en el que la moral de la Entente se encontraba muy tocada.

MITOS DE CARNE Y HUESO

En la Primera Guerra Mundial, además de episodios de naturaleza legendaria como los que hemos visto, surgieron auténticos mitos vivientes, cuya celebridad ha perdurado hasta nuestros días.

En el capítulo dedicado a la guerra en el aire vimos cómo un aviador alemán, el Barón Rojo, saltó a la gloria convirtiéndose en un ser que encarnaría para siempre los valores de la audacia y la libertad individual. Más adelante se referirá la vida de otro personaje que rivaliza con el piloto germano a la hora de despertar fascinación: Lawrence de Arabia. Pero en este capítulo dejaremos constancia de dos mujeres que encarnan, en cambio, valores muy distintos.

El nombre de Edith Cavell está ligado para siempre a la solidaridad, al cuidado de los necesitados y, por desgracia, a la tragedia de la guerra. Desde su labor como enfermera durante el conflicto, esta inglesa nacida en 1865 supo mucho de ambas cosas. El drama que Cavell vivió en carne propia conmocionaría a la sociedad inglesa durante la Gran Guerra, y fue el primer caso en el que la comunidad internacional se volcó en una unánime petición de clemencia.

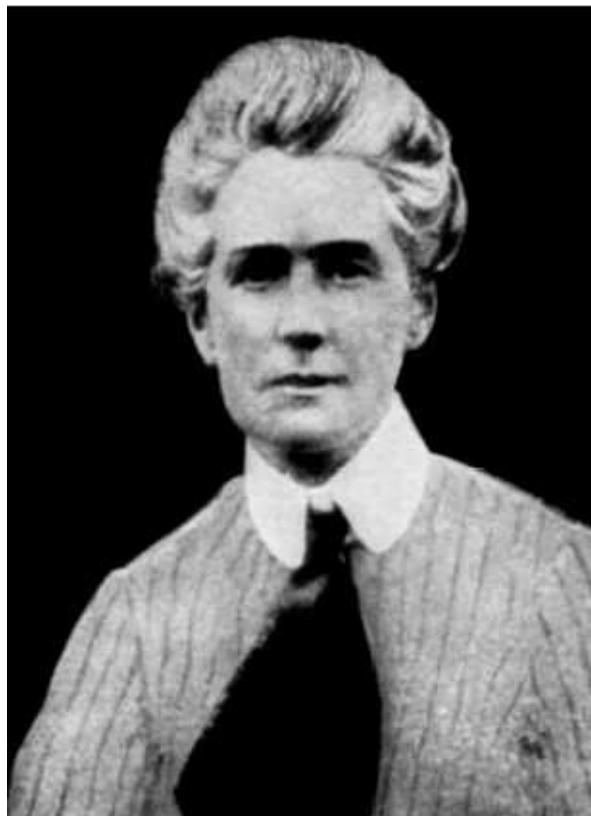
Edith mostró desde muy joven su vocación por la enfermería.

Aunque había nacido en Inglaterra, pasó casi toda su juventud en Bélgica, que consideró como su segundo hogar. Allí se convirtió en una de las grandes profesionales de su época, fundando el después famoso centro Berkendael, en el que se desarrollaban nuevos y avanzados métodos de atención a los enfermos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Cavell decidió quedarse en suelo belga a pesar de la invasión alemana. Al irrumpir las tropas germanas, Cavell fue considerada una inglesa en territorio ocupado. Podía haber optado por limitarse a cumplir con su labor como enfermera y esperar tiempos mejores, pero Cavell decidió integrarse en una red clandestina que tenía como objetivo

ayudar a sus compatriotas ingleses prisioneros de los alemanes a abandonar la Bélgica ocupada rumbo a la neutral Holanda, y poder regresar así a Inglaterra.

Aunque durante unos meses Cavell pudo disimular su abnegada pero arriesgada tarea, los alemanes acabaron por descubrirla, siendo detenida. Fue interrogada sobre sus actividades clandestinas, pero ella negó cualquier acusación. Sin embargo, no se sabe si cediendo a las torturas o, según se dice, al confiar equivocadamente en uno de sus carceleros, la realidad es que Cavell acabó revelando el nombre de los integrantes de esa red de ayuda a los soldados británicos. Esto causó una cadena de detenciones y el posterior juicio contra la mayoría de los miembros de la organización clandestina, incluida Cavell.



La condena a muerte de la enfermera británica Edith Cavell movilizó a la opinión pública mundial para pedir clemencia al káiser. Los alemanes la acusaban de ser una espía.



En contraste con la heroína Edith Cavell, este cartel inglés presenta a una sádica enfermera alemana derramando un vaso de agua mientras un prisionero británico se muere de sed. Estos burdos mensajes acababan calando entre la población.

Durante el juicio, la defensa intentó probar que ella no era una espía, sino que tan solo había procurado ayuda a sus compatriotas por motivos humanitarios. Pero los jueces alemanes la declararon culpable de todos los cargos, siendo la única del grupo de acusados condenada a muerte.

Se levantó entonces una ola de indignación entre los Aliados.

Diplomáticos británicos y norteamericanos trataron por todos los medios de impedir que la sentencia capital se cumpliese. Desde Washington se vertieron todo tipo de amenazas sobre Berlín, situando la prevista ejecución de la enfermera al mismo nivel de iniquidad que el reciente hundimiento del *Lusitania*. El caso de Edith Cavell concitaría la atención mundial; el káiser recibió peticiones de clemencia enviadas desde todos los puntos del globo. La enfermera británica era ya un símbolo de las víctimas de la brutalidad germana.

Por su parte, los alemanes desoyeron las peticiones de clemencia y fusilaron a Cavell a las dos de la madrugada del 16 de octubre de 1915. Al

conocerse la noticia de su muerte, la rabia y la impotencia se elevaron desde las naciones aliadas y neutrales, pero el cuerpo de la enfermera ya estaba sin vida. La noche antes de su ejecución había comulgado de manos de un capellán inglés, que luego recordaría las palabras que ella le dirigió: «Comprendo que el patriotismo no es bastante, no debo guardar rencor ni amargura hacia nadie». Años después, sus últimas palabras figurarían en una estatua que se dedicaría en Saint Martin Place, muy cerca de la londinense Trafalgar Square. Durante años, hubo voluntarios que se turnaban junto a esa estatua para pedir a los viandantes que se quitaran el sombrero cuando pasasen ante ella.

Tras la guerra, el cuerpo de Cavell fue exhumado y trasladado a Gran Bretaña. Se le dedicó una ceremonia en Westminster, a la que asistió el rey, y después fue trasladada a Norwich en un tren especial, siendo enterrada junto a su catedral. En todo el mundo se le dedicaron memoriales destinados a inmortalizar su nombre, un nombre con el que, por cierto, serían bautizadas miles de niñas nacidas después de la guerra, como la cantante francesa Edith Piaf. Hoy abundan los hospitales y escuelas de enfermería de los países de la Commonwealth consagrados a su memoria. Pero el homenaje más curioso fue el impulsado por el gobierno canadiense, que le dedicó en 1916 un pico en las Rocosas, que desde entonces lleva su nombre; el Monte Edith Cavell.

El recuerdo de su trágico final quedó grabado a fuego en la mentalidad colectiva de la época, creando un deseo de venganza que se vería cumplido dos años más tarde. La víctima sería otra mujer, aunque de biografía bastante menos modélica, Geertruida Margaretha Zelle, más conocida por su nombre artístico, Mata Hari.

Nacida en Holanda en 1876, siendo muy joven respondió a un anuncio en la prensa para casarse con un oficial veinte años mayor que ella, destinado en Java. Tuvo dos hijos, siendo el varón envenenado presuntamente en venganza por el trato dado por su marido a un sirviente nativo. La muerte del hijo supuso un duro golpe para la familia. El marido se dio a la vida disoluta, pero la soledad de Margaretha le llevó a introducirse en las técnicas amatorias y danzas sensuales propias de oriente. Ambas le serían muy útiles a su regreso a Europa.

De nuevo en Holanda, Margaretha fue abandonada por su marido —que obtuvo la custodia de su única hija— y se decidió a poner en práctica lo aprendido en Java para abrirse camino en su nueva vida. Al principio fracasó en sus intentos de convertirse en modelo, pero en París lograría introducirse

en el mundo del espectáculo como bailarina exótica. Haciéndose pasar por una supuesta princesa de Java, adoptó el nombre de Mata Hari («Ojo del Amanecer»). En poco tiempo, su popularidad en media Europa llegaría a ser inmensa, lo que le abriría las alcobas de destacadas personalidades, desde funcionarios militares a políticos de alto nivel.

Su particular camino a la perdición lo inició al enamorarse de un joven oficial ruso, por el que aceptó el encargo de espiar para Francia al embajador alemán en Madrid. De ese modo se le facilitaría un visado especial para el tránsito por el territorio en guerra, necesario para acudir donde estaba ingresado su amante. Además, se le prometió que sus servicios a Francia serían recompensados con un millón de francos de la época.

Aunque popularmente se cree que era una maestra en el arte del espionaje, esto está muy lejos de la realidad. Mata Hari no tenía ninguna preparación en este campo, y siempre se tomó su labor como un juego. De hecho, las revelaciones conseguidas fueron de escasa importancia, como algunos movimientos militares de reducido alcance. Pero los alemanes, al descubrir las actividades de Mata Hari, le tendieron en enero de 1917 una trampa para convencer al contraespionaje francés de que era un agente doble que trabajaba para Berlín y, de este modo, dejar que fueran sus enemigos los que la neutralizasen.

En un mensaje interceptado por los franceses desde su antena en la Torre Eiffel, los servicios secretos germanos se referían a un movimiento previsto de su espía H21 en París. La información había sido emitida con la intención de que fuera captada por el enemigo, puesto que la clave utilizada ya había sido descodificada por los franceses con anterioridad. Cuando Mata Hari acudió a un banco parisino a retirar dinero, tal como habían avanzado los alemanes en su supuesto mensaje secreto, las autoridades de París concluyeron que ella era el agente H21. El 13 de febrero la espía fue detenida en la habitación de su hotel parisino.

Mata Hari demostró después que todas sus acciones, incluso la de acudir a ese banco, estaban controladas por los servicios secretos franceses. Pero sus contactos en las altas esferas del poder, que podían haber corroborado estas palabras, no movieron un dedo para probar su inocencia. En el juicio se le declaró culpable sin pruebas concluyentes y basándose en hipótesis no probadas, que no se sostendrían en un juicio moderno. Se cree que los franceses pretendían más bien achacar los fracasos de su Ejército en ese funesto 1917 a un supuesto «enemigo interno» en lugar de a la incapacidad de

sus dirigentes, siendo elegida Mata Hari como cabeza de turco.

Pero tampoco hay que desdeñar el hecho de que Margaretha había devenido en un personaje incómodo y comprometedor para un buen número de militares y políticos, por lo que no había duda de que su desaparición iba a suponer un alivio para todos ellos.

Mata Hari fue condenada a muerte y, al contrario que en el caso de Edith Cavell, nadie clamó por su inocencia. Fue fusilada el 15 de octubre de 1917 en el Bois de Vincennes. Antes de la ejecución, la espía lanzó un beso de despedida a los soldados del pelotón; el gesto tuvo su efecto, ya que de los doce hombres que lo formaban solo acertaron cuatro, uno de ellos en el corazón, lo que le causó la muerte instantánea.



Postal de Geertruida Margaretha Zelle, más conocida por su nombre artístico, Mata Hari.



Otra postal de la época dedicada a la mítica espía holandesa. Sus habilidades como bailarina exótica no tuvieron continuidad en su carrera como espía, pues cayó ingenuamente en una trampa pergeñada por los alemanes.

Como no podía ser de otro modo en un personaje de leyenda, el misterio no le abandonaría después de su muerte. Su cuerpo no fue enterrado, sino que se empleó para el aprendizaje de anatomía de los estudiantes de medicina — como era habitual para los ajusticiados en aquella época—, pero su cabeza seguiría un curso más macabro.

La cabeza, que tenía el pelo teñido de rojo, fue embalsamada y expuesta en el Museo de Criminales de Francia, hasta que en 1954 desapareció sin dejar rastro, siendo seguramente robada por algún admirador. Nunca se recuperó, por lo que el enigma sobre su paradero último continúa vigente. Ese misterio vendría a sumarse a todos los que atesora celosamente la Primera Guerra Mundial.

Capítulo 9

ESCENARIOS EXÓTICOS

En el verano de 1914 surgieron diferentes nombres para referirse al conflicto que acababa de estallar. En Gran Bretaña se comenzó a denominar *the war*, pero pronto adquirió popularidad el término *the great war*, nacido de la comparación con la guerra librada contra Napoleón. Los franceses también hablaban de *la guerre* hasta que copiaron la fórmula inglesa con *la grande guerre*.

Los alemanes serían los únicos que definirían al conflicto desde el principio como *Weltkrieg* (guerra mundial), lo que denotaba que eran conscientes de que no estaba en juego solamente el papel de Alemania en Europa. El deseo de adquirir una presencia en el mundo similar a aquella de la que gozaban británicos y franceses, así como el previsible esfuerzo de las dos grandes potencias coloniales por impedirlo, quedaba plasmado en ese novedoso concepto de «guerra mundial».

JAPÓN ENTRA EN ESCENA

La confirmación de que se iba a desarrollar un conflicto a escala planetaria llegó bien pronto para los alemanes. Poco acostumbrado a sostener campañas militares en el otro lado del globo, el pueblo germano tuvo que buscar en los libros de geografía la situación exacta de la ciudad china de Tsingtao, cuyo nombre actual es Jiaozhou.

Tsingtao, en el extremo sur de la península de Shandong, se había convertido en un enclave alemán en 1897, en un régimen de concesión por 99 años similar al que los ingleses disfrutaban en Hong Kong^[19]. Su puerto era la principal base de la marina germana en Extremo Oriente. Desde allí podía proteger las posesiones alemanas en el Pacífico: las islas Marshall, las Carolinas y las Marianas, estas últimas adquiridas a España en 1899.

Antes de la guerra, británicos, franceses y rusos habían asistido con temor y desconfianza a la presencia germana en China. Al estallar el conflicto, surgió una oportunidad inmejorable para expulsar a los alemanes de ese estratégico escenario. Londres solicitó a Tokio su apoyo en la contienda, una demanda a la que no pudieron resistirse los japoneses, con la vista puesta en las apetecibles colonias alemanas. Por tanto, Japón lanzó el 15 de agosto un draconiano ultimátum a Alemania, exigiéndole la entrega de Tsingtao sin contrapartidas, por lo que era claramente inaceptable. El 23 de agosto expiró el plazo y el gobierno nipón declaró la guerra al káiser.

La armada imperial japonesa, con refuerzos procedentes de la marina británica, procedió a bloquear los accesos a Tsingtao, que en esos momentos estaba desprotegida, puesto que el grueso de la flota germana había partido para adentrarse en el Pacífico, tal como hemos visto en el capítulo dedicado a la guerra naval. A partir del 2 de septiembre se produjeron desembarcos nipones en áreas próximas al enclave. Por su parte, la guarnición alemana contaba solamente con 3.000 hombres, apoyados por un millar de chinos y austrohúngaros para hacer frente a más de 23.000 soldados japoneses dispuestos a tomar la colonia a cualquier precio. El contingente nipón recibió

además el refuerzo de 1.500 soldados británicos.



Un grupo de colonos alemanes residentes en Tsingtao. Los japoneses ambicionaban apoderarse de esta colonia para eliminar la competencia germana en la región.

Los alemanes, en clara inferioridad, permanecieron a la expectativa. La aparición de un tifón supuso un paréntesis en las operaciones. El 13 de septiembre, con el tiempo de nuevo en calma, se produjo el primer enfrentamiento, iniciado por un ataque de la caballería nipona, que provocó una retirada alemana hacia la ciudad, quedando totalmente rodeada. Aunque las tropas germanas lanzaron algún contraataque, los japoneses no se vieron superados y pudieron consolidar sus posiciones cavando una red de trincheras.

El 26 de septiembre, las tropas niponas se lanzaron al asalto de la ciudad. Los alemanes se iban retirando hacia la última línea de defensa, dejando la pequeña fortaleza de la colina Príncipe Heinrich como núcleo de resistencia. Allí los alemanes se defendieron heroicamente en un duro combate nocturno hasta que no les quedó otra opción que rendirse.

La guarnición germana decidió contraatacar a la desesperada el 2 de octubre, consiguiendo tomar algunas trincheras niponas, lo que alimentó las esperanzas de resistir. La llegada de un nuevo tifón favoreció a los defensores, a lo que se sumó el hundimiento de un crucero japonés. Pero a finales de mes, una vez amainado el temporal, nipones y británicos comenzaron a bombardear con insistencia las fortificaciones germanas. Los soldados nipones, día a día, fueron cerrando el círculo, mientras los alemanes lanzaban algún contragolpe destinado al fracaso.

Finalmente, tras violentas cargas a la bayoneta por ambos lados — incluido un anacrónico duelo a espada entre un capitán nipón y un teniente germano—, el 6 de noviembre irrumpieron las tropas japonesas en la ciudad sitiada, rindiéndose la guarnición teutona al día siguiente.

Los alemanes habían perdido 199 hombres, mientras que las fuerzas niponas contabilizaron más de 700 muertos. Los británicos solo anotaron 16 bajas mortales. Los japoneses dieron ese alto coste como bien empleado, ya que el puerto quedaría en su poder. La *Royal Navy* se apropió de los barcos de guerra germanos que eran aún aprovechables, y que a partir de entonces combatirían bajo pabellón británico.

En cuanto a las colonias en el Pacífico, dos meses antes de caer Tsingtao, la Nueva Guinea alemana había sido conquistada por tropas australianas, apoderándose así de su importante base naval.

En los días siguientes se producía la ocupación del resto de colonias alemanas en el Pacífico, en su mayoría por fuerzas japonesas.

La guerra en Oriente aún tenía reservado otro capítulo, en este caso anecdótico. En marzo de 1917, China declarararía la guerra a Alemania, y en agosto haría lo propio con el Imperio austrohúngaro. Pese a que las Potencias Centrales ya no tenían por entonces ninguna presencia en esta parte del mundo, el gobierno de Pequín quiso así ganarse las simpatías de los Aliados en competencia con sus enemigos históricos, los japoneses, aunque los efectos de la entrada en la guerra del gigante chino serían insignificantes.

LA GUERRA LLEGA A ÁFRICA

El reparto del continente negro, que los alemanes consideraban discriminatorio para ellos, había sido una fuente continua de roces y agravios. Alemania había tenido que conformarse con cuatro colonias: Togolandia (cuyos límites eran un poco mayores que la actual Togo), Camerún, el África Sudoccidental alemana (Namibia) y el África Oriental alemana (Tanzania continental, Ruanda y Burundi), fronterizas todas ellas con colonias británicas grandes y poderosas.

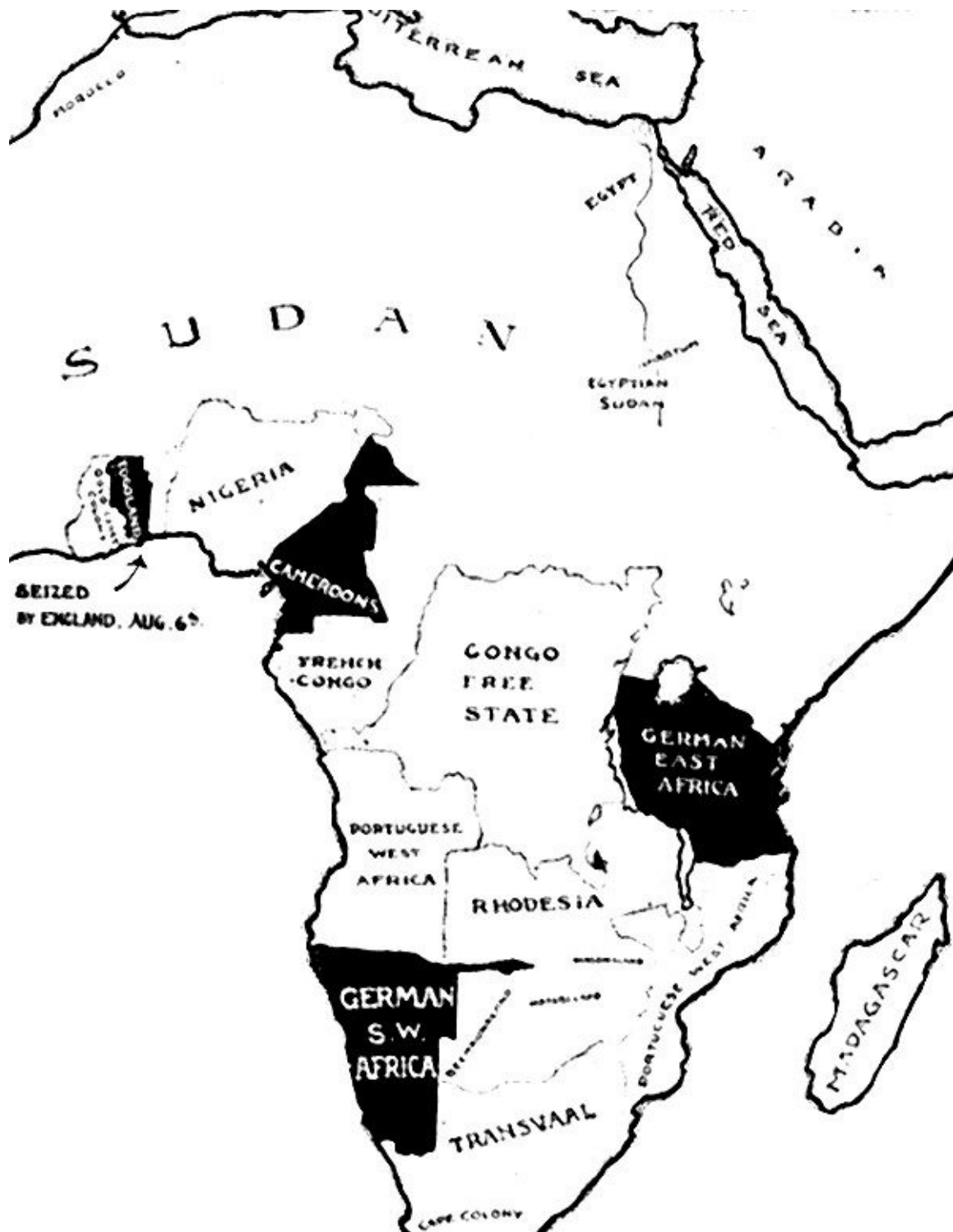
Esta dispersión de las posesiones germanas, además de imposibilitar la creación de un imperio colonial viable, hacía que fueran difícilmente defendibles y que estuvieran siempre bajo la amenaza de una invasión. Aun así, la convivencia entre alemanes e ingleses en África era armónica, puesto que necesitaban ayudarse mutuamente en un ambiente hostil, plagado de enfermedades y de nativos levantiscos.

Cuando llegó a África la noticia del estallido de la guerra, las reducidas guarniciones de Togolandia y Camerún comprendieron que no podrían ofrecer resistencia durante mucho tiempo a las nutridas fuerzas británicas y francesas procedentes de las colonias vecinas. En Camerún estaban destinados dos centenares de soldados alemanes, que contaban con 1.500 askaris^[20], pero en Togolandia solo había una fuerza policial nativa de 560 hombres, comandados por ocho oficiales alemanes. En esta desprotegida colonia, los alemanes entregaron a los franceses la capital, Lomé, prácticamente sin lucha, y se retiraron hacia el norte, en donde fueron perseguidos por los británicos hasta que se rindieron el 22 de agosto.

En Camerún también tuvieron los alemanes que enfrentarse a una fuerza anglo-francesa, que se apoderó del puerto de Douala sin encontrar oposición, tomando así su importante estación de radio.

Aquí también los alemanes se retiraron hacia el sofocante e insano interior del país, resistiendo largamente en Yaounda, una posición que no caería hasta enero de 1916. Los soldados germanos que lograron escapar se refugiaron en

la colonia española de Guinea Ecuatorial. Los últimos núcleos de resistencia teutona se rendirían el 4 de marzo de 1916. Los aliados tuvieron que emplear 18.000 soldados para arrebatar ambas colonias al káiser, pero esta campaña no supuso ningún quebradero de cabeza para ellos, puesto que su consecución era solo cuestión de tiempo.



Mapa británico antiguo que muestra en color negro las colonias germanas en África: Togo, Camerún, África del Sudoeste y África Oriental.

Las cosas se planteaban de forma algo diferente en la actual Namibia, debido a un factor que jugó a favor de los alemanes: los bóers sudafricanos. Estos, descendientes de colonos holandeses, no querían someterse al poder británico, establecido definitivamente tras la guerra de 1899-1902, y vieron en la alianza con los alemanes la posibilidad de sacudirse este dominio. Por tanto, la guerra en esta región podía desestabilizar Sudáfrica, un área de gran importancia estratégica para el Imperio británico.

No obstante, quizás al ser conscientes de que la apuesta germana no tenía mucho futuro, la mayoría de los bóers se puso del lado británico, participando en la invasión de la colonia germana.

Allí tuvieron que enfrentarse, además de con los alemanes, a los bóers más irreductibles —unos 11.000—, unos hombres acostumbrados a las tácticas guerrilleras, por lo que la campaña se alargaría más de lo previsto.

El 12 de mayo de 1915, la guarnición alemana en la capital de la colonia, Windhoek, integrada por 7.000 hombres, cayó al no poder resistir el asalto de una fuerza sudafricana. Durante el mes de junio continuaron las operaciones contra las bolsas de resistencia en el resto del país y en julio los alemanes se avinieron a aceptar las generosas condiciones de rendición ofrecidas por los sudafricanos.

La liquidación de las posesiones germanas en África parecía una tarea sencilla. El África Oriental alemana no daba la sensación de que pudiera convertirse tampoco en un obstáculo para el avance de las tropas aliadas. Así había quedado apuntado la segunda semana de agosto, cuando un oficial naval británico atravesó el lago Nyasa con su cañonera, la *Gwendolen*, desde el puerto de Nkata Bay hasta un diminuto embarcadero en territorio de la colonia alemana, a donde aún no había llegado la noticia de la declaración de guerra. Una vez allí, el *Gwendolen* se aprovechó de esta circunstancia para abrir fuego a placer sobre la cañonera alemana *Wissman*. El sorprendido buque germano se rindió y fue capturado, siendo remolcado hacia territorio británico. Este episodio fue ampliamente difundido en Gran Bretaña, aunque la prensa sobredimensionó un tanto la escaramuza; *The Times* tituló «Victoria naval en el lago Nyasa».

Pero el África Oriental alemana no seguiría el mismo destino que Togolandia o Camerún. El control de este territorio se convertiría en una auténtica pesadilla para los aliados. La razón hay que buscarla en un elemento con el que estos no contaban. Allí hubo un guerrero que conseguiría poner en

jaque a todo el Imperio británico.

Gracias a su fuerza de voluntad y su audacia pero, sobre todo, a su capacidad para asimilar las características propias de la lucha en ese continente, lograría convertirse en un escurridizo demonio para los ingleses y en un arrojado héroe para sus compatriotas.

Ese hombre que llegaría a alcanzar la categoría de mito viviente era Paul Emil von Lettow-Vorbeck. Este militar alemán había luchado contra los bóxers en China y los hereros y hotentotes en el África Sudoccidental. Además, había estado al mando de las fuerzas coloniales en Camerún e incluso había pasado una larga temporada en Sudáfrica, convaleciente de una herida en un ojo. Esta estancia en territorio *enemigo* le sería muy útil para conocer a fondo la mentalidad británica. Su larga experiencia en todos estos frentes le permitiría protagonizar a lo largo de toda la guerra una de las odiseas más meritorias de la historia militar del siglo xx.

Al inicio de la guerra, Lettow cuenta con tan solo 3.000 soldados para defender todo el África Oriental alemana. Las apuestas no están precisamente a su favor, pero Lettow no va a poner las cosas fáciles a los ingleses. Lo primero que hace es bloquear el principal puerto de la colonia, Dar es Salaam, hundiendo un viejo barco en la bocana, impidiendo de este modo un desembarco británico. Después se desplaza al norte, en donde se dispone a resistir en el pequeño pueblo costero de Tanga, rodeado de marismas, junto a unos 800 askaris reclutados entre las belicosas tribus wahehe y angoni.

Por su parte, el plan británico consiste en enviar desde la India una Fuerza Expedicionaria compuesta por 8.000 hombres. Aunque la campaña se presenta plácida, varios detalles apuntan al desastre que luego se producirá. La mayoría de los soldados, reclutados por toda la India, no han recibido ningún entrenamiento, y muchos no han disparado nunca un fusil. El entendimiento entre la tropa es difícil, puesto que hablan una docena de lenguas diferentes y practican seis religiones distintas. A su vez, los jefes británicos no han pisado nunca África. Aun así, el general Arthur Aitken, al mando de la operación, anuncia una fácil victoria sobre «un puñado de negros descalzos dirigidos por hunos ignorantes».



Von Lettow mantuvo en jaque a las tropas aliadas en Africa durante cuatro años. Su genio militar sería reconocido por sus adversarios.

La misión no puede comenzar con peores augurios. Ya antes de zarpar, los barcos ingleses han de permanecer dos semanas en puerto debido al mal tiempo, con todas las tropas alojadas en el interior de las atestadas bodegas. El viaje hacia África, salpicado de tormentas, acaba por minar la depauperada moral de los soldados, que cuando no están vomitando por los mareos se enzarzan en continuas peleas por nimios motivos. Al final, tras tan agitada singladura, se presentan ante el puerto de Tanga el 2 de noviembre de 1914.

En vez de tomar el desprotegido puerto, temiendo que estuviera minado, Aitken decide desembarcar las tropas mediante una improvisada operación anfibia al sur del pueblo. El lugar, que es elegido casi al azar, resulta ser una marisma infestada de mosquitos. El traslado a tierra de todo el equipo se prolongará durante dos días, lo que proporciona a Lettow el tiempo necesario para organizar eficazmente la defensa de Tanga.

El ataque británico tiene lugar el 4 de noviembre. Antes de salir de los pantanos, los askaris de Lettow, moviéndose ágilmente entre la espesura, diezman a los asustados soldados indios. Los que salen a descubierto se

encuentran con los soldados alemanes firmemente apostados en sus trincheras, prestos a emplear sus ametralladoras. El resultado de la batalla se está inclinando del lado germano, pero un grupo de soldados ingleses, apoyado por valerosos gurkhas nepalíes, carga a la bayoneta y se abre paso hasta tomar el edificio de la aduana. De allí marchan a la carrera hacia el único hotel del pueblo, en donde arrían la bandera tricolor germana —negra, blanca y roja— e izan la Union Jack, lo que es saludado por las sirenas de los barcos británicos. Eso anima a todos sus compatriotas, que ven inminente la victoria.

Ha llegado el momento crítico de la batalla. Lettow lo sabe, por lo que pone en práctica su dilatada experiencia; dirigiéndose a sus askaris de la tribu wahehe, reprocha a algunos de ellos su falta de combatividad. El resto de wahehes, heridos en su amor propio, se conjura para demostrar a los alemanes el valor de los hombres de su tribu. Los angoni, por su parte, no quieren ser menos que sus compañeros de armas y lanzan también sus gritos de guerra. La treta de Lettow da resultado y todos sus askaris se lanzan impetuosamente al ataque, blandiendo sus machetes contra los ingleses y los gurkhas que habían logrado entrar en el pueblo. Los africanos, profiriendo intimidatorios aullidos, consiguen expulsarlos a machetazos, dejando las calles regadas de sangre y sembradas de cuerpos salvajemente mutilados.



Soldados indígenas encuadrados en las filas alemanas, conocidos como askaris. La lealtad de estos hombres hacia von Lettow sería eterna.

Aún quedan muchos soldados indios y británicos en los alrededores de las marismas dispuestos a tomar el pueblo. Pero entonces sucede algo increíble, sin precedente en la historia militar. Del pantano comienzan de repente a

surgir enormes enjambres de abejas, furiosas por haber sido molestadas. Las espesas nubes de insectos se dirigen hacia el contingente aliado, ensañándose especialmente en los soldados indios. Por razones desconocidas, ni los alemanes ni los askaris sufren la persecución de las irritadas abejas.

El general Aitken, enojado por el fracaso de sus tropas, decide bombardear el pueblo con su artillería naval. Sin embargo, la mala puntería hace que los proyectiles caigan sobre sus propios hombres y en un pequeño hospital en el que también estaban siendo atendidos decenas de soldados ingleses. Con gran disgusto, Aitken decide reembarcar a las tropas y poner rumbo a Mombasa.

Pero mientras los británicos están subiendo a sus botes, Lettow —que podía haber ordenado la aniquilación de sus enemigos en retirada— aparece en la playa agitando una bandera blanca; solicita mantener una reunión amistosa con Aitken, a lo que este accede.

Ambos conversarán durante unos minutos, compartiendo una botella de *brandy*, mientras los médicos alemanes atienden a un grupo de soldados indios heridos. Este gesto de caballerosidad de Lettow le hará ganarse el respeto y la admiración de sus adversarios.

El balance de la batalla supondrá un mazazo para el orgullo británico. Mientras que los alemanes han sufrido solo un centenar de bajas, entre europeos y askaris, los atacantes han perdido más de mil quinientos hombres, la mitad de ellos ahogados en los pantanos al huir de las abejas. Esto dará lugar a la ridícula teoría, esgrimida por el diario *The Times*, de que los alemanes habían conseguido derrotar a las tropas del Imperio británico gracias a un enjambre de abejas-soldado adiestradas, lo que haría que ese enfrentamiento fuera conocido frívolamente como la batalla de las Abejas, en un intento de desviar hacia los enojados himenópteros la responsabilidad de la debacle, maquillando así la pésima planificación de la misión.

Las consecuencias de esa ignominiosa derrota, que le costó al general Aitken ser retirado del servicio y ser degradado a coronel, se dejarían sentir durante los siguientes cuatro años. Gracias al ingente material abandonado en las playas de Tanga por los aliados —fusiles, ametralladoras y toneladas de munición—, Lettow pudo pertrechar a sus tropas para resistir durante ese tiempo, protagonizando un desesperante juego del gato y el ratón con los ingleses.

Tras su victoria en Tanga, con 3.000 soldados alemanes y unos 11.000

askaris, Lettow inició una serie de ataques contra las líneas de ferrocarril que comunicaban las colonias británicas. El 18 de enero de 1915 volvió a derrotar a los ingleses en la batalla de Jassin, lo que le permitió capturar nuevas armas y víveres al enemigo.



Soldados alemanes a camello, en Africa Oriental. Los hombres de von Lettow supieron adaptarse mejor al terreno que los aliados.

Debido al inevitable goteo de bajas propias, los alemanes cambiaron de estrategia, dedicándose exclusivamente a la guerra de guerrillas y rehuyendo el combate directo. Lettow escapó siempre de sus implacables perseguidores, que le llevaron por el interior de Tanganika, la colonia portuguesa de Mozambique y la colonia británica de Rhodesia. Los aliados se verían obligados a utilizar 130.000 hombres en esta campaña marginal, detrayéndolos del frente europeo, en donde hubieran sido mucho más útiles. Los alemanes aprovecharon su conocimiento del terreno para preparar emboscadas, como en Mahiwa en octubre de 1917, en donde infligieron una nueva derrota a los británicos, causándoles 1.600 bajas, por un centenar de pérdidas propias.

Esta minúscula fuerza colonial germana tan solo estuvo a punto de ser atrapada en el río Rufiji, el 28 de noviembre de 1917, al ser sorprendida por una variopinta fuerza compuesta de soldados sudafricanos, nigerianos, portugueses, belgas e indios, pero tras algunas escaramuzas el grueso de las fuerzas de Lettow logró escapar.

En agosto de 1918, Lettow volvió a entrar en el África Oriental alemana, en donde los británicos le habían tendido una trampa, pero Lettow logró

eludirla, dirigiéndose a Rhodesia. El 13 de noviembre, los alemanes derrotaron a los ingleses en la batalla de Kasama, dos días después de producirse la rendición de Alemania, una noticia que Lettow creía falsa. No sería hasta diez días después, al recibir Lettow la confirmación de la rendición germana, cuando sus tropas entregaron las armas en Abercorn, en la actual Zambia.

Tras dejar en Tanzania a sus fieles askaris, a los que entregó un documento que certificaba su condición de soldados alemanes, regresó a su país en enero de 1919. Allí llegó convertido en un héroe, ya que nunca había sido derrotado en el campo de batalla, siendo ascendido a general. No se olvidó de los valientes askaris, para los que demandó un trato igual que el que recibían los soldados germanos, pero el gobierno alemán tenía otras prioridades en un ambiente político tan convulso como el de aquel momento. Por ser el responsable del único ejército alemán invicto, sus tropas fueron las únicas autorizadas a realizar un desfile de la victoria bajo la Puerta de Brandenburgo.

Más tarde, los nacionalsocialistas intentaron sin éxito ganar para su causa a Lettow, para aprovechar así su popularidad. Pero el héroe de la campaña africana siempre rehusó estos ofrecimientos, no afiliándose nunca al partido nazi seguramente por el componente racista que él, obviamente, no compartía. Sin embargo, aceptó el título honorífico de General para Asuntos Especiales en 1938, aunque nunca fue llamado a filas. Según la leyenda, Hitler le ofreció en una ocasión ser embajador en Londres, pero Von Lettow le mandó literalmente al infierno.

En 1959, con 89 años a sus espaldas, visitó de nuevo África Oriental, donde recibió una calurosa bienvenida por parte de sus antiguos askaris, que no lo habían olvidado. Los oficiales británicos y sudafricanos contra los que había combatido le consiguieron una pensión británica, que recibió hasta su muerte en Hamburgo, en 1964.

Tras su fallecimiento, el gobierno alemán decidió distribuir una suma de dinero entre los soldados nativos que habían luchado a sus órdenes, pero se toparon con el problema de que la mayoría de askaris que se presentaron como beneficiarios habían perdido el documento acreditativo que les entregó en su día Von Lettow. La solución fue tan imaginativa como eficaz; a cada uno de los ancianos se le entregó un palo para que hiciera la función de fusil, y se les comenzó a dar órdenes en alemán. Todos demostraron que no habían olvidado la instrucción recibida, aunque ya habían pasado más de cuatro

décadas, y realizaron los ejercicios a la perfección.

Seguramente, en esos momentos, el espíritu de Von Lettow sonreía satisfecho ante la demostración de lealtad de los hombres que habían combatido junto a él.

Si los alemanes habían tenido su succulenta ración de exotismo con la osada aventura protagonizada por Von Lettow, a los británicos, más acostumbrados a leer en los periódicos las heroicidades de sus soldados en intrincadas selvas o lejanos desiertos, ya no les impresionaban tanto estas coloristas campañas de ultramar.

Aun así, los lectores ingleses no podrían sustraerse a la fascinación que emanaba de un escenario que atesoraba siglos de Historia en cada piedra: Mesopotamia. El actual Irak se convirtió en un disputado campo de batalla en el que era mucho lo que estaba en juego.

LA CAMPAÑA DE MESOPOTAMIA

El Imperio otomano representaba una amenaza constante para los intereses británicos. Por el oeste lindaba con el Canal del Suez, la ruta más rápida para conectar los puertos británicos con la India.

En febrero de 1915 los turcos lanzaron una tímida ofensiva contra el canal, que fue fácilmente rechazada por las tropas británicas que ocupaban Egipto. Esta incursión, unida a la inesperada resistencia turca en Gallípoli, hizo saltar las alarmas, por lo que se procedió a reforzar este frente con más tropas y a planear un ataque en dirección a Palestina.

Por el este, la amenaza no era menor. Los turcos y los alemanes estaban alentando una revuelta islámica en la India lo que, unido a la importancia de los pozos de petróleo de la región, aconsejaba emprender una acción en Mesopotamia. En noviembre de 1914 los británicos habían ocupado Basora por la necesidad de proteger los pozos de petróleo del sur de Persia y la refinería de Abadán.

En julio de 1915, una fuerza anglo-india, al mando del general sir Charles Townshend, partió de la ocupada Basora para tomar las ciudades de Nasiriya, a orillas del Éufrates, y de Amara, junto al Tigris. Pero la meta final era la mítica Bagdad, a casi 400 kilómetros hacia el norte, por lo que Townshend decidió tomar en septiembre Kut-el-Amara como base principal, al estar situada a medio camino de su objetivo final.

Pero los turcos no se cruzaron de brazos y comenzaron a establecer una sólida línea fortificada en Tesifonte, a 32 kilómetros al sur de Bagdad. Tras tomar Kut-el-Amara, los británicos intentaron el asalto de las defensas otomanas para tomar Bagdad, pero a finales de noviembre ya quedó claro que esta sólida muralla no podría ser penetrada. Townshend, que sufrió dificultades de aprovisionamiento al hallarse a 900 kilómetros del puerto de Basora, decidió retirarse hacia Kut-el-Amara, en espera de refuerzos.

Las fuerzas otomanas pasaron entonces a la ofensiva, poniendo sitio a

Kut-el-Amara. Allí tendría que resistir Townshend con 11.600 soldados, y munición y víveres para dos meses. El asedio fue una dura prueba para esos abnegados hombres; los refuerzos británicos que acudieron en su auxilio no lograron abrirse paso, e incluso un barco cargado de alimentos que remontaba el Tigris con destino a Kut-el-Amara fue interceptado por los turcos. El hambre, la sed, los mosquitos, las enfermedades y la tensión provocada por continuos bombardeos y asaltos simulados hizo mella en los sitiados, que en abril tuvieron que comerse sus caballos. El gobierno británico, para salvar de la muerte a sus compatriotas evitándoles una humillante rendición, ofreció dos millones de libras esterlinas en oro a cambio de su liberación, una propuesta que fue rechazada por los turcos, perplejos por ese ofrecimiento tan poco acorde con el honor militar.

Finalmente, el 29 de abril se rindió la heroica guarnición de Kut-el-Amara. Los 9.600 supervivientes fueron hechos prisioneros; de ellos, más de la mitad moriría durante el traslado a los campos de internamiento o durante su estancia en ellos, a causa del hambre o los malos tratos. En cambio, Townshend recibiría trato de favor de sus captores, que lo alojaron en una lujosa villa cercana a Constantinopla en la que se le permitiría incluso salir de caza; no obstante, el general afirmó más tarde que siempre tenía presentes las tribulaciones que el destino había reservado a sus hombres...

En la segunda mitad de 1916, las tropas destinadas al frente de Mesopotamia recibieron más atención del gobierno de Londres, que estaba decidido a vengar esa humillante derrota. En diciembre, los británicos ya habían recuperado la moral de victoria y estaban preparados y dispuestos para tomar Kut-el-Amara, con el fin de intentar nuevamente la conquista de Bagdad. Avanzando gradualmente, las tropas dirigidas ahora por el metódico general sir Frederick Stanley Maude lograron apoderarse de Kut-el-Amara el 24 de febrero de 1917, aunque la guarnición turca pudo evitar el cerco y escapar hacia el norte para proteger los accesos a Bagdad.

El lento pero seguro avance de los británicos, en el que se iban estableciendo sólidas líneas de aprovisionamiento, anunciaba que todo sería ahora muy diferente. En la lucha por Bagdad, los turcos no fueron capaces de contener el asalto de los motivados atacantes ingleses y optaron por abandonar la ciudad, que fue ocupada por los hombres de Maude el 11 de marzo.

En septiembre acabó de asegurarse la posición británica en este frente mediante nuevos avances, y en noviembre los turcos fueron definitivamente

expulsados de Mesopotamia. Sin embargo, el general Maude no pudo disfrutar de las mieles del triunfo, al fallecer víctima del cólera el 18 de noviembre de 1917. Pero se despidió orgulloso de haber cumplido la misión que se le había encomendado; la bandera británica ondeaba ahora sobre la legendaria ciudad de las mil y una noches.

AVANCE EN PALESTINA

Tras el frustrado ataque turco al Canal de Suez de febrero de 1915, el peligro de que las fuerzas del sultán arrebatasen a los británicos esta vital vía de comunicación, protegida por 250.000 soldados, prácticamente desapareció. Ahora se abría paso la posibilidad de avanzar desde el sur para dar así una buena dentellada al decadente Imperio otomano.

La baza a favor con la que contaban con los británicos era un factor de desestabilización que, hasta ese momento, estaba latente, pero que ellos podían ayudar a despertar: el nacionalismo árabe.

Desde el siglo XIX, los árabes, bajo dominación turca, estaban viviendo un renacimiento cultural, que se concretó en el nuevo siglo con reivindicaciones de autogobierno.

La construcción de un ferrocarril que conectaba Damasco y Medina, con la excusa de facilitar las peregrinaciones a La Meca, fue vista por los árabes como un elemento de control, al poder emplearse para el envío rápido de tropas otomanas. El malestar árabe, atizado por esta y otras decisiones, tan solo requería un fulminante que lo hiciera estallar en forma de rebelión; las muestras de debilidad de los turcos ante las fuerzas aliadas serían la chispa que haría explotar el polvorín. Los británicos vieron entonces la oportunidad de utilizar ese movimiento a favor de sus intereses. El encargado de esa misión sería un soldado no profesional de gran genio, Thomas Edward Lawrence, que entraría en la Historia con el nombre de Lawrence de Arabia.

El aspecto del hombre llamado a socavar los cimientos del Imperio otomano no correspondía al que se supone que debía tener un intrépido héroe; de solo 1,66 metros de estatura, rotunda cabeza y constitución enclenque. Pero su fuerza de voluntad suplía todas sus limitaciones físicas. Su amor por el pueblo árabe se había forjado durante una expedición arqueológica por Siria, en donde recorrió 1.400 kilómetros a pie durante cuatro años. Su conocimiento de la región no pasó desapercibido para el servicio secreto, que lo reclutó en 1914. Al estallar la guerra, se integró en el Ejército, siendo

destinado a la oficina de Inteligencia en El Cairo.

El 5 junio de 1916 estalló la revuelta árabe contra el dominio turco.

Lawrence fue enviado a hablar con su principal líder, Hussein, el *shariff* de La Meca, que había recibido garantías por escrito de los ingleses de que tras la guerra se reconocería la independencia de un Estado árabe bajo la autoridad de su familia. Las pretensiones árabes pasaban por la extensión de ese nuevo Estado por las actuales Siria, Líbano, Israel, Jordania e Irak. Los británicos aceptaron la propuesta, pero reservándose el dominio sobre las regiones estratégicas, como el litoral mediterráneo de Siria, el Líbano y el sur de Irak. Los árabes aceptaron esos recortes y, de este modo, el pacto quedaba sellado. Como Hussein desconfiaba —no sin razón— de la palabra dada por los ingleses, exigió que fuera puesto por escrito. La correspondencia de Hussein con Henry MacMahon, el alto comisionado británico en El Cairo, en la que este pacto quedaba reflejado, sería luego esgrimida por los árabes para reclamar el *pago* pactado por sus servicios.

Lawrence se encargaría de enseñar a uno de los cuatro hijos de Hussein, el príncipe Faysal, las tácticas militares más útiles contra los turcos: la guerra de guerrillas. Sus incursiones, además de aterrorizar a los otomanos, lograrían cortar la espina dorsal del Imperio turco: la vía férrea Damasco-Medina.

Pero los británicos estaban jugando esa partida con varias barajas. Las promesas a la familia Hussein habían sido hechas también a una familia rival. Además, el gobierno de Londres se había comprometido a apoyar la creación de un Estado judío en Palestina y, lo que es más grave, estaba también en tratos con Francia para repartirse los despojos del Imperio otomano, lo que cercenaba la posibilidad de crear un Estado árabe. Lawrence no era ajeno a estos tejemanejes, pero confiaba ilusamente en que la inestimable aportación de sus amigos árabes a la victoria forzaría a sus compatriotas a cumplir con la palabra dada.

Ajenas a estas martingalas de tahúr, las tropas británicas, dirigidas por sir Archibald Murray, iniciaron un avance en diciembre de 1916 y capturaron varias posiciones turcas en el desierto del Sinaí.

El asedio a Gaza estuvo a punto de dar resultado en marzo de 1917, pero Murray se retiró cuando la plaza estaba a punto de caer. El intento que se hizo al mes siguiente para reparar este error fue rechazado con graves pérdidas.

Aun así, 1917 no será un mal año para los Aliados en este frente. Gracias a la sustitución de Murray por el decidido sir Edmud Allenby, llegarían

nuevos aires a las fuerzas británicas. Pese a que Allenby, que hasta ese momento estaba en las trincheras de Flandes, interpretó el nuevo destino como un castigo por sus fracasos, la posibilidad de conquistar Jerusalén antes de Navidad se convirtió para él en un irresistible acicate. Pero antes de entrar en la ciudad santa era necesario tomar varios puntos estratégicos. El paso más importante fue la conquista del puerto de Aqaba en agosto de ese año. La intervención de Lawrence de Arabia sería decisiva, puesto que su puñado de árabes acabó con la guarnición de 1.200 turcos.



Lawrence de Arabia logró extender la rebelión en los territorios dominados por Turquía, pero luego no pudo cumplir con los compromisos adquiridos con sus amigos árabes. Alcanzó la categoría de mito viviente, pero su figura estuvo siempre rodeada de ambigüedad.

Lawrence se atrevió entonces a atravesar la línea del frente para enardecer también a los árabes sirios. Pero en Deraa fue capturado por los turcos; al parecer, allí fue sometido a vejaciones que nunca quiso detallar, pero pudo escapar gracias a la ayuda de un médico simpatizante de los árabes. Tras restablecerse, las escaramuzas de Lawrence al frente de sus árabes continuaron atormentando a los turcos.

Mientras tanto, Berlín asistía con creciente preocupación a las dificultades de su aliado otomano para mantener a raya a los ingleses. El general Falkenhayn —quizás para purgar su fracaso en Verdún— había llegado en mayo de 1917, junto a 65 oficiales, con la misión de organizar el frente otomano en Palestina. Falkenhayn dispuso una sólida línea de defensa entre Gaza y Beersheva. Los ingleses, al descubrir la intervención alemana, creyeron que estos estaban alentando a los turcos para que lanzasen una ofensiva en el Sinaí, por lo que aceleraron los preparativos para una ofensiva.

El 13 de octubre, Allenby lanzó a sus hombres a un audaz ataque sobre Beersheva. La caballería ligera australiana arrolló a los defensores turcos y los británicos pudieron tomar esta posición de gran valor estratégico. Al día siguiente, tras un intensísimo bombardeo artillero, Gaza sería abandonada a la carrera por los otomanos. Dos días más tarde, el puerto de Jaffa caería también ante el incontenible avance aliado. El objetivo de Allenby de entrar en Jerusalén antes de Navidad parecía al alcance de la mano.

Justo un mes antes de esa simbólica fecha se produjo el primer intento de tomar la ciudad santa. Los turcos rechazaron a los asaltantes, pero su clara inferioridad numérica anticipaba el resultado final de los ataques. Falkenhayn consideró que en lugar de resistir a ultranza en Jerusalén era mejor establecer una nueva línea de defensa más al norte, por lo que el 8 de diciembre comenzó a evacuar a sus tropas. Tres días después, con dos semanas de antelación sobre la fecha prevista, Allenby pudo cumplir su sueño; como si de un nuevo cruzado se tratase, el general inglés desfiló al frente de sus tropas por la ciudad que había sido motivo de tantas disputas a lo largo de los siglos. Jerusalén ya estaba en poder de los británicos.



El general Edmund Allenby haciendo su entrada triunfal en Jerusalén, al frente de las tropas británicas. Cumplió su promesa de tomar la ciudad antes de la Navidad de 1917.

Después de este triunfo, las tropas de Allenby se dedicaron a consolidar el frente. En la primavera de 1918, la ofensiva en Palestina se reanudó. Los británicos se apoderaron de la milenaria ciudad de Jericó en febrero y de Ammán en marzo, lo que provocó la caída en desgracia de Falkenhayn, que fue enviado a Lituania. En septiembre se produciría la batalla decisiva en este frente, la de Megiddo, también conocida como de Armagedón, por la que los británicos aniquilaron al VIII Ejército turco. De este modo quedaban abiertas las rutas hacia Haifa, Beirut, Acre o Damasco.

Las tropas turcas huían en desbandada ante el imparable avance británico. La caballería ligera australiana embolsó un contingente de más de 5.000 soldados, mientras que otros miles se rendían en masa al borde de los caminos por los que avanzaban los vehículos británicos. La moral otomana se había venido abajo. Los 11.000 turcos encargados de la defensa de Damasco esperaban pacientemente en sus cuarteles la llegada de los aliados para rendirse. El 1 de octubre de 1918, las tropas de Allenby entraban

triunfalmente en la ciudad. El Imperio otomano se estaba desmoronando.

La alegría de los árabes que habían combatido al lado de los británicos era enorme. El odiado enemigo turco estaba prácticamente derrotado. Pero el 4 de octubre a los árabes se les heló la sonrisa. Allenby comunicó al príncipe Faysal la existencia del pacto con Francia, por el que se repartían las nuevas conquistas, un nuevo orden en el que no encajaba un Estado árabe. Las promesas de libertad para los árabes habían resultado ser falsas. Lawrence, al ver que sus amigos árabes habían sido engañados, intentó a la desesperada que no se llevase adelante el pacto secreto, pero la negativa de Francia a renunciar a sus nuevas posesiones hizo imposible cualquier enmienda.

Decepcionado, un amargado Lawrence se enrolaría en la fuerza aérea con nombre falso, pero fue descubierto, siendo objeto de todo tipo de homenajes, a los que él asistía con visible incomodidad. Al año siguiente se alistó en el Ejército, ocultando también su identidad, pero tampoco pudo escapar al reconocimiento popular, pese a sus intentos de pasar desapercibido. Lawrence vivió esta oscura época sumido en la depresión.

Como suele suceder con los grandes héroes, lo que no pudieron conseguir las balas enemigas lo logró un absurdo accidente; regresando en su motocicleta de una oficina de correos, dos niños se cruzaron en su camino y, al intentar esquivarlos, cayó golpeándose en la cabeza. Tras estar seis días en coma, falleció el 19 de mayo de 1935 a los 46 años, extinguiéndose una de las figuras más fascinantes y controvertidas de la historia militar.

Con él se iba también ese concepto romántico de la guerra que había quedado herido de muerte en las trincheras del frente occidental. En esos escenarios exóticos, transitados por personajes tan singulares como Lawrence o Von Lettow, la caballería y el *fairplay* se habían impuesto sobre el odio y el rencor. Pero, haciendo un símil muy oportuno, ese tipo de lucha no era más que un espejismo en el desierto, ya que el resultado final, el derramamiento de sangre por unos motivos que no merecían semejante dispendio, era exactamente el mismo.

Capítulo 10

1917: EL CONFLICTO SIN FIN

Al finales de 1916, el panorama bélico en el frente occidental era desolador. Las batallas de Verdún y el Somme habían desangrado por igual a ambos bandos, dejando a los ejércitos extenuados. El sacrificio de casi dos millones de hombres en el campo de batalla no había servido ni tan siquiera para vislumbrar el final de una guerra que duraba ya dos años y medio.

El más oscuro pesimismo se había apoderado de todos.

La crisis de confianza en una pronta resolución del conflicto era acusada con toda su crudeza por la población civil. El bloqueo que sufría Alemania estaba provocando una crónica falta de alimentos. Mientras, en Francia o Gran Bretaña, aunque el hambre no estaba tan presente como en Alemania, la desmoralización causada por el imparable goteo de bajas amenazaba con romper la necesaria unidad para continuar con el esfuerzo bélico. Por las calles se veían cada vez más lisiados, convertidos en recordatorios vivientes de la tragedia que se vivía en el frente.

En cuanto a las tropas, su desmoralización era máxima. Muchos soldados franceses no habían disfrutado de un permiso desde hacía un año o incluso más; había hombres que ni tan siquiera conocían a los hijos que habían engendrado antes de ser enviados al frente.

Los jóvenes ingleses o alemanes que se habían alistado en grupo, ya fuera por ser compañeros de clase o vecinos de una misma calle, veían cómo habían caído la mayoría de sus compañeros. En ellos se habían apagado los rescoldos de aquellas soflamas nacionalistas, ya lejanas, que les habían empujado en su día a tomar las armas con entusiasmo. Comenzó a extenderse entre las tropas la sensación de que aquel conflicto no tendría fin, que se prolongaría a lo largo de los años en una especie de guerra perpetua que tan solo finalizaría en el momento en el que los dos únicos soldados supervivientes de aquella

carnicería se enfrentasen en un último duelo a muerte...

Había llegado el momento de acordar un armisticio. Ante la evidencia de que ningún bando, pese al desgaste sufrido, estaba lo suficientemente debilitado como para hincar la rodilla y admitir la derrota, estaba claro que la guerra se alargaría durante meses o años, extendiendo aún más la muerte y la destrucción. Sin embargo, ni la Entente ni las Potencias Centrales dieron un primer paso que quizás se hubiera visto correspondido. El orgullo y el honor mal entendidos continuaban frenando las ansias generalizadas entre la tropa y la población de poner fin a aquella matanza sin sentido.

LA OFENSIVA NIVELLE

El año 1916 acababa con los alemanes ultimando las fortificaciones de la Línea Hindenburg. Tras el fracaso de Verdún y el desgaste sufrido en el Somme, la estrategia germana pasaba a ser más defensiva que nunca. Confiados en que la guerra submarina podía asfixiar a Gran Bretaña, eran conscientes de que el mero transcurso del tiempo les beneficiaba.

Por su parte, los aliados se veían con la responsabilidad de expulsar a los alemanes de suelo francés y belga, pero el intento frustrado del Somme demostraba que esa tarea no era nada fácil de conseguir, y menos ahora que los alemanes contaban con unas sólidas defensas. Franceses y británicos debían tomar alguna decisión, y rápido, puesto que el tiempo corría en su contra.



El general Nivelle era el hombre destinado a romper el estancamiento en el frente occidental. Todos confiaban en él para llevar a los Aliados a una rápida victoria.

Esta complicada situación para la Entente, que estaba a punto de llevarla a un callejón sin salida, era terreno abonado para que apareciera algún remedio providencial o, más bien, alguna solución mesiánica. Y así fue. De repente,

comenzó a sonar insistentemente el nombre del general francés que había tomado los fuertes de Douaumont y Vaux durante la batalla de Verdún, Robert Nivelle.

Se extendió la opinión de que los planteamientos ofensivos de Nivelle, supuestamente innovadores, eran los que podían hacer saltar, por fin, el estancado frente occidental. Para él, la clave era inculcar en las tropas un espíritu de «violencia, brutalidad y rapidez». Su creativa utilización de la artillería, que tan buenos resultados le había proporcionado, no solo en Verdún, sino también con anterioridad en la batalla del Marne, era la varita mágica que, tras una batalla rápida y sin grandes costes, pondría punto y final a la guerra.

Si a lo largo de sus treinta y nueve años de servicio casi nadie había reparado en su más que discreta carrera, ahora todos se admiraban de sus supuestas virtudes. El *hombre de moda* disfrutaba además de una imagen contrapuesta a la de sus compañeros; mientras los generales franceses estaban anclados en el pasado y transpiraban un chauvinismo decimonónico por todos sus poros, Nivelle, cristiano protestante y de madre inglesa, dejaba traslucir un aire cosmopolita que aportaba un aire renovado a la apolillada maquinaria militar gala. El 15 de diciembre de 1916, Nivelle fue el elegido para sustituir a Joffre al frente del Ejército francés, pasando por encima otros candidatos de mayor prestigio, como Foch, Castelnau o Pétain.

Los británicos se *enamoraron* inmediatamente de Nivelle, que hablaba un perfecto inglés. El hecho de que su abuelo materno hubiera luchado en Waterloo a las órdenes del idolatrado duque de Wellington acrecentaba aún más la figura del general francés. El primer ministro británico, David Lloyd George, se vio afectado de lleno por esa injustificada *fiebre* en torno a Nivelle; el 26 de febrero de 1917 le dio inesperadamente el control sobre todas las operaciones aliadas en el frente occidental, por encima del comandante de las fuerzas británicas, Douglas Haig.

Esta increíble decisión horrorizó a los militares ingleses, que llegaron a recurrir al rey Jorge V para que obligase a Lloyd George a rectificar, sin conseguirlo. Nivelle, por una de esas carambolas del destino, había alcanzado la cúspide del escalafón. Ahora le tocaba demostrar que no se habían equivocado eligiéndole a él como salvador de la Entente.

Los políticos franceses, a los que Nivelle sabía adular organizando visitas guiadas por su cuartel general, también cayeron rendidos ante él. El gobierno

galo relegó a un segundo plano a los generales en los que él no confiaba y le despejaron el terreno para que pudiera organizar con plenos poderes la ofensiva que debía ser la definitiva.

Nivelle escogió para la ruptura del frente un saliente alemán que iba de Arras a Craonne. El supuesto punto débil de la línea germana estaba en un sector situado entre los ríos Aisne y Ailette, en el que había una escarpadura rocosa. Por su cresta transcurría un camino conocido como Chemin des Dames (Camino de las Damas), en honor de las hijas de Luis XV, que solían pasear a caballo por él mientras admiraban el paisaje ofrecido por los valles cercanos. El nombre de este bucólico sendero daría nombre a la posterior batalla, aunque también sería conocida como «Ofensiva Nivelle».

La propuesta de Nivelle no podía ser más atractiva. Consistía en asestar un golpe de inusitada violencia sobre un punto preciso y lanzar a través de esta fractura del frente una masa de 27 divisiones.

La imagen gráfica que conquistaba la imaginación de los que le escuchaban era la de «un dique roto». La consiguiente «inundación» que sufrirían los alemanes tras sus líneas acabaría de romper el frente por completo y la guerra se podría dar entonces por acabada.

Como vemos, este planteamiento era diametralmente opuesto al de las batallas de desgaste de Verdún y el Somme, unas pesadillas que nadie deseaba ver reeditadas.

Pero mientras se planificaba la vasta operación, para la que contaba con 5.300 piezas de artillería, los alemanes estaban procediendo a debilitar el saliente por propia iniciativa para ir retirándose a la Línea Hindenburg, más fácil de defender. Sin embargo, Nivelle no consideró necesario alterar sus planes y decidió seguir adelante, asegurando que sería capaz de romper las nuevas defensas alemanas en un plazo no superior a cuarenta y ocho horas. Para ello contaba con un ataque británico de distracción en la parte norte del saliente.

La decisión de Nivelle de continuar con el plan original hizo que se levantasen las primeras voces críticas con el general, produciéndose alguna sonora dimisión, como la del general Lyautey, ministro francés de la Guerra. La crisis desatada con su marcha se saldaría con la caída del primer ministro, Aristide Briand, que sería sustituido por el octogenario Alexandre Ribot.

Tanto en París como en Londres, dos ciudades infestadas de espías proalemanes^[21], circulaban ya numerosas copias del plan de Nivelle. El hecho

de que no hubiera logrado mantenerse el plan en secreto hizo temer que los alemanes pudieran estar ya al corriente de sus detalles, como así era en realidad; pero ante este panorama tan poco tranquilizador Nivelle se limitaba a sonreír confiadamente. Daba incluso la sensación de que Nivelle disfrutaba con la publicidad de su ofensiva, al situarle en el centro de toda la atención. En cuanto a los alemanes, gracias a esas valiosísimas indiscreciones habían tenido oportunidad de acumular grandes refuerzos en el sector en el que debía desarrollarse la proyectada ofensiva; si en febrero solo había 9 divisiones, ahora disponían allí de 43.

El gobierno se dio cuenta entonces de que su apuesta incondicional por el imprudente general había sido, como mínimo, arriesgada. Comenzó a extenderse el temor a que el *fenómeno* Nivelle no fuera más que un *bluff*, pero ya era tarde para retirar la apuesta por él.

El 4 de abril, el nuevo ministro de la Guerra, Paul Painlevé, intentó al menos convencer a Nivelle para que reconsiderase el plan, pero el general amenazó con dimitir si seguía siendo cuestionado. Aun así, Nivelle se comprometió a detener la ofensiva si no lograba romper el frente en esas cuarenta y ocho horas. Lo último que deseaba el gobierno francés era otra carnicería como las de 1916.

El 9 de abril comenzó el ataque británico de distracción al norte del saliente, en la cresta de Vimy, tras un bombardeo con proyectiles de gas. La infantería avanzó después sin problemas tras una cortina móvil de fuego de artillería, protegida también por unas decenas de tanques, y la cresta fue conquistada gracias al empuje de unidades canadienses, capturando más de diez mil prisioneros.

Los británicos habían cumplido con su papel de señuelo. Ahora llegaba el turno de Nivelle y su más que anunciada ofensiva, prevista para el 16 de abril. Los soldados franceses, olvidando por unos momentos los horrores del año anterior, experimentaron una repentina fe en la victoria. Todos deseaban ardientemente participar en el ataque; un general de división llegó a contratar una banda para que interpretara *La Marseillaise* cuando sus hombres entrasen en la población que debían tomar el primer día.



Soldados canadienses avanzan protegidos por un tanque en Vimy. Con este ataque de distracción se pretendía favorecer el avance decisivo en el Chemin des Dames.

Inmersos en esa injustificada euforia, desconocían que diez días antes los alemanes habían capturado a un oficial que llevaba consigo un plan detallado del ataque. Cuando el contratiempo fue comunicado a Nivelles, este no se inmutó; la ofensiva sobre el Chemin des Dames se llevaría a cabo tal y como estaba previsto.

MASACRE EN CHEMIN DES DAMES

El 16 de abril de 1917 amanece especialmente frío. Hay niebla y cae una fina llovizna; a pesar de estar en primavera, el tiempo es aún invernal. La baja visibilidad impide el despegue de los quinientos aeroplanos que se han logrado reunir para apoyar la operación, por lo que la artillería no podrá corregir el tiro con la información de los pilotos, pero se decide emprenderla de todos modos.

Antes de las seis de la mañana, medio millón de soldados franceses están ya de pie en sus trincheras, a lo largo de 40 kilómetros, preparados para lanzarse al ataque. Muchos no han podido dormir, acuciados por los nervios, pero ahora están totalmente despejados. Van pasando de mano en mano garrafas de coñac barato, con el que los soldados intentan reunir los ánimos necesarios para salir de la trinchera, aunque la mayoría bebe para combatir el frío que les cala hasta los huesos. Los más afectados son los soldados norteafricanos o senegaleses, poco acostumbrados a las bajas temperaturas.

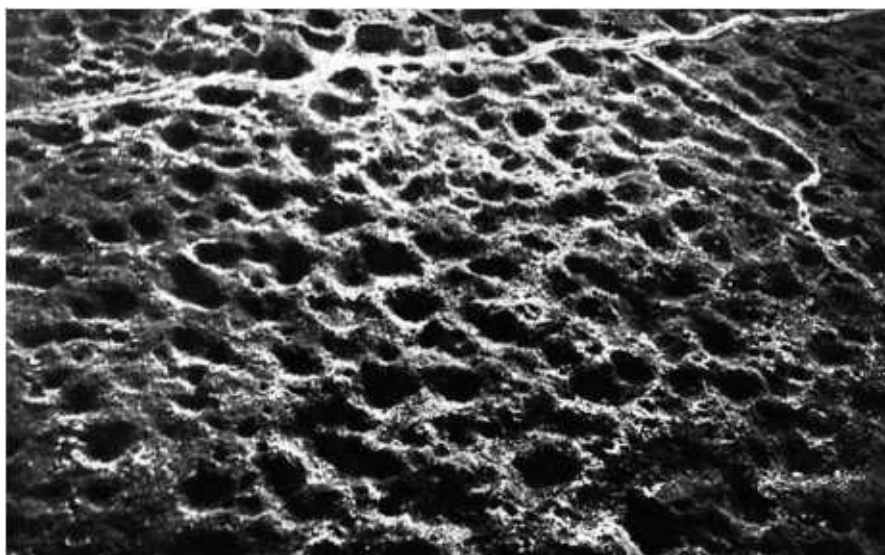
A las seis menos dos minutos, un estruendo se oye en todo el valle del Aisne; 5.000 cañones abren fuego a la vez contra la cresta rocosa del Chemin des Dames, defendida por los alemanes. A las seis en punto, el breve pero intensísimo bombardeo se detiene y suenan los silbatos en todas las trincheras; los soldados galos, alzando sus gritos, salen en masa a tierra de nadie y corren con decisión hacia las primeras estribaciones de la montaña, a través de un terreno enlodado que dificulta su avance.

Pero, de repente, una concentración masiva de ametralladoras germanas escupe todo su fuego sobre los asaltantes, en un perfecto fuego cruzado. Al conocer con antelación por dónde iba a llegar el ataque, los alemanes han tejido una red de casamatas y parapetos, aprovechando también las cuevas naturales de la ladera de la montaña, que convierten el campo de batalla en una caseta de tiro al blanco. Pasan los minutos y los franceses, atascados en el barro, caen muertos o heridos a centenares, unos encima de los otros. La única preocupación de los alemanes es la refrigeración de sus humeantes

ametralladoras, candentes por el fuego continuado y sin descanso al que son sometidas.

El mortífero espectáculo es sobrecogedor, pero nuevas olas de soldados franceses son lanzadas al sacrificio más absurdo. Se está repitiendo la misma tragedia del primer día de la batalla del Somme, pero tampoco nadie se atreve a suspender la matanza. Como medida de urgencia para debilitar la inesperada defensa germana, se decide precipitadamente ordenar una nueva salva de artillería. El resultado es desolador; la mayoría de proyectiles caen sobre las tropas galas que más habían progresado en su avance.

Las noticias que llegan a Nivelles durante la mañana no pueden ser peores, pero el general, impertérrito, insiste en continuar enviando nuevas oleadas de asaltantes a lo largo de esa mañana y de toda la tarde. En las trincheras francesas ya no hay ningún rastro de euforia; los hombres que van llegando desde la segunda línea no pueden controlar su llanto antes de trepar fuera de los parapetos, porque saben que las balas alemanas acabarán con ellos en pocos segundos, igual que con todos los compañeros que les han precedido. Al caer la noche, ninguna unidad francesa se ha aproximado ni siquiera a sus objetivos para el primer día; el espectacular fracaso de Nivelles no admite paliativos, pero aún le quedan veinticuatro horas de plazo para conseguir el éxito que ya se antoja como imposible.



No es un paisaje lunar, sino un sector del campo de batalla de Chemin des Dames tras una intensa preparación artillera.

El gobierno francés se horroriza al conocer esa misma noche los primeros datos de la ofensiva, que continúa a lo largo del día siguiente, en estériles cargas de unidades formadas con los supervivientes de la primera jornada. El

balance de esas cuarenta y ocho horas es de casi 100.000 bajas, sin que existan indicios de que el frente alemán esté flaqueando lo más mínimo. Pero Nivelles no cumple su promesa de suspender la ofensiva si no obtenía progresos apreciables en dos días y ordena un nuevo ataque masivo para el 18 de abril, que se lleva a cabo con idéntico resultado.

El balance es ya de 30.000 muertos y 100.000 heridos, cuando el cuerpo médico solo estaba preparado para atender una previsión de 15.000 heridos. Ante la intención expresada por el ya desacreditado Nivelles de reanudar los ataques en mayo, es el propio presidente de la República, Raymond Poincaré, en un acto sin precedentes, el que decide el 29 de abril poner fin a esa masacre, ordenando personalmente la suspensión de la ofensiva.

El frustrado ataque sobre el Chemin des Dames acaba de golpe con todas las esperanzas de los soldados franceses de finiquitar rápidamente la guerra. Ahora son conscientes de que tendrán que pasar meses o años, y de que tendrán que morir muchos más hombres antes de que termine esa locura.

Pero, sobre todo, el sacrificado *poilu* se siente engañado por unos políticos y unos militares que le habían prometido que aquella ofensiva iba a ser la última. Su indignación le llevará directamente a la desesperación. Ya no tiene nada que perder; si no ha muerto ahora, caerá en una nueva y estéril ofensiva, tramada por generales insensibles al sufrimiento de millones de hombres. La tragedia del Chemin des Dames ha sido la gota que ha colmado el vaso; ha llegado la hora de decir basta.

LOS MOTINES EN EL EJÉRCITO FRANCÉS

Cuando finaliza la Ofensiva Nivelles, el malestar reinante entre la tropa es máximo. El frío o el calor, el hambre o la sed, los escasos permisos o las balas de los *boches* pueden ser soportados, pero estar bajo el mando de militares tan ineptos como Nivelles acaba por desmoralizar por completo a los soldados, que amenazan con una rebelión general.

Ya en el segundo día de la ofensiva se había dado algún caso aislado de insubordinación, pero el 3 de mayo se produce el primer estallido serio, en el que las tropas se amotinan y deciden abandonar sus trincheras frente al enemigo. El motín se extiende rápidamente, afectando en mayor o menor medida a 68 de las divisiones del Ejército francés. Los oficiales informan de un total de 250 casos de unidades que se niegan a obedecer órdenes. El número de amotinados asciende ya a unos 35.000 hombres; la mayoría de ellos están dispuestos a defender las posiciones que ocupan en ese momento, pero se niegan rotundamente a avanzar contra el enemigo.

El alcohol de ínfima calidad destinado a excitar el ardor guerrero de la tropa sirve ahora para animarse a ignorar las órdenes de los oficiales. Las noticias que llegan desde la Rusia prerrevolucionaria inspiran las encendidas arengas de los cabecillas más exaltados; explican que allí los soldados han eliminado a los oficiales y que eligen entre ellos mismos a sus superiores. Pero la mayor parte de los soldados no aspiran a impulsar un cambio de régimen político, y ni tan siquiera a rebelarse violentamente contra los oficiales —las agresiones son escasas—, sino tan solo a no morir inútilmente en cualquier absurda ofensiva.

El 15 de mayo Henri Pétain sustituye al fracasado Nivelles, que es enviado a Argelia sin que sus antiguos admiradores derramen ni una lágrima. El héroe de Verdún tiene por delante una misión complicada, como es poner fin a los motines que están gangrenando el Ejército galo y que amenazan con derrumbarlo. Los franceses han de agradecer que los alemanes no posean un servicio de información fiable, pues estos ignoran por completo lo que está

ocurriendo ante sus propias narices. Si los hombres del káiser hubieran lanzado un ataque en ese momento, es posible que el frente francés se hubiera desplomado como un castillo de naipes.

Aunque Pétain, partidario de una estrategia conservadora, no piensa lanzar de momento ninguna ofensiva, la escarmentada soldadesca ya no confía en la palabra de sus superiores y se lanza por la pendiente de la rebelión generalizada. En Soissons se canta *La Internacional* y se grita «¡queremos la paz!» y «¡a París!».

En seguida se pasa de las consignas a los hechos y los amotinados se apoderan de un tren, poniendo rumbo a la capital, pero un Regimiento de Caballería logra detenerlo, bloqueando la vía férrea, y somete a los rebeldes, disparando a los que intentan la huida. En la misma región, un grupo de setecientos hombres se atrincheran en un bosque, nombrando un consejo de soldados al estilo ruso.



El general Pétain fue el encargado de sofocar los motines que se produjeron tras la malograda Ofensiva Nivelle. Su táctica de castigar duramente a los culpables y mejorar las condiciones de vida de la tropa fue muy efectiva.

Reúnen fuerzas para avanzar sobre París, pero otra unidad leal se encargará de rodearlos, hasta que se entreguen seis días más tarde.

Pétain, convertido en el doctor que el Ejército francés necesita, resuelve aplicar una cirugía radical, destinada a extirpar los elementos que amenazan con quebrar definitivamente su salud. Su fórmula consiste en alternar el rigor, rayando la brutalidad, con la benevolencia y la comprensión. El 9 de junio obtiene la autorización del gobierno para erigirse en juez único con la

capacidad de determinar cuándo un soldado debe ser fusilado en el acto, tras serle leída la sentencia del Consejo de Guerra.

Durante 34 días, Pétain someterá al Ejército francés a una fulminante represión. Los datos relativos a este período son aún objeto de especulación, pues tras la contienda se corrió un manto de silencio sobre este incómodo capítulo de la historia francesa.

Según las cifras oficiales, se llevan a cabo solo 27 fusilamientos —de los que Pétain ordena directamente siete—, pero esta cifra se antoja escasa teniendo en cuenta el aleccionador efecto que las nuevas medidas producen entre las tropas.

Se cree que, en realidad, fueron 55 los soldados que tuvieron que enfrentarse al pelotón de fusilamiento, algunos de ellos elegidos al azar. Aun así, teniendo en cuenta que un total de 23.385 soldados fueron acusados formalmente de rebelión, la pena de muerte alcanzó solo a uno de cada 425. Es posible que los ajusticiados fueran bastantes más, camuflados en las cifras oficiales como «muertos accidentalmente» o «desaparecidos» pero, en todo caso, la represión no es percibida como indiscriminada, ya que el grueso de la tropa ve cómo sus *pecados* son generosamente pasados por alto.

Como hábil contrapeso a estas medidas ejemplarizantes, Pétain se dedica a subsanar las carencias de la tropa, que han sido la causa última de los motines. Mostrándose paternal y comprensivo, realiza visitas de inspección al frente en donde, además de repartir condecoraciones con profusión, anuncia las nuevas medidas que se van a tomar para mejorar las condiciones de vida de los soldados; entre otras, se agiliza el traslado de enfermos y heridos, se restablece el sistema de permisos trimestrales, se aumentan las pagas y el rancho es mejorado.

Los efectos de la *receta* de Pétain son espectaculares. De los noventa casos de amotinamiento que se habían producido entre el 29 de abril y el 10 de junio se pasa a una veintena entre esta última fecha y el 1 de julio, y en todo el mes de julio solo ocurren ocho casos; el 14 de julio, los desfiles del Día Nacional transcurrirán con total normalidad, una vez restablecida la disciplina.

El Ejército francés ha superado su momento más delicado desde que comenzó la guerra, pero la grave crisis de los motines demuestra que los soldados están cansados de una contienda a la que no se le ve el final. Pétain renunciará por tanto a lanzar una nueva ofensiva, pero los británicos no

escarmientan en cabeza ajena y aún creen que es posible penetrar en las defensas alemanas, concretamente en el sector de Ypres.

Aunque, hasta ese momento, Europa ha asistido a una panoplia de horrores nunca vista, aún quedaba por contemplar una nueva *modalidad* de infierno que ni tan siquiera Dante había podido imaginar...



Infantería australiana preparada para resistir un ataque con gas, en septiembre de 1917, cerca de Ypres. Aún no han llegado las lluvias otoñales que convertirían ese campo de batalla en un mar de lodo.

PASSCHENDAELE: EL INFIERNO DE BARRO

Si los nombres de Verdún o el Somme transmiten con solo pronunciarlos todas las tragedias propias de una guerra demencial, hay un nombre que perdura aún como el arquetipo de una masacre sangrienta e inútil en un escenario terrorífico: Passchendaele.

Esta aldea belga, en poder de los alemanes, se encontraba en una elevación del terreno utilizada por la artillería germana para martillar las posiciones británicas en el saliente de Ypres desde el nordeste. Su conquista era aconsejable para disminuir la presión sobre este sector, pero era indispensable para poner en práctica un plan que rondaba por la cabeza del general Douglas Haig; quebrar la línea alemana desde el saliente para rodear el flanco derecho germano, hacia la costa del mar del Norte.

El objetivo de este plan era tomar los puertos belgas desde los que zarpaban los submarinos alemanes, aunque es probable que la intención última de Haig fuera mucho más ambiciosa; derrotar a Alemania antes de que los norteamericanos que ya estaban desembarcando en Europa arrebatasen al Ejército británico la gloria del triunfo final.

Pero el intento de ruptura del frente en Flandes había tenido una primera fase en junio. Al sur del saliente de Ypres los alemanes disfrutaban desde 1914 de otra posición elevada, la sierra de Messines. Un ataque frontal era impensable, al estar muy fortificada, por lo que ya en 1915 los británicos habían decidido cavar túneles para, llegado el día, volar las defensas alemanas.

Tras dos años de intenso trabajo subterráneo, experimentados mineros galeses habían conseguido perforar 21 túneles que se adentraban profundamente —hasta medio kilómetro— en las líneas germanas, siendo rellenos con cerca de quinientas toneladas de potente explosivo. Esta labor se había visto amenazada, además de por la falta de oxígeno o los derrumbamientos, por los contratúneles excavados por los alemanes. En alguna ocasión, los túneles llegaron a encontrarse, lo que provocó insólitas

luchas subterráneas cuerpo a cuerpo.



Soldados británicos tratan de trasladar a un compañero en camilla durante la Batalla de Passchendaele. Como vemos, los hombres no pueden evitar quedar hundidos en el barro hasta las rodillas.

A las 3.10 de la madrugada del 7 de junio, 19 minas fueron detonadas a la vez —dos de ellas fallaron ^[22]—, provocando el mayor estruendo producido por el hombre hasta esa fecha. El estallido llegó a escucharse al norte de Londres e incluso en Dublín. En Lille, la población quedó convencida de que había sufrido un terremoto.

Más de 10.000 soldados alemanes saltaron por los aires para quedar enterrados entre las miles de toneladas de tierra levantadas por las apocalípticas explosiones. Un soldado británico, sobrecogido por el espectáculo, recordaría: «la tierra tembló y se movió violentamente de un lado a otro», y que todo el paisaje quedó iluminado y teñido de color rojo, describiéndolo como el esplendor más diabólico que nunca había visto en la guerra.

Al éxito de las minas le siguió de inmediato la ofensiva de la infantería. La primera línea germana se había desmoronado, por lo que británicos y Anzacs no tuvieron excesivos problemas para tomarla, capturando 7.000 prisioneros. Al amanecer ya se había alcanzado la cresta de la sierra y comenzaba el descenso por la cara este. Los atacantes se atrincheraron en las nuevas posiciones y pudieron resistir los contragolpes alemanes, aunque ya no fue posible progresar más.

Los Aliados habían logrado esta victoria sin pagar un precio demasiado

elevado: 16.000 bajas. Este triunfo envalentonó a Haig, que se convenció de que era posible repetir el éxito al nordeste del saliente, en Passchendaele, en la que sería conocida también como la Tercera batalla de Ypres^[23].

La preparación artillera sobre este sector comenzó el 22 de julio. Con el fin de ablandar las defensas germanas, los cañones ingleses batieron la tierra de tal modo que el frágil sistema de drenaje natural de los campos quedó destruido. Aunque las previsibles lluvias del final del verano amenazaban con anegar el terreno, Haig dio *luz verde* a la ofensiva, que se inició el 31 de julio. La lluvia cayó con fuerza esa primera jornada y, salvo tres días, se prolongaría incesantemente durante todo el mes de agosto.

El agua convirtió la llanura flamenca en un barrizal en que hombres, caballos y vehículos quedaban atascados. Los avances de uno o dos kilómetros se hacían a cambio de decenas de miles de bajas. Estaba claro para todos, excepto para el obstinado Haig, que la ofensiva no podía desarrollarse en ese mar de lodo. Pero el general inglés, herido en su orgullo, estaba decidido a continuar.

Al quedar detenido este primer impulso aliado, los hombres se atrincheraron en ese desolado paisaje a la espera de reemprender la ofensiva. Desde el primer momento, las condiciones de vida fueron miserables; las trincheras se convirtieron en el desagüe natural de los campos, por lo que se hallaban siempre inundadas. Los soldados de primera línea debían permanecer ocultos todo el día en ellas, con el agua por las rodillas o las caderas, si no querían convertirse en blanco de los francotiradores. El agua encharcada, unida a los cadáveres no enterrados, favorecía la propagación de enfermedades.

Se construyeron precarias pasarelas de madera para poder moverse por las líneas, pero un tropiezo suponía caer en una ciénaga de la que, como si de arenas movedizas se tratase, era imposible salir. La ropa, habitualmente empapada, tenía el barro incrustado, mientras que los fusiles, pese a que eran limpiados una y otra vez, estaban siempre obturados por el pegajoso fango. En cuanto a la comida, nada podía evitar que quedase también impregnada del omnipresente barro.

A mediados de septiembre se llevó a cabo otra preparación artillera aún mayor que la primera, con cuatro millones y medio de granadas, en la que se lanzaron también proyectiles de gas. Los alemanes respondieron con grandes cantidades de gas mostaza, colaborando en la confección del escenario más

infernol de toda la contienda.

El 20 de septiembre los británicos se lanzaron al asalto, logrando un relativo éxito, al adelantar casi un kilómetro la línea del frente. Recompensas similares se consiguieron en sendos ataques lanzados el 26 de septiembre y el 4 de octubre, pero dos kilómetros les separaban aún de Passchendaele. Las lluvias otoñales ya habían convertido el terreno en una vasta extensión de barro líquido, pero Haig estaba decidido a tomar como fuera la esquiva aldea. El drama alcanzaría su punto álgido el 9 de octubre, el día previsto para el asalto final.

Al amanecer de ese día, el panorama no puede ser peor. Ha estado lloviendo torrencialmente desde hace 48 horas. Durante toda la noche, los soldados han caminado penosamente con el barro hasta las rodillas, para cubrir los cuatro kilómetros de distancia que separan la segunda línea de las trincheras de salida. Batallones enteros han quedado atrás, inmovilizados en el cieno, y no han llegado a tiempo para participar en la ofensiva, que comienza puntualmente a las 5.20 de la mañana, tras una nueva preparación artillera.

En el momento en el que resuenan los silbatos y los hombres comienzan a trepar por las paredes de las trincheras, la lluvia cesa y la niebla parece disiparse, pero es imposible avanzar por la tierra de nadie, que ya no es más que un inmenso lodazal. Los soldados no pueden evitar quedarse clavados en el barro, por lo que comienzan a reptar por él. El mayor peligro es caer en uno de los numerosos cráteres inundados. Los desgraciados que ruedan hasta el fondo de estos profundos embudos mueren ahogados por el peso de sus equipos; sus desesperadas boqueadas no hacen otra cosa que introducir el barro líquido en el interior de sus pulmones, acelerando su asfixia.

Algunas unidades consiguen llegar hasta las carreteras elevadas o la vía férrea que lleva a Passchendaele, librándose así del barro, pero los alemanes ya han previsto esta posibilidad y barren incesantemente esos caminos con ametralladoras ubicadas en fortines.

Pese a todo, los británicos logran atravesar la tierra de nadie y llegar a la primera línea de defensa alemana. Pero la decepción es terrible, al encontrarse con un extenso cinturón de alambradas que ha permanecido intacto pese al bombardeo preliminar; los pesados proyectiles de alto contenido explosivo se habían hundido en el lodo, sin llegar a estallar. Los atacantes permanecen pegados al suelo y no pueden avanzar ni retroceder. Se intentan enviar

palomas mensajeras a la retaguardia para avisar de la presencia de las alambradas, pero las aves están tan aterradas que no se atreven a levantar el vuelo.

Los únicos que realizan un avance significativo son los que, pese al fuego de ametralladora, progresan a través de la vía del ferrocarril, en el extremo derecho de la línea de ataque. A las diez de la mañana consiguen acercarse a solo 700 metros de Passchendaele pero al mediodía, al no obtener ningún apoyo, retroceden para no dejar descubierto su flanco izquierdo.

A primera hora de la tarde de ese 9 de octubre está ya claro que la ofensiva ha fracasado. Al anochecer se ordena un repliegue general, quedando la línea del frente fijada a unos 500 metros del punto de partida. Los británicos han sufrido 6.000 bajas para tan escasa ganancia.

Los planes de Haig se ven definitivamente frustrados. No es posible romper el frente alemán para abrirse camino hacia el mar del Norte. Pero Haig no quiere que el pueblo de Passchendaele pase a la historia por haber resistido el ataque de sus tropas. Así pues, transcurrido un mes, decide tomarla de nuevo encargando la misión a las voluntariosas tropas canadienses, pese a que su interés estratégico es ahora nulo, pues la llegada del invierno no permitiría proseguir con la ofensiva.



Este tétrico y desolador paisaje es lo que queda a finales de octubre del antes frondoso bosque de Chateau. Es probable que el frente de Passchendaele fuera el más terrible de toda la guerra. Muchos hombres morirían allí engullidos por el barro.

Al amanecer del 6 de noviembre, gracias a una excelente coordinación artillera, los canadienses van avanzando tras la barrera de fuego. Los alemanes no ofrecen tan dura resistencia como antes, pues saben que sus enemigos se dirigen hacia un callejón sin salida.

Los canadienses logran tomar el pueblo, aunque de él no queda prácticamente nada; es descrito como «una mancha de color ladrillo en el barro». Esta victoria pírrica cuesta 2.000 hombres más, pero Haig se queda satisfecho con un triunfo estéril que no tiene ningún tipo de continuidad.

La Tercera batalla de Ypres supuso a los Aliados la pérdida de 400.000 hombres, mientras que los alemanes contabilizaron solo 65.000 bajas. El impacto de la batalla de Passchendaele sobre la opinión pública británica fue enorme. La descripción de las penalidades de sus compatriotas en aquel lugar miserable hizo caer la venda de los ojos a los que aún idealizaban las virtudes guerreras en el campo de batalla. Los soldados con aptitudes artísticas

reflejaron el drama en toda su magnitud en amargos cuadros pintados con colores lúgubres, tan solo iluminados por el fuego de los cañones o las bengalas. Un soldado que había luchado también en el Somme aseguró que, en comparación con Passchendaele, aquella batalla «había sido una comida campestre». Otro soldado, más proclive a las frases ampulosas, afirmó que en Passchendaele «había muerto la fe y la esperanza».

Pero el dato más escalofriante dejado por esta batalla es que 40.000 soldados, que constan en las cifras oficiales como «desaparecidos», no fueron encontrados nunca. Muchos de ellos, como si de una película de terror se tratase, fueron simplemente engullidos por el lodo. Todavía hoy, los agricultores belgas, al arar la tierra, se sobresaltan cada cierto tiempo cuando afloran a la superficie los cadáveres de aquellos que no pudieron escapar del infierno de barro de Passchendaele.

LOS TANQUES, PROTAGONISTAS EN CAMBRAI

El año 1917, que estaba llegando a su fin, presentaba para los Aliados un balance descorazonador. El fracaso de la Ofensiva Nivelle y los posteriores motines habían dejado a los franceses paralizados, temerosos de afrontar cualquier nueva iniciativa.

Los británicos tampoco encaraban el final de 1917 con demasiado optimismo. La tragedia de Passchendaele señalaba claramente que ese no era el camino para conseguir la victoria. Sin embargo, antes de que acabara ese año nefasto para los intereses de la Entente, los británicos iban a vislumbrar la luz al final del túnel.

El 20 de noviembre, el 3.º Ejército, a las órdenes del general sir Julian Byng, protagonizaría un ataque contra el sector de la Línea Hindenburg situado entre el canal de l'Escaut y el canal du Nord, con la ciudad de Valenciennes como meta.

La batalla da comienzo con un corto pero intenso bombardeo contra las defensas alemanas, llevado a cabo por un millar de piezas de artillería. Pero la gran novedad es la utilización masiva del tanque, que ya había hecho su primera aparición en la batalla del Somme, aunque de manera casi anecdótica, tal como se refirió en el capítulo correspondiente. En esta ocasión, será una masa de 476 tanques la que marchará a la cabeza del ataque principal.

El resultado de esta novedosa táctica es espectacular, al lograr fácilmente penetraciones de entre 9 y 12 kilómetros en la Línea Hindenburg. Los tanques británicos demuestran una gran coordinación; pasan sobre las trincheras tras descargar una alfombra de madera, y se desplazan por las líneas interiores, barriéndolas de enemigos, siguiendo el mismo proceso con las trincheras siguientes.

En un primer momento, los alemanes huyen ante el avance incontenible de los tanques, pero el miedo de las tropas teutonas va desapareciendo progresivamente, a la vez que los carros británicos van encontrándose con

mayores dificultades. Los que no son víctimas de los fallos mecánicos quedan atascados en zanjas o son destruidos por la artillería germana. Los combates se concentran al oeste de Cambrai, de donde tomará el nombre la batalla. Allí van llegando los refuerzos alemanes, pero también los británicos envían tropas de refresco para evitar los feroces contraataques, que cada vez son más difíciles de contener.

A primeros de diciembre se extiende entre el mando británico el convencimiento de que ya no vale la pena continuar con la ofensiva. No se ha producido la gran ruptura deseada y los alemanes han conseguido taponar las brechas abiertas en la Línea Hindenburg. El 5 de diciembre, el general Byng ordena a sus tropas retroceder hasta las posiciones de partida. El balance de bajas está igualado, ya que ambos contendientes han perdido unos 40.000 hombres y han capturado unos 10.000 prisioneros.

Aunque la batalla de Cambrai finaliza en tablas, a los Aliados les queda un regusto de victoria. Este revés a la hora de romper la línea defensiva germana no tiene nada que ver con el del Chemin des Dames o Passchendaele, que habían dejado a los Aliados ante una negra perspectiva.

Cambrai había demostrado que el empleo masivo de tanques podía ser la clave para romper un frente estático. Si se mejoraban los aspectos mecánicos y la coordinación con la infantería, los tanques iban a proporcionar importantes avances. Los Aliados tomaron buena nota de lo visto en Cambrai, unas conclusiones que serían muy útiles para intentar doblegar a los alemanes al año siguiente.

Capítulo 11

ESTALLA LA REVOLUCIÓN

A lo largo de toda la guerra, existió el convencimiento de que el resultado final se estaba dilucidando en el escenario del frente occidental. Las trincheras de Flandes eran el principal punto de atención de los contendientes, y daba la impresión de que cualquier giro en desarrollo del conflicto debía pasar obligatoriamente por un cambio en ese escenario.

Sin embargo, ya hemos visto que la Gran Guerra se desarrolló en innumerables frentes, muchos de ellos secundarios, como Mesopotamia o África Oriental, aunque hubo otros, como el frente oriental, que requirieron una cantidad ingente de efectivos. Si las Potencias Centrales hubieran dispuesto libremente de los ejércitos empleados en combatir al Imperio ruso, es muy probable que el equilibrio del frente occidental se hubiera roto muy pronto a su favor.

En 1914, tal como quedó señalado en el segundo capítulo, los rusos lanzaron un ataque contra la Prusia oriental. Los alemanes, gracias a la astucia y a su excelente red ferroviaria, lograron frenar el avance ruso. Pero aun así, el peligro de que los ejércitos del zar irrumpiesen masivamente en territorio germano o austríaco no había sido conjurado. Los rusos se habían atrincherado a lo largo de la cadena montañosa de los Cárpatos, teniendo ante sí la llanura húngara, por lo que tenían capacidad para asestar un duro golpe al tambaleante ejército austrohúngaro.

Era necesario desalojar urgentemente al enemigo de esa posición tan ventajosa. Mientras que los alemanes apostaban por caer sobre las fuerzas rusas en territorio polaco desde el norte, los austríacos se inclinaban por avanzar frontalmente a lo largo de un frente de cincuenta kilómetros, entre las ciudades de Gorlice y Tarnow. Al final, se acordó esta última opción. El encargado de llevarla a cabo sería el general alemán August von Mackensen, un veterano de la guerra franco-prusiana de 1870.

La ofensiva se lanzó el 1 de mayo de 1915. Las tropas de Von Mackensen arrollaron a los rusos y en pocas horas fueron hechos prisioneros cerca de 20.000 soldados. Se produjo una retirada general entre las tropas del zar, pero los alemanes no fueron lo suficientemente rápidos para cercarlas por completo, permitiéndoles efectuar un repliegue ordenado. A esta incapacidad germana para alcanzar una rotunda victoria no fue ajena la encarnizada resistencia de los rusos en Tarnow. Aun así, el éxito alemán fue rotundo, puesto que sirvió para alejar el peligro ruso y cambiar por completo la situación estratégica en la región a favor de los Imperios Centrales.

Esa batalla, conocida con el nombre de Gorlice-Tarnow, no ha disfrutado del renombre de otras batallas de la Gran Guerra, pero su importancia en el desarrollo de la contienda fue trascendental. A partir de ese momento, con el frente oriental bajo control, Alemania pudo centrarse de lleno en el frente occidental y diseñar con calma y dedicación la ofensiva que tendría lugar al año siguiente en Verdún.

Si los alemanes se habían visto obligados en 1915 a prestar atención a lo que sucedía en los Cárpatos, y a concentrar allí sus mejores tropas, los Aliados también tenían fuerzas distraídas del frente principal, en este caso en una región muy alejada de sus intereses tácticos. El 5 de octubre de 1915, tropas franco-británicas procedentes de la frustrante campaña de Gallípoli desembarcaron en el puerto griego de Salónica, con el fin de proteger a Serbia de un ataque búlgaro. Los Aliados avanzaron hacia el norte, pero un decidido ataque de los búlgaros les impidió tomar contacto con los serbios. Por su parte, estos habían comenzado una penosa retirada de invierno al oeste, sobre las montañas albanesas, para refugiarse en la isla de Corfú.



El general alemán August von Mackensen, un veterano de la guerra franco-prusiana. Dirigió a las tropas germanas en la Batalla de Gorlice-Tarnow, infligiendo una severa derrota a los rusos, que dejaron así de amenazar la llanura húngara desde los Cárpatos.

En la primavera de 1916, los Aliados concentrados en Salónica fueron reforzados con los serbios procedentes de Corfú y algunas tropas rusas. Tras una exitosa campaña búlgara, la contraofensiva aliada logró arrebatar varias conquistas de los búlgaros en noviembre de 1916, pero las operaciones posteriores, de marzo a mayo de 1917, se demostraron ineficaces. El frente de Salónica inmovilizó a medio millón de soldados aliados, que no alcanzaban a comprender exactamente el sentido último de su misión en el extremo sur de los Balcanes.

Más lógica parecía, por el contrario, la campaña militar que los rusos lanzarían en el verano de 1916. Con el fin de desviar la potencia alemana en el frente de Verdún, y ayudar así a sus aliados occidentales, los rusos iniciaron una ofensiva que alcanzaría un inesperado éxito, pero que a la postre resultaría tan espectacular como engañosa.

LA OFENSIVA BRUSILOV

Comprometidos en socorrer a sus aliados franceses, los rusos lanzaron el 18 de marzo de 1916 una ofensiva al norte y al sur del Lago Naroch, al este de Vilna. El encargado de llevar adelante este ataque era el general Aleksei Kuropatkin, un veterano de la guerra Ruso-japonesa, que ya entonces tuvo oportunidad de demostrar ampliamente su ineptitud.

En octubre de 1915, de forma inexplicable, Kuropatkin había sido rescatado del retiro para ser nombrado comandante del frente norte. Su historial reflejaba todos los defectos que podía acumular un líder militar; era indeciso, voluble, excesivamente prudente y un pésimo organizador. Pero este general, pese a estar aferrado a las más rancias tácticas militares, tuvo un raptó de inspiración tras asumir esa inesperada responsabilidad, y creyó haber hallado el modo milagroso para asaltar fácilmente las trincheras alemanas.



Tropas rusas agazapadas en sus trincheras. Los soldados rusos eran muy combativos, pero estaban mal dirigidos y no contaban con una buena red de suministros, lo que condenaba sus ofensivas al fracaso.

Kuropatkin ordenó que se colocaran cientos de potentes focos en sus propias líneas, en dirección al enemigo. Según su plan, al llegar la oscuridad de la noche, los soldados rusos podrían avanzar hacia las líneas alemanas, al quedar los soldados germanos deslumbrados por los reflectores.

Pero, como era de prever, el éxito no acompañó a esta original iniciativa. Una vez encendidos los focos e iniciado el avance de la infantería, Kuropatkin observó anonadado cómo sus hombres, pese a avanzar amparados por la cegadora luz, eran abatidos por los disparos de los soldados del káiser, cuya puntería demostraba que no sufrían de ningún deslumbramiento.

Aun así, Kuropatkin insistió en lanzar nuevas oleadas de asaltantes, que continuaron siendo acribillados por los defensores alemanes, convirtiendo el ataque en una masacre. Esa noche murieron unos 8.000 soldados rusos.

Al día siguiente, a Kuropatkin se le reveló la razón de ese trágico fracaso. La potencia de los reflectores no había sido suficiente para deslumbrar al

enemigo; lo único que habían conseguido era marcar con exactitud la silueta de los soldados rusos, una concesión que haría al ocurrente general ruso ganarse involuntariamente la imborrable gratitud de los tiradores germanos.

El fiasco de Kuropatkin fue un episodio más, pero bastante significativo, del fracaso total en el que devino su ofensiva. El general no sería relevado del mando hasta julio de 1916, siendo enviado a un destino en el que fuera difícil que pudiera provocar más daños, como era el de gobernador del Turkeistán.

Meses antes de que Kuropatkin fuera defenestrado, ya se había puesto en marcha sin su concurso la que debía ser la gran ofensiva que rompiera el estancamiento del frente oriental. En esta nueva operación de calado, prevista para julio, al general Alexei Brusilov, aristócrata y oficial de caballería de familia de militares, se le había adjudicado un papel secundario. Él iba a ser el encargado de encabezar un ataque de diversión en junio, que prepararía el terreno para la ofensiva principal.

Brusilov era una *rara avis* en el vetusto organigrama del Ejército ruso. De mentalidad abierta, en contraposición a sus desfasados compañeros de armas, había comprendido que las ametralladoras y la artillería eran las que decidían las batallas, en lugar de las heroicas cargas a la bayoneta, y que la aviación podía jugar un papel decisivo. Brusilov avanzaría también las tácticas que tan buen resultado darían a los alemanes, como la infiltración de tropas para rodear al enemigo. Su apuesta por las innovaciones en el arte de la guerra despertarían suspicacias entre el resto de la oficialidad, un sentimiento del que sería víctima en el momento más inoportuno.

El 4 de junio de 1916, los cañones rusos abrieron fuego, dando inicio así a la llamada Ofensiva Brusilov. Los proyectiles destrozaron las baterías austríacas, localizadas por los aviones de reconocimiento. Las tropas rusas avanzaron rápidamente tras una breve pero intensa barrera artillera. El primer día se saldó con una irrupción de ocho kilómetros en las líneas enemigas, un avance con el que hubieran soñado los estrategas del frente occidental.

Las victorias iniciales cosechadas por las tropas de Brusilov sobre las confusas fuerzas austríacas convertirían finalmente su línea de ataque en la principal, obligando a modificar el plan original. De esta forma comenzaba en el frente del este una ofensiva que iba a ser el último esfuerzo militar de la Rusia Imperial.

El éxito fulgurante de la Ofensiva Brusilov hizo creer a los aliados que la «apisonadora rusa» no era un mito, sino una realidad. Los cuatro ejércitos de

Brusilov, a lo largo de un frente muy ancho que iba de Lutsk a Czernowitz, habían tomado por sorpresa a los austrohúngaros. Las defensas se desmoronaron por completo, y los rusos se abrieron paso entre dos ejércitos austríacos como el cuchillo en la mantequilla.

Pese a la extensión de las líneas de suministro, Brusilov continuó con su imparable ofensiva; había expulsado a los austríacos de Bucovina y de la mayor parte del este de Galitzia, provocándoles enormes pérdidas en hombres y material. El 9 de junio, las victoriosas fuerzas de Brusilov habían capturado ya a 200.000 prisioneros.

Brusilov había cumplido con creces con su cometido, aunque sus fuerzas se encontraban ahora formando un saliente que debía ser protegido por los flancos. Pero, en ese momento crucial, quedaron fatalmente al descubierto los males endémicos del Ejército ruso.

El general que, según el primer plan, estaba encargado de lanzar la ofensiva principal, Alexei Evert, se mostró remiso a secundar con sus tropas el avance de Brusilov, una actitud a la que no era ajena la envidia que había generado el éxito de su avance. Aunque disponía de las dos terceras partes de la artillería del Ejército ruso y contaba con un millón de hombres, Evert aseguró que sus tropas no estaban todavía preparadas. Se escudaba en que no contaba con reservas suficientes de proyectiles, lo cual no era cierto^[24].

Las quejas de Brusilov por la inexplicable pasividad de Evert no surtieron efecto. A Brusilov se le ordenó atrincherarse y esperar el contraataque enemigo, lo que cayó como un jarro de agua fría entre sus tropas. Aunque se sentían traicionados, los hombres de Brusilov se dispusieron a mantener el terreno conquistado, pero comenzaron las primeras deserciones.

Los despropósitos del alto mando ruso no acabaron ahí. El 28 de julio, Brusilov fue conminado a lanzar una nueva ofensiva, sin contar con nuevos refuerzos. Durante el mes de agosto y parte de septiembre, sus hombres atacaron con renovado ímpetu, mientras Evert seguía sin mover un dedo.

Este segundo impulso llevó a los rusos a las estribaciones de los Cárpatos, propinando un severo golpe al Ejército austrohúngaro, un golpe del que ya no se recuperaría. En el transcurso de la campaña, los austríacos perdieron un millón y medio de los dos millones de hombres con los que contaban. La llegada de refuerzos alemanes vino a restablecer el equilibrio en el frente.

Al llegar octubre, Brusilov ya había agotado todos sus recursos.

Aunque Evert se avino con desgana a lanzar algún ataque localizado, la escasa energía desplegada acabó de condenar a la parálisis el esfuerzo de Brusilov. La ofensiva había quedado definitivamente frenada. La posibilidad de explotar las victorias del verano, que incluso habían hecho a los alemanes temer un hipotético avance sobre Berlín, se había perdido definitivamente. Tal como había profetizado Brusilov tras sus primeros éxitos, se había «convertido en derrota lo que había sido una victoria».

RUMANÍA, DERROTADA

Los más beneficiados de la ofensiva rusa fueron sus aliados occidentales. Los alemanes se vieron forzados a retirar siete divisiones del frente occidental, en un momento en el que se estaba dilucidando el resultado de las batallas de Verdún y el Somme. Pero también trajo consigo otra consecuencia; la entrada de Rumanía en la contienda.

Sin tener en cuenta el atraso militar de su país, el gobierno rumano de Ionel Bratianu declaró la guerra a Austria-Hungría el 27 de Agosto de 1916. Pese a que la familia real rumana estaba emparentada con el káiser y a que Bratianu había declarado su simpatía por Alemania, llegado el momento de escoger bando tuvo más peso la expectativa de ensanchar las fronteras del país. Espoleados por los Aliados, los rumanos esperaban obtener nuevos territorios a costa de los austrohúngaros —Transilvania, Bucovina y el Banato—, que supuestamente iban a estar más preocupados por otros frentes. Por su parte, los Aliados se comprometieron a atacar a los austrohúngaros en Salónica, para favorecer así la ofensiva rumana.

El Ejército rumano, pese a contar con 700.000 efectivos, no era un rival temible; no contaba con la artillería adecuada, carecía de vehículos de transporte y sus oficiales permanecían anclados en el pasado, pues ellos mismos castigaban con latigazos a sus subordinados, una práctica impensable en los ejércitos occidentales. Aun así, las tropas rumanas iniciaron un avance a través de Transilvania, consiguiendo adentrarse 80 kilómetros en territorio enemigo y controlando buena parte de la región. Al principio encontraron una débil resistencia, pero la respuesta de las Potencias Centrales no se hizo esperar.

Alemania, Turquía y Bulgaria declararon la guerra a Rumanía.

El general Erich von Falkenhayn, que acababa de ser destituido como jefe del Estado Mayor, acudió a poner orden en el frente transilvano, mientras que August Von Mackensen, un veterano de la lucha contra los rusos, se disponía a atacar desde la frontera búlgara al mando de una fuerza integrada por

soldados alemanes, búlgaros y turcos.

Durante un mes, los rumanos soportaron las embestidas de las divisiones de Falkenhayn atrincherados en los puertos de montaña, pero los alemanes lograron abrirse paso en dirección a Bucarest antes de que la llegada del invierno los hiciera impracticables. A las puertas de la capital rumana convergieron con las fuerzas de Mackensen procedentes del sur, y juntos tomaron la ciudad el 6 de diciembre.

Los restos del Ejército rumano retrocedieron hacia Moldavia, cobijándose bajo el paraguas de las tropas rusas. Rumanía había perdido a más de 300.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los alemanes eran ahora dueños de los campos de trigo y los pozos de petróleo rumanos. Hasta el final de la guerra, los nuevos amos de Rumanía se apoderaron de dos millones de toneladas de grano y un millón de toneladas de petróleo.

De manera paradójica, la entrada en guerra de Rumanía, alentada imprudentemente por los Aliados, había supuesto finalmente un balón de oxígeno para los Imperios Centrales, que se veían ahora mejor aprovisionados de trigo y combustible en un momento en el que el bloqueo marítimo amenazaba con provocar su asfixia.

EL FIN DEL RÉGIMEN ZARISTA

Las estériles conquistas territoriales de la ofensiva Brusilov acabaron de minar la moral del Ejército ruso. El Ejército había demostrado no estar preparado para esas aventuras militares; disponía de un armamento obsoleto, carecía de suministros y estaba mal entrenado y peor dirigido.

A finales de 1916, el espíritu de las tropas estaba roto, y ese desánimo se trasladó también al pueblo ruso en su conjunto. Los rusos estaban ya cansados de una guerra que el régimen imperial había emprendido por razones que no alcanzaban a comprender. Los escándalos protagonizados por la zarina y su enigmático consejero, el monje Rasputín, contribuyeron de forma decisiva a que la corte fuera vista por el pueblo llano como un nido de corrupción e inmoralidad. La actitud voluble y caprichosa del zar, así como su incompetencia en la dirección de la guerra, no ayudaron a recomponer la confianza en el régimen.

La falta de éxitos militares y el convencimiento de que estos ya no llegarían, provocó un intenso malestar social en el que hervían todos los conflictos latentes. Pero, para muchos, tampoco era deseable una improbable victoria rusa, pues esta serviría solamente para que la odiada familia Romanov se mantuviera en el trono. Por tanto, Rusia se encaminaba con paso firme a un dilema sin solución.

Las bajísimas temperaturas del invierno de 1916-17, ante las que el gobierno no supo reaccionar para aliviar las penalidades de la población, contribuyeron a que el malestar alcanzase un nivel sin precedentes, hablándose ya abiertamente de la necesidad de acabar con el régimen imperial. Al intenso frío, acrecentado por la falta de combustible, se sumó el hambre; el deficiente suministro de alimentos a las ciudades y la consiguiente inflación acabaron de empujar a los más indecisos por la pendiente revolucionaria.

A comienzos de 1917 Rusia se ve inmersa en una ola de huelgas, revueltas y manifestaciones. En el Ejército, la desertión y la desobediencia, cuando no

el asesinato de oficiales, está a la orden del día. El 8 de marzo, Petrogrado — la actual San Petersburgo— queda paralizada por una huelga general. Las unidades del ejército que son llamadas para reprimir los disturbios se niegan a disparar contra los manifestantes. Estos hechos serán conocidos como la Revolución de Febrero, ya que el calendario ruso de la época iba once días por detrás del calendario occidental.

El zar, que había abandonado Petrogrado, se niega a acceder a las exigencias de reformas políticas urgentes por parte del presidente del parlamento ruso, la Duma. Su reacción no ayuda a recobrar la calma, al ordenar la disolución de la Duma, pero el 11 de marzo el parlamento establece un gobierno provisional. El zar es instado a abdicar, pero Nicolás II se aferra al trono creyendo que todavía podrá hacerse con las riendas de la situación.

Cuando el zar regresa a Petrogrado para restablecer el orden, su tren es detenido por un grupo de obreros, que le impide avanzar.

Viendo cómo el viejo orden se desmorona a su alrededor, el zar abdica al día siguiente en su hermano pequeño, Miguel, pero este renuncia a ceñirse la corona, consciente de que el régimen imperial ya no tiene ningún futuro. Finalmente, el príncipe Georgi Lvov se convierte en primer ministro, aunque el *hombre fuerte* del nuevo gobierno será Alexander Kerensky, un político centrista que a partir de mayo desempeñará el cargo de ministro de la Guerra. Pero la autoridad de este gobierno es de inmediato impugnada por los consejos de obreros, los soviets, que reclaman representar a las masas populares y ser los verdaderos directores de la revolución.

Desde el punto de vista militar, la Revolución de Febrero tuvo nefastas consecuencias para Rusia. Kerensky, en sintonía con las potencias occidentales, deseaba cumplir con los compromisos de Rusia y animó, por tanto, a los soldados a seguir luchando, ya no por el zar, sino «por la libertad y el futuro de la patria». Los soviets, en cambio, apelaron a que los comités de soldados y marineros tomaran el control de las armas de sus unidades e ignoraran cualquier oposición de sus oficiales, lo que acabó de derrumbar cualquier atisbo de disciplina en las tropas, ya bastante desmoralizadas de por sí.

Los líderes del gobierno provisional consideraron que una victoria militar ayudaría consolidar el nuevo régimen. Kerensky ordenó una ofensiva contra los austríacos en el este de Galitzia el 1 de julio. Uno de los objetivos era retomar la ciudad de Lemberg —la actual ciudad polaca de Lvov—, que había

sido capturada por los rusos en septiembre de 1914, para perderla en junio de 1915 tras un contraataque austrogermano.

Para encabezar este intento de reconquista de Lemberg apostó por un valor seguro: Brusilov. El resabiado general aceptó a regañadientes, ya que el Ejército ruso, falto de armamento y sumido en el desorden, se encontraba en ese momento en unas condiciones mucho peores que cuando él dirigió su ofensiva. De hecho, no había un número suficiente de fusiles para equipar a todos los hombres.



El enigmático monje ruso Rasputín siempre estaba rodeado de influyentes damas. Su desorbitada influencia en la corte, a través de la zarina, era mal vista por el pueblo.



Engañosa imagen en la que se puede ver a Alexander Kerensky vitoreado por un grupo de soldados rusos. El apoyo a su gobierno provisional duraría muy poco, debido al fracaso de la ofensiva impulsada por él en el verano de 1917.

Además, no se había identificado claramente el objetivo último de este ambicioso ataque, por lo que todo apuntaba a que la nueva ofensiva desembocaría en un desastre.

La que se denominaría Ofensiva Kerensky —para diferenciarla de la primera lanzada por Brusilov— obtuvo en sus primeros días unos avances tan inesperados como espectaculares, al aprovecharse del cansancio y la falta de espíritu combativo de los austríacos. Pero tras el impulso inicial sucedió algo similar a lo ocurrido durante la Ofensiva Brusilov. Los rusos quedaron detenidos por la excesiva extensión de sus líneas de suministros y comenzaron a retroceder en cuanto llegaron refuerzos alemanes a la región. El éxito inicial acabó así convirtiéndose en una derrota, pero en este caso sí que adquiriría un carácter catastrófico. Las tropas rusas, totalmente desmoralizadas, se retiraron en desbandada hacia sus posiciones de partida.

Un agotado Brusilov, al que poco más se le podía exigir después de su

sacrificado esfuerzo, dimitió como jefe de las fuerzas rusas, que comenzaban a mostrar síntomas alarmantes de descomposición.

Algunas unidades habían llegado a establecer sus propios soviets, usurpando la autoridad de los oficiales.

El sucesor de Brusilov, el general Lavr Kornilov, intentó recuperar la moral de la tropa imponiendo la disciplina a base de duros castigos e incluso condenas a muerte. El resultado fue el contrario al deseado; la capacidad de combate del Ejército ruso se vio aún más disminuida. Esta debilidad sería aprovechada por los alemanes; al llegar octubre, ya se habían apoderado de gran parte de Polonia y de Lituania, y habían pasado a controlar también casi toda Letonia.

En esta fase de la guerra, el Ejército germano había puesto en práctica un nuevo concepto de lucha, que en su etapa embrionaria había dado prometedores frutos en la batalla de Verdún. La táctica consistía en el empleo de grupos de asalto. Estos batallones, que fueron creados oficialmente en febrero de 1917 aunque en la práctica ya existían con anterioridad, estaban formados por hombres voluntarios, en buena forma física, con mentalidad agresiva y dispuestos a emprender acciones ágiles y rápidas. Armados con ametralladoras ligeras, lanzallamas y morteros, penetraban en las defensas enemigas para irrumpir en su retaguardia, cortando las líneas de comunicación. Esta táctica novedosa lograba aislar y rodear al enemigo a un coste en vidas y munición muy bajo, en comparación con las cargas masivas a la bayoneta que se lanzaban tras una larga preparación artillera.

El primer gran éxito de los grupos de asalto se dio a principios de septiembre de 1917, cuando los alemanes, en una explosiva campaña de tres días, cruzaron el río Dvina en botes de remo, instalaron un puente flotante para permitir el paso de vehículos y, tras un fulgurante avance apoyado por artillería móvil, tomaron la capital de Letonia, Riga.

Esta brillante victoria, que mereció en Alemania la declaración de un día festivo, demostró que ese nuevo método de combate podía ser la clave para desencallar la guerra de trincheras del frente occidental. Los alemanes tendrían muy en cuenta los excelentes resultados de esta innovación táctica a la hora de diseñar posteriormente la ofensiva de marzo de 1918.

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Mientras los alemanes extraían sus conclusiones sobre la campaña que les había permitido obtener tan buenos réditos en los países bálticos, las preocupaciones del Ejército ruso no se centraban tanto en lo que sucedía en el frente, sino en las inquietantes noticias que llegaban de la retaguardia.

El nivel de descontento entre la población rusa se acercaba ya a los límites alcanzados en el invierno anterior. Ausente el orden público, se estaba abriendo paso la más completa anarquía. Los pueblos que integraban el Imperio ruso ya reclamaban abiertamente la autonomía o la independencia de una Rusia que se disgregaba por momentos. La autoridad de Kerensky, que había sido nombrado líder del gobierno provisional el 20 de julio de 1917, no era reconocida por los grupos revolucionarios. Al llegar el otoño de 1917, la autoridad del gobierno provisional ya solo existía sobre el papel.

Unos meses antes de que el gobierno de Kerensky perdiese las riendas del Estado, en abril de 1917, un tren atravesaba velozmente territorio alemán. Sus vagones estaban precintados. Nadie podía entrar en ellos, pero lo que más importaba era que nadie pudiera salir de él, especialmente una persona. Se trataba de Vladimir Ilych Ulianov, más conocido como Lenin.

Nacido en 1870 en el seno de una familia adinerada, el joven Vladimir había abrazado desde muy joven la causa revolucionaria, al igual que su hermano mayor, que había intentado asesinar al entonces zar Alejandro III en 1897. Lenin estudió derecho en la universidad y desarrolló su fe en el marxismo revolucionario. Arrestado en 1895, fue enviado al exilio en Siberia por tres años. Una vez liberado, buscó refugio en Suiza; en 1903 sentó allí las bases del movimiento bolchevique, con una concepción autoritaria y centralizada del partido. A su regreso a Rusia, tomó parte en la fallida revolución de 1905 y volvió a exiliarse en Suiza. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Lenin la señaló como un conflicto entre imperialismos rivales y propugnó la conversión de esa guerra entre naciones en una guerra civil de lucha de clases.

Al abdicar Nicolás II, Lenin se encontraba en Zurich. Los alemanes advirtieron la posibilidad de desestabilizar a Rusia si facilitaban al revolucionario el regreso a su país. Así lo hicieron; pusieron a su disposición un tren para que se trasladara a Rusia a través de Alemania. Pero, como si de un peligroso bacilo se tratase, el tren en cuestión estaría sellado para evitar que pudiera contagiar la enfermedad revolucionaria por la geografía germana^[25].

Lenin no tuvo reparos en colaborar con el imperialismo teutón, aceptando convertirse en ese virus que, inoculado en la espina dorsal de la Rusia imperial, debía dinamitarla por dentro. Para los alemanes, eso suponía sacar a su enemigo de la contienda, teniendo así las manos libres para actuar en el oeste. Lenin, consecuente con su máxima «el fin justifica los medios», veía en la ayuda germana —como vemos, nada desinteresada— la posibilidad de acelerar la llegada de la revolución.

Cumpliendo con el guión previsto por los alemanes, en cuanto Lenin llegó a la estación Finlandia de Petrogrado, el 3 de abril de 1917, abogó por el fin inmediato de la guerra. Su eslogan «pan, tierra y paz» supo recoger los anhelos de una población hastiada.



Los alemanes facilitaron la llegada a Rusia de Lenin, desde su exilio en Suiza, para desestabilizar a su enemigo. Lenin, apoyado por las masas, se pondría al frente de la revolución. En el cuadro de la imagen, el momento en el que Lenin, flanqueado por Trotsky y Stalin, proclama la Unión Soviética.

Pero el revolucionario dejó claro desde un principio que su objetivo era hacerse con el poder, por la fuerza, si era necesario, como lo demostraba su proclama: «¡Todo el poder para los soviets!».

A principios de noviembre de 1917, la situación en Rusia es insostenible. En el mes anterior se habían producido algunos intentos de restablecer la monarquía, como el encabezado por el general Kornilov, que había sido abortado gracias a la intervención de grupos armados de trabajadores organizados por los bolcheviques. Esta dinámica de acción y reacción debilita aún más la precaria posición del gobierno provisional. Para conjurar definitivamente el peligro de una involución, los bolcheviques deciden acelerar el ritmo de los acontecimientos. El líder revolucionario León Trotsky organiza a soldados, marineros y obreros en una fuerza de defensa de la Guardia Roja. Las encendidas palabras de Trotsky a una multitud en Petrogrado anuncian la inminente toma del poder: «Ha llegado la hora de un duelo a muerte entre la revolución y la contrarrevolución».

El día 3, en un clima de gran tensión, se sabe en Petrogrado que algunas unidades que combaten en el frente del Báltico han depuesto las armas y han comenzado a confraternizar con los alemanes. Al día siguiente, las tropas que deben acudir al frente desde Petrogrado se niegan a marchar, desobedeciendo las órdenes de Kerensky. A su vez, las unidades que deben entrar en la ciudad para mantener el orden también se niegan a hacerlo.

El día 6 de noviembre, la olla a presión en la que se ha convertido Rusia salta definitivamente por los aires. Estalla la que se conocerá como Revolución de Octubre, según el retrasado calendario ruso. Los bolcheviques ocupan los puntos estratégicos de la capital, como las estaciones de ferrocarril, los puentes sobre el río Neva o la central telefónica. Al anochecer, controlan la ciudad casi por completo.



El crucero *Aurora* amenazó con disparar sus cañones contra el Palacio de Invierno. No fue necesario, pero el buque se convirtió en un mito. Hoy puede visitarse en el puerto de San Petersburgo.

A la mañana siguiente, una masa de cerca de veinte mil revolucionarios con intenciones nada amistosas rodea el Palacio de Invierno, en donde se han refugiado los miembros del gobierno provisional. A lo largo de la jornada, van llegando miles de soldados y marineros; por la noche, el crucero *Aurora*, cuya tripulación se había sumado al levantamiento, amenaza con bombardear el Palacio de Invierno y dispara varias descargas de fogeo para demostrar que no bromea. De madrugada, los bolcheviques irrumpen en el palacio, arrollando al escaso millar de soldados encargado de su protección.

Lenin es elegido ese mismo día presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, y Trotsky Comisario de Asuntos Exteriores.

Kerensky logra escapar de Petrogrado gracias a un vehículo de la embajada norteamericana, con la esperanza de reunir fuerzas militares leales que le ayuden a recuperar el poder. Mientras tanto, en Moscú, la Guardia Roja toma el Kremlin.

El primer decreto de la nueva Rusia revolucionaria es el llamado Decreto de Paz, que el propio Lenin lee ante una multitud entusiasta.

Ese papel, del que se distribuirían cuatro millones de copias en el frente, anuncia el deseo de los dirigentes bolcheviques de lograr una paz inmediata. El 26 de noviembre, el nuevo gobierno ruso ordena unilateralmente el alto el fuego contra Alemania, Austria-Hungría y Turquía. La jugada de los alemanes había dado sus frutos. La revolución, cuyo germen había viajado en aquel tren sellado, había supuesto el fin de la participación de Rusia en la

guerra.

El 15 de diciembre de 1917 se firmaba un armisticio entre la Rusia de Lenin y los Imperios Centrales en Brest-Litovsk, en la antigua Polonia rusa, que suspendía momentáneamente las hostilidades. Pero las negociaciones que debían establecer la paz definitiva no serían nada fáciles. Por un lado, a Alemania le interesaba explotar el principio de autodeterminación a fin de colocar bajo su órbita de influencia tanto territorio de la Rusia revolucionaria como fuera posible. Por otra parte, los bolcheviques necesitaban la paz para poder consolidar su régimen pero se mostraban remisos a dejarse arrancar concesiones, por lo que recurrieron a tácticas dilatorias.

Los alemanes, insatisfechos con la lenta marcha de las conversaciones, pues deseaban trasladar al oeste cuanto antes las tropas destinadas en el frente oriental, se decidieron a explotar su posición de fuerza. Como convincente medida de presión, las divisiones germanas invadieron Ucrania, a pesar del armisticio, y continuaron su avance en los países bálticos y en Bielorrusia. Lenin no tuvo ya otra opción que aceptar apresuradamente los términos de Alemania para poder salvar la revolución.

Por el Tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918, la Rusia Soviética reconocía la independencia de Finlandia y Ucrania, renunciaba al control sobre Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y la mayor parte de Bielorrusia, y cedía varios enclaves a Turquía.

Eliminada Rusia de la partida, Alemania tenía ya las manos libres en esa parte del tablero para dirigirse con todas sus fuerzas hacia el oeste, el frente en el que por fin iba a decidirse la guerra.

Capítulo 12

LA ÚLTIMA OFENSIVA

Con la llegada de 1918 se presentaba un panorama muy incierto para los alemanes. Aunque los Aliados ya estaban haciendo planes para 1919, convencidos de que sería ese el año decisivo, el gobierno germano sabía muy bien que en el año que acababa de comenzar todo quedaría resuelto, en uno u otro sentido. De las decisiones que tomaran en los meses siguientes dependería el desenlace final de una conflagración que ya duraba más de tres años.

La entrada de Estados Unidos en la guerra era el factor clave; la progresiva llegada de las tropas norteamericanas a Europa iba a romper el equilibrio en favor de los Aliados. El Congreso había aprobado el 6 de abril de 1917, por una aplastante mayoría, la petición del presidente Woodrow Wilson de declarar la guerra a Alemania, después de que esta intensificase la guerra submarina sin restricciones^[26]. Pero el gigante norteamericano debía desprenderse del sueño aislacionista en el que había vivido hasta ese momento, y esa no era una tarea fácil.



El presidente norteamericano Woodrow Wilson mantuvo a su país alejado de la guerra, pero en abril de 1917 se vio forzado a entrar en el conflicto, tras el recrudecimiento de la guerra submarina sin restricciones.



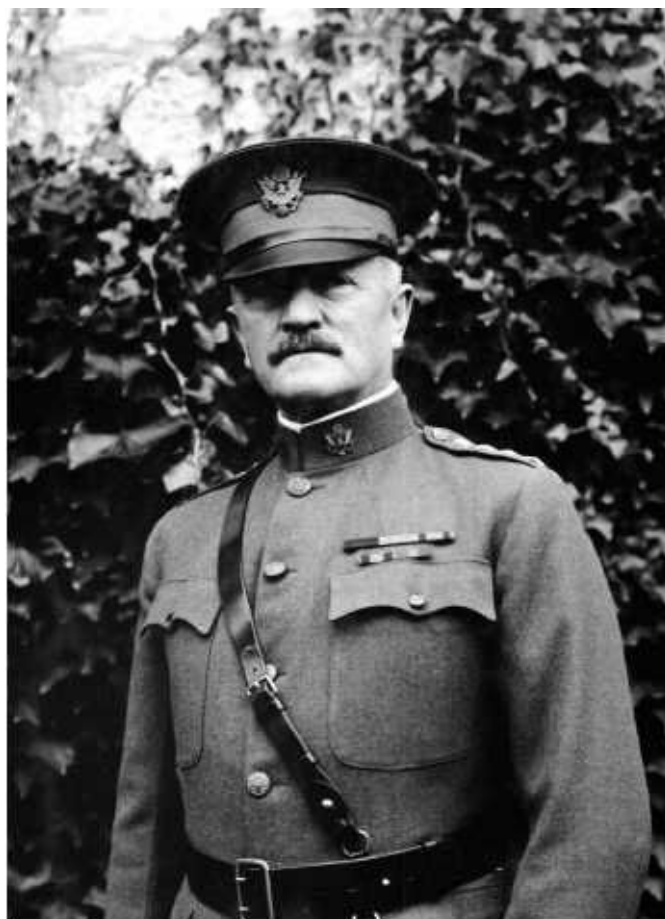
Wilson proclama la declaración de guerra ante la Cámara de Representantes.

La contienda iba a dar un giro radical tras la entrada del gigante norteamericano.

El Ejército norteamericano había llevado a cabo un laborioso proceso de transformación para reconvertirse en una fuerza homologable a las que en ese

momento estaban combatiendo en Europa.

El artífice de este cambio sería el general John Pershing. Este veterano militar era la persona ideal para afrontar un reto semejante, pues poseía una larga experiencia; en su historial figuraban, entre otras, sus campañas contra las tribus indias o la persecución del revolucionario mexicano Pancho Villa. Por otro lado, una tristísima circunstancia personal —su mujer y sus dos hijos habían muerto en un incendio— le hacía ya inmune a cualquier contrariedad.



El veterano general John Pershing sería el encargado de organizar la participación del ejército estadounidense en la contienda. Su papel no era nada fácil, pero supo salir airoso del reto.

Pero el problema más serio al que tendría que enfrentarse Pershing sería el de mantener a su ejército como una entidad independiente y diferenciada dentro del bando aliado. Tanto británicos como franceses deseaban contar con las tropas norteamericanas, pero fusionadas estas en sus respectivos ejércitos. Pershing se negó a ello, lo que provocó roces con sus aliados. Finalmente, se adoptaron soluciones de compromiso, integrando unidades norteamericanas en otras francesas, pero manteniendo su identidad.

Pese a esas discrepancias, existiría una buena coordinación entre los Aliados. Mientras los franceses eran los encargados de proporcionar armas y munición a los norteamericanos, los británicos aportaban sus barcos para trasladar las tropas a través del Atlántico. El objetivo era traer a Europa medio millón de soldados antes de julio de 1918, llegando a un millón a final de año. Por lo tanto, los alemanes debían actuar antes de que se completase el despliegue del Ejército norteamericano en Europa, que iba a desequilibrar claramente la balanza del lado aliado.

ITALIA RESISTE AL EMPUJE AUSTROGERMANO

Si franceses y británicos se frotaban las manos ante la fuerza militar y económica de su potente aliado, los alemanes, por el contrario, veían cada vez más a su aliado austríaco como un peso muerto del que no podían esperar obtener ninguna ventaja.

La campaña italiana se había desarrollado en una desesperante dinámica en la que la línea del frente no se movía más que unos pocos kilómetros. La 10.^a batalla del Isonzo, en mayo y junio de 1917, había hecho ganar muy poco terreno a las tropas comandadas por el general Cadorna. Pero la 11.^a batalla del Isonzo, del 17 de agosto al 12 de septiembre, llevó hasta el límite la resistencia de los austríacos. Para impedir el colapso del Ejército austríaco, Ludendorff decidió que sus aliados debían tomar la ofensiva en su largo y extenuante duelo con Italia y que él podría prestarles la ayuda necesaria para ese propósito, en forma de seis divisiones alemanas.

La ofensiva, perfectamente planeada, fue lanzada el 24 de octubre de 1917. Austríacos y alemanes comenzaron a abrirse paso a través de la barrera de los Alpes Julianos, en dirección a la ciudad de Caporetto. Los italianos, completamente sorprendidos por este ataque, huyeron en desbandada, en una huida que pronto degeneró en un caos de deserciones, amotinamientos y saqueos. Todo evidenciaba que el Ejército italiano se estaba derrumbando.

Udine, en donde se encontraba el cuartel general de Cadorna, había caído y parecía que Padua y Venecia podían correr la misma suerte. El río Piave se convirtió en la última barrera; allí resistieron las acometidas enemigas 300.000 soldados italianos. El general Armando Diaz, un militar muy estimado por sus hombres, fue nombrado comandante en jefe en lugar del odiado Cadorna.

Comenzó a llegar la ayuda urgente proporcionada por británicos y franceses, que ayudó a contener eficazmente la ofensiva austríaca.

La batalla de Caporetto finalizó el día de Navidad; las fuerzas

austrogermanas, pese a obtener ganancias territoriales, habían agotado su impulso y ahora solo les quedaba aguardar a la contraofensiva de los Aliados.

LUDENDORFF LANZA SU OFENSIVA

Con los austríacos atascados en su campaña contra Italia, y ante la amenaza de la llegada masiva de refuerzos procedentes de Estados Unidos, Alemania debía pensar muy bien su próximo movimiento. Ahora contaba con las tropas liberadas del frente oriental tras la defección de Rusia, pero la población germana estaba exhausta y no podía seguir manteniendo por mucho más tiempo el esfuerzo de guerra. El bloqueo marítimo impedía la llegada de alimentos desde el exterior, y la cosecha de cereal había caído a la mitad desde 1913. En 1917 habían surgido las primeras quejas expresadas públicamente, pero a principios de 1918 comenzarían a extenderse las huelgas en protesta por la hambruna.

Poco más se le podía exigir al pueblo alemán, que no solo había afrontado los sacrificios de la escasez de alimentos, sino que había pagado también un exorbitante precio en forma de sangre. Muchas familias habían perdido uno o varios miembros en el frente, y los mutilados de guerra comenzaban a ser un elemento omnipresente en las ciudades germanas. Ante esta situación, el parlamento alemán, el *Reichstag*, aprobó una moción a favor de una paz negociada. A esta demanda no era ajeno el temor a un contagio de la revolución bolchevique, que ya presentaba sus primeros síntomas con la creación, por parte de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, de la Liga Espartaquista, de carácter comunista.

Sin embargo, la presión que podía ejercer el *Reichstag* era mínima, puesto que su función era meramente decorativa en un régimen que era en realidad una dictadura militar dirigida por Hindenburg y Ludendorff. Pero los militares teutones no ignoraban la tensa situación social que, en caso de estallar, amenazaba con hacer saltar por los aires todo el sistema, con incalculables consecuencias. Así pues, había que actuar, y hacerlo rápidamente.

El primer esfuerzo debía estar dirigido a evitar la derrota como fuera, ya que sus efectos eran en ese momento tan impredecibles como inquietantes. Si se quería tener alguna opción de ganar la guerra, era necesario lanzar una gran

ofensiva, la última, antes de que comenzase a llegar el contingente estadounidense. Pero, naturalmente, existía un enorme riesgo si se malograba ese ataque. Así que Alemania se iba a jugar su destino a una sola carta, en un todo o nada que podía llevarla a la victoria o a la derrota.

Lo que no alcanzaron a ver los dirigentes alemanes fue que en ese momento no se estaba jugando una partida de cartas, sino más bien una partida de ajedrez, en la que el Imperio germano se encontraba en la desesperada posición del rey ahogado. Cualquier movimiento que realizaran con esta ficha comportaba un jaque mate. Su última ofensiva no podía desarrollarse bajo las pautas de la guerra de movimientos del verano de 1914 que les había llevado a las puertas de París, lo que dificultaba enormemente el alcanzar la deseada victoria decisiva. Pero optar por una estrategia puramente defensiva era también una decisión suicida, pues el factor tiempo corría a favor de los Aliados, cada día más fuertes.

En ese momento, la única salida posible para Alemania hubiera sido una apuesta decidida por alcanzar un armisticio, siguiendo las directrices recomendadas por el Reichstag. Franceses y británicos, cansados por las costosas ofensivas de 1917, quizás se hubieran mostrado receptivos ante una oferta de paz, pero el alto mando alemán, imbuido de su fanático militarismo, ni tan siquiera contemplaba esta posibilidad.

Ludendorff es el encargado de diseñar la gran ofensiva final.

En privado reconoce que, en el momento en el que las fuerzas estadounidenses estén desplegadas, la guerra estará irremediablemente perdida. Así que su plan es golpear primero. El traslado al frente occidental de 70 divisiones procedentes de Rusia, además de otras unidades procedentes de la Galitzia polaca o del frente italiano, supone disfrutar de una momentánea superioridad numérica, que es la que Ludendorff quiere aprovechar. Por estos medios, los ejércitos alemanes en el oeste se han reforzado con cerca de 570.000 hombres.

El plan de Ludendorff denota una gran astucia. Al estar al corriente de las diferencias entre los británicos y los franceses, decide explotarlas en su beneficio. Decide irrumpir en el sector de engarce entre ambos ejércitos, los casi 85 kilómetros entre Arras y La Fère, en el río Oise. Él sabe que los británicos darán prioridad a la defensa de los puertos del canal, mientras que los franceses prestarán más atención a la defensa de París. Los alemanes golpearán en ese sector, penetrando en forma de cuña y empujando a los

británicos hacia el norte, mientras que otra línea de ataque hará lo propio con los franceses hacia el sur. Encabezando el ataque estarán los grupos de asalto que tan buen resultado han dado en la última fase de la lucha en Rusia. Tienen la misión de adentrarse profundamente en las líneas enemigas, sorteando las fortificaciones y nidos de ametralladora, sin detenerse a esperar refuerzos y abriendo así el camino al grueso de las tropas. La ofensiva recibe el nombre en clave de Operación Michael, aunque también se la conocerá como la *Kaiserschlacht* (la batalla del Káiser).

Precedida por un bombardeo artillero en el que participaron 6.000 cañones, se lanza la ofensiva el 21 de marzo, tomando completamente por sorpresa a los Aliados gracias, en parte, a una espesa niebla matutina que oculta el avance alemán. Pero el ataque no se desarrolla como ha previsto Ludendorff; el avance al norte del Somme es contenido por los británicos, aunque al sur del río los alemanes sí que logran importantes avances. Aun así, Ludendorff no apuesta por poner todo el énfasis en esta progresión y persiste en intentar romper también el frente por el norte, iniciando al mismo tiempo un ataque contra Amiens. Al final, todo el ataque en el Somme queda detenido, pero las conquistas territoriales son las más grandes en el frente occidental desde 1914.



Las tropas alemanas se ponen en marcha para llevar a cabo la que tenía que ser la última y victoriosa ofensiva. Era la Operación Michael, impulsada por el general Ludendorff.

Los alemanes se encuentran ahora a 120 kilómetros de París. Desde esta posición bombardearán la capital francesa gracias a un prodigio de la técnica germana; el cañón *Káiser Guillermo* ^[27], creado por los ingenieros de la fábrica Krupp. Esta formidable pieza de artillería, con un calibre de 210 milímetros, está montada sobre vagones de ferrocarril, pesa 150 toneladas y dispara proyectiles que alcanzan la estratosfera en su trayectoria, antes de caer

sobre su objetivo. A las 8.20 de la mañana del 23 de marzo, el *Káiser Guillermo* efectúa el primer disparo de una salva que se prolongará hasta el mediodía. El balance de ese primer ataque es de diez muertos y quince heridos. Los bombardeos se repetirán en las semanas siguientes, a razón de unos siete proyectiles diarios.

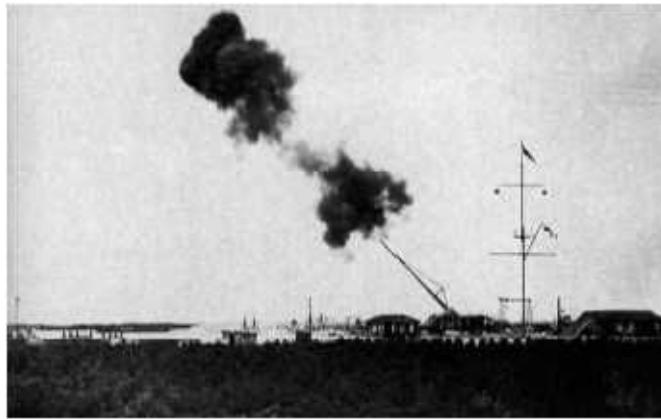
Los Aliados reaccionan ante la inesperada ofensiva germana colocando al mariscal francés Ferdinand Foch como comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas, con Haig y Pétain como subordinados. Esta mejora de la coordinación de las fuerzas franco-británicas será determinante para resistir el empuje teutón.

El avance del Ejército alemán, encallado en su camino a París, se reanuda el 9 de abril más al norte, en Flandes. El objetivo de Ludendorff es arrebatar los principales puertos del Canal de la Mancha (Boulogne, Calais y Dunkerque) a los británicos. El ataque, que se conocerá como Operación Georgette, se inicia contra una división portuguesa que refuerza el centro de las líneas británicas en el sector del río Lys. Los soldados lusos son arrollados, y los alemanes penetran nueve kilómetros en la línea aliada.

El 11 abril parece que nada podrá impedir que las tropas germanas se lancen en tromba sobre la costa del canal, pero al día siguiente Haig prohíbe a las unidades aliadas cualquier retirada, ordenando que cada posición sea defendida hasta el último hombre. Foch envía algunas divisiones francesas a auxiliar a los británicos, que logran detener el avance alemán cinco días más tarde, después de haber profundizado 18 kilómetros más. Tras sucesivos ataques y contraataques que no modifican significativamente la nueva línea del frente, Ludendorff decreta el fin de esta segunda ofensiva, al no haber conseguido su objetivo de alcanzar los puertos del canal, que continúan en manos británicas.

Ludendorff lanza su tercera y última ofensiva, la Operación Blücher, el 27 de mayo, en dirección a Reims. Las tropas germanas derrotan a franceses y británicos en las colinas del Chemin des Dames tras una aplastante preparación artillera ejecutada por 1.100 cañones y dos millones de proyectiles, que deja a los defensores sumidos en el estupor. Las aturcidas unidades aliadas no representan ya ningún obstáculo para las 36 divisiones germanas que son lanzadas hacia el río Marne, a donde llegan tres días más tarde, tras imponerse nuevamente a los Aliados en la Tercera batalla del río Aisne. Este ataque se ve acompañado de la reanudación del bombardeo de París con el cañón *Káiser Guillermo*, que había permanecido en silencio

durante casi un mes. El 27 de mayo, París encaja quince proyectiles.



El mítico cañón *Káiser Guillermo* disparando contra París en marzo de 1918. Esta colosal pieza de artillería suele ser confundida con el *Gran Berta*, un mortero que fue empleado en 1914 contra los fuertes de Lieja.

El éxito de este avance sorprende al propio Ludendorff, cuya capacidad para proporcionar a estas tropas comida y munición es limitada, al encontrarse a casi 150 kilómetros de los puntos de aprovisionamiento. Pero en ese momento surge un inesperado contratiempo que vendrá a acrecentar las dificultades para el alto mando alemán. Los soldados germanos, cansados de las agotadoras marchas, se lanzan a apagar su sed en las bien pertrechadas bodegas de esa afamada región vinícola. Las botellas de champán comienzan a correr de mano en mano, primero entre los soldados, pero pronto se unen a las francachelas los oficiales e incluso la policía militar.

El desorden se extiende por las antes bien disciplinadas filas teutonas. Por ejemplo, en la mañana del 30 de mayo, los vehículos alemanes que se dirigen al frente no pueden atravesar las calles de Fimes, al encontrarse obstaculizadas por los soldados que duermen la borrachera de la noche anterior. Debido a la poca predisposición de las tropas a seguir avanzando, la ofensiva se vuelve más lenta e incluso queda frenada en varios puntos.

El 4 de junio, la ofensiva es detenida para tratar de recuperar la disciplina perdida y dar tiempo a que se despejen los beodos. En este momento, los alemanes cuentan con tres grandes cuñas introducidas en el frente aliado, pero no ha quedado cortada ninguna arteria ferroviaria y, además, la extensión de esas protuberancias invitan a peligrosos contragolpes aliados por los flancos. A ello hay que sumar el alto precio que los alemanes han pagado por esos avances; cerca de 800.000 hombres. Mientras el contingente germano no para de disminuir, el frente aliado se ve reforzado con el aporte diario de alrededor de 10.000 soldados norteamericanos.

Este *impasse* es aprovechado por los Aliados para lanzar tímidos zarpazos, que culminarán con un importante contraataque el 18 de julio en Château Thierry. El concurso de las tropas norteamericanas, que demuestran un valor inusual en el campo de batalla, es fundamental para hacer retroceder a los alemanes, al igual que la utilización de grandes concentraciones de tanques ligeros y el empleo de la aviación.

La iniciativa pasa a partir de ese momento a manos aliadas. Para su siguiente ataque, los Aliados escogen de nuevo el frente al norte y al sur del río Somme, igual que en 1916, en una operación que se conocerá ahora como la Ofensiva de Amiens. Los británicos, junto a fuerzas australianas y canadienses, golpean a los alemanes con la máxima sorpresa el 8 de agosto, empleando en el ataque más de cuatrocientos tanques. Ante tal avalancha, unos 15.000 alemanes se rinden rápidamente, mientras que algunas unidades abandonan la lucha sin oponer resistencia. Cuando las noticias del desastre llegan a Ludendorff, el abatido general califica ese 8 de agosto como «el día negro del Ejército alemán». Probablemente, ese día Ludendorff tuvo ya el convencimiento de que la guerra estaba perdida. En la jornada siguiente, el *Káiser Guillermo* dispararía su último obús contra París. Los Aliados no encontrarían nunca los restos del colosal cañón. Se cree que fue enviado de regreso a Alemania para ser fundido.

Aplastando las débiles defensas germanas, los tanques aliados permiten un avance sostenido durante cuatro días, haciendo buenas las conclusiones extraídas tras la batalla de Cambrai. Al sur del saliente alemán, los franceses lanzan también un exitoso ataque.

Aun así, los alemanes logran recomponer sus defensas; el 12 de agosto se detiene la ofensiva aliada, tras causar a las fuerzas germanas más de 70.000 bajas y capturar 33.000 prisioneros.

El ataque aliado se reanuda el 21 de agosto. Ludendorff ya no cuenta con reservas y ordena un repliegue táctico que va tomando todo el aspecto de una retirada general. Este retroceso conducirá a los alemanes a finales de mes hasta la Línea Hindenburg, desde donde habían emprendido la Operación Michael el mes de marzo anterior.

En esas mismas fechas, los norteamericanos atacan al sur, en el sector de Verdún; Ludendorff comienza también a retirar tropas del saliente de Saint Mihiel, en poder de los alemanes desde 1914, para evitar que queden cercadas. El día 16 este saliente es reducido, cayendo 15.000 prisioneros en

manos aliadas.

La evidencia de la debilidad alemana lleva a Foch a buscar la victoria ese mismo otoño, sin postergarla hasta una futura ofensiva en 1919, como estaba inicialmente previsto. El resultado será la denominada *Grand Offensive*, iniciada el 26 de septiembre y llevada a cabo simultáneamente por el Cuarto Ejército francés en Champaña, el Cuarto Ejército británico en Ypres y la Línea Hindenburg, y la Fuerza Expedicionaria Americana en la región de Mosa-Argonne, al norte de Verdún. La intención de Foch es que al menos uno de estos ataques consiga la tan soñada y tantas veces frustrada ruptura.

La *Grand Offensive* se inicia con una descomunal preparación artillera británica, para la que concentran una pieza por cada tres metros de frente, que escupen en conjunto 1.300.000 proyectiles a lo largo de una semana. Los alemanes, abrumados por esta devastadora potencia de fuego, empiezan a tener la sensación de que ya no podrán resistir la presión aliada por más tiempo.

El episodio más célebre de esta ofensiva lo protagonizan en el bosque de Argonne los jóvenes soldados norteamericanos del 308 Batallón de la 77 División. El 2 de octubre, medio millar de hombres, cargando a la bayoneta, arrollan a las defensas germanas de su sector y avanzan con decisión a través del bosque, desconociendo que las tropas que deben proteger sus flancos han quedado atrás. Aislados en un claro del bosque, tras las líneas enemigas, los soldados norteamericanos resistirán las feroces embestidas de las tropas alemanas durante cinco largos y espantosos días. Sin comida, agua ni munición, son sometidos a continuos asaltos y bombardeos, incluyendo uno de la artillería norteamericana por error. La titánica resistencia de esta unidad, que pasará a la Historia como el Batallón Perdido, desespera al Alto Mando germano, incapaz de extraer esa espina alojada en su costado. El ejemplo de esos sacrificados hombres espoleará al resto de sus compatriotas, con los que solo pueden comunicarse mediante palomas mensajeras. Finalmente serán rescatados, proporcionando así un decisivo impulso a la ofensiva, que había quedado estancada. El valor heroico de aquellos soldados permanece en la memoria colectiva estadounidense.

Los resultados de la Ofensiva de Mosa-Argonne no son los deseados por los Aliados, al convertirse en una batalla de desgaste; sin embargo, este consumo de munición y el intercambio de bajas —unas 120.000 por bando— pueden ser sostenidos por los norteamericanos, pero no así por los alemanes, que ya están agotando sus últimos recursos de hombres y material. Por su

parte, ni franceses ni británicos logran romper definitivamente el frente; el avance francés queda detenido en el Aisne y los británicos, tras superar las defensas germanas, no pueden perseguir a los alemanes lo suficientemente rápido como para poner en peligro su retirada.

No obstante, la penetración aliada en la Línea Hindenburg ataca los nervios del mando supremo alemán. Si cede esa precaria resistencia, que aún se mantiene a duras penas, los aliados irrumpirán como una riada incontenible en territorio teutón. Los síntomas de desmoronamiento del Ejército germano que llegan desde todos los puntos del frente son alarmantes. El hundimiento militar amenaza con arrastrar en su caída a todo el régimen imperial. El final está muy próximo y hay que actuar con prontitud para impedir que los efectos de la inminente derrota sean totalmente incontrolables. El propio Ludendorff, admitiendo su fracaso, remite una nota al Ministerio de Asuntos Exteriores en la que le insta a «iniciar inmediatamente las negociaciones de paz».

La única esperanza alemana se basa en los *Catorce Puntos* de Woodrow Wilson, que el presidente norteamericano había hecho públicos en un discurso el 8 de enero de 1918. En esta bienintencionada y algo ingenua propuesta, Wilson planteaba la retirada de los territorios conquistados y un llamamiento a las autodeterminaciones nacionales, además de la libertad de navegación y la eliminación de las barreras económicas. Los alemanes confían en que una negociación en base a las ideas de Wilson pueda proporcionarles una paz con cierto honor.

El 3 de octubre es designado un nuevo canciller, el príncipe Maximilian de Baden, en sustitución de Georg von Hertling, que había sido un títere en manos de Ludendorff y Hindenburg. El flamante canciller es internacionalmente conocido por su moderación y honorabilidad, lo que le convierte en la persona idónea para dar una pátina de sinceridad al nuevo rumbo emprendido por Berlín, marcado por un impostado deseo de paz.

Esa misma noche es remitida al presidente norteamericano una solicitud alemana en la que se pide un armisticio y la apertura de negociaciones tomando como partida los *Catorce Puntos*. Las condiciones expuestas en la respuesta de Wilson del 8 de octubre son aceptables por los alemanes, que así lo comunican el 14 de octubre, pero el hecho de que los norteamericanos pongan sobre el tapete nuevas condiciones para el alto el fuego exaspera al alto mando teutón, que empieza a creer que se ha precipitado en su propuesta de armisticio y que quizás sea mejor volver al viejo modo prusiano de resolver las cosas.

En ese momento, las esperanzas de ofrecer resistencia al avance aliado han renacido. Como la masiva ruptura aún no se ha producido pese a la debilidad alemana, Ludendorff sigue apostando por un armisticio, aunque ahora para ganar tiempo de cara a un reagrupamiento en las fronteras germanas, con el fin de organizar una resistencia a ultranza. El militarismo alemán se obstina en no admitir la derrota.



Tropas estadounidenses en dirección al frente, en septiembre de 1918. Los Aliados han tomado la iniciativa, mientras los alemanes pierden posiciones en toda la línea de frente. El final de la guerra está cerca.

Pero la opinión pública germana no comparte ese obcecado criterio. Hambrienta, depauperada y, por si fuera poco, afectada por la epidemia de gripe que comienza a extenderse por el mundo, la población alemana solo desea que la guerra termine cuanto antes, aunque eso signifique que su nación tenga que aceptar términos de paz desfavorables.

El intercambio de notas entre Berlín y Washington denota que las esperanzas germanas de una paz sin precio son infundadas.

Wilson está dispuesto a abogar por un armisticio, pero las condiciones

deben ser tales que incapaciten a Alemania para la reanudación de hostilidades. Esto imposibilita los planes de Ludendorff para retomar más tarde la lucha, por lo que se niega a aceptarlas. Pero la situación ya no está bajo su control y el 26 de octubre es obligado por el káiser a dimitir, aconsejado este último por el canciller. Al día siguiente, Berlín acusa recibo de la nota norteamericana. Wilson comienza ahora a persuadir a sus aliados para que accedan a un armisticio y a abrir negociaciones de paz.

Mientras tanto, Alemania se desliza rápidamente por la pendiente de la revolución. Estalla un motín de 600 marineros en Kiel el 29 de octubre, como reacción a las órdenes del mando naval de que la Flota Alemana de Alta Mar partiera hacia el Mar del Norte para una batalla definitiva contra los británicos. Aunque las tripulaciones de los submarinos permanecen leales, el motín de las tripulaciones de los barcos de superficie se extiende a otras unidades de la flota, convirtiéndose en una insurrección armada el 4 de noviembre, en la que participan ya 100.000 marineros de diez puertos distintos.

Los amotinados se hacen con el mando de los barcos y asumen el gobierno de las ciudades, exigiendo el fin inmediato de la guerra.

Estallan graves disturbios en Hamburgo y Bremen. Por todo el país se forman consejos de soldados y obreros copiados de los soviets rusos, y la noche del 7 al 8 de noviembre Baviera se proclama independiente. La nobleza alemana comienza a huir del país, temiendo el estallido de una revolución en toda regla.

Por otra parte, las noticias que llegan de los aliados de Alemania no pueden ser peores. Bulgaria había acordado un armisticio el 30 de septiembre, tras ser derrotada por la gran fuerza internacional conocida como el Ejército Aliado de Oriente; en la batalla del río Vadar, las fuerzas búlgaras se habían derrumbado ante la acometida encabezada por los serbios. El 30 de octubre, después de perder Damasco, Beirut y los pozos petrolíferos de Mesopotamia, es Turquía la que decide abandonar la lucha, aceptando que Constantinopla sea ocupada por las potencias vencedoras.

El 3 de noviembre, los austrohúngaros deponen también las armas, incapaces de resistir el ataque combinado de las fuerzas italianas, británicas y francesas. En octubre se había dilucidado la batalla de Vittorio Veneto, tras la cual los anglo-británicos habían establecido dos cabezas de puente en la orilla austríaca del río Piave.

Quedaba lejos el arrollador empuje demostrado por los austrogermanos un año antes en la batalla de Caporetto. La derrota austrohúngara alimentaba ahora las tensiones étnicas entre los diversos grupos que convivían dentro del Imperio, que amenaza con desmoronarse por completo de un momento a otro.

El 7 de noviembre, en este ambiente de extrema confusión, los alemanes envían una señal de radio a París anunciando su predisposición a aceptar un armisticio. Esa misma noche, una comitiva de cinco vehículos, en la que viaja el general alemán Detlef von Winterfeldt y el político de centro Mathias Erzberger —que había sido nombrado jefe de la misión del armisticio por el Consejo de Ministros—, llega a las líneas francesas enarbolando una bandera blanca.

La delegación alemana es conducida a Rethondes, en el Bosque de Compiègne, donde se encuentran cara a cara con el mariscal Foch y son informados de los términos de paz de los Aliados.

Las condiciones para el armisticio son muy duras, lo que supone un lesivo golpe al orgullo alemán. Se exige a Alemania que evacue no solo Bélgica, Francia y Alsacia-Lorena, sino también todo el resto de la orilla occidental del Rin, debiendo neutralizar la orilla oriental del río entre Holanda y Suiza, permitiendo a los Aliados la creación de tres cabezas de puente. Las tropas alemanas en África del Este —que aún resisten comandadas por el irreductible Von Lettow— deben rendirse. Los ejércitos alemanes del este de Europa han de retirarse a las fronteras anteriores a la guerra. Los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest deben ser anulados. Los alemanes tienen que liberar a todos los prisioneros de guerra en su poder y entregar a los Aliados una ingente cantidad de material de guerra, incluyendo 5.000 cañones pesados, 30.000 ametralladoras, 1.700 aviones, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones de ferrocarril. Foch advierte que estas condiciones son inalterables, concediendo a la delegación alemana 72 horas de plazo para pronunciarse.

La situación interna de Alemania no deja otra opción que aceptar esas condiciones draconianas, muy alejadas de una «paz con honor». Ante las fuertes presiones a las que se ve sometido, tanto desde la calle como por el propio gobierno, el káiser se ve obligado a abdicar, buscando refugio en la neutral Holanda. La dinastía de los Hohenzollern cae, proclamándose la república. El peligro de que triunfe la incipiente revolución requiere ahora la plena atención del Ejército, por lo que es necesario cerrar el armisticio cuanto antes.

Para Hindenburg, el enemigo ya no está en los campos de batalla, sino en el interior de sus fronteras.

A las 2.15 de la madrugada del 11 de noviembre, Erzberger se sienta frente a Foch y expresa su intención de aceptar el armisticio en nombre de Alemania. Después de que Foch acceda a modificar algún detalle insignificante de las condiciones, como la cantidad de ametralladoras que podrán quedar en manos germanas —necesarias para sofocar los disturbios— el representante alemán se aviene a firmar. Son las 5.12 de la mañana cuando Erzberger estampa su rúbrica en el documento. Queda estipulado que el armisticio entre en vigor a las once de la mañana de ese mismo día.

La noticia del alto el fuego se propaga con gran rapidez, tanto por las líneas aliadas como por las alemanas. Pero durante esas casi seis horas de espera hasta las once, las armas no callarán. Cerca de Verdún, la batería del capitán de artillería del Ejército norteamericano Harry Truman, que después sería el presidente que conduciría a su país a la victoria final en la Segunda Guerra Mundial, sigue disparando hasta un cuarto de hora antes de la hora fijada para el armisticio, probando unos proyectiles de largo alcance.

A falta de cinco minutos para las once, el general de brigada británico Bernard Freyberg dirige una carga de caballería en la localidad de Lessines. Más tarde escribirá una carta a Churchill afirmando: «Ha sido la mejor manera de acabar la guerra, persiguiendo alemanes por las calles». Freyberg recibirá una condecoración por esa última acción.



Portada del *New York Times* anunciando la firma del armisticio, el 11 de noviembre de 1918. Después de más de cuatro años de combates, la Gran Guerra ha terminado.

Pero esos lentos minutos anteriores al armisticio tienen también su ingrediente dramático. Cuando solamente faltan dos minutos para las once, un soldado canadiense del 28.º Batallón de Infantería de Nueva Escocia, George Price, destinado en la aldea belga de Villesur-Haine, a las afueras de Mons, se agacha para coger las flores que le ofrecen unos niños. Como gesto de confianza se quita el casco; ese momento es aprovechado por un francotirador alemán para volarle la cabeza. Se cree que Price fue el último muerto en combate de la Primera Guerra Mundial^[28].

En esos últimos instantes, a lo largo de todo el frente occidental, soldados y oficiales de ambos bandos permanecen impacientes con el reloj en la mano, esperando nerviosamente a que las manecillas alcancen las once. Durante el último minuto, un silencio expectante cubre todas las trincheras. Nadie se atreve ni siquiera a pronunciar una palabra, quizás por temor a atraer una última y fatídica bala.

Cuando las agujas de los relojes marcan por fin las once, un inusitado clamor surge de toda la línea del frente, desde la cordillera francesa de los

Vosgos al Canal de la Mancha. Hasta la retaguardia, a decenas de kilómetros de distancia, llegan los gritos de alegría de los soldados de primera línea. Posteriormente, algunos compararán lo que escucharon ese día con el de un lejano susurro que llegaba desde el horizonte; era el esperanzador sonido de la ansiada paz.

Capítulo 13

LA OCASIÓN PERDIDA

La Primera Guerra Mundial acabó aquel 11 de noviembre de 1918, pero a partir de ese día comenzaron a verse las devastadoras e irreparables consecuencias de tan colosal conflagración.

La primera, y más importante, fue el balance de víctimas. La pérdida de vidas humanas causada por el conflicto no tenía precedentes en la historia de la humanidad. De los 68 millones de hombres movilizados por todas las naciones contendientes, más de ocho millones murieron y unos veintiún millones resultaron heridos. Se calcula que, a lo largo de la contienda, cayeron diariamente en combate una media de 5.500 soldados.

Tras el armisticio, llegó el duro trabajo de localizar las tumbas en donde reposaban los cuerpos de los soldados muertos durante la guerra. Muchos de ellos eran totalmente irreconocibles y no existía ningún medio para conocer su identidad.

Un miembro de la Comisión de Tumbas de la Guerra, el teniente coronel británico Henry Williams, que había combatido en el Somme e Ypres, se puso al mando de 5.000 voluntarios con la misión de localizar e identificar los cuerpos que aún quedaban en los campos de batalla. Como ya era imposible conocer la identidad de muchos de ellos, Williams decidió que había que hacer algo para que sus seres queridos dispusieran de, al menos, un lugar en donde poder recordarlos. Así pues, tuvo la idea de elegir al azar a alguno de los cuerpos no identificados del frente occidental y enterrarlo en Londres, en representación de todos los soldados que carecían de tumba conocida.



Desfile de la Victoria celebrado en París el 14 de julio de 1919, con los mariscales Foch y Joffre al frente. Veinte años más tarde, Europa volvería a verse enfrentada en otra guerra, en la que serían las tropas alemanas las que desfilarían por los Campos Elíseos.

Tras algunas reticencias iniciales, la propuesta fue aceptada por el Ministerio de la Guerra. En otoño de 1920 se procedió a seleccionar por sorteo al que se convertiría en el «soldado desconocido», de entre cinco *candidatos* procedentes de los principales campos de batalla en Francia y Flandes, para que todos ellos estuvieran simbólicamente representados. El soldado elegido fue trasladado a Inglaterra por mar, en el destructor francés *Verdun*, dentro de un sarcófago de plomo.

A las once de la mañana del 11 de noviembre de 1920, exactamente dos años después de la entrada en vigor del armisticio, el «soldado desconocido» británico era objeto de un multitudinario funeral ante su tumba, en la abadía de Westminster.



Cementerio militar aliado en la población belga de Potijze, cerca de Ypres, en una imagen tomada en el periodo de entreguerras. Durante la guerra murió una media diaria de 5.500 soldados.

La idea original de Williams fue al final secundada por todas las potencias que participaron en la guerra. Los alemanes también quisieron honrar a esos soldados anónimos, enterrando en 1927 a veinte de ellos en Tannenberg y descubriendo en 1931 otro monumento al soldado desconocido en Berlín, en una antigua casa de guardia del siglo XIX de la avenida Unter den Linden.

Por su parte, el ejemplo británico impulsó a los franceses a implantar el mismo tipo de homenaje. Al año siguiente, en el mismo día y a la misma hora, bajo el Arco de Triunfo parisino se procedía a dar sepultura al «soldado desconocido» francés y se encendía la *llama eterna*, destinada a mantener perpetuamente su memoria^[29].

En cuanto a los millones de heridos causados por la contienda, algunos de ellos sanaron por completo, pero fueron muchos los que quedaron mutilados o aquejados de dolencias crónicas. La medicina realizó un gran esfuerzo para suplir la carencia de miembros con prótesis adecuadas, pero poco pudo hacer para aliviar los padecimientos psicológicos de los que habían sufrido neurosis

de guerra.

En Gran Bretaña, el país más avanzado en su detección y tratamiento, cifró en 50.000 los veteranos con graves alteraciones mentales a causa de los traumas vividos en el frente, lo que les impedía desarrollar una vida normal.

LA GRIPE ESPAÑOLA

A los muertos y heridos en combate durante la Primera Guerra Mundial hay que sumar las víctimas civiles, que podrían ser también unos ocho millones. El hambre y las enfermedades, además de las acciones de represalia, causaron estas muertes. Se calcula que, solo en Alemania y a causa del bloqueo impuesto por los Aliados, pudieron morir de hambre cerca de 800.000 personas.

Pero, como suele suceder, las desgracias nunca llegan solas. En 1918, cuando la humanidad estaba recontando los que iban a ser los últimos muertos provocados por la guerra, estalló una epidemia que rápidamente se extendió por todo el mundo.

Se trataba de la que sería conocida como «gripe española». El origen de este nombre venía dado por el hecho de que España, al haber permanecido neutral, no sufría los rigores de la censura informativa, como sí sucedía en los países contendientes. Los primeros datos sobre la enfermedad, que ya estaban preocupando seriamente a los gobiernos de esos otros países pero que por seguridad nacional impedían su publicación en la prensa, aparecieron en los diarios españoles, por lo que se creyó que este era el país en el que había surgido la epidemia. Luego se propaló la absurda leyenda de que el rey de España había fallecido a consecuencia de esta gripe, lo que terminó de consolidar el término.

En realidad se desconoce el foco de la enfermedad. Se cree que pudo haber surgido en algún lugar de Asia Central y que, a consecuencia de los movimientos militares, el virus se expandió por todo el planeta. La primera manifestación documentada fue en marzo de 1918, en Fort Riley, un campo del Ejército norteamericano en Kansas. Los supervivientes de este brote fueron enviados a Europa y allí propagaron la enfermedad. En unas pocas semanas, la gripe ya había sido detectada en regiones tan separadas entre sí como Alaska, el sur de África, el Amazonas o las remotas islas del Pacífico.

La naturaleza del agente contagioso sigue siendo hoy objeto de discusión

entre los científicos. Se cree que era un virus animal asociado a otro humano, y esta combinación mortal habría dado lugar a un virus capaz de dañar irremediablemente los pulmones, ofreciendo los síntomas de una fuerte gripe. Curiosamente, el virus atacaba a individuos jóvenes y sanos, en lugar de a la población con más riesgo de contagio en la gripe común, como los niños o los ancianos. De forma inexplicable, la epidemia desapareció en 1919 sin dejar rastro.

Si consideramos la epidemia de gripe de 1918-19 como una consecuencia directa de la guerra, la cifra total de muertos producidos por la Primera Guerra Mundial se elevaría, al menos, en unos veinte millones de personas más. De todos modos, la cifra real de víctimas de la epidemia nunca se esclarecerá, pues la mayoría se dieron en países en donde no se llevaban registros de los fallecimientos. Se cree que, solo en la India, causó 17 millones de muertos, por lo que algunos elevan el número total de víctimas a cien millones de personas.



Afectados por la epidemia de gripe española en un campo de entrenamiento militar del Ejército norteamericano en Iowa, en octubre de 1918. Esta pandemia produjo tantas víctimas como la propia contienda.

EL COSTE DE UNA GUERRA

Además de las pérdidas humanas, la contienda tuvo también su coste material, aunque calcular este precio, aun de forma aproximada, se antoja imposible. Solo en Francia, dos millones de hectáreas de terreno agrícola quedaron devastadas, así como medio millón de hectáreas de bosque. Si nos centramos solo en Francia, unos tres millones de hogares quedaron destruidos.

El endeudamiento de los gobiernos aliados para financiar la guerra, sobre todo con Estados Unidos, se desbocó totalmente. En 1934, los británicos dejaron de pagar sus préstamos cuando aún les quedaban por devolver a los norteamericanos 866 millones de libras de entonces, lo que equivaldría actualmente a 40.000 millones de libras (60.000 millones de euros). La suma de los préstamos concedidos por Washington a otros países durante la guerra sumaba en ese año otros 2.300 millones de libras.

Desde 1934 no se han vuelto a revisar estas deudas, pero tampoco han sido anuladas, por lo que, técnicamente, el endeudamiento provocado por la Primera Guerra Mundial sigue aumentando año tras año...

LA BÚSQUEDA DE LA PAZ

Las consecuencias políticas del conflicto de 1914-18 fueron trascendentales. El orden mundial sufrió un cambio espectacular.

Cuatro grandes imperios y sus respectivas dinastías —los Hohenzollern en Alemania, los Habsburgo en Austria-Hungría, los Romanov en Rusia y los Vahdeddin en Turquía— habían desaparecido.

Francia y Gran Bretaña se encontraban exhaustas tras cuatro años de guerra. Tan solo Estados Unidos salía de la guerra más fuerte que cuando había entrado, convertida en gran potencia mundial. Japón también había ganado confianza en sí misma y estaba dispuesta a iniciar una política expansionista en Asia y el Pacífico.

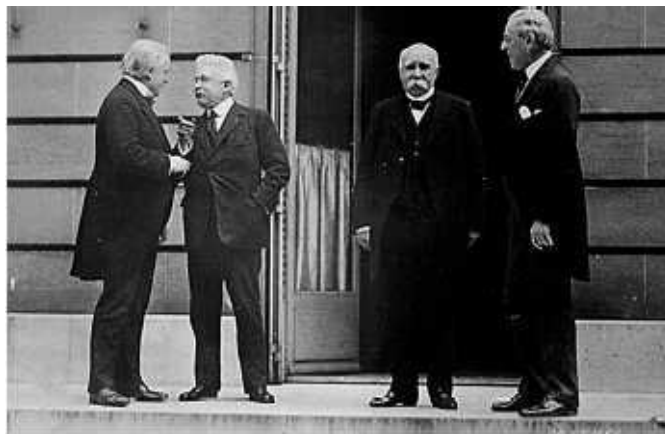
Pero con el armisticio del 11 de noviembre de 1918 no llegó la paz a Europa. Los rusos continuarían enzarzados en una guerra civil entre bolcheviques y rusos *blancos*, apoyados por las potencias occidentales. Este enfrentamiento acabaría en 1921 con la victoria del Ejército Rojo, consolidándose así el régimen comunista. Pero no todo habían sido éxitos para los bolcheviques; en abril de 1920, Polonia había lanzado un ataque contra Rusia, reclamando unos territorios con mayoría de población polaca. Los rusos cedieron a las exigencias polacas, pero el conflicto continuaría latente.

La inestabilidad también estaba extendida por toda Europa Oriental. Los estados surgidos de la desmembración del Imperio austrohúngaro —Austria, Checoslovaquia, Yugoslavia, Hungría y Polonia— no contenían grupos étnicos homogéneos, por lo que nacían incubando el germen del enfrentamiento mutuo. Sus gobiernos desconfiaban unos de los otros, y las políticas nacionalistas agresivas que llevaban a cabo no favorecían el necesario entendimiento para el progreso común.

Las nuevas corrientes políticas vendrían a añadir aún más carga explosiva al polvorín en que Europa se estaba convirtiendo por momentos. En Italia, los

camisas negras de Benito Mussolini emprendieron la Marcha sobre Roma el 28 de octubre de 1922, haciéndose con el poder. El triunfo del fascismo en Italia impulsaría otros movimientos similares en Alemania, Hungría o Rumanía.

La actitud de las potencias vencedoras tampoco ayudó a construir una Europa en paz y armonía. La conferencia de paz se abrió en París en enero de 1919, pero en la mesa de negociaciones solo pudieron sentarse los vencedores. Aunque eran treinta los países admitidos en las conversaciones, las decisiones importantes fueron tomadas por los «cuatro grandes»: el norteamericano Woodrow Wilson, el británico Lloyd George, el francés Georges Clemenceau y el italiano Vittorio Orlando.



El británico Lloyd George, el italiano Orlando, el francés Clemenceau y el estadounidense Wilson; los «cuatro grandes» encargados de tomar las decisiones importantes del Tratado de Versalles.

El Tratado de Versalles, firmado en julio de 1919, levantó un resentimiento en Alemania difícil de contener. Reducidas sus fronteras y su ejército —limitado a 100.000 efectivos y 4.000 oficiales, sin posibilidad de dotarse de tanques y aviones—, desposeída de sus colonias, condenada a pagar cuantiosas reparaciones de guerra y —lo más doloroso— obligada a admitir su responsabilidad en el estallido de la guerra, Alemania se consideró víctima de una injusticia histórica de la que sabría aprovecharse el partido nazi de Hitler para ganar adeptos^[30]. La leyenda de la «puñalada por la espalda», por la que el Ejército alemán no había sido vencido en los campos de batalla, sino por los sectores derrotistas de la población, fue abriéndose paso, renaciendo así el militarismo prusiano.

Por otro lado, la cortedad de miras de Francia, con su contraproducente insistencia en el cobro de las reparaciones pese a la fuerte crisis económica

que sufría Alemania, condenó al bienintencionado régimen democrático de la república de Weimar y abonó el terreno para la irrupción del nazismo, concediéndole argumentos para su posterior política internacional agresiva.

Otra disposición del Tratado de Versalles, la creación de la Sociedad de Naciones, pretendía promover el diálogo entre los pueblos y mediar en los conflictos. Desde su nacimiento, el 10 de enero de 1920, este organismo internacional, con sede en Ginebra, se vio incapaz de cumplir el papel que se le había encomendado, al prevalecer los intereses nacionales de sus miembros por encima de la búsqueda de una paz permanente. Además, al no disponer de medios militares, sus resoluciones estaban condenadas a quedarse en una declaración de buenas intenciones.

El primer golpe sufrido por este organismo vino precisamente de Estados Unidos, cuyo presidente había promovido su constitución. La opinión pública norteamericana regresó a las posiciones aislacionistas y eligió en los comicios presidenciales de 1920 al candidato republicano, Warren Harding, contrario a la política seguida por el demócrata Wilson. La consecuente salida de Estados Unidos de la Sociedad de Naciones dañó el prestigio de este foro internacional. Igualmente, la exclusión inicial de Alemania, Turquía y la Unión Soviética le restaría representatividad, pese a que estas potencias se incorporarían posteriormente.

Tras el Tratado de Versalles se firmarían cuatro tratados más, con las restantes Potencias Centrales. El Imperio austríaco se vería reducido a una minúscula república con la firma en septiembre de 1919 del Tratado de Saint Germain-en-Laye. En noviembre de ese mismo año sería Bulgaria la que vería menguado su territorio con el Tratado de Neuilly, a favor de Yugoslavia, Grecia y Rumanía. La inestable situación de Hungría se vería regulada por el Tratado de Trianon, en junio de 1920.

Finalmente, el Tratado de Sèvres repartiría en agosto de 1920 los despojos del Imperio otomano entre Francia e Inglaterra. Pero lo que las potencias occidentales no sabían es que este tratado se convertiría en un inagotable generador de conflictos, cuyas consecuencias son bien patentes casi un siglo más tarde. Siria y Líbano pasaban a manos francesas, mientras los británicos iban a administrar Palestina y Mesopotamia. La Declaración de Balfour de noviembre de 1917, por la que se establecía un Hogar Nacional Judío, introducía un nuevo factor de desestabilización en este complicado mosaico; en las dos décadas siguientes, medio millón de judíos llegarían a Palestina, lo que levantaría ampollas entre los árabes, resentidos por el incumplimiento de

las promesas británicas de un estado árabe independiente.

Sèvres establecía también una Armenia independiente, con lo que se pretendía resarcir al pueblo armenio del genocidio sufrido a manos de los turcos. No obstante, el principal valedor de esta decisión, Estados Unidos, había virado hacia el aislacionismo, lo que fue aprovechado en septiembre de 1920 por los turcos para, con la complicidad de los rusos, entrar en la nueva república armenia y conquistarla en seis semanas. La causa kurda tampoco encontró un valedor internacional; en Sèvres se les había concedido la autonomía y el derecho a separarse de Turquía, pero en este aspecto el tratado también pasó a ser papel mojado.

REIVINDICACIÓN DE DERECHOS

Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial no fueron solo políticas. La sociedad entera cambió por completo en esos cuatro años. Con los imperios y las dinastías derribadas pasaba también a la Historia un mundo anclado en los principios del pasado, que parecía inmutable, basado en los privilegios de clase y en la incuestionabilidad de un orden que entroncaba con tradiciones seculares. En su lugar irrumpía la sociedad de masas, en la que las clases populares reclamaban su participación en este nuevo orden, una exigencia que tuvo su expresión máxima en el auge del comunismo o del fascismo.

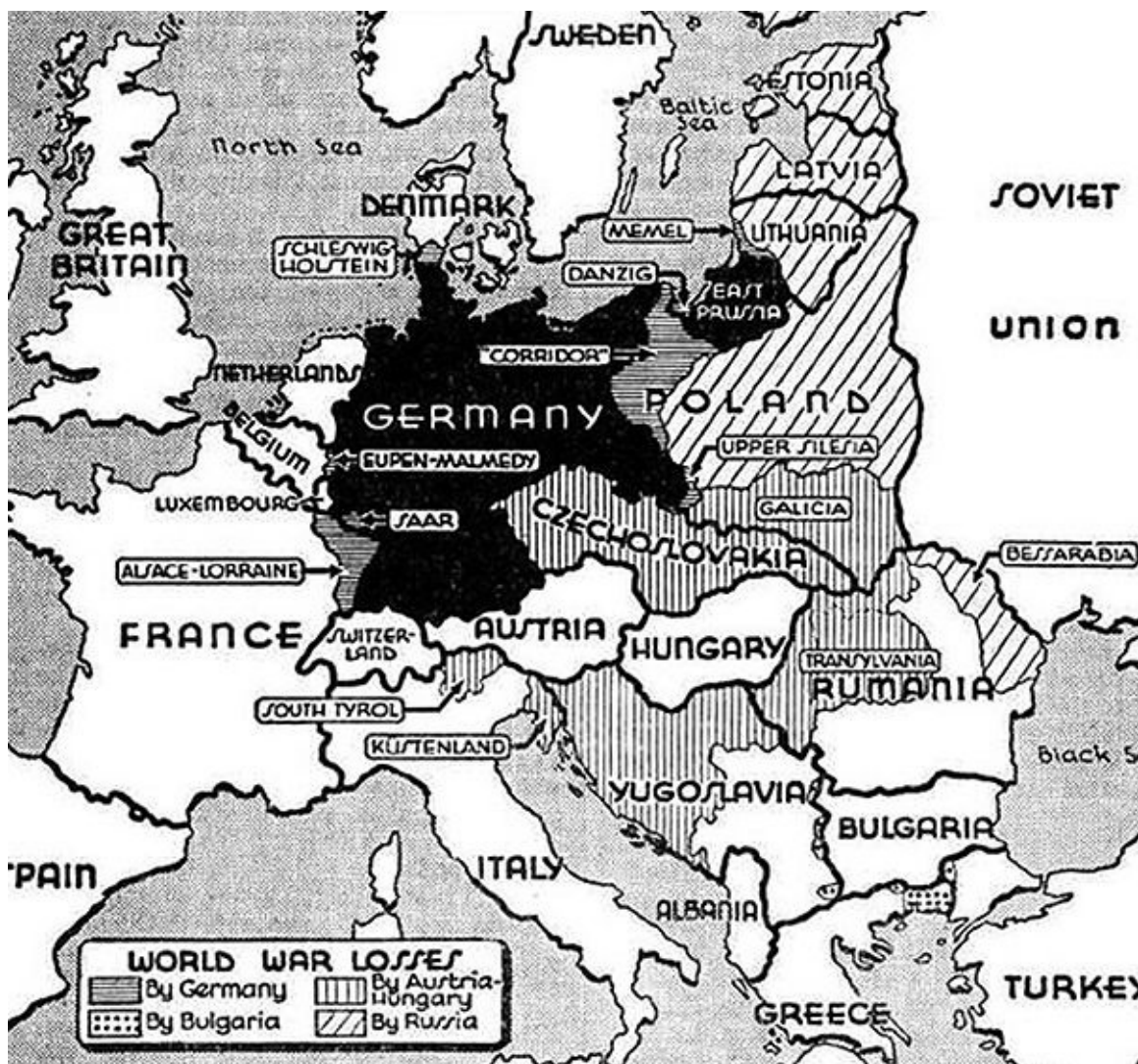
El final de la Primera Guerra Mundial supuso un aldabonazo en la conciencia de los sectores que hasta entonces habían desempeñado un papel dócil y complaciente en sus respectivas sociedades.

Los campesinos habían descubierto en el frente una conciencia política propia que les sacará de su ancestral individualismo, al igual que los obreros, que asumirán un papel decisivo en el devenir de cada país. Los trabajadores demandarán nuevos derechos y utilizarán su poder como arma de presión política, en un contexto de desempleo, inflación y caída de los salarios. Para todos ellos, la burguesía es percibida como la auténtica responsable de la guerra, lo que originará tensiones sociales que tendrán una difícil resolución.

Al igual que los obreros, los acompanyados indígenas que habían acudido a los campos de batalla europeos a defender a la metrópoli que les tenía sometidos eran ahora conscientes de su propia fortaleza. Las potencias coloniales no eran aún conscientes de ello, pero la contienda había servido para insuflar el deseo de independencia en sus vastos imperios. Llegada la paz con la victoria de los Aliados, los naturales de sus dominios consideraban que el precio de su sacrificada y decisiva ayuda no podía ser otro que la liberación de sus países de origen. No entendían que el principio de autodeterminación defendido por el presidente Wilson fuera válido para las naciones europeas pero no lo fuera para sus territorios. No obstante, estos deseos no se verían satisfechos en esa primera posguerra y deberían quedar postergados hasta

después de 1945.

La mujer, que había tenido que ocupar en las fábricas los puestos que habían dejado los hombres movilizados, tampoco estaba dispuesta ahora a regresar al papel pasivo que hasta entonces se había visto obligada a desempeñar. Sus ansias de independencia y autorrealización tendrían su reflejo en el mundo laboral, en la moda o en la política, con la reivindicación del derecho a voto. En Gran Bretaña, las mujeres obtendrían este derecho en 1918, pero en Francia no tendrían el mismo éxito en sus reivindicaciones, puesto que no lo alcanzarían hasta 1945. En cambio, la tradicional Turquía daría este importante paso en 1934.



Un mapa de la época refleja las pérdidas territoriales sufridas por las potencias centrales y Rusia. Estos cambios en el mapa europeo provocarían nuevos conflictos en el futuro.

UN NUEVO MUNDO

La Primera Guerra Mundial tuvo efectos espectaculares en el universo del arte y la cultura. Liberados ya por completo de las antiguas reglas, los creadores se aventuraron en un caleidoscopio de nuevas corrientes pictóricas, musicales, literarias o arquitectónicas.

El relativismo de Einstein no solo se aplicó a la física, sino también a todos los aspectos de la vida humana. La caída de los cuatro imperios europeos demostraba que no había nada inmutable, que todo podía cambiar, no existían ya principios absolutos y cualquiera podía poner en entredicho los dogmas que hasta ese momento habían permanecido incuestionables.

La vida diaria también dio un vuelco total. La idealización del apacible mundo rural y de la naturaleza dejó paso a la fascinación por la gran urbe, con sus estridentes sonidos y su ritmo frenético, siendo Nueva York el icono de los tiempos modernos. El cine se convirtió en un fenómeno social, al igual que el deporte; los nuevos héroes eran ahora los que podían contemplarse en las pantallas o en los estadios. La prensa y la radio eran los encargados de conformar la opinión pública en la nueva sociedad de masas. El fulgurante desarrollo de los medios de transporte, especialmente de la aviación, permitía viajar ahora de forma rápida y segura, acortando las distancias de un modo nunca visto hasta entonces. Se inauguraba así una nueva época a la vez dinámica y convulsa, en la que los cambios se sucedían a una velocidad vertiginosa.

Los cambios también afectaron al reparto del poder mundial. La vieja Europa entregó el testigo del liderazgo a la pujante Norteamérica, finiquitando así el dominio del continente europeo sobre el resto del planeta. A partir de entonces, las corrientes culturales y sociales llegarían del otro lado del Atlántico. En el este, la Unión Soviética comenzaba a desplegar lentamente su enorme potencial, lo que le permitiría décadas más tarde disputar la hegemonía mundial al gigante estadounidense. El conflicto de 1914-18 había alumbrado los trazos que definirían, para bien o para mal, el

siglo xx.

En el aspecto moral, el mensaje del pacifismo, impulsado entre otros por el filósofo inglés Bertrand Russell, parecía haber calado en toda la sociedad tras constatar la inutilidad de la carnicería a la que había asistido durante esos cuatro años. En la década de los veinte, el principio del desarme como garantía de la paz futura parecía firmemente asentado.

Pero tan solo una generación más tarde, la humanidad volvía a verse enfrentada en una nueva conflagración aún más trágica, la Segunda Guerra Mundial. Cincuenta millones de muertos en seis años demostraban que la lección dejada por la Gran Guerra —cuyo apelativo quedaba ahora superado— no había sido suficientemente clarificadora. Tras la contienda de 1939-45, nuevos conflictos vendrían a tomar el relevo de las interminables disputas humanas.

EPÍLOGO

a Primera Guerra Mundial cambió el mundo por completo.

L En solo cuatro años los mapas políticos habían quedado obsoletos, la vida cotidiana se había visto transformada y habían surgido nuevas referencias sociales y culturales. Atrás había quedado un universo tradicional que parecía superado para siempre.

Pero, paradojas de la Historia, la caída del Muro de Berlín en 1989 supuso, en cierto modo, un inesperado regreso al mundo de 1914. Como si la humanidad se hubiera despertado de un largo sueño de siete décadas, de repente resucitaban los viejos conceptos geopolíticos que habían sido barridos por el vendaval de la contienda.

Los mapas que habían quedado desechados en 1918 recobraban un inesperado interés, al resurgir con fuerza aquellos nombres que eran pronunciados en las viejas clases de geografía. Yugoslavia, el país que había nacido para reunir a todos los pueblos eslavos, se desvanecía, surgiendo en su lugar varias naciones independientes.

Reaparecía en el teatro europeo la díscola Serbia, eterno centro de conflictos. La capital bosnia, Sarajevo, volvía a convertirse en un punto de grave tensión internacional. El último capítulo lo protagonizará Montenegro, que recobrará en 2006 la independencia de que disfrutaba en 1914. Checoslovaquia también desaparecía, en este caso pacíficamente, para dividirse entre la República Checa y Eslovaquia.



El marino Kenneth Cummins, fallecido en 2006, fue el último veterano británico de ambas guerras. Tanto en una como en otra sirvió en mercantes artillados. En la Segunda Guerra Mundial sobrevivió al hundimiento de su barco, torpedeado por un submarino.

Las nacionalidades que habían quedado aplastadas bajo el régimen comunista ruso nacido durante la guerra resurgían tras conservar intacta su identidad. Lo mismo ocurría con la Rusia de los zares, que reaparecía en la extinta Unión Soviética a través de la recuperación de sus símbolos, como la antigua bandera. Incluso se daba un intento —anecdótico, eso sí— de recuperar la esencia del Imperio austrohúngaro, con la candidatura conjunta de Austria y Hungría para organizar la Eurocopa de fútbol de 2004.

Esta reaparición de la Europa que quedó atrás con la Primera Guerra Mundial no ha de llevar a pensar que este conflicto se limitó a abrir un largo paréntesis en la corriente de la Historia. Muchos de los problemas que padece el mundo actual provienen directamente de las *asignaturas pendientes* dejadas por la contienda. El punto más *caliente* del planeta desde hace décadas, Oriente Medio, sufre inestabilidad crónica debido a la pésima resolución del desmembramiento del Imperio otomano, realizado a golpe de escuadra y

cartabón sin tener en cuenta las identidades de los pueblos que lo componían. De su división artificial, en función únicamente de los intereses de las potencias vencedoras, surgió el contencioso árabeisraelí, la endémica guerra civil del Líbano, las aspiraciones nunca satisfechas de armenios y kurdos o los conflictos internos de Irak.

Pero las consecuencias de aquel conflicto también pueden advertirse en el continente europeo. Cada año, unas 300 toneladas de municiones de la Primera Guerra Mundial son descubiertas durante la construcción de edificios o tareas agrícolas. Por ejemplo, en junio de 2001, la totalidad de los habitantes de la localidad francesa de Chatelet-sur-Retourne tuvieron que abandonar sus casas para que los artificieros pudieran retirar 170 toneladas de obuses alemanes que habían sido encontrados en el subsuelo. La cantidad de bombas que quedan sin explotar en lo que entonces era el frente occidental es tanta que se calcula que, al ritmo actual, se tardarán aún siete siglos en localizar y desactivar por completo esta munición perteneciente a la Gran Guerra.



El soldado Harry Farr fue fusilado por cobardía en 1916. Noventa años más tarde, gracias a la insistencia de sus familiares en rehabilitar su memoria,

fue perdonado a título póstumo por el Parlamento británico.

Pero el problema es mayor cuando se trata de proyectiles con carga química. En abril de ese mismo año, la población de Vimy tuvo también que ser evacuada para poder trasladar 55 toneladas de armas químicas deterioradas hasta un campamento militar. La neutralización de munición tóxica, que suele ser imprudentemente almacenada al aire libre, supone una cuestión de difícil resolución para los gobiernos francés y belga, por lo que se han estudiando medidas como la construcción de plantas industriales dedicadas en exclusiva a este cometido.

Pese al tiempo transcurrido, la Primera Guerra Mundial está siempre presente en el recuerdo del pueblo británico. Los que en ella combatieron son considerados héroes, y más aún los que tuvieron que luchar en las dos guerras mundiales; es el caso del marino Kenneth Cummins, el último veterano de ambos conflictos, que falleció el 10 de diciembre de 2006 a los 106 años, tras recibir todo tipo de homenajes.

El Parlamento británico no es ajeno al respeto y la admiración que despiertan los que lucharon en aquella contienda. En septiembre de 2006, este órgano, a petición del secretario de Defensa, concedió el perdón a 306 soldados que fueron ejecutados por cobardía durante la Primera Guerra Mundial. La decisión se tomó después de que sus descendientes iniciaran una petición pública por el perdón, aduciendo que los soldados sufrían de estrés postraumático o «neurosis de guerra» tras varios meses de combates sin descanso, y que esa fue la razón por la que se negaron a regresar a la línea de frente. La campaña reivindicativa fue conducida por la anciana hija de uno de aquellos soldados, Harry Farr, quien fue fusilado por cobardía a la edad de 25 años en 1916, tras servir en las trincheras de Francia desde 1914. Un caso similar ocurrió en Nueva Zelanda en el año 2000, y el gobierno accedió a perdonar a cinco hombres que habían sido ajusticiados por el mismo motivo.

Los diputados franceses también tuvieron que pronunciarse en octubre de 2006 sobre un caso relativo a la Primera Guerra Mundial, pero en esta ocasión sobre el genocidio armenio. La ley aprobada por el Congreso galo preveía castigar con penas de cárcel la negación del exterminio del pueblo armenio a manos de los otomanos durante la contienda. De este modo se complementaba una resolución de enero del 2001, por la que se reconocía la existencia de este genocidio. La decisión de los representantes franceses indignó al gobierno turco, que calificó la aprobación de esta ley como «vergonzosa» y de «acto hostil» contra el país.

Pero quizás hay que extraer también una consecuencia positiva del drama de la Primera Guerra Mundial. Aquel derramamiento de sangre sirvió al menos para comprender que los conflictos entre naciones no pueden ni deben resolverse por la fuerza. Aquella lección se demostró insuficiente, y tuvo que verse reforzada por la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, pero el continente europeo supo después estrechar sus lazos para impedir que se volviera a vivir un episodio similar.

El 22 de septiembre de 1984, los presidentes de Francia y Alemania, François Mitterrand y Helmut Kohl, se daban la mano en Verdún, sellando simbólicamente la reconciliación entre ambas naciones, precisamente en el mismo escenario en el que se habían enfrentado de forma tan virulenta. El valor de ese gesto perduró, y hoy podemos ver a los antiguos enemigos compartiendo una bandera y una moneda común, algo que se antojaba una utopía en aquellos años.

Como vemos, la Primera Guerra Mundial no se encuentra confinada en un ajado libro cubierto de polvo, relegado a una vieja estantería. La historia de este conflicto figura en un volumen de plena actualidad, que hemos de tener abierto ante nosotros si queremos comprender mejor nuestro presente.

LUGARES DE INTERÉS

Como complemento a una primera aproximación a la Primera Guerra Mundial, no hay nada más indicado que visitar algunos de los lugares en los que esta tuvo lugar.

Pese al tiempo transcurrido, aún es posible sumergirse en aquella época acudiendo a los campos de batalla, en donde son claramente visibles las consecuencias dejadas por la contienda.

El interés por los escenarios fue inmediato después de la guerra.

Ya en 1919, Michelin editó una guía en la que se mostraban fotografías de los campos de batalla y los cementerios. En los años siguientes llegó a surgir una floreciente industria turística para corresponder a la enorme demanda; eran muchos los que viajaban en busca de la tumba de un familiar o del escenario en el que este había combatido.

Tuvieron especial éxito los recorridos que podían realizarse por Francia, Bélgica o el norte de Italia, pero otros países como Yugoslavia, Polonia o Turquía también facilitaron el acceso de los visitantes. En la mayoría de estos sitios se erigieron monumentos dedicados a los caídos.

Hoy, buena parte de los vestigios de la Gran Guerra han desaparecido, sobre todo a consecuencia de la expansión urbanística, pero en la actualidad se están impulsando iniciativas para recuperar aquellos testimonios, atrayendo así el turismo. Así pues, hay que aprovechar las facilidades que brindan esas regiones en forma de guías, alojamiento y rutas programadas para conocer de primera mano los escenarios de la contienda.

También hay que tener en cuenta el papel que juegan los museos. En ellos pueden encontrarse documentos y objetos de gran interés histórico, así como exposiciones monográficas, que pueden ser muy útiles para comprender lo que pensaban y sentían los protagonistas de aquel conflicto.

FRANCIA

Los recuerdos de la Primera Guerra Mundial en territorio francés son inabarcables. Abundan los cementerios militares, así como los campos de batalla que aún conservan indicios de los combates.

Sería imposible referir aquí todos los puntos de interés para el visitante: Chemin des Dames, Cambrai, Artois, Arras...

Pero hay dos lugares especialmente significativos, Verdún y el Somme, cuya visita puede bastar para hacerse una idea del desmesurado coste humano que supuso el conflicto en suelo galo. Verdún, para los franceses, y el Somme, para los británicos, se han convertido en los símbolos de aquel colosal sacrificio.

VERDÚN

La región francesa de Alsacia y Lorena ha desarrollado en los últimos años un *turismo militar* que tiene como focos de atracción algunos de los escenarios en los que se desarrolló la Primera Guerra Mundial. Fortificaciones, torres defensivas, cementerios militares y antiguas líneas de trinchera sirven de reclamo para este tipo de turismo, que incrementa su número de visitantes cada año. Solo en Verdún, anualmente se dan cita más de 600.000 visitantes.



El Osario de Douaumont contiene los restos de 130.000 soldados sin identificar, tanto franceses como alemanes, muertos en la Batalla de Verdún.

Le Mémorial de Verdun, levantado en plena línea del frente en Fleury-devant-Douaumont, recuerda el calvario sufrido por los soldados en esta larga y cruel batalla. El principal monumento es el **Osario**, situado a un centenar de metros del fuerte de Douaumont.

En este lugar ya existía recién terminada la guerra un osario provisional que acogía los restos de 130.000 soldados, tanto franceses como alemanes. Pero el obispo de Verdún impulsó una cuestación popular para proporcionarles una sepultura digna. Esta iniciativa tuvo un gran éxito, llegando también donaciones del extranjero. La construcción se inició el 22 de agosto de 1920. Los restos de los combatientes fueron transferidos al nuevo monumento en 1927, aunque este no quedaría finalizado hasta el 7 de abril de 1932, cuando fue inaugurado oficialmente.

El Osario es un edificio de 137 metros de largo, en el que destaca una impresionante torre de 46 metros de altura, en forma de proyectil. En el interior hay 18 pares de tumbas. Al lado de ellas hay una placa en la que se indica la zona en la que fueron recogidos los restos correspondientes a cada

una de ellas. La losa de estas tumbas cubre un profundo cofre de 18 metros cúbicos que contiene dichos restos. El problema surgió cuando de algunos sectores se recogieron más huesos de los que cabían en los cofres, por lo que se excavaron otras dos tumbas de 150 metros cúbicos, situadas en los extremos del claustro, para albergarlos. En total, el volumen de restos humanos enterrados en el Osario es de 948 metros cúbicos, es decir, lo que podría contener un edificio de treinta metros de lado y diez pisos de altura. Si se sube a la torre, se disfruta de una excepcional panorámica sobre el campo de batalla. Enfrente del Osario se extiende el Cementerio Nacional Francés, en donde se hallan las tumbas de 15.000 soldados galos, marcada cada una con una cruz blanca.

En la misma zona que el osario se encuentra el *Mémorial Musée de Verdun*, alojado en la antigua estación de ferrocarril de Fleury. Este interesante museo, perteneciente a una fundación privada, fue inaugurado en 1967. Muestra uniformes, armamento y munición empleados en la batalla, y atrae al público en gran número, unos 250.000 visitantes anuales.



En Meuse-Argonne se encuentra el mayor cementerio norteamericano en Europa, con casi quince mil tumbas, por encima del situado junto a la playa

de Omaha, en Normandía.

Ya en la propia ciudad de Verdún, en la céntrica Rue Mazel, se levanta el *Monument à la Victoire et aux Soldats de Verdun*, construido en 1929. En su cripta se encuentra expuesto un libro que contiene los nombres de todos los soldados que participaron en la batalla.

A 42 kilómetros al noroeste de Verdún puede visitarse el **cementerio militar norteamericano de Meuse-Argonne**, el más extenso de esta nacionalidad en Europa. Se extiende sobre 52 hectáreas y contiene las tumbas de 14.246 soldados, mientras que los cementerios de la Segunda Guerra Mundial situados en Normandía acogen en su conjunto 9.386. A diez kilómetros al sur del cementerio se levanta una columna solitaria sobre las ruinas del pueblo de **Montfaucon**, escenario de la exitosa ofensiva de Meuse-Argonne del otoño de 1918. Esta columna dórica de granito, rematada con una estatua que representa la libertad, fue erigida por los estadounidenses para conmemorar esa valiosa victoria. Otros cementerios en donde reposan restos de soldados norteamericanos son los de **Cheppy** y de **Varennes**.

El recorrido por esta región puede complementarse con una visita a la **Línea Maginot**, construida después de la contienda precisamente para evitarles a los soldados las penalidades de una nueva guerra de trincheras. Construida tras la Primera Guerra Mundial para proteger, en vano, a Francia de un nuevo ataque alemán, se ha convertido en una gran atracción turística, con unos 250.000 visitantes de media cada año.

Esta línea fortificada, que debe su nombre a un ministro de la Guerra que luchó en las trincheras, se extiende a lo largo de 400 kilómetros, tachonada con unos 2.000 búnkeres y casamatas unidos entre sí por galerías subterráneas.

El punto más destacable de la Línea Maginot en Alsacia es el fuerte de **Schoenenbourg**, a 11 kilómetros de Wissembourg; es una pequeña ciudad subterránea que cuenta con dormitorios para 600 hombres, cocinas, una fábrica y el puesto de mando. En Lorena se puede visitar el fuerte de **Simserhof**, cerca de Bitche. Durante la visita a este fuerte, los turistas, sentados en vehículos automatizados, exploran los 800 metros de galerías, situados 30 metros bajo tierra.

EL SOMME

La región del Somme atrae cada año miles de visitantes del Reino Unido, puesto que fueron sus compatriotas los protagonistas de la cruenta batalla que tuvo lugar aquí en el verano de 1916.

Esta circunstancia ha llevado a que esta zona esté especialmente preparada para recibir a los visitantes y a que ofrezca numerosos atractivos.

Antes de iniciar el recorrido por los lugares en los que se desarrolló la batalla, es conveniente visitar en la ciudad de **Albert** —de donde partió la ofensiva— el museo «Somme 1916». La instalación, inaugurada en 1992, se encuentra emplazada en un refugio subterráneo construido poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

Además de aportar una útil introducción a la batalla del Somme, sus exposiciones invitan a descubrir la vida cotidiana en las trincheras o la evolución de las armas, con especial atención a los gases venenosos y los carros de combate. Desde el museo también se organizan circuitos de distinto recorrido y duración por los puntos de interés de la batalla.

Si se sale de Albert por carretera en dirección a Bapaume, siguiendo así la línea de avance de los Aliados, es claramente visible a la izquierda el **Memorial de Thiepval**, dedicado a los soldados que cayeron en esta ofensiva.

El monumento, de 44 metros de altura, consta de un arco principal y dos laterales más pequeños. Fue construido entre 1928 y 1932 y en la base están inscritos los nombres de los soldados desaparecidos durante la batalla —más de 72.000— y que, por tanto, no tienen tumba conocida. Los nombres que aparecen borrados con posterioridad pertenecen a los hombres que han ido siendo localizados e identificados. Delante del monumento hay un cementerio con 600 tumbas, la mayoría de ellas de soldados desconocidos, tanto británicos como franceses.

El Memorial de Thiepval constituye el punto de referencia para las ceremonias conmemorativas de la participación británica en la Gran Guerra. En Thiepval hay también un centro de atención a los visitantes, inaugurado en 2004, en el que se ofrece una exposición permanente sobre la batalla.



El Memorial de Thiepval es el centro de todas las ceremonias que recuerdan a los soldados británicos caídos en la Batalla del Somme. En sus muros están grabados los nombres de los soldados sin tumba conocida.



Los príncipes Carlos y Camila de Inglaterra visitan el cementerio militar de Thiepval, en 2006, con ocasión del 90 aniversario de la Batalla del Somme.

El recuerdo de esta batalla está muy presente en la sociedad británica.

En el lado opuesto del Memorial de Thiepval, cruzando la carretera Albert-Bapaume, se encuentra el enorme cráter dejado por una de las minas

que fueron explosionadas el 1 de julio de 1916 a las 7.28 horas de la mañana, dos minutos antes del inicio del avance de la infantería. Los ingleses lo conocen como **The Lochnagar Mine**, mientras que para los franceses es la mina de La Boisselle o simplemente La Grande Mine, que es como está señalizada.

El inmenso agujero, de treinta metros de profundidad y cien metros de diámetro, fue provocado por 27 toneladas de explosivos, colocados al final de un túnel excavado bajo las líneas alemanas.

Cada 1 de julio, a la hora en la que estalló la mina, se celebra allí una emotiva ceremonia de recuerdo, en la que los presentes arrojan amapolas^[31] al fondo del cráter.



Los asistentes a la ceremonia anual que recuerda el inicio de la Batalla del Somme el 1 de julio de 1917 lanzan amapolas al cráter dejado por una de las minas que estalló en la mañana de ese día.

El otro cráter que concentra la atención de los visitantes es el de **Hawthorn**. Aunque en la actualidad el terreno se encuentra bastante igualado por la erosión, esta mina es singular porque explotó a las 7.20 horas, ocho minutos antes que el resto, y porque es su explosión la que fue recogida por el cámara Geoffrey Malins para el film oficial *The Battle of the Somme*, una imagen que aparece invariablemente en cualquier documental sobre este episodio.

Otros lugares que merecen una visita en este mismo sector son el **Memorial Sudafricano** en Longueval o el **Memorial del Ulster**, en el que se construyó una tan espectacular como anacrónica torre de estilo irlandés. Junto a esta torre hay un tupido bosque cerrado al público, ya que en él se encuentran todavía abundantes artefactos explosivos sin detonar. También es interesante el **Tank Corps Memorial**, en Courcellette, ya que marca el sitio en

el que se emplearon por primera vez tanques en un campo de batalla, el 15 de septiembre de 1916. Muy cerca de allí está el **Memorial Canadiense**.



Junto a esta chimenea de una antigua fábrica de ladrillos, cerca de Corbie, el mítico Barón Rojo encontró la muerte el 21 de abril de 1918.

Al sur de Albert, en Villers-Bretonneux, puede encontrarse el **Memorial Australiano**, en donde se conservan unas trincheras alemanas que fueron objeto de duros combates durante la batalla de Le Hamel, en julio de 1918.

Cerca del Memorial Australiano se halla un punto de interés para los amantes de la aviación, aunque suele quedarse fuera de los circuitos organizados. Junto a la antigua fábrica de ladrillo de **Sainte Colette**, en Corbie, fue abatido Manfred Von Richtoffen, el Barón Rojo, el 21 de abril de 1918.

LOS INVÁLIDOS (PARÍS)

El edificio de **Los Inválidos** (Hôtel des Invalides), en París, fue construido en el siglo XVII para los veteranos inválidos de guerra que se habían quedado sin hogar. Además de contener los restos de Napoleón,

alberga el **Museo del Ejército**. En él se muestra una amplia exposición que recorre la trayectoria del Ejército francés desde la Edad Media hasta nuestros días.

Las salas dedicadas a la Primera Guerra Mundial, remodeladas y ampliadas en 2006, muestran documentos, armas, maquetas o uniformes — como los que pertenecieron a Foch o Joffre—, y ponen a disposición del visitante avanzados recursos multimedia. Es destacable el apartado dedicado al «arte de trinchera». El objeto *estrella* es uno de los taxis Renault que participaron en la batalla del Marne de 1914.

BÉLGICA

YPRES

El 24 de julio de 1927 se inauguró en la ciudad belga de **Ypres** —Ieper en flamenco— la **Puerta de Menin**, con presencia del rey Alberto. Este inmenso monumento en honor de los soldados del Imperio británico caídos en los interminables combates que se produjeron en el saliente de Ypres sustituía a los leones gemelos que flanqueaban la entrada de esta ciudad, destruidos durante la guerra.



En puerta de Menin, a la entrada de Ypres, se interpreta cada día a las ocho de la tarde un toque de corneta para recordar a los soldados aliados caídos en Flandes.

La ceremonia finalizó ese lejano día a los sones de *The Last Post*^[32], interpretada por los cornetas de la Infantería Ligera de Somerset. El entonces comisario de policía de Ypres tuvo la idea de que esa pieza sonara diariamente, lo que fue acogido con entusiasmo por los británicos, que reunieron los fondos necesarios para garantizar que ese homenaje pudiera oficiarse a perpetuidad. Desde esa histórica jornada, cada día a las ocho de la tarde se puede asistir a la emocionante interpretación de *The Last Post* por los cornetas del cuerpo de bomberos de Ypres.

A diez kilómetros al sur de Ypres, se halla **Messines** —cuyo nombre actual es Mese—, en donde existe un pequeño pero interesante museo. En él se exponen copias de acuarelas pintadas por Hitler cuando estuvo destinado en este sector, y que representan edificios de esta localidad. En las cercanías de Messines se levanta un **Memorial Neozelandés** y un **cementerio de la Commonwealth**.

A nueve kilómetros al noroeste de Ypres se encuentra otro cementerio

británico, **Tyne Cot**, en el que están enterrados 11.952 soldados, de los que dos terceras partes están sin identificar.

Tras la Gran Guerra, en suelo belga existía un buen número de cementerios alemanes, pero después de la Segunda Guerra Mundial se llegó a un acuerdo entre los gobiernos belga y alemán para concentrar los restos de ese cuarto de millón de hombres en cuatro grandes cementerios: **Hooglede, Menen, Langemark y Vladslo**. Como es tradición, los austeros camposantos germanos transmiten una mayor sensación de desamparo y soledad con sus pequeñas cruces de basalto negro, en comparación con las grandes cruces blancas de los Aliados.

GRAN BRETAÑA

IMPERIAL WAR MUSEUM (LONDRES)

El **Imperial War Museum** (Lambeth Road, Metro Lambeth North) dedica una gran exposición permanente a la Primera Guerra Mundial. A través del recorrido por sus salas se obtiene una visión de las causas, el desarrollo y las consecuencias del conflicto.

En la gran sala común del museo se expone uno de los autobuses urbanos de Londres que fueron utilizados para trasladar tropas en Bélgica, así como un tanque *Mark V* de 1918. También se conserva un cañón procedente del destructor *HMS Lance*, que efectuó el primer disparo británico de la Primera Guerra Mundial. Las armas alemanas están representadas con el cañón del submarino *U98* y la cabina de un Zepelín.

Es especialmente recomendable la *atracción* consistente en visitar la recreación a tamaño natural de una trinchera del frente del Somme en el otoño de 1916, conocida como The Trench Experience. Mientras se camina por ella, en la oscuridad de la noche, se asiste a una serie de efectos sonoros, luminosos e incluso olfativos que proporcionan un gran realismo.

MUSEO DEL CARRO DE COMBATE (BOVINGTON)

El tanque había sido uno de los elementos que había permitido a los Aliados imponerse en el frente occidental en 1918. Como reconocimiento de

esta importancia, en 1924 se inauguró en el sur de Inglaterra, en la localidad británica de Bovington, el **Museo del Carro de Combate** (*The Tank Museum*).

Las amplias instalaciones de este museo merecen una visita, pese a encontrarse a unas dos horas de trayecto en tren desde Londres. La estación más cercana es la de Wool (línea Waterloo/Weymouth); los tres kilómetros que la separan del museo pueden cubrirse en autobús.

En este museo se exhiben no solo tanques de la Primera Guerra Mundial —alguno de ellos en pleno funcionamiento—, sino de todas las épocas. Posee una colección de 300 vehículos de 26 países distintos. También se exponen curiosidades como una *Brough Superior*, el modelo de motocicleta con el que Lawrence de Arabia sufrió el accidente mortal en 1935.

En él se exponía el primer tanque, conocido como *Gran Willie*, pero fue reducido a chatarra durante la Segunda Guerra Mundial para ser empleado en la fabricación de proyectiles.

Como es habitual en los museos militares británicos, se programan actividades de interés para los niños. Regularmente se organizan exhibiciones en las que participan todo tipo de vehículos militares, incluyendo espectaculares efectos pirotécnicos, que culminan en una realista batalla de tanques. No obstante, el *plato fuerte* es la oportunidad que brinda el museo de contratar un paseo en tanque, del que puede disfrutar la familia al completo.

SCAPA FLOW (ISLAS ORCADAS)

La base naval de **Scapa Flow**, en las islas Orcadas —accesibles en transbordador desde la costa norte escocesa—, es un extenso fondeadero natural cargado de historia. Utilizada ya por navíos de guerra vikingos, se convirtió en un inmejorable refugio para la flota británica, siendo su principal emplazamiento durante las dos guerras mundiales. En ambas contiendas, los submarinos alemanes intentaron entrar en la base para atacar a la flota allí fondeada; en la Primera fracasaron, pero en la Segunda sí lo consiguieron, gracias a la pericia del comandante Günther Prien al frente del *U-47*.

En la actualidad, Scapa Flow ya no es utilizada por la *Royal Navy* —la abandonó en 1956—, pero permanecen los diques construidos por orden de Winston Churchill para cerrar los accesos orientales, a lo largo de los cuales transcurre una carretera. Desde ella pueden contemplarse los restos de

algunos de los buques alemanes que fueron hundidos por las propias tripulaciones el 21 de junio de 1919, sobresaliendo del agua, y que fueron empleados para bloquear también esos accesos.

Los aficionados al submarinismo tienen la posibilidad de visitar los ocho buques de la armada del káiser que permanecen allí.



Bajo el cielo encapotado de las islas Orcadas, la parte superior de uno de los buques de la marina de guerra alemana hundidos en Scapa Flow asoma por encima de las aguas del fondeadero, en una fotografía tomada por el autor en julio de 2004.

Miles de buceadores acuden en verano, cuando el agua está menos fría, a explorar estos pecios.

En **Lyness** se encuentra un museo que explica la densa historia de la base naval. En él se exponen piezas de artillería, minas, redes metálicas antisubmarinos, hélices o utensilios de cocina extraídos del interior de los barcos alemanes poco después de ser hundidos.

También hay un antiguo refugio antiaéreo y una sala de proyecciones alojada en el interior de un enorme tanque de combustible.

ITALIA

REDIPUGLIA

El monumento oficial más importante dedicado a los soldados italianos muertos durante la guerra es el complejo de **Redipuglia**. El mausoleo se levanta en el Monte Sei Busi, que fue objeto de durísimos combates durante la guerra.

Mussolini se comprometió en el reconocimiento a los caídos, como forma de exaltación patriótica, dando como fruto la construcción de numerosos monumentos. Como ejemplo de esta identificación quedó la llamada Escalinata de los cien mil, inaugurada en Redipuglia en 1938, y cuyo nombre hace referencia a los 100.000 soldados que reposan en ese recinto sagrado.

Desde ese punto es posible visitar el **Parque histórico de los campos de batalla del Carso y del Isonzo** siguiendo la ruta conocida como *Senderos de Paz*, en la que se pueden contemplar restos de las trincheras de este disputado frente.

AUSTRIA

MUSEO DE HISTORIA MILITAR (VIENA)

El **Museo de Historia Militar** de Viena (Heeresgeschichtliches Museum, Hegastrasse 3) está emplazado en un arsenal de mediados del siglo XIX. Las exposiciones abarcan el período que va del final del siglo XVI hasta 1945.



Esta impresionante escalera que se levanta en el complejo de Redipuglia sirve como eterno recuerdo para los soldados italianos muertos en la Primera Guerra Mundial.

Existe una sala dedicada en exclusiva al asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. En ella se conserva el vehículo en el que se desplazaba cuando fue tiroteado, el uniforme ensangrentado, y la *chaise-longue* en la que fue colocado mientras agonizaba.

Hay dos salas dedicadas a la Primera Guerra Mundial; en la primera se explica cómo la contienda se fue extendiendo progresivamente y en la segunda se narra el lento camino del Imperio austrohúngaro hacia su derrota y disolución. Destaca la colección de pinturas al óleo inspiradas en el conflicto.

También es reseñable la exposición permanente sobre el poderío naval austríaco, que se vio extinguido en 1918 al perder Austria su salida al mar.

TURQUÍA

GALLÍPOLI

Para comprender la épica lucha en la que se enfrascaron aliados y turcos en **Gallípoli** en 1915, es imprescindible una visita a los desolados parajes que fueron el escenario de esos heroicos combates. Esa parte de la península, declarada parque nacional, ha preservado casi íntegramente el aspecto que tenía durante la Gran Guerra.

Además, se ha llevado a cabo un buen trabajo de reconstrucción de las trincheras de ambos bandos, convenientemente señalizadas, que traslada al visitante a aquel momento histórico sin necesidad de ejercitar mucho la imaginación. La zona está también salpicada de numerosos memoriales y cementerios dedicados a los combatientes de cada nacionalidad, lo que la convierte en un auténtico museo al aire libre.

Gallípoli es un destino habitual para los turistas australianos y neozelandeses que visitan el continente europeo. La concentración de visitantes originarios de estas dos naciones es máxima cada 25 de abril, el *Anzac Day*, que conmemora el primer desembarco de esas tropas. El campo de batalla suele estar también frecuentado por británicos y franceses, en busca de los lugares en donde lucharon sus compatriotas.



El autor, en una visita al campo de batalla de Gallípoli en diciembre de 1997. Las trincheras han sido restauradas y ofrecen un aspecto similar al que tenían durante la campaña de 1915.

Para visitar la península lo más aconsejable es inscribirse en alguno de los *tours* que tienen su salida en la cercana ciudad de Çanakkale, al otro lado del estrecho de los Dardanelos. Los organizadores de estos circuitos proporcionan al turista la oportunidad de *ambientarse* adecuadamente, ofreciéndole la posibilidad de asistir, el día anterior a la excursión, a la proyección de la célebre película *Gallípoli*.

Los aficionados al submarinismo pueden realizar inmersiones para explorar los barcos aliados hundidos en las aguas que rodean Gallípoli: el *HMS Majestic*, el *HMS Triumph*, el *HMS Irresistible* y el *HMS Goliath*, así como el acorazado turco *Messudiah*. En el fondo marino pueden encontrarse barcas, cañones, proyectiles y todo tipo de material bélico.

ESTADOS UNIDOS

MUSEO NACIONAL DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El 2 de diciembre de 2006 se inauguró en el Liberty Memorial de Kansas City el primer y único museo norteamericano dedicado a recordar la historia, objetos y experiencias de la Primera Guerra Mundial.

El **Museo Nacional de la Primera Guerra Mundial**, creación del diseñador Ralph Appelbaumthe, cuenta con una colección de más de 49.000 objetos y utiliza la tecnología interactiva más moderna para contar la historia de la Gran Guerra a través de las experiencias de aquellos que la vivieron.

LA GRAN GUERRA EN EL CINE

El conflicto de 1914-18 se ha convertido en el escenario preferido por los cineastas para crear los alegatos pacifistas más descarnados. La inhumana guerra de trincheras resume todo lo que tiene de estremecedor un conflicto armado, desde la inutilidad del masivo derramamiento de sangre hasta las secuelas físicas y morales que deja en sus protagonistas.

Pero no siempre fue así. Las primeras películas, nacidas durante la contienda, tenían como objetivo exaltar el patriotismo propio y atizar el odio contra el enemigo. **Madres francesas** (*Mères françaises*, René Hervil, 1915) en Francia o **El martirio de miss Edith Cavell** (*Nurse and Martyr*, Percy Moran, 1915) en Gran Bretaña cumplieron su propósito de encontrar justificación a una guerra ante una población cada vez más escéptica sobre los motivos que llevaban a sus jóvenes a morir en las trincheras.

Hollywood abordó el conflicto inicialmente desde la neutralidad, con cintas como **Novias de guerra** (*War brides*, Herbert Brennon, 1916) o **Civilización** (*Civilization*, Thomas H. Incel, 1916). Pero la entrada de Estados Unidos en la guerra cambió radicalmente el enfoque: en **El pequeño americano** (*The little American*, Cecil B. De Mille, 1917) ya se ofrecía una visión diabólica del enemigo teutón que impelía a acudir en socorro de los aliados europeos, una combativa senda que se confirmaría con **Corazones del mundo** (*Hearts of the world*, D. H. Griffith, 1918). La excepción sería **¡Armas al hombro!** (*Shoulder arms*, Charles Chaplin, 1918), una parodia del cine bélico, estrenada unas horas antes del armisticio.



Tres de los protagonistas de *El gran desfile* (1925), una superproducción de la época, para la que se contó con miles de extras.

Al llegar la paz se abandonó ese carácter propagandístico. Aunque las películas ambientadas en la guerra destilaban un cierto pacifismo, imperaba la búsqueda del gran espectáculo. En **El gran desfile** (*The big parade*, King Vidor, 1925) se emplearon más de 3.000 extras y un centenar de aviones. La industria de Hollywood encontró en esos combates aéreos la manera de alejar al público de los horrores del combate en las trincheras y presentar una imagen falsamente heroica de la guerra. Producciones como **Alas** (*Wings*, William A. Wellman, 1927) y **La escuadrilla al amanecer** (*The Dawn patrol*, Howard Hawks, 1930), entre otras, inaugurarían un exitoso subgénero que tendría como máximo exponente **Los ángeles del infierno** (*Hell's Angels*, Howard Hughes, 1930). Esta superproducción sonora de cerca de cuatro millones de dólares, requirió reunir 87 aviones y un centenar de pilotos, de los que tres fallecieron durante el rodaje.

La llegada del cine sonoro permitió la adaptación de obras literarias, la mayoría de las cuales eran de marcado carácter pacifista. En las pantallas pudieron verse entonces historias tan conmovedoras como **Sin novedad en el frente** (*All quiet in the western front*, Lewis Milestone, 1930), ganadora de dos Oscar: a la mejor película y la mejor director. Basada en la novela de Erich María Remarque del mismo título, publicada un año antes, sorprendió por la espectacularidad de sus combates —se utilizaron 2.000 extras—, pero

sobre todo por la crudeza de sus imágenes y su discurso antibelicista, plasmado en su poética escena final, en la que un soldado estira el brazo para tocar una mariposa justo antes de ser herido de muerte por una bala enemiga. Su protagonista, Lew Ayres, se declararía objetor de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial.



Dramática escena de *Sin Novedad en el frente* (1930), en la que el protagonista alemán acaba de herir de muerte a un soldado francés.

El rechazo a la guerra parecía firmemente consolidado con *films* como **Cuatro de infantería** (*Westfront*, Georg Wilhelm Pabst, 1930), **Tierra de nadie** (*No man's land*, 19131, Victor Trivias) o **Adiós a las armas** (*Farewell to Arms*, Frank Borzage, 1932), basado en la inmortal obra de Ernest Hemingway. En esta última película ya quedó claro que la industria de Hollywood no confiaba demasiado en esta deriva antibélica, puesto que la Paramount ofreció a los exhibidores dos finales, uno feliz y otro trágico, pese a las protestas de Hemingway, que reclamaba que se respetase el desdichado final del libro.

A mediados de los años treinta, vientos de guerra comenzaban a soplar por el continente europeo. El público prefería permanecer ajeno a la inquietante posibilidad de una nueva contienda, por lo que se dio por finiquitado el cine bélico y se prefirió apostar por comedias o dramas con las grandes estrellas de Hollywood como reclamo. Los franceses optaron por revisar la Gran Guerra en **La gran ilusión** (*La grande illusion*, Jean Renoir, 1937), un filme magistral que exalta la alegría de vivir por encima de las penalidades de la guerra, representada por un campo de prisioneros del que los protagonistas intentan escapar.



En *La gran ilusión* (1937), con Jean Gabin como protagonista (derecha), Jean Renoir lanzó una conmovedora llamada al entendimiento. Su película no ha acusado el paso del tiempo y se mantiene como un imperecedero canto a la amistad.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 hizo a los norteamericanos echar la vista atrás y recordar la decisiva intervención de sus tropas en Europa durante la contienda anterior. **El sargento York** (*Sergeant York*, Howard Hawks, 1941) recuperó momentáneamente la visión heroica de la guerra, con Gary Cooper como protagonista. A partir de aquí, la Primera Guerra Mundial desapareció prácticamente de las pantallas. El conflicto de 1939-45 supondría para los cineastas un filón inagotable, proporcionándoles un amplio abanico de posibilidades dramáticas, ante el que la Gran Guerra no podía competir.

Pero todo cambiaría dos décadas más tarde, cuando Stanley Kubrick se atrevió a adaptar una novela de Humphrey Cobb que apuntaba directamente a la línea de flotación del estamento militar.

El fruto sería **Senderos de gloria** (*Paths of glory*, 1957). En este filme, Kubrick lanza una carga frontal contra los auténticos responsables de las guerras, los que envían a la muerte a miles de jóvenes en nombre de un sentido del honor castrense tan hipócrita como perverso. Los altos oficiales quedaban *retratados* en una película que estuvo prohibida en Francia hasta

1975, por su descarnada carga antimilitarista.

La cinta británica **Rey y patria** (*King and country*, Joseph Losey, 1964) continuó con la línea marcada por Kubrick, aumentando la intensidad dramática y no escatimando tampoco críticas contra la casta militar.

En 1971 sería Dalton Trumbo el que recogería valientemente el testigo, en un momento en el que el rechazo a la guerra de Vietnam estaba en la calle. Con su estremecedora película **Johnny cogió su fusil** (*Johnny got his gun*), basada en su propia novela, logró dar una vuelta de tuerca al mensaje antibelicista, centrándose en las secuelas físicas de un soldado que sufre la pérdida de las cuatro extremidades, así como la vista y el oído, y que trata infructuosamente de comunicarse con el mundo exterior. Rodada en un inquietante blanco y negro, Trumbo crea un perturbador alegato pacifista que no deja a nadie indiferente.

Estas tres obras maestras parecían haber agotado el mensaje antibélico de la Primera Guerra Mundial, pero en 1981 Peter Weir supo transmitir con **Gallípoli** (*Gallípoli*) la irresistible atracción que despierta la guerra, pese a su naturaleza detestable. En el filme, un animoso grupo de jóvenes australianos se alista para combatir contra los turcos; las divertidas aventuras que viven en Egipto, así como el compañerismo y sus actitudes heroicas contrastan con el trágico destino que les aguarda.

Desde entonces, se abre un período en el que es difícil encontrar cintas destacables inspiradas en la Gran Guerra. Sin embargo, a mediados de los noventa asistimos a una tímida revitalización del género, impulsada por producciones de bajo presupuesto, especialmente británicas. La madurez del espectador ya hace innecesario presentar explícitos mensajes moralizantes, y el pacifismo se presenta de un modo más sutil y, por lo tanto, más efectivo.

En **Regeneration** (*Regeneration*, Gillies Mackinnon, 1997) se muestran las secuelas psicológicas sufridas por los soldados, no menos graves que las físicas. **La trinchera** (*The trench*, William Boyd, 1999) refleja con una gran carga dramática los temores de un grupo de soldados antes de participar en el primer día de la ofensiva del Somme. **El batallón perdido** (*The lost battalion*, Russell Mulcahy, 2001) ofrece una visión realista de los heroicos combates librados por los soldados norteamericanos en el bosque de Argonne, durante la última fase del conflicto, mientras que **Deathwatch** (*Deathwatch*, Michel J. Basset, 2002) es una película de terror ambientada en el frente occidental, en la que un grupo de soldados ingleses es víctima de una

enigmática fuerza maléfica tras ocupar una trinchera alemana.

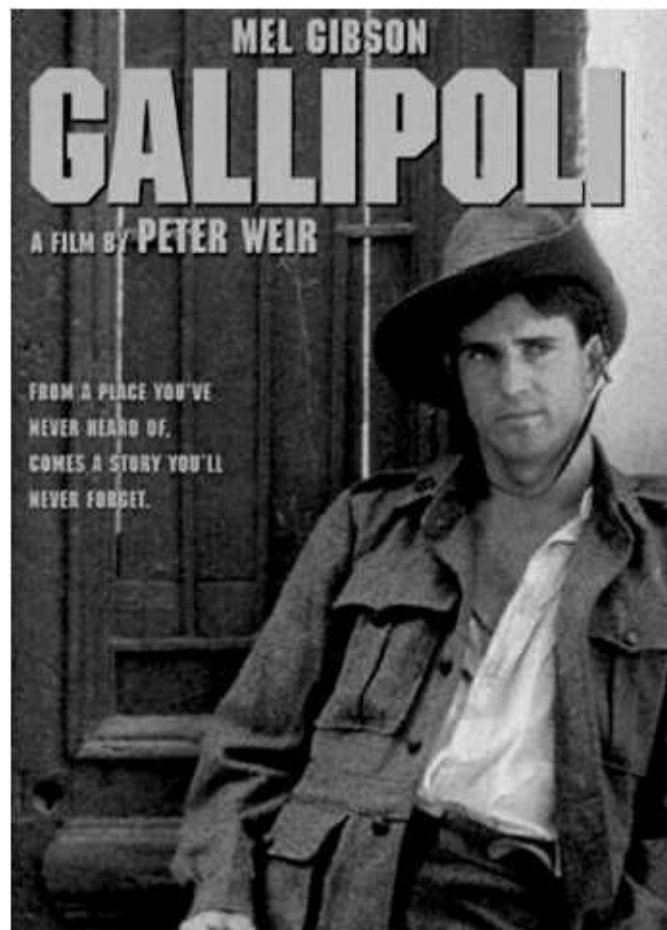
Pero ha sido el cine francés, desde ópticas distintas, el que ha hecho más por rescatar el interés por la Primera Guerra Mundial.

La más ambigua es **Capitán Conan** (*Capitaine Conan*, Bertrand Tavernier, 1996); un tendero bretón escapa a su mediocridad aldeana convirtiéndose en un aguerrido oficial de moral dudosa, al frente de un grupo de resolutivos soldados al que se le encargan las misiones más peligrosas. El hecho de que el protagonista encuentre su plenitud cuando está inmerso en la vorágine guerrera arroja dudas sobre la intención pacifista que se atribuye al filme. En **El pabellón de los oficiales** (*La chambre des officiers*, François Dupeyron, 2001) se insiste de nuevo en las secuelas físicas de los soldados que participaron en ella. En **Largo domingo de noviazgo** (*Longe dimanche de fiançailles*, Jean-Pierre Jeunet, 2004), con una clásica y previsible historia de amor de fondo, se aplican las nuevas tecnologías a la representación de la guerra en las trincheras, abriendo nuevas posibilidades al género. En **Feliz Navidad** (*Joyeux Noël*, Christian Carion, 2005) se narra la insólita tregua de la Navidad de 1914. En ella destaca el hermanamiento de los soldados enfrentados, en contraposición con la insensibilidad de los altos mandos, dando lugar a un canto a la esperanza no exento de ingenuidad.



Kirk Douglas encarnando al sargento Dax en *Senderos de gloria* (1957). Dirigida por Stanley Kubrick, la película criticaba duramente al estamento

militar, lo que le valió ser prohibida en varios países.



Cartel del film *Gallipoli* (1981), protagonizado por Mel Gibson. En él se refleja la atracción que desprende el fenómeno de la guerra, así como la tragedia que lleva irremediablemente aparejada.

Al contrario que las productoras francesas, Hollywood parece haber dado la espalda al conflicto de 1914-18, pero el interés por la Gran Guerra podría revitalizarse en cualquier momento, como lo demuestra la espectacular producción **Flyboys** (*Flyboys*, Tony Bill, 2006), que relata las aventuras de un grupo de aviadores estadounidenses en las que incorpora todos los ingredientes del mejor cine de entretenimiento.

Es probable que en el futuro la industria del cine repare en las inmensas oportunidades que brindan los argumentos inspirados en esta contienda, pero lo que sí es seguro es que la guerra de trincheras permanecerá invariable como el escenario idóneo para denunciar la sinrazón, no solo de aquel, sino de cualquier conflicto armado.

LOS PROTAGONISTAS

ALBERTO I (1875-1934)

Rey de Bélgica desde la muerte de Leopoldo II en 1909. De gran capacidad militar, organizó la defensa ante la invasión alemana en 1914, y en 1918 dirigió a sus tropas en la batalla de Courtrai.

Falleció en un accidente mientras practicaba montañismo en las Ardenas. Fue despedido como un héroe nacional.



El valeroso rey Alberto de Bélgica no accedió a que las tropas alemanas pasaran por su territorio, pero no pudo hacer nada para impedirlo.

ALLENBY, SIR EDMUND (1861-1936)

Comandante de una división de caballería en el frente occidental. Su fracaso en la batalla de Arras (abril de 1917) se saldó con su traslado al frente de Palestina. Allí obtuvo un éxito rotundo, haciendo retroceder a los turcos, entrando en Jerusalén en diciembre de 1917 y acabando de derrotarlos en la batalla de Megiddo en septiembre de 1918. Se retiró en 1925.

BALFOUR, ARTHUR (1848-1930)

Primer ministro británico entre 1902 y 1906. Durante la guerra fue nombrado Primer Lord del Almirantazgo, sustituyendo a Churchill en mayo de 1915. Impulsó la Declaración Balfour, por la que se apoyaban las reivindicaciones sionistas para crear un estado judío en Palestina.

BEATTY, SIR DAVID (1871-1936)

Almirante británico. Entre 1912 y 1916 comandó la 1.^a Escuadra de Cruceros de Batalla. Participó en las batallas de Heligoland (1914), Dogger Bank (1915) y Jutlandia (1916). Sustituyó al almirante **John Jellicoe** (1859-1935) como Primer Sea Lord en 1916. Tras el armisticio fue el encargado de confinar a la flota alemana en Scapa Flow.

BENEDICTO XV, GIACOMO DE LA CHIESA (1854-1922)

Papa desde el 3 de septiembre de 1914. Su propuesta de tregua en la Navidad

de ese año fue ignorada, al igual que un intento de mediación entre los beligerantes en agosto de 1917. Creyó que el Vaticano podía jugar un papel importante en el diseño de la Europa de la posguerra, pero ni siquiera fue invitado a la Conferencia de Paz de París.



El papa Benedicto XV se ofreció en varias ocasiones para mediar entre los contendientes, pero sus propuestas de paz no fueron tenidas en cuenta.

BRUSILOV, ALEXEI (1853-1926)

Fue el general ruso más competente. En septiembre de 1914 se enfrentó a los austrohúngaros avanzando en los Cárpatos, pero en verano de 1915 fue rechazado hacia Polonia. En junio de 1916 lanzó la llamada Ofensiva Brusilov sobre Galitzia, que no triunfó por falta de apoyo. En 1917, siendo ya comandante en jefe de los Ejércitos rusos, dirigió una nueva ofensiva en Galitzia pero fracasó, perdiendo el mando.

CADORNA, LUIGI (1850-1928)

General italiano. Lanzó ataques masivos contra Austria-Hungría en los Alpes, pero obtuvo sonoros reveses en sus sucesivos intentos de romper el frente. Odiado por sus hombres, no le importaba el alto número de bajas. Su única victoria se produjo en Gorizia en 1916. Responsable del desastre de Caporetto, fue sustituido por el eficiente general **Armando Diaz** (1861-1928). Nombrado Mariscal de Campo por Mussolini.

CASTELNAU, EDOUARD DE (1851-1944)

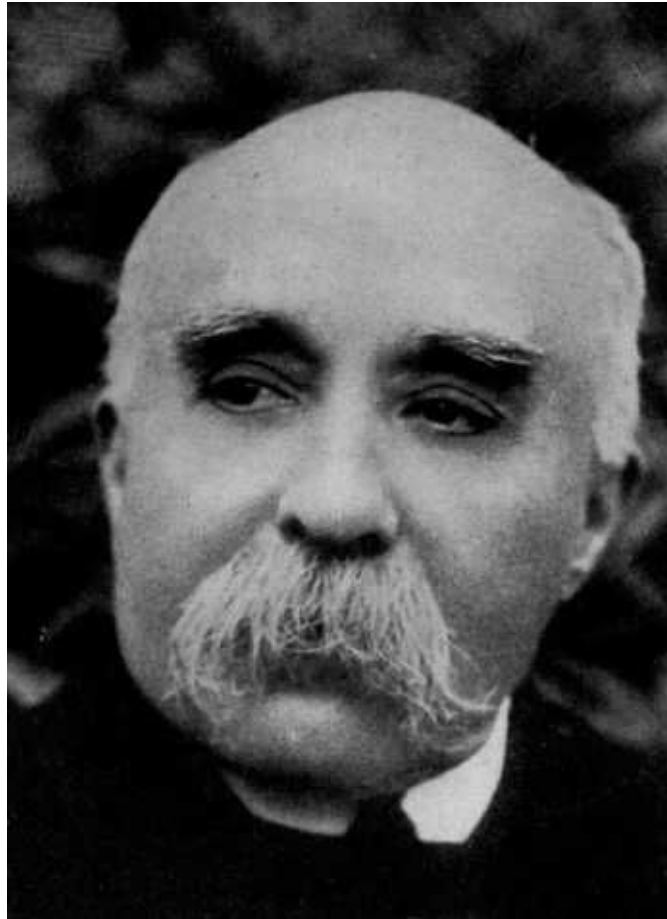
Jefe de estado mayor del general Joffre. Su actuación en septiembre de 1914 le valió el nombre de «Salvador de Nancy».

Dirigió la ofensiva de Champaña en septiembre de 1915 y organizó la defensa de Verdún en febrero de 1916.

CLEMENCEAU, GEORGES (1841-1929)

Político francés. Apodado *el Tigre* en sus inicios políticos por su ferocidad parlamentaria contra los ministros de los sucesivos gobiernos. Al comienzo de la guerra forma parte de la oposición, pero es nombrado Primer Ministro en noviembre de 1917, restaurando la confianza en la dirección de la contienda con métodos autoritarios.

Fue uno de los artífices de la Conferencia de Paz de París, siendo partidario de castigar severamente a Alemania. En 1920 dimite al no encontrar apoyos a su candidatura a la presidencia de Francia.



George Clemenceau, el «Tigre». Fue nombrado primer ministro en un momento muy delicado para Francia, pero supo enderezar el curso de la guerra.

CONSTANTINO I (1868-1923)

Rey de Grecia desde 1913. Simpatizante de Alemania al estar casado con una prima del káiser, favoreció a los Imperios Centrales a pesar de su declarada neutralidad. Entró en conflicto con el primer ministro **Eleutherios Venizelos** (1864-1936), favorable a los Aliados. Abdicó en junio de 1917, exiliándose en Suiza. Regresó al trono en 1920, pero fue forzado de nuevo a abdicar en 1922.

CHURCHILL, WINSTON (1874-1965)

Político británico. Tras una intensa trayectoria política, en 1911 fue nombrado Primer Lord del Almirantazgo, impulsando grandes reformas militares. Fue destituido tras el fracaso de Gallípoli y se alistó en el Ejército, sirviendo varios meses en el frente occidental.

En julio de 1917 fue rehabilitado, siendo nombrado ministro de Municiones. Al acabar la guerra, acumulaba los cargos de ministro de la Guerra y ministro de la Fuerza Aérea. Su experiencia en la Gran Guerra sería determinante para llevar las riendas del país durante la Segunda Guerra Mundial.



Winston Churchill, con chistera, camina junto a David Lloyd George, con bombín, en 1915, cuando eran Primer Lord del Almirantazgo y ministro de Municiones respectivamente. La cumbre de sus carreras políticas estaba aún por llegar.

FALKENHAYN, ERICH VON (1861-1922)

General alemán. Ministro de la guerra desde 1913. Sucede a Von Moltke como Jefe de Estado Mayor en septiembre de 1914.

Fracasó en su plan de sangrar al Ejército francés en Verdún. Fue sustituido por Hindenburg. Enviado al frente oriental, logró conquistar Rumanía. En 1917 es enviado a Palestina para coordinar el esfuerzo militar turco. Es derrotado por Allenby en octubre, dimite y es sustituido por el general **Otto Liman von Sanders** (1855-1929) en febrero de 1918. Se le entrega el mando del 10.º Ejército en Lituania, retirándose tras su regreso a Alemania en febrero de 1919.

FOCH, FERDINAND (1851-1929)

Mariscal de Campo francés. Combatió en la guerra francoprusiana. Comandante del IX Ejército, consigue resolver siempre con éxito las situaciones difíciles. Tras la batalla del Somme cae en desgracia, pero es recuperado por Pétain. En marzo de 1918 es nombrado comandante en jefe de los ejércitos aliados, con el título de Generalísimo. Logra contener la ofensiva de primavera de 1918 y lanza el contraataque que acabará con Alemania pidiendo el armisticio. Además de ser elevado a mariscal de Francia, aceptará los honores de mariscal de Gran Bretaña y de Polonia.

FRANCISCO FERNANDO (1863-1914)

Archiduque de Austria. Sobrino del Emperador **Francisco José** (1830-1916). Príncipe Imperial de Austria, Príncipe Real de Austria y Bohemia y desde 1896 heredero al trono austrohúngaro, tras el suicidio de su primo, el Príncipe Heredero Rodolfo. Su gran pasión era la caza; mató más de cinco mil ciervos a lo largo de su vida. Era partidario de descentralizar el Imperio y dar mayor autonomía a las distintas nacionalidades que lo integraban. Su asesinato en Sarajevo el 28 de junio de 1914 precipitó el estallido de la guerra.

FRENCH, SIR JOHN (1852-1925)

Mariscal de Campo británico. Comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica en agosto de 1914. Su planteamiento para defender Bélgica, en una posición avanzada con riesgo de flanqueo, no fue el acertado. Tras varios tropiezos tácticos más, en diciembre de 1915 sería sustituido por Douglas Haig. Dirigió la represión de la rebelión irlandesa de 1916. En 1922 fue honrado con el título de conde de Ypres.

GALLIENI, JOSEPH SIMON (1849-1916)

General francés. Tras una larga y fructífera carrera militar, que culminará llegando a general de División en 1899, declina convertirse en comandante en jefe del Ejército francés y se retira en abril de 1914. Es reclamado en agosto para organizar la defensa de París ante el avance alemán, desempeñando el cargo de gobernador militar de la capital. Su contribución a la victoria en el Marne es decisiva, pero Joffre le acaba marginando, receloso de su creciente influencia y reputación. Ministro de la Guerra en octubre de 1915, dimite en marzo de 1916 por problemas de salud, falleciendo dos meses más tarde. Mariscal de Campo a título póstumo en 1921.

GUILLERMO II (1859-1941)

Último emperador (Káiser) de Alemania y último rey (König) de Prusia. Nació con una deformidad en el brazo, que lograría disimular en las fotografías. Era agresivo y testarudo. Accedió al trono en 1888. Su mayor proyecto era la creación de una gran marina de guerra, lo que provocó los recelos británicos. No deseaba un conflicto a gran escala, pero sus torpezas lo hicieron posible.

Conforme avanzaba la guerra su influencia política fue decayendo.

Hindenburg y Ludendorff tomaron el poder en la práctica, relegándole a ser una figura decorativa. Tras ser expulsado del trono el 9 de noviembre de 1918, se exilió en Holanda, de donde ya no regresaría.

HAIG, DOUGLAS (1861-1928)

Mariscal de Campo británico. Su familia poseía una destilería de whisky en Escocia. Sirvió en la India, Sudán y Sudáfrica. Dirigió la Fuerza Expedicionaria Británica que combatió en la batalla del Somme (1916) y en la batalla de Passchendaele (1917). Sus tácticas suicidas se saldaron con un terrible coste en vida, pero aun así continuó en el cargo. En la fase final de la guerra lograría algunos éxitos en la contraofensiva aliada, lo que le valió ser nombrado comandante en jefe de las tropas en Gran Bretaña hasta su retiro en 1920.

HINDENBURG, PAUL VON (1847-1934)

Mariscal de Campo alemán. Luchó en la guerra francoprusiana. Se retiró en 1911, pero al comenzar la guerra se reincorporó como Comandante en Jefe de la 8.^a División, destinada al frente del este. Venció al Ejército ruso en la batalla de Tannenberg (1914).

En agosto de 1916 pasó a formar parte del Estado Mayor junto al general Ludendorff, con el que se compenetraba a la perfección. En 1918 intentó salvar a la monarquía. En 1925 fue nombrado presidente de la República, cargo que desempeñaría hasta su muerte. Su gran error fue designar a Hitler canciller en 1933.

JOFFRE, JOSEPH (1852-1931)

General francés. Hijo de un tonelero, nunca olvidó su origen humilde, lo que le granjeó el afecto de las tropas a su mando.

Elegido Jefe de Estado Mayor en 1911, diseñó junto a Ferdinand Foch el Plan XVII. Ante el irresistible avance alemán de 1914, supo mantener la calma para impulsar la reacción en el Marne. Su mayor virtud era la tranquilidad que sabía infundir en los momentos más dramáticos. Después de las enormes pérdidas de Verdún fue sustituido por Nivelle, aunque siguió gozando de una gran popularidad.

JORGE V (1863-1936)

Rey de Inglaterra. Subió al trono tras la muerte de su padre, Eduardo VII, en 1910. Antes de la guerra se inmiscuyó en los asuntos de gobierno, pero durante el conflicto aceptó limitarse a desempeñar un papel simbólico. En junio de 1917 decidió modificar el nombre de la casa real, Hannover, y adoptar el más británico de Windsor, lo que ayudó a mantener la reputación y la popularidad de la monarquía.

KEMAL ATATÜRK, MUSTAFÁ (1881-1938)

Militar y político turco. Comandante de la 19.^a División en Gallípoli, su mando decidido fue determinante para el rechazo del desembarco aliado en la península. Ascendido a general, fue transferido al frente del Cáucaso. En 1918 dirigió la retirada otomana después de la derrota en la batalla de Megiddo, convirtiéndose en comandante de los ejércitos turcos antes del armisticio. Tras la guerra, organizó la resistencia armada al desmembramiento del país por las potencias vencedoras. Presidente de la República Turca desde 1924, lideró un profundo proceso de modernización para establecer un Estado democrático y secular, forzando la adopción del alfabeto occidental y llegando a prohibir el uso del fez. Su título de *Atatürk* («padre» de los turcos), le fue asignado en 1934 por la Gran Asamblea Nacional Turca.



Imagen idealizada de Mustafá Kemal Atatürk, el oficial que mantuvo a raya a los Aliados en Gallípoli y que luego se convertiría en el padre de la Turquía moderna. El culto a su mítica persona pervive hasta nuestros días.

KITCHENER, HORATIO HERBERT (1850-1916)

Militar y político británico de origen irlandés. Luchó en el Ejército francés en la guerra franco-prusiana. Se alistó en los Ingenieros Reales del Ejército británico, combatiendo en Sudán y Sudáfrica. Al estallar el conflicto fue nombrado Secretario de Estado de Guerra. Predijo que la guerra sería larga y no se equivocó. El fiasco de Gallípoli le alcanzó; presentó la dimisión, pero no le fue aceptada. El 5 de junio de 1916, mientras se dirigía a Rusia en misión diplomática, su barco fue hundido por la explosión de una mina sin que llegase nunca a recuperarse el cuerpo, lo que dio pie a algunos a creer que su supuesta muerte era un añagaza destinada a confundir al enemigo.

BRITONS



JOIN YOUR COUNTRY'S ARMY!
GOD SAVE THE KING

Reproduced by permission of LONDON OPINION



I WANT YOU
FOR U.S. ARMY
NEAREST RECRUITING STATION

El rostro del popular Lord Kitchener aparecía en los carteles de una campaña de reclutamiento, señalando al posible recluta bajo el eslogan *Britons wants you* («Los británicos te llaman»), los cuales serían el modelo del famoso *I want you* protagonizado por el Tío Sam en Estados Unidos a partir de 1917.

KERENSKY, ALEXANDER (1881-1970)

Político ruso. Líder revolucionario, logró derrocar el régimen zarista. Fue sucesivamente ministro de Justicia, ministro de la Guerra y Primer Ministro en el gobierno provisional surgido tras la Revolución de Febrero. Tras el frustrado golpe de estado del general **Lavrenti Kornilov** (1870-1918) se proclamó comandante en jefe supremo. Su negativa a retirarse de la guerra dio alas a la revolución bolchevique, que le derribó del poder en noviembre de 1917. Se refugió en Francia y en 1940 se trasladó a Estados Unidos.

LAWRENCE, THOMAS EDWARD (1888-1935)

Conocido como Lawrence de Arabia. Militar, arqueólogo y escritor británico. Tras graduarse como historiador recorrió Oriente Medio. Su conocimiento de la región atrajo la atención del servicio secreto británico, que lo reclutó en enero de 1914. Durante la guerra se le encargó la misión de alentar la rebelión árabe contra los turcos, iniciada el 6 de junio de 1916. Sus escaramuzas y ataques tras las líneas desquiciaron a las tropas otomanas. Llegada la paz, los británicos se desdijeron de sus promesas de autogobierno a los árabes, lo que le produjo una gran decepción. Huyó de la fama, pero nunca pudo escapar al peso de su leyenda. Falleció en accidente de motocicleta.

LENIN, VLADIMIR ILICH ULIANOV (1870-1924)

Dirigente revolucionario ruso. Excelente estudiante desde la infancia, se

licenció en Derecho. Sus actividades revolucionarias le llevaron a exiliarse a Suiza. Regresó a Rusia en 1917 en un tren sellado puesto a su disposición por los alemanes. El éxito de la Revolución de Octubre, por el que los bolcheviques desplazaron al gobierno provisional de Kerensky, lo colocó en la cúspide del poder, siendo elegido el 9 de noviembre Premier de la Unión Soviética por el congreso de los Soviets de Rusia. Acordó una paz poco ventajosa con Alemania, negociada por **León Trotsky** (1879-1940), para poder consolidar el proceso revolucionario.

LETTOW-VORBECK, PAUL VON (1870-1964)

Comandante de la campaña del África Oriental alemana.

Después de servir en China y Camerún, se le encargó organizar las fuerzas germanas en la colonia de África Oriental. A partir de 1914 emprendió una campaña de guerra irregular con sus soldados nativos que requirió un gran esfuerzo de los Aliados para intentar neutralizarla, sin conseguirlo. Su gran oponente era el sudafricano **Jan Smuts** (1870-1950), un veterano de la guerra de los Bóers. La guerra acabó sin que fuera derrotado y regresó a Alemania convertido en un héroe.

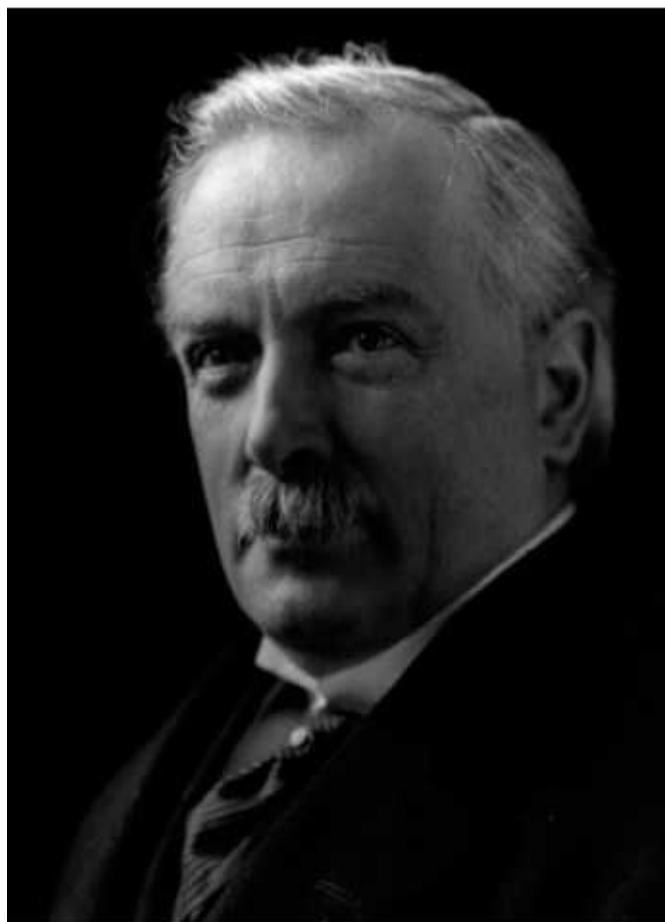
LUDENDORFF, ERICH (1865-1937)

General alemán. Su carrera militar fue excelente, Formó parte del Estado Mayor alemán desde 1894. Al estallar la guerra, estuvo a las órdenes del general **Karl von Bülow** (1846-1921) en el sitio de Lieja, y más tarde integró un eficaz tándem con Paul von Hindenburg en el frente oriental. Con Hindenburg como Jefe de Estado Mayor desde agosto de 1916, Ludendorff sería su adjunto, pero ejerciendo una gran influencia. Era partidario de la guerra submarina sin restricciones. Sus ambiciosas ofensivas de 1918 en el oeste fueron frenadas por los Aliados; devolvió sus poderes al Reichstag el 29 de septiembre de 1918 y se exilió a Suecia. Regresó en 1920, apoyó el golpe de estado de Hitler de 1923, fue diputado y llegó a presentarse como candidato a la presidencia de la República de Weimar en 1925, pero nunca

recuperaría el enorme poder detentado durante la guerra.

LLOYD GEORGE, DAVID (1863-1945)

Político británico. De familia humilde y de origen galés, fue elegido diputado liberal en 1890. En 1905 fue nombrado ministro de Comercio y en 1908 de Hacienda, cargo que desempeñaba cuando estalló la guerra. Afianzó la economía británica para hacer frente al esfuerzo bélico. Pasó a ser ministro de Municiones en 1915 y de la Guerra en 1916. El primer ministro liberal **Herbert Henry Asquith** (1852-1928) presentó su dimisión en diciembre de 1916 y Lloyd George pasó a ocupar su puesto en un gobierno de coalición, en el que permanecería hasta 1922. A lo largo de su carrera política destacó por su política radical en materia social y sus concesiones al nacionalismo irlandés.



Lloyd George dirigió el gabinete británico entre 1916 y 1922. Además de la guerra, durante su mandato tuvo que hacer frente a la rebelión de Irlanda.

MACKENSEN, AUGUST VON (1849-1945)

Mariscal de Campo alemán. Militar de exitosa carrera, formó parte del Estado Mayor alemán desde 1891. Durante la guerra participó en casi todas las batallas que tuvieron lugar en el frente oriental (Gumbinnen, Tannenberg, Varsovia, Lodz o Lemberg). En octubre de 1915 dirigió la campaña contra Serbia dirigiendo al Ejército austrohúngaro. En 1916 lideró una fuerza compuesta por alemanes, búlgaros y turcos que tomó Rumanía, quedando allí como gobernador y siendo elevado al grado de Mariscal de Campo. Su único revés fue al tratar de derrotar a las fuerzas rumanas reconstituidas en Rusia. Al final de la guerra fue hecho prisionero por los franceses en Hungría. Durante la república de Weimar apoyó a los grupos monárquicos.

MANGIN, CHARLES (1866-1925)

General francés. Sirvió en Sudán y en el norte de África antes de la guerra. Al frente del X Ejército consiguió notables victorias en Charleroi y Verdún, pero su reputación se vio muy tocada después del desastre de la Ofensiva Nivelle, en la que participó al frente del VI Ejército. Apodado «el Carnicero» por su facilidad para enviar sus tropas a la muerte en estériles ataques, él mismo reconoció sin inmutarse: «hagas lo que hagas, siempre perderás muchos hombres». Su nombre perdura como símbolo de ese tipo de militar despiadado al que no le importan las pérdidas propias.

MOLTKE, HELMUT VON (1848-1916)

General alemán. Apodado «el Joven» para diferenciarlo de su tío, de idéntico nombre, Mariscal de Campo y héroe de la guerra franco-prusiana. Moltke fue el encargado de aplicar el Plan Schlieffen para invadir Francia. Para unos, las modificaciones que introdujo en el plan original —debilitando la que debía ser la fuerza de choque principal— fueron en buena parte las causantes del fracaso de su puesta en práctica, mientras otros creen que fueron las decisiones de su subordinado, el general **Alexander von Kluck** (1846-1934)

las que arruinaron el plan. Durante la batalla del Marne su salud se resintió y fue sustituido por Erich von Falkenhayn.

NICOLÁS II (1868-1918)

Último zar de Rusia. Educado en un ambiente cosmopolita, accedió al trono el 1 de noviembre de 1894, a la muerte de su padre Alejandro III. Su carácter bondadoso no era el más adecuado para mantener las riendas de su convulso país. Era fácilmente manipulable, lo que sería aprovechado por la zarina, sus consejeros —entre los que se encontraba el intrigante monje **Rasputín** (1871-1916)— e incluso su pariente, el káiser Guillermo II, con el que mantenía una excelente relación. Durante la guerra intentó liderar a su Ejército, pero evidenció su falta de aptitudes militares. Las sucesivas derrotas y el agravamiento del orden social le forzaron a abdicar el 15 de marzo de 1917. Con su asesinato a manos de los bolcheviques en Ekaterinburgo el 17 de julio de 1918 se extinguió la dinastía de los Romanov. En 1981, la Iglesia ortodoxa canonizó al zar y a toda su familia.



El veleidoso Nicolás II en un óleo pintado por Earnest Lipgart. Los errores del zar, inspirados por una cohorte de consejeros intrigantes, llevaron a Rusia al desastre militar y al estallido social que desembocó en la revolución de 1917.

NIVELLE, ROBERT GEORGES (1856-1924)

Comandante en jefe del Ejército francés. Sirvió en las colonias como oficial de artillería. En octubre de 1914 fue ascendido a general de brigada. En abril de 1916 sucedió a Pétain en la defensa de Verdún, al frente del II Ejército. Sus victorias, pese a ser conseguidas a un alto coste humano, seducen a la Comisión del Ejército en el Parlamento, que le nombran comandante en jefe del Ejército, sustituyendo a Joffre. Al ser protestante y de madre inglesa, obtiene también el favor de los aliados británicos. Impulsa una ofensiva en Chemin des Dames, pero su «ataque en profundidad», que debía ser el definitivo, fracasa estrepitosamente. Es reemplazado por Pétain y enviado al

norte de África.

PERSHING, JOHN JOSEPH (1860-1945)

General norteamericano. Destacó en la Academia militar de West Point. Su primer destino fue Nuevo México. A partir de ahí participó en varias campañas contra los indios Apache y Sioux, fue instructor, combatió en la guerra hispano-norteamericana en Cuba, acudió a Filipinas a sofocar una rebelión y persiguió a Pancho Villa por tierras mexicanas. La entrada de Estados Unidos en la guerra puso en sus manos la reorganización del Ejército, en ese momento minúsculo. Defendió la autonomía de las fuerzas norteamericanas y logró que sus tropas —dos millones de hombres— fueran decisivas para la victoria aliada. En 1919 fue nombrado General de los Ejércitos de Estados Unidos, el máximo rango posible, en reconocimiento a su titánica labor.

PÉTAIN, HENRI PHILIPPE (1856-1951)

Mariscal y político francés. En sus inicios no destacó en su carrera militar. Al principio de la guerra comenzó a distinguirse en Bélgica. Al frente del II Ejército francés intervino decisivamente en la victoria de Champaña en septiembre de 1915. Llevó a las tropas francesas a la victoria en Verdún en 1916, lo que le valió el apelativo de «el vencedor de Verdún». En 1917 fue nombrado jefe del Estado Mayor general. Tras el fiasco de Nivelle en Chemin des Dames, Pétain le sustituyó en el puesto de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Francesas. Hizo frente a los motines de 1917, con mano dura pero mejorando también las condiciones de los soldados. En octubre de 1918 Pétain preparaba una gran ofensiva, pero llegó el armisticio. Su popularidad se mantuvo en el período de entreguerras. Encabezó el régimen colaboracionista de Vichy entre 1940 y 1945, siendo después condenado a muerte y conmutada la sentencia a cadena perpetua.

POINCARÉ, RAYMOND (1860-1934)

Político francés. Abogado de profesión, fue elegido diputado en 1887. Ocupó varios cargos ministeriales hasta que fue elegido presidente de Francia en 1913. Durante la guerra destacó por sus profundos sentimientos antigermanos. Apoyó a Clemenceau en su ascenso a primer ministro en 1917, acabando su mandato en 1920.



El presidente de la República Francesa durante la guerra, Raymond Poincaré. Su sentimiento antigermano no ayudaría a cicatrizar las heridas dejadas por el conflicto.

RENNENKAMPF, PAUL VON (1854-1918)

General ruso. De origen alemán báltico, siempre despertó recelos por su ascendencia germana. Su intento de tomar Prusia oriental en 1914 no alcanzó.

el éxito previsto, pese a su superioridad sobre los defensores alemanes, y fue destituido. Murió asesinado por los bolcheviques.

SAMSONOV, ALEXANDER VASSILIEVICH (1859-1914)

General ruso. Enérgico y resolutivo, participó en la frustrada invasión de Prusia oriental al frente del II Ejército. Rodeado por los alemanes durante la batalla de Tannenberg, optó por suicidarse.

SPEE, MAXIMILIAN GRAF VON (1861-1914)

Almirante alemán. Desde su nacimiento, pasó toda su vida adulta en la marina germana. Almirante desde 1910, comandó la escuadra de Extremo Oriente en el Pacífico en 1914. Venció a los Aliados en la batalla de Coronel (1 de noviembre de 1914) pero un mes más tarde su flota se encontró con mayor oposición de la esperada en las islas Malvinas, resultando hundida y pereciendo él y sus dos hijos en la batalla.

TIRPITZ, ALFRED VON (1849-1930)

Almirante alemán. Desde el ministerio de Marina fue el principal impulsor de la construcción de una potente marina de guerra que pudiera hacer frente a la *Royal Navy*. Durante la guerra, el temor a perder la flota de superficie le decidió a apostar por la guerra submarina sin restricciones, pero presentó la dimisión el 15 de marzo de 1916 al no encontrar respaldo a esta postura, siendo sustituido por **Eduard von Capelle** (1855-1931). Fue diputado durante la República de Weimar entre 1924 y 1928.



El almirante Von Tirpitz quería poner a la marina de guerra alemana al mismo nivel de la *Royal Navy*. Era consciente de que la contienda se resolvería en el mar, por lo que se mostró partidario de la guerra submarina sin restricciones.

WILSON, THOMAS WOODROW (1856-1924)

Presidente de Estados Unidos. Aunque era abogado, pronto mostró vocación política. En 1911 fue gobernador de Nueva Jersey y en 1913 fue elegido presidente. Su presidencia estuvo marcada por el intervencionismo hacia Hispanoamérica, pero también realizó políticas sociales. Inicialmente neutral durante el conflicto mundial, la guerra submarina sin restricciones le llevó a declarar la guerra a Alemania el 2 de abril de 1917. El 8 de enero proclamó sus famosos *Catorce Puntos* para alcanzar y preservar la paz. Estos puntos servirían para establecer el Tratado de Versalles de 1919. En 1921 fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

CRONOLOGÍA

1914

28 de junio: El archiduque de Austria es asesinado en Sarajevo junto a su esposa Sofía.

23 de julio: Ultimátum del Imperio Austrohúngaro a Serbia.

28 de julio: Austria-Hungría declara la guerra a Serbia.

1 de agosto: Alemania declara la guerra a Rusia.

3 de agosto: Alemania declara la guerra a Francia e invade Bélgica, lo que hace entrar a Gran Bretaña en la contienda.

20 de agosto: Las tropas alemanas entran en Bruselas y seguidamente derrotan a los franceses en Charleroi.

26-30 de agosto: Los alemanes derrotan a los rusos en la batalla de Tannenberg.

5-13 de septiembre: Los franceses resisten la ofensiva alemana en el Marne. Se aleja el peligro de que caiga París en manos germanas.

17 de octubre: Comienza la primera batalla de Ypres, que durará hasta el 22 de noviembre. El frente occidental se estanca y ya no se moverá de forma significativa hasta las ofensivas germanas de 1918.

1915

Febrero: Los Aliados lanzan sucesivos ataques a lo largo del frente

occidental, sin resultado. Los alemanes optan por una estrategia defensiva.

25 de abril: Los Aliados desembarcan en la península de Gallípoli para forzar el estrecho de los Dardanelos, pero no logran romper las defensas turcas.

7 de mayo: Un submarino alemán hunde el transatlántico *Lusitania*, con ciudadanos norteamericanos a bordo. Las protestas de Washington logran revocar la orden de guerra submarina sin restricciones.

23 de mayo: Italia entra en guerra contra Austria-Hungría.

5 de octubre: Los Aliados desembarcan en Salónica, en socorro de Serbia.

10 de diciembre: Los Aliados comienzan la evacuación de Gallípoli, una operación bien coordinada en la que no perderán ningún soldado.

1916

21 de febrero: Los alemanes inician la ofensiva contra Verdún. El objetivo es que el Ejército francés se desangre en la defensa de este simbólico bastión.

31 de mayo: Las flotas alemana y británica se enfrentan en la batalla de Jutlandia. El duelo acaba en tablas, pero ese resultado beneficiará estratégicamente a los ingleses.

4 de junio: Los rusos lanzan un ataque generalizado, conducido por Brusilov, que da nombre a la ofensiva. Pese a los éxitos iniciales, el avance se agotará por sí mismo.

6 de junio: Comienza la revuelta árabe contra el Imperio otomano, instigada por los británicos a través de Lawrence de Arabia.

1 de julio: Para aliviar la presión alemana sobre Verdún, los británicos lanzan una ofensiva en el Somme, que se verá definitivamente frenada en noviembre.

6 de diciembre: Los alemanes entran en Bucarest. Rumanía, que había declarado la guerra a Alemania el 28 de agosto, queda fuera de la contienda.

15 de diciembre: Los franceses recuperan todo el terreno perdido en Verdún.

1917

- 8 de marzo:** Primeros movimientos revolucionarios en Rusia. Una semana más tarde el zar Nicolás II abdica. Un gobierno provisional, en el que Kerensky es el *hombre fuerte*, toma las riendas del país.
- 11 de marzo:** Tras algunas derrotas, como la caída de la guarnición de Kut-el-Amara, los ingleses centran su esfuerzo en Mesopotamia y consiguen tomar Bagdad.
- 2 de abril:** Estados Unidos declara la guerra a Alemania.
- 16 de abril:** Una ofensiva planeada y dirigida por el general francés Robert Nivelle se estrella ante las defensas germanas en Chemin des Dames, tras sufrir innumerables bajas. Nivelle es sustituido por Pétain como jefe de Estado Mayor del Ejército francés.
- 1 de julio:** Brusilov dirige un nuevo ataque con la intención de reconquistar Galitzia, conocido como Ofensiva Kerensky. Los alemanes reaccionan y el Ejército ruso se descompone.
- 31 de julio:** Los ingleses toman la iniciativa de nuevo en Ypres. El objetivo es avanzar hacia la costa del mar del Norte, pero serán frenados en Passchendaele. El campo de batalla se verá convertido en un mar de lodo.
- 24 de octubre:** Un ataque combinado austrogermano logra romper el frente italiano en Caporetto. El repliegue degenera en una desbandada, pero finalmente los italianos consiguen estabilizarlo de nuevo.
- 6 de noviembre:** Los bolcheviques, liderados por Lenin, asaltan el poder en Rusia. Toman el Palacio de Invierno y Kerensky huye.
- 20 de noviembre:** Los tanques son protagonistas en la batalla de Cambrai.
- 9 de diciembre:** Los británicos, con el mariscal Edmund Allenby al frente, arrebatan Jerusalén a los turcos.
- 15 de diciembre:** Alemania y Rusia firman un armisticio en Brest-Litovsk. El tratado de paz se firmará en el mismo lugar el 3 de marzo de 1918.

1918

- 8 de enero:** El presidente norteamericano Woodrow Wilson anuncia sus *Catorce Puntos* como base para alcanzar una paz duradera.
- 21 de marzo:** Ludendorff lanza la que debe ser la última ofensiva en el oeste, la Operación Michael. Se producen importantes avances, pero los alemanes no logran cortar las líneas vitales de los Aliados. París será bombardeada por el cañón *Káiser Guillermo*.
- 8 de agosto:** Tras el agotamiento de la ofensiva germana, los Aliados toman la iniciativa, haciendo retroceder a los alemanes en Amiens.
- 1 de octubre:** Las tropas británicas desencadenan la ofensiva final contra Turquía y entran en Damasco. El Imperio otomano se rendirá un mes más tarde.
- 4 de noviembre:** Los austríacos firman un armisticio, después de que los italianos hayan desembarcado en Trieste.
- 9 de noviembre:** El káiser Guillermo II abdica y se proclama la república.
- 11 de noviembre:** Alemania firma el armisticio, que entra en vigor a las once de la mañana.

SABER MÁS

Si el lector desea saber más sobre la Primera Guerra Mundial, hay que advertir que la bibliografía en español sobre este crucial capítulo de la Historia europea es escasa. En contraste con la Segunda Guerra Mundial, se han publicado pocas obras y solo en los últimos años se ha dado una cierta proliferación de títulos.

Un autor español que puede codearse por derecho propio con los grandes especialistas anglosajones es Luis de la Sierra, cuyos dos libros de la historia naval centrados en este conflicto, *El mar en la Gran Guerra* y *Corsarios alemanes en la Gran Guerra* son dignos de elogio.

De todas formas, el escaso interés de los historiadores españoles en tratar este tema lleva a que el lector deba acudir a traducciones. Una obra clásica es la de Marc Ferro *La Gran Guerra (1914-1918)*; durante un tiempo fue la referencia indiscutible, pero hoy acusa un envejecimiento prematuro, al partir de unos planteamientos historiográficos que han quedado obsoletos.

Sin duda, la aportación más fresca y útil para el lector es la de Michael S. Neiberg. Su obra *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*, resume magistralmente el conflicto. Tanto el sencillo esquema seguido, como el asequible lenguaje empleado, lo convierten en el libro ideal para iniciarse en el estudio de la Gran Guerra.

Menos afortunado es el planteamiento de Martin Gilbert en *La Primera Guerra Mundial*, al narrar la guerra día a día, sin ofrecer las claves para una comprensión global; aun así, su lectura es recomendable, pues transmite las sensaciones de los que participaron en ella, al incluir en sus páginas numerosos testimonios.

Otras obras que comparten título con el Gilbert y que pretenden ofrecer una visión general del conflicto son: el de Hew Strachan —que incluye

sorprendentes fotografías en color de la época—, el de Michael Howard — que peca quizás de demasiada concisión— o el monumental libro de H. P. Willmott, una obra de excelente factura.

Pueden ser también muy útiles varias obras que presentan un buen despliegue gráfico, como *Grandes batallas de la Primera Guerra Mundial*, de Anthony Livesey, *La I Guerra Mundial día a día*, de Ian Westwell o *Atlas ilustrado de la Primera Guerra Mundial*, de varios autores.

Dejando de lado los libros introductorios, un auténtico clásico es el de Barbara Tuchman *Los cañones de agosto*. La lectura de esta bien documentada obra, que al parecer inspiró al presidente John Fitzgerald Kennedy para desactivar el estallido de una nueva guerra mundial durante la Crisis de los Misiles de octubre de 1962, es absolutamente imprescindible para conocer en detalle la génesis del conflicto.

Otro clásico es el breve *Los siete pecados capitales del Imperio alemán durante la Primera Guerra Mundial*, del siempre clarividente Sebastian Haffner. En él, el autor argumenta convincentemente que fue su país, Alemania, el gran responsable del estallido de la contienda.

A partir de este punto, si se desea ahondar en alguno de los temas apuntados en las obras generales, es necesario explorar la ingente bibliografía británica, que ofrece un tratamiento exhaustivo de cada uno de los episodios de la Primera Guerra Mundial, incluso de los más insignificantes.

La literatura generada por el conflicto —frecuentemente autobiográfica— también puede ser muy útil, pues permite conocer las experiencias de los que la padecieron en carne propia. Novelas como *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway, o *Tempestades de Acero*, de Ernst Jünger, nos sumergen de forma instantánea en aquella época. Otras obras como *Adiós a todo eso*, de Robert Graves, *Capitán Conan*, de Roger Vercel, o *Johnny perdió su fusil*, de Dalton Trumbo, también ayudan a conocer mejor los sentimientos del soldado.

Además de libros, en el mercado puede encontrarse material audiovisual de gran calidad referido a esta materia. Destacan dos series disponibles en DVD. Una es *Primera Guerra Mundial*, producida por el británico Channel 4, que consta de diez capítulos y está basada en la obra ya referida de Hew Strachan. La otra es *Primera Guerra Mundial en color*; en esta extraordinaria serie de siete capítulos las antiguas imágenes en blanco y negro son tratadas digitalmente para ofrecer una visión más próxima y actual de la contienda.

La red ofrece igualmente la posibilidad de ampliar conocimientos de forma interactiva. Es imprescindible una visita a *First World War.com* (www.firstworldwar.com), la que es, sin duda, la página de referencia para todos los interesados en este conflicto. En ella puede encontrarse todo tipo de información y material multimedia, como fotografías, filmaciones o grabaciones musicales.

Para conocer el estado actual de los campos de batalla del frente occidental, puede visitarse *World War One Battlefields* (www.wwbattlefields.co.uk/others.html), mientras que para contemplar una amplia colección de fotografías se recomienda acceder a *Photos of the Great War* (www.gwpda.org/photos/greatwar.htm). Del mismo modo, también es aconsejable visitar regularmente la página del *Imperial War Museum* (www.iwm.org.uk), en la que suelen aparecer exposiciones virtuales referidas a la Primera Guerra Mundial.

Como se puede comprobar, pese a que el material divulgativo sobre la guerra de 1914-18 no es especialmente abundante, es posible hallar fuentes de gran interés que permiten profundizar en la comprensión de este apasionante y complejo período histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTHUR, Max. *Forgotten Voices of the Great War: A New History of WWI in the Words of the Men and Women Who Were There*, Ebury Press. Londres, 2006.
- BARR, James. *Setting the Desert on Fire: T. E. Lawrence and Britain's Secret War in Arabia, 1916-18*, Bloomsbury. Londres, 2006.
- BECKER, Jean Jacques. *La Première Guerre Mondiale*, Belin. París, 2003.
- BULL, Stephen. *Trench Warfare*. PRC Publishing. Londres, 2003.
- CASTELLÓ, José Emilio *La Primera Guerra Mundial*, Anaya. Barcelona, 1993.
- DEARY, Tery. *The frightful First World War*, Scholastic. Londres, 1998.
- DENIZOT, Allain. *La bataille de la Somme: Juillet-novembre 1916*, Librairie Académique Perrin. París, 2006.
- FERRO, Marc. *La Gran Guerra (1914-1918)*, Alianza editorial. Madrid, 1994.
- GARCÍA BOUZAS, Raquel. *La Primera Guerra Mundial*, Cincel. Madrid, 1989.
- GILBERT, Martin. *La Primera Guerra Mundial*, La esfera de los libros. Madrid, 2004.
- GRAVES, Robert. *Adiós a todo eso*, El Aleph Editores. Barcelona, 2002.
- HAFFNER, Sebastian. *Los siete pecados capitales del Imperio alemán durante la Primera Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 2006.
- HAYWARD, James. *Myths & Legends of the First World War*, Sutton Publishing. Stroud, 2002.

- HEMINGWAY, Ernest. *Adiós a las armas*, Bruguera. Barcelona, 1980.
- HOLMES, Richard. *Tommy: The British Soldier on the Western Front*, Harper. Londres, 2005.
- HOWARD, Michael. *La Primera Guerra Mundial*, Crítica. Barcelona, 2003.
- JÜNGER, Ernst. *Tempestades de acero*, Tusquets. Barcelona, 2005.
- LEFEBVRE, Jacques Henry. *Verdun: La plus grande bataille racontée par les survivants*, Editions des Riaux. Memorial de Verdún, 2006.
- LIVESEY, Anthony. *Grandes batallas de la Primera Guerra Mundial*, Optima. Barcelona, 2001.
- MACDONALD, Lyn. *They Called It Passchendaele: The Story of the Battle of Ypres and of the Men Who Fought in It*, Penguin Books. Londres, 1993.
- MACDONALD, Lyn. *Somme*, Penguin Books. Londres, 1993.
- MATEO MENÉNDEZ, María Soledad de. *La Primera Guerra Mundial*, Akal. Madrid, 1989.
- NEIBERG, Michael S. *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*, Paidós. Barcelona, 2006.
- OFFENSTADT, Nicolas. *Le Chemin des Dames: De l'événement à la mémoire*, Stock, colección Les Essais. París, 2004.
- PAICE, Edward. *Tip and Run: The Untold Tragedy of the Great War in África*, Weidenfeld & Nicolson. Londres, 2007.
- REMARQUE, Erich María. *Sin novedad en el frente*, Bruguera. Barcelona, 1984.
- RENOUVIN, Pierre. «La Primera Guerra Mundial», Orbis-Fabbri. Barcelona, 1995.
- TARDI, Jacques. *C'était la guerre des tranchées, 1914-1918*, Casterman. París, 1993.
- TRUMBO, Dalton. *Johnny cogió su fusil*, Muchnick. Madrid, 2005.
- TURBERQUE, Jean-Pierre. *Les 300 jours de Verdun*, Editions Italiques. París, 2006.
- SIERRA, Luis de la. *El mar en la Gran Guerra*, Juventud. Barcelona, 1984.
- SIERRA, Luis de la. *Corsarios alemanes en la Gran Guerra*, Juventud.

Barcelona, 1985.

STEVENSON, David, *1914-1918. The history of the First World War*, Penguin History. Londres, 2004.

STRACHAN, Hew. *La Primera Guerra Mundial*, Crítica. Barcelona, 2005.

THOMPSON, Julian. *The 1916 Experience: Verdun and the Somme*, editado por Carlton Books en colaboración con el Imperial War Museum. Londres, 2006.

TUCHMAN, Barbara. *Los cañones de agosto*, Península. Barcelona, 2004.

VERCEL, Roger. *Capitán Conan*, Inédita Editores. Barcelona, 2004.

VV. AA. *Atlas ilustrado de la Primera Guerra Mundial*, Susaeta. Madrid, 2005.

VV. AA. *Paroles de Poilus: Lettres et carnets du front, 1914-1918*, J'ai Lu. París, 2007.

VV. AA. Revista *Historia y Vida*, nº 19. Barcelona, 1980.

VV. AA. *The First World War*, Teach yourself. Londres, 2004.

WESTWELL, Ian. *La I Guerra Mundial día a día*, Libsa. Madrid, 2001.

WILLMOTT, H. P. *La Primera Guerra Mundial*, Inédita Editores. Barcelona, 2005.

TODO LO QUE DEBE SABER SOBRE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Jesús Hernández

28 de junio de 1914, el asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Austria desencadena una serie de despropósitos diplomáticos que desembocaron en un conflicto bélico sin precedentes. Una contienda clave para entender el siglo XX, los orígenes del nazismo, la Rusia Soviética, los conflictos en Oriente Medio o la consolidación de EE.UU. como potencia mundial.

El convulso siglo XX no se puede entender sin la Primera Guerra Mundial. No obstante, la guerra de 1914-18 permanece eclipsada por la atención que reclama la Segunda Guerra Mundial. La contienda que estalló tras el magnicidio de Sarajevo, y que provocó más de veinte millones de muertos a lo largo de cuatro años, no goza del protagonismo que merecería por su enorme trascendencia histórica.

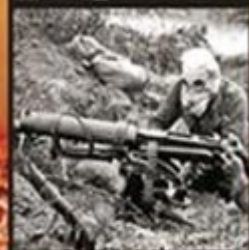
Conozca los terribles batallas de desgaste de Verdún o el Somme

de 1916 o los sonoros fracasos aliados de 1917 en Chemin des Dames o Passchendaele, en los que oficiales tan engreídos como insensibles enviaron a la muerte a cientos de miles de hombres.

Los mitos y leyendas surgidos durante la contienda también tienen cabida en este libro, al igual que los enigmas sin resolver que, casi un siglo más tarde, siguen excitando la imaginación de los apasionados por la historia militar.

Un relato imprescindible sobre la Gran Guerra, un período histórico apasionante y reboante de acontecimientos, en el que la miseria de los conflictos bélicos alcanzó su máxima expresión. Sin embargo, todos los horrores de esta contienda no impidieron el estallido de un nuevo conflicto, más sangriento todavía, tan sólo veinte años más tarde.


epublibre



NOTAS

[1] La relación entre Francisco Fernando y Sofía no era bien vista por la familia del archiduque, debido al origen plebeyo de ella. Cuando la conoció en 1900, Sofía no era más que una humilde ama de llaves, mientras que él contaba con 2.047 antepasados nobles en su árbol genealógico. Para casarse, el archiduque tuvo que aceptar que Sofía no pudiera ser emperatriz, y que sus hijos —Ernesto, Max y Sofía— no tuvieran derecho de sucesión. Ella nunca fue aceptada en el círculo de la corte vienesa, pero el matrimonio vivió en armonía, superando todos los obstáculos. <<

[2] En 1922 se descubrió un monumento en Jonchery-sur-Vesle, con la asistencia del entonces presidente francés Millerand, en memoria de Jules André Peugeot.

El monumento fue destruido por las fuerzas de ocupación alemanas en julio de 1940. Fue reconstruido en 1959. El segundo soldado francés en caer fue Fortuné Emile Pouget, el primero tras la declaración de guerra, a las 11.50 del martes 4 de agosto, al norte de Bouxières. En el lugar en que murió se erigió una cruz con una placa que recuerda el hecho. <<

[3] Como herramienta de orientación al lector, se ordenan a continuación, de forma cronológica, las sucesivas declaraciones de guerra: Austria a Serbia (28 de julio), Alemania a Rusia (1 de agosto), Alemania a Francia y Bélgica (3 de agosto), Gran Bretaña y Bélgica a Alemania (4 de agosto), Austria a Rusia (4 de agosto), Francia y Gran Bretaña a Austria (11 de agosto), Japón a Alemania (23 de agosto). A título anecdótico, algunas insólitas declaraciones de guerra que se darían a lo largo de la contienda serían las de Panamá y Cuba a Alemania (7 de abril de 1917), Siam a Alemania y Austria (22 de julio de 1917), Liberia a Alemania (4 de agosto de 1917) o Haití a Alemania (12 de julio de 1918). <<

[4] Los soldados británicos llegaron al continente al ritmo de la que es, sin duda, la canción más conocida de la Primera Guerra Mundial, *It's A Long Way To Tipperary*. Esta canción fue adoptada por el 7.º Batallón del Regimiento *Connaught Rangers* del Ejército Británico, integrado mayoritariamente por irlandeses. En la letra se habla de una chica que vive en el pueblo irlandés de Tipperary, en donde estaba acuartelado dicho regimiento, y que es echada de menos por el soldado protagonista de la canción, tras marchar al frente. La pegadiza melodía tuvo un éxito inmediato y pronto fue cantada por todas las unidades del Ejército británico, convirtiéndose en un símbolo nacional. Para escuchar varias grabaciones antiguas de esta popular canción, visitar: <http://www.firstworldwar.com/audio/itsalongwaytotipperary.htm>. <<

[5] El apelativo de *tommy* para referirse al soldado británico tiene su origen en un personaje real, de nombre Tommy Atkins, que fue soldado raso de los *Royal Welch Fusiliers* durante la guerra de independencia estadounidense. En 1829, el duque de Wellington tomó al azar su nombre como ejemplo para el libro de cuentas que llevaban los soldados, lo que le consagró como representante simbólico de todos ellos. <<

[6] *Boche* es el apelativo con el que los franceses se referían a los alemanes de forma peyorativa, documentado por primera vez en 1886. El término puede traducirse como «cabeza cuadrada» o «cabeza de asno». Sin embargo, se cree que su origen hay que buscarlo en el argot marsellés, con el significado de bruto o bestial. Los franceses consideraban entonces a los alemanes como seres inferiores, toscos y poco civilizados. Existe otra versión, sin base histórica, que cuenta que en la guerra de 1870 unos soldados prusianos entraron en un pueblo alsaciano gritando «*Wir sind alle Burschen!*» («¡Somos todos hermanos!»); de ahí se derivaría a *alleburschen*, de ahí a *alboche* y finalmente a *boche*. En la Primera Guerra Mundial también se utilizó el apodo despectivo *Fritz*, diminutivo de Friedrich, un nombre muy común entre los alemanes. <<

[7] Parel Rennenkampf, pese a su apellido de origen alemán, servía en el Ejército del zar. Algo similar le ocurría al general François, comandante del I Cuerpo alemán, que tenía apellido francés. Igualmente, el general inglés que estaba al frente de la Fuerza Expedicionaria Británica se llamaba French («francés» en la lengua de Shakespeare). El caso opuesto se daría en 1917 en el Ejército italiano.

Durante la batalla de Caporetto, el nombre del coronel comandante de artillería no podía ser más adecuado: Alfredo Cannoniere. <<

[8] El 21 de noviembre de 2005 falleció, a la edad de 109, años el escocés Alfred Anderson, considerado el último veterano sobreviviente de la tregua de Navidad. <<

[9] *Poilu* era el término con el que eran conocidos los soldados franceses. El origen de este apelativo es incierto. Se cree que nació cuando los soldados regresaban a la retaguardia tras una temporada en las trincheras; al no poder afeitarse, llegaban con barba y bigote, lo que supuestamente les había hecho ganarse el apodo de *poilus* (peludos). Una versión más tradicional es la que relacionaba el ser velludo con el arrojo y el coraje, tal como se encuentra incluso en el teatro de Molière. De este modo, al denominar *poilus* a los soldados franceses se destacaba su valentía. <<

[10] Ese oficial sería luego considerado el padre de la Turquía moderna. Tras la derrota del Imperio otomano en 1918, Mustafá Kemal *Atatürk* lideraría el Movimiento Nacional Turco para oponerse a los proyectos de partición de su país a manos de los Aliados y establecería la República de Turquía, siendo su primer presidente. <<

[11] El padre del inventor de esta ametralladora, Isaac Newton Lewis (1858-1931) ya había presagiado la capacidad científica de su hijo al elegir su nombre de pila. Quien confió menos en él fue el Ejército norteamericano —en donde había servido graduándose en West Point—, ya que inicialmente no estuvo interesado en su invento. Una vez que británicos y franceses encargaron 100.000 unidades de esta ametralladora, decidió también dotar con ella a sus tropas. Lewis demostró no guardar rencor por ese rechazo inicial, al renunciar a los *royalties* que debía satisfacerle el Ejército estadounidense, que ascendían a un más de un millón de dólares. La inventiva de Lewis no se limitó a la ametralladora; ideó un sistema automático de señales marítimas, numerosos elementos mecánicos para su aplicación en las baterías costeras y un indicador de velocidad para locomotoras. <<

[12] El último superviviente de la batalla del Somme, el británico Albert Marshall, falleció el 27 de junio de 2005, a los 107 años. En las navidades de 1914, Albert se presentó voluntario en la oficina de reclutamiento. No alcanzaba la edad reglamentaria, pero dio 1896 como año de nacimiento y se alistó. Empezó la instrucción en enero de 1915 y fue trasladado a Francia en noviembre. En el Somme fue adscrito a un destacamento de sepultureros; nunca se le borró de la memoria la turbadora sensación de tener que retroceder hacia su posición caminando sobre las tumbas recién excavadas. Tras la guerra, sin haber recibido ninguna medalla, regresó a su localidad natal y reanudó su vida de siempre, casándose con su novia de toda la vida. Reacio a hablar de lo que había sufrido, únicamente al final de sus días se sintió con ganas de regresar al campo de batalla, siendo condecorado por Francia con la Legión de Honor. En 2000, en medio de ovaciones, Albert cantó algunas canciones de la Primera Guerra Mundial en la catedral de Rochester. <<

[13] El *Fokker* Dr. I era un triplano (*Dreindecker*) ágil y seguro, muy apreciado por los pilotos. Pero este no había sido el primer triplano construido durante la guerra, sino uno inglés, el *Sopwith Triplane*, cuya aparición a principios de 1917 espoleó a los ingenieros alemanes para tratar de superarlo.

Los primeros triplanos germanos comenzaron a volar en el verano de 1917, y a partir de octubre se fabricaron en serie. Hasta el final de la contienda se entregaron 320 unidades de este avión. De ellos, no se conserva ninguno en la actualidad. El último ejemplar original se exhibía en un museo berlinés, pero fue destruido en un bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy pueden contemplarse réplicas del *Fokker* Dr. I en el Museo del Aire de Cuatro Vientos (Madrid), el Museo de la USAF (Dayton, Ohio), el Deutsche Museum (Berlín) y el Flight Museum (Seattle, Washington). <<

[¹⁴] Roland Garros (1888-1918) saltó a la fama por haber conseguido, el 23 de septiembre de 1913, efectuar la primera travesía a través del Mediterráneo, en 5 horas y 53 minutos a bordo de su *Morane-Saulnier*. Le quedaban solo cinco litros de gasolina cuando aterrizó en Bizerta. La Primera Guerra Mundial lo transformó en piloto militar. Tras ser derribado por los alemanes, y que estos descubrieran su sistema deflector, fue hecho prisionero, pero lograría escapar, reincorporándose a su escuadrilla. Pero en un combate aéreo en las Ardenas, el 5 de octubre de 1918, fue derribado cerca de Vouziers, perdiendo la vida. Al haber sido jugador de tenis aficionado del club Stade Français, Roland Garros tuvo el honor póstumo de dar su nombre al estadio parisino y al torneo de tenis que se celebra cada año en estas instalaciones. <<

[15] Von Richtoffen había sido enterrado por los australianos en Bertangles, con honores militares, el 22 de abril de 1918. Los británicos entregaron el cuerpo a los alemanes en 1925, para ser enterrado en el cementerio de Fricourt, en la Invalidenstrasse berlinesa. Pero este no sería el lugar definitivo de descanso del Barón Rojo, puesto que en 1976 su familia lo trasladó al cementerio de Sudfriedhof, en Wiesbaden. <<

[16] Esta histórica bandera se exhibe en el War Memorial Museum de Auckland, Nueva Zelanda. <<

[17] A lo largo de la década de los veinte se pudieron rescatar 43 de estos barcos, gracias a muelles flotantes o a la reparación de los agujeros del casco y al bombeo de aire comprimido. Los 8 buques restantes continúan aún hundidos en Scapa Flow, convertidos en populares lugares de buceo. Como nota curiosa, el acero rescatado de estas naves encierra un enorme valor para la industria aeronáutica espacial; este acero es empleado habitualmente en la construcción de cohetes y satélites espaciales, debido a que el acero forjado antes de 1945 no absorbió la radioactividad atmosférica provocada por las explosiones nucleares, por lo que garantiza la precisión de los sensores utilizados en el espacio. El equipo que la misión *Apolo* dejó en la Luna, así como parte de la sonda *Galileo* que llegó a Júpiter y la sonda *Pioneer* que superó la órbita de Plutón y se dirige hacia las profundidades del espacio, contienen parte de la flota del káiser hundida en Scapa Flow. Con este acero se fabrica también material quirúrgico de alta precisión y es muy apreciado en metrología, donde se usa como patrón de calibrado. <<

[18] Durante la Segunda Guerra Mundial ya no se relatarían apariciones de ángeles en los campos de batalla. Sin embargo, en suelo británico sí que se dio un caso de este tipo. William Doidge logró filmar con su propia cámara seres celestiales en Woodchester Park. La historia fue publicada por el *Evening News*, pero al poco tiempo se descubrió el montaje. Lo más reseñable del caso es que Doidge era un veterano del Ejército británico que participó en la retirada de Mons. Doidge admitió que, aunque él no tuvo aquellas visiones provocadas por el agotamiento, estaba obsesionado con ese episodio, lo que le había llevado a urdir esa farsa. De todos modos, la filmación que recogía la presencia de esos ángeles despertaría años más tarde el interés de los coleccionistas; en marzo de 2001, el actor Marlon Brando pagó 250.000 dólares por la cinta original. <<

[19] Jiaozhou es hoy una dinámica ciudad, famosa por ser el lugar de producción de la cerveza Tsingtao, la más popular de China. Esta cerveza es elaborada en una destilería establecida por los alemanes en 1903. La herencia germana en la arquitectura de la ciudad es claramente visible, como en el caso de la Catedral de San Miguel, de estilo gótico-románico, que se terminó de construir veinte años después de que los alemanes abandonaran la colonia. La zona circundante está compuesta por ocho calles en las que se pueden ver edificios de estilo europeo contruidos durante la presencia alemana. <<

[20] El término *askari* significa «soldado» en lengua swahili, y se usa para definir a las tropas indígenas de África que sirvieron en los ejércitos coloniales europeos. Su función original era servir de apoyo a los ejércitos ocupantes desempeñando labores policiales, así como sofocar las revueltas locales, pero también fueron utilizadas como fuerza de combate contra los ejércitos coloniales de otras naciones. <<

[21] El encargado del espionaje alemán en Gran Bretaña era Gustav Steinhauer. Reclutaba para este cometido a norteamericanos de origen alemán, con un dominio perfecto del inglés. Se comunicaban con Alemania a través de cartas aparentemente triviales, pero sobreescritas con tinta invisible. Los británicos no se mostraban condescendientes cuando atrapaban a un espía germano; la mayoría eran fusilados. <<

[22] De las dos minas que no estallaron ese día, una explotó espontáneamente el 17 de julio de 1955 durante una fuerte tormenta eléctrica, matando solo a una vaca, y en cuanto a la otra, aún no se ha descubierto su emplazamiento exacto. <<

[23] La Primera batalla de Ypres se desarrolló entre el 14 de octubre y el 11 de noviembre de 1914. La Segunda tendría lugar entre el 22 de abril y el 25 de mayo de 1915. Aún habría una Cuarta batalla de Ypres, también conocida como batalla del río Lys, el 9 de abril de 1918. <<

[24] La rivalidad, cuando no se trataba de cruda enemistad, entre los militares rusos estaba muy extendida. Al caso aquí expuesto de Brusilov y Evert, y al ya referido en el segundo capítulo de Rennenkampf y Samsonov, hay que sumar el del comandante Ivanov y su jefe de Estado Mayor Alexeiev. El odio que sentían el uno por el otro les llevó a mantener una agria disputa por dirimir quién tenía derecho a abrir los sobres que contenían los telegramas que llegaban del Estado Mayor. Como no se había estipulado quién de los dos tenía derecho a leer primero los telegramas, exigieron que cada uno de ellos recibiese al mismo tiempo un ejemplar del mismo mensaje. Pero esta solución salomónica no resolvería nada, puesto que acabaría convirtiéndose en una nueva fuente de conflictos. Tras recibir los dos telegramas, tanto Ivanov como Alexeiev se apresuraban a impartir las consiguientes órdenes, siendo estas a menudo contradictorias, ante el estupor de sus oficiales. <<

[25] No era la primera vez que los alemanes recurrían a esta estratagema para provocar contratiempos a sus enemigos. En abril de 1916, un submarino germano desembarcó en una playa de Irlanda al independentista Roger Casement para incitar a la rebelión en la isla, con la meta última de sacudirse el secular dominio británico. Aunque el plan fracasó, porque Casement y otros dos activistas fueron inmediatamente detenidos por las autoridades británicas, la rebelión estallaría de todos modos. El 24 de abril se produciría el Levantamiento de Pascua; los nacionalistas irlandeses tomaron la oficina central de correos de Dublín y declararon a Irlanda independiente. Las unidades británicas reprimieron duramente la rebelión, llegando a utilizar fuego de artillería. Los líderes de la revuelta fueron ajusticiados. Unos meses después, Casement también fue juzgado, condenado a muerte y ahorcado. <<

[26] Entre los motivos de esta declaración de guerra hay que destacar también el asunto del célebre Telegrama Zimmerman. Este telegrama había sido enviado el 16 de enero de 1917 por el Secretario de Asuntos Exteriores germano, Arthur Zimmerman, al embajador alemán en México. En él, se le instruía para que se acercara al gobierno mexicano con una propuesta para formar una alianza contra Estados Unidos. Alemania se comprometía a ofrecer asistencia económica y a forzar a los estadounidenses a devolver a México los territorios de Texas, Nuevo México y Arizona, perdidos en 1848. El telegrama cifrado fue interceptado y decodificado por los británicos. La indignación de los norteamericanos por esta maniobra alemana aceleró la entrada en la guerra. <<

[27] Debido a una confusión muy extendida, se suele aludir a este cañón —erróneamente— con el nombre de *Gran Berta*. En realidad, el *Grosse Bertha* era un formidable mortero de 420 milímetros que, al principio de la guerra, fue empleado en el sitio de Lieja. Sus proyectiles, de un metro de longitud y una tonelada de peso, sirvieron para demoler los sólidos muros de los fuertes que defendían la ciudad belga. Este mortero había sido bautizado en honor de Bertha Krupp, heredera de la firma. Curiosamente, durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes crearon un cañón similar al *Káiser Guillermo* que recibiría el nombre de *Schlanke Bertha* (Esbelta Berta), quizás como *desagravio* al ambiguo honor de que fue objeto la heredera Krupp en la anterior contienda. <<

[28] El 11 de noviembre de 1968, cincuenta años después del armisticio, se colocó una placa en la pared de una casa de Ville-sur-Haine, el lugar en el que este soldado canadiense fue abatido por el francotirador alemán. El recordatorio fue trasladado en dos ocasiones, formando parte finalmente de un memorial situado al lado de un estilizado puente para peatones bautizado Pasarelle George Price en su honor e inaugurado en 1991 con la presencia de un sobrino de Price, localizado un año antes en Canadá. El cuerpo del soldado había sido enterrado tras la guerra en el cementerio de Ville-sur-Haine, pero con posterioridad fue trasladado al de Saint-Symphorien, en donde reposan sus restos en la actualidad. Precisamente, en este mismo cementerio reposan los restos de John Parr, que está considerado el primer soldado británico muerto durante la Primera Guerra Mundial. Fue cerca de Saint-Symphorien cuando el 21 de agosto de 1914 salió este soldado raso a realizar un reconocimiento en bicicleta y ya no regresó. Se desconocen las circunstancias exactas de su muerte, pero se cree que se topó con una patrulla alemana. Como nota curiosa, en su tumba del cementerio militar de Saint-Symphorien consta que murió a los veinte años, pero después se descubrió que había mentido al alistarse y que en realidad tenía solo dieciséis. <<

[29] La *llama eterna* del Arco de Triunfo sufrió un *atentado* en 1945, cuando un soldado norteamericano que había bebido más de la cuenta la apagó orinando sobre ella. En 1958, sería un francés llamado Claude Figus el que la deshonraría, colocando sobre ella una sartén e intentando freírse unos huevos. Fue detenido de inmediato, acusado de violación de sepulcro. <<

[30] Las modificaciones territoriales que estableció el Tratado de Versalles fueron las siguientes: Alsacia-Lorena fue devuelta a Francia, Renania fue desmilitarizada y puesta bajo autoridad de la Sociedad de Naciones, concediéndole a Francia su explotación económica durante quince años, Eupen y Malmedy fueron cedidas a Bélgica, Tondern (Schleswig-Holstein) pasó a dominio danés después de los resultados de un plebiscito, la mayor parte de la provincia de Posen, Prusia Occidental y parte de Silesia pasaron a dominio polaco, Danzig y Memel —ciudades costeras del Mar Báltico— se configuraron como ciudades libres bajo autoridad polaca y de la Sociedad de Naciones, el valle del río Niemen quedó bajo completo control de Lituania, las colonias de Togolandia y Camerún se dividieron entre Francia y Gran Bretaña, África del Suroeste quedó bajo tutela de Sudáfrica, Tanganika pasó a Gran Bretaña —con la excepción de Ruanda y Burundi, que quedaron en manos de Bélgica y el puerto de Kionga, que fue devuelto a Portugal—, la Nueva Guinea Alemana se integró en la británica, que finalmente quedó bajo tutela de Australia, y las islas de Polinesia que habían quedado bajo control australiano se repartieron entre Gran Bretaña y Japón. <<

[31] La amapola se convirtió en el símbolo del frente occidental tras la publicación en diciembre de 1915 de un celeberrimo poema escrito por un médico militar canadiense, John McCrae, titulado *In Flanders fields* (*En los campos de Flandes*). En este breve poema de quince versos, McCrae rendía homenaje a los compañeros que yacían enterrados en los campos de Flandes, en donde abundan las amapolas. <<

[32] Este tradicional saludo a los caídos en combate puede escucharse en la web oficial del Memorial de la Puerta de Menin. <<